

Q-331



V.32/101(2) S. 49
98



REC. 27

DIÓGENES LAERCIO

VIDAS DE LOS FILÓSOFOS MÁS ILUSTRES



kel 70
Ret. 1184

S-49/98

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»,
Paseo de San Vicente, 20.



1-44457
BIBLIOTECA CLASICA
TOMO XCVIII

DIÓGENES LAERCIO

VIDAS, OPINIONES Y SENTENCIAS

DE LOS

FILÓSOFOS MÁS ILUSTRES

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

POR

D. JOSÉ ORTIZ Y SANZ

TOMO II

MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
ISABEL LA CATÓLICA, 25

—
1887



HEU DO / 2667

D. 1259290

L. 1259291



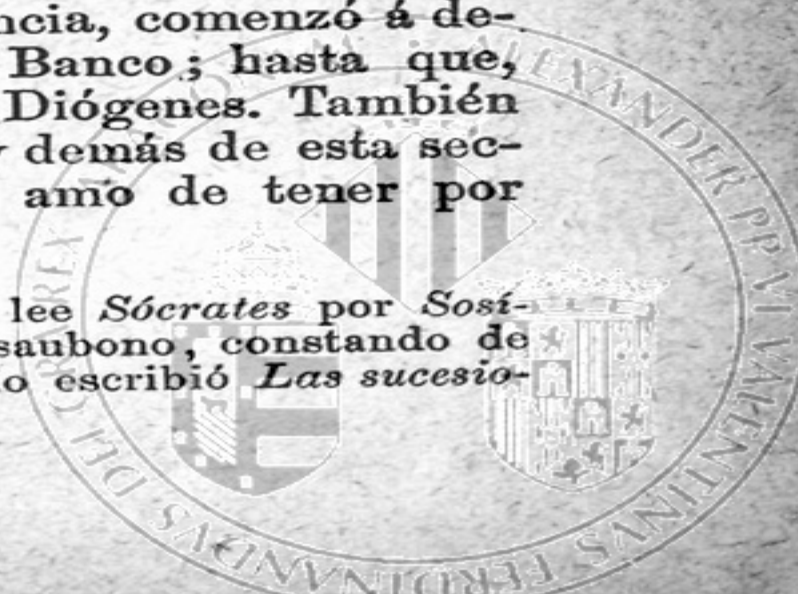
LIBRO SEXTO.

(CONTINUACIÓN.)

MÓNIMO.

1. Mónimo Siracusano, discípulo de Diógenes, fué doméstico de un banquero corintio, como dice Sosícrates (1). Xeníades, que fué quien compró á Diógenes, iba muchas veces á su casa; y como refiriese allí las virtudes de aquél, su porte y su admirable elocuencia, indujo á Mónimo á su amor. Al punto, pues, aparentando demencia, comenzó á derramar la moneda y dinero del Banco; hasta que, despedido por su amo, se fué á Diógenes. También siguió mucho á Crates Cínico y demás de esta secta; de lo cual tomó motivo su amo de tener por

(1) En las ediciones antiguas se lee *Sócrates* por *Sosícrates*. Hizo esta corrección Is. Casaubono, constando de muchos lugares que Sosícrates Rodio escribió *Las sucesiones de los Filósofos*.



cierta su locura. Salió varón sabio; tanto, que aun Menandro el Cómico hizo memoria de él. Así habla en uno de sus dramas intitulado *Hipocomo*:

—Fué Mónimo ó Filón un varón sabio,
Despreciado de todos,
Con su zurrón pendiente.

—He aquí ya tres zurrónes.—Pero hablaba
Símiles elocuentes; y es seguro,
Por Dios, que no hallo dicho
Comparable al *Conócete á tí mismo*,
Y á éste semejantes.

Fué sórdido y mendigo además de esto,
Y á todo lo demás tuvo por fasto.

Fué tan constante, que despreciando la gloria mundana, anhelaba sólo la verdad. Escribió algunas cosas jocosas que encerraban sentido serio. Dos libros *De los apetitos ó pasiones*, y otro *De Exhortaciones*.



ONESICRITO.

1. Onesicrito, en sentir de algunos, fué Egineta; pero Demetrio de Magnesia lo hace de Astipalea. Fué también uno de los más hábiles discípulos de Diógenes. Parece hubo entre él y Xenofonte alguna semejanza, pues militó con Ciro, y Onesicrito con Alejandro. Aquél escribió la *Ciropedia*, éste el modo con que fué nutrido Alejandro. Aquél hace el encomio de Ciro, y éste el de Alejandro. Aun en la locución se acerca mucho á Xenofonte, y sólo se estima menos que éste al modo que una copia se estima menos que el autógrafo.

2. También fueron discípulos de Diógenes: Menandro el cognominado *Drimo*, admirador de Homero; Hegesias Sinopense, por sobrenombre *Cloyo*, y Filisco Egineta, ya mencionado.



CRATES.

1. Crates, hijo de Ascondo, Tebano, fué igualmente discípulo del Can. Pero Hipoboto dice que no fué discípulo de Diógenes, sino de Brisón Aquivo. Corren de él estos versos jocosos :

Es noble la ciudad *Zurrón* llamada,
Fastosa, aunque mugrienta,
Bella, amena, fecunda, y nada tiene.
No entra en ella demente parasito,
Ni pedicón obsceno
Que de bardajerías se glorie.
Produce, sin embargo,
Ajos, higos y panes,
Entre quienes no hay guerras mutuamente,
Ni se mueven las armas
Por pedazos de cobre ni por gloria.

También es suyo aquel diario sabido de todos,
que dice :

Asienta minas diez al cocinero,
Y al médico una dracma.
Pon al adulador cinco talentos,
Y al consejero humo.
Fóngasele un talento á la ramera,
Y un trióbolo al filósofo se ponga.

2. Llamábanle *abridor de puertas*, porque se en-

traba en todas las casas para dar correcciones. También son suyos estos versos :

Cuanto estudié poseo, y cuanto pude
Aprender con trabajo y con estudio.
La vanidad fastosa
Se llevó las demás felicidades.

Y lo que le había producido la Filosofía :

Un chenice (1) me ha dado de altramuces,
Y de otra cosa alguna no cuidarme.

También corre como suyo lo de :

La hambre quita el amor, y si no, el tiempo :
Y si usarlos no puedes, toma el lazo.

Florenció hacia la olimpiada cxiii. Antistenes dice, en las *Sucesiones*, que Crates, habiendo visto en una tragedia á Telefo con un esportillo en la mano, y miserable en todo lo demás, se dió á la Filosofía cínica. Así, vendido su patrimonio (pues era hombre de cuenta) y juntados hasta 200 talentos, los distribuyó entre sus conciudadanos. Filosofó con tanta constancia, que el cómico Filemón hizo memoria de él, diciendo :

En verano llevaba ropa burda,
Y delgada en invierno,
Para tomar lecciones de templanza.

Diocles dice que Diógenes le persuadió que diese sus posesiones para pasto de ganados, y si tenía dineros los arrojase al mar. Dícese que Alejandro

(1) Del chenice tratamos en la nota 2.ª, página 335, tomo I.

destruyó la casa de Crates, como Filipo la de Hiparchias (1).

3. Muchas veces apaleaba á sus parientes porque venían á removerlo de su instituto, y perseveraba constante en él. Demetrio de Magnesia dice que depositó su dinero en casa de un banquista, con la condición de que lo diese á sus hijos si eran idiotas; mas en caso de ser filósofos, lo distribuyese al pueblo. Eratostenes refiere que habiéndole nacido un hijo llamado Pasicles, de Hiparchia, de que hablaremos, cuando fué ya crecido, lo llevó á casa de una esclava, y le dijo que éste era el casamiento que su padre le daba. Porque el premio de los adúlteros trágicos son los destierros y muertes; el de los cómicos, el meretricio; y el de la adulación y embriaguez, la demencia (2). Crates tuvo un hermano llamado Pasicles, que fué discípulo de Euclides, y de quien Favorino, en el libro II de sus *Comentarios*, trae una cosa chistosa. Es, que como pidiese no sé qué al director del gimnasio, le tocó

(1) En las ediciones Westeniana y Lipsiense añade el intérprete latino la dicción *destructa*; pero no estando en el texto griego ni versiones antiguas, se debe mirar como suplida, que puede ser buena ó mala. ¿Y por qué razón en la destrucción de Tebas, patria de Crates, no pudo Alejandro mandar se perdonase la casa de éste, como Filipo la de Hiparchia en la destrucción de Maronea su patria? El lector podrá suplir la palabra que le acomode, sea *destructa*, *servata* ú otra.

(2) Menagio sospecha con fundamento que el texto no está aquí íntegro. Pienso que Crates, dando á su hijo por mujer una esclava, quiere mostrar que en ninguna especie de drama podía ser su condición sacada al teatro; pues ni era casamiento de noble ni de ingenuo. Los errores de los grandes dan asunto á las tragedias; y los del pueblo ingenuo á las comedias: los esclavos nunca son protagonistas de ningún drama, pues nada pudieran interesar sus casos.

los muslos: mas indignándose éste, dijo Pasicles: «¿Qué es esto? ¿No son los muslos tan tuyos como las rodillas?»

4. Decía Crates que es imposible hallar uno que no haya errado; sino que todos son como la granada, en la cual, andando el tiempo, siempre se pudre uno ú otro grano. Habiendo una vez irritado al citarista Nicódromo, recibió un bofetón; mas él se pegó con pez en la frente un rótulo que decía: NICÓDROMO LO HACÍA (1). Perseguida de industria con dieterios á las ramerás, ejercitándose con esto á sufrir injurias. A Demetrio Falereo, que le envió pan y vino, le respondió con enfado: «¡Ojalá que las fuentes manasen panes!» Se sabe que siempre bebió agua. Los jueces de Atenas (2) lo reprendieron porque iba cubierto con una sábana, á los cuales respondió: «También os mostraré yo á Teofrasto cubierto con una sábana.» No creyéndolo ellos, los condujo á una tienda de barbero, donde á la sazón se estaba Teofrasto cortando el pelo (3).

Como lo azotase en Tebas el director del gimnasio (ó bien Eutícrates en Corinto) y lo arrastrase de un pie, sin alterarse en nada, repetía:

Por él umbral sagrado,
Cogido por los pies lo conducía (4).

Pero Diocles dice que quien lo arrastró fué Menedemo Eretriense; pues siendo éste hermoso, y

(1) Frase tomada de los pintores y esultores antiguos que en sus obras solían poner, v. gr., *Apeles faciebat*, como que no las daban por perfectas y acabadas.

(2) Ἀστυνόμων.

(3) Se suple que estaba cubierto con una sábana, esto es, los paños del barbero.

(4) Verso de Homero.



pareciéndole á Crates que Asclepiades Eliasio se servía de él, tocándole los muslos, le dijo: «Adentro, Asclepiades.» Por lo cual indignado Menedemo, lo arrastró por el suelo; y él dijo el verso referido.

5. Zenón Cititeo dice en sus *Chiríos* que cosió una vez al palio una piel de oveja, sin tener cuenta de la fealdad (1). Era feo de rostro, y cuando se ejercitaba en la palestra se le burlaban; pero él, levantando la manós, solía decir: «Confía, Crates, en tus ojos y restante del cuerpo; tú veras presto que éstos que se burlan ahora, caerán enfermos, te confesarán dichoso, y se tratarán á sí mismos de cobardes.» Decía que «se debe filosofar hasta tanto que los Generales de ejército parezcan conductores de asnos. Que los que no tienen otra compañía que la de aduladores, están tan solos y abandonados como los terneros dejados entre los lobos, pues ni aquéllos ni éstos son otra cosa que enemigos.»

6. Sintióse ya cercano á la muerte, solía cantarse á sí mismo lo siguiente:

Vas, corcovado amigo,
Bajando á las mansiones infernales,
Por tu larga vejez doblado y corvo.

Pues por su mucha edad andaba muy inclinado de cuerpo. Como Alejandro le dijese si quería que se reedificase su patria, respondió: «¿Y para qué, si luego algún otro Alejandro la volverá á destruir?» Y:

Que él tenía por patria
El propio menosprecio y la pobreza,
A quienes la fortuna no consume.

(1) ἀνεπιτρεπότητα.

Y también:—

Que de Diógenes era ciudadano,
A quien nunca la envidia lazos puso (1).

Hace memoria de él también Menandro en sus
Gemelos, diciendo:

Pasearás conmigo
Cubierta con tu palio,
Cual la mujer de Crates con su perro.

Casó sus hijas con sus discípulos,
Dándoles treinta días para prueba,
como él decía.

(1) Esto es, era ciudadano de *Pera*, ó zurrón, ciudad fundada por Diógenes, como se dijo arriba.



METROCLES.

1. Metrocles, discípulo de Crates, y hermano de Hiparchia, había antes estudiado con Teofrasto Peripatético, donde estuvo á pique de perder la vida. Fué el caso que, estando un día en la lección se le escapó una ventosidad involuntariamente. Tanto fué el rubor y pena que de ello le sobrevino, que se cerró en un cuarto con ánimo de dejarse morir de hambre. Sabídolo Crates, entró á él á fin de consolarlo, y habiendo comido antes altramuces, lo procuró persuadir primero con palabras, diciéndole que ningún absurdo había cometido, antes sería cosa monstruosa no despedir los flatos según la naturaleza: y luego, soltando él también su flato, lo curó de obra y lo alentó con razones. Desde entonces fué su discípulo, y salió un célebre filósofo.

2. Hecatón, en el libro I de sus *Chrios*, afirma que Metrocles quemó todos sus escritos, diciendo:

Imágenes soñadas
Es todo esto, y puras niñerías.

Algunos dicen que lo que quemó fué lo que había apuntado oyendo á Teofrasto, y que dijo:

Ven al punto, Vulcano» (1):
Tetis te necesita.

Decía: «Las cosas unas se adquieren por dinero, como la casa; otras con el tiempo y aplicación, como las disciplinas. Que las riquezas son nocivas si de ellas no se hace buen uso.» Murió ya viejo, sofocándose él mismo. Tuvo por discípulos á Teombroto y á Cleómenes. De Teombroto lo fué Demetrio Alejandrino; y de Cleómenes, Timarco Alejandrino y Echecles Efesino, que también oyó á Teombroto. De éste lo fué Menedemo, de quien trataremos adelante. Fué también célebre entre ellos Menipo Sinopense.

(1) Este verso de Homero lo dijo también Platón, como vimos en su *Vida*, pár. 4. Es el 392 del lib. xviii de la *Iliada*.



HIIPARCHIA.

1. También Hiparchia, hermana de Metrocles, se dejó llevar de los discursos de Crates: ambos eran naturales de Maronea. Agradábale tanto la vida y conversación de Crates, que ninguna ventaja de sus pretendientes, las riquezas, la nobleza, ni la hermosura la pudieron apartar de su propósito, pues Crates era todas estas cosas para ella. Aun amenazaba á sus padres que se quitaría la vida si no la casaban con él. Finalmente, como sus padres rogasen á Crates que la removiese de su resolución, hizo éste cuanto pudo, mas nada consiguió. Sacó, por último, todos sus muebles á su presencia, y la dijo: «Mira, éste es el esposo, y éstos sus bienes: consulta contigo misma, pues no podrás ser mi compañera sin abrazar mi instituto.» Eligiólo ella al punto, y tomando su vestido, andaba con Crates, usando públicamente del matrimonio, y concurriendo ambos á las cenas.

2. Hallóse, pues, en un convite que dió Lisimaco, en que también estaba Teodoro, el apellidado *Ateo*, al cual propuso el argumento siguiente: «Lo que pudo hacer Teodoro sin reprehensión de injusto, lo puede hacer Hiparchia sin reprehensión de injusta:

hiriéndose Teodoro á sí mismo no obró injustamente; luego tampoco Hiparchia obra injustamente buriendo á Teodoro.» A esto nada opuso Teodoro, contentándose con tirarla de la ropa; pero ella no se asustó ni turbó como mujer, sino que como Teodoro la dijese:

¿Eres la que dejaste
La tela y lanzadera?,

respondió: «Yo soy, Teodoro: ¿te parece, por ventura, que he mirado poco por mí en dar á las ciencias el tiempo que había de gastar en la tela?» (1). Estas y otras muchas cosas se refieren de esta filósofa (2). †

3. De Crates corre un libro de *Cartas*, en las cuales filosofa excelentemente, y el estilo se acerca mucho al de Platón. Escribió también *Tragedias* por un estilo elevadísimo y filosófico, por ejemplo, estos versos:

(No es mi patria una torre ó una casa;
Si que todos los pueblos de la tierra
Me sirven de mansión y de triclinio.

Murió muy viejo, y fué enterrado en Beocia.

(1) Parece alude esto á la respuesta que da á Cadmo su hija Agrave en la tragedia de Eurípides intitulada *Las Bacantes*.

(2) Soy del sentir de Kühnio acerca de que estas dos Vidas de Metrocles é Hiparchia son parte de la de Crates, como el mismo contexto manifiesta. Menagio, para separarlas, hace varias correcciones en el texto absolutamente arbitrarias. En la Vida de Zenón Estoico también se incluyen la de Aristón, la de Herilo y la de Dionisio.

MENIPO.

1. Menipo, también Cínico, y originario de Fenicia, fué esclavo, como dice Acaico en sus *Morales*; y Diocles añade que su amo fué Póntico y se llamó Bato. Como por su mucha codicia pidiese importunamente, pudo hacerse Tebano (1). No ha quedado de Menipo cosa de importancia: sus libros están llenos de chocarrerías, como los de Meleagro, coetáneo suyo. Hermipo dice que Menipo se hizo y fué llamado *usurero diario* (2). Practicó también la usura marítima, tomando prendas, con lo cual juntó mucho dinero. Finalmente, puéstole asechanzas, fué privado de todo y se ahorcó de pena. Yo le he hecho los versos siguientes:

¿Por ventura conoces á Menipo,
Oriundo de Fenicia, y Can Cretense?
(*Usurero diario* lo llamaban)
Pues en Tebas perdió cuanto tenía,
Abiertas las paredes de su casa.

(1) A saber: salió de esclavitud redimiéndose, y se hizo ciudadano de Tebas.

(2) ἡμεροδανειστήν. Debía de prestar dinero á plazo y usura diaria, lo cual no es hoy desconocido.

Si la naturaleza conociera
Del perro, ¿crees tú que se colgara? (1).

Algunos dicen que los libros que andan en su nombre no son suyos, sino de Dionisio y de Zopiro, Colofonios, que habiéndolos escrito por pasatiempo, se los entregaron á él, como suficientemente capaz de ponerlos en orden.

2. Hubo seis Menipos. El primero es el que escribió las cosas de Lidia, compendiando á Xanto (2). El segundo éste de que hemos tratado. El tercero fué sofista Stratoniceo, oriundo de Caria. El cuarto, estatuario. El quinto y sexto pintores, de quienes Apolodoro hace memoria.

3. Los libros de nuestro Cínico son trece, á saber: *Funerarias, Testamentos, Cartas elegantes, en persona de los dioses, á los físicos, matemáticos y gramáticos, La generación de Epicuro, La supersticiosa celebración epicúrea del día vigésimo del mes* (3), y otras obras.

(1) Parece quiso decir que siendo Cínico, no debía colgarse por haber perdido sus bienes, debiendo bastarle el zurrón. El haberse colgado indica que no era Cínico verdadero.

(2) Xanto había escrito cuatro libros sobre las cosas de Lidia, de los cuales hizo compendio dicho Menipo. Así, no son obras diversas las que parece indica el texto diciendo: *πρωτος, ο γραψας τα περι Αυδων, και Ξανθον επεσυμμενος.*

(3) De esto se trata en la misma Vida de Epicuro.

Si la naturaleza conociera

Del perro, ¿crees tú que se colgara? (1).

Algunos dicen que los libros que andan en su nombre no son suyos, sino de Dionisio y de Zopiro, Colofonios, que habiéndolos escrito por pasatiempo, se los entregaron á él, como suficientemente capaz de ponerlos en orden.

2. Hubo seis Menipos. El primero es el que escribió las cosas de Lidia, compendiando á Xanto (2). El segundo éste de que hemos tratado. El tercero fué sofista Stratoniceo, oriundo de Caria. El cuarto, estatuario. El quinto y sexto pintores, de quienes Apolodoro hace memoria.

3. Los libros de nuestro Cínico son trece, á saber: *Funerarias*, *Testamentos*, *Cartas elegantes*, en persona de los dioses, á los físicos, matemáticos y gramáticos, *La generación de Epicuro*, *La supersticiosa celebración epicúrea del día vigésimo del mes* (3), y otras obras.

(1) Parece quiso decir que siendo Cínico, no debía colgarse por haber perdido sus bienes, debiendo bastarle el zurrón. El haberse colgado indica que no era Cínico verdadero.

(2) Xanto había escrito cuatro libros sobre las cosas de Lidia, de los cuales hizo compendio dicho Menipo. Así, no son obras diversas las que parece indica el texto diciendo: πρώτος, ὁ γράψας τὰ περί Λυδῶν, καὶ Ξάνθον ἐπιτεμόμενος.

(3) De esto se trata en la misma Vida de Epicuro.



MENEDEMO.

1. Menedemo fué discípulo de Caloto Lampsaceno. Dióse á la superstición en tanto extremo que, según Hipobotó, iba por las calles vestido de Furia, y diciendo que «venía del infierno á observar los pecadores, para luego bajar allá y contárselo á los demonios.» Su vestido era una túnica talar de color obscuro, ceñida con una zona encarnada; en la cabeza un casquete arcádico, que tenía bordados ó tejidos los doce signos; coturnos trágicos, barba larguísima, y con un báculo de fresno en la mano.

2. Hasta aquí las *Vidas* de los Cínicos en particular: pondremos en común ahora sus dogmas, pues yo juzgo que esta fué secta filosófica, y no, como quieren algunos, *cierto modo de vida*. Son, pues, de sentir los Cínicos, que se deben quitar de la Filosofía los tratados lógicos y físicos (y en esto no difieren de Aristón Chío), empleándose sólo en la moral: lo cual unos lo atribuyen á Sócrates, y Diocles á Diógenes, afirmando que éste dijo *debemos inquirir*

Qué se hace malo ó bueno en nuestra casa.

También reprueban las humanidades (1); y aun dice Antistenes que los que nacieron templados (2) ni aun deben saber las letras, para no pervertirse con lo ajeno. Quitan igualmente la geometría, la música y demás artes semejantes. Por lo cual Diógenes, á uno que le mostró un horoscopio, le dijo: «Utilísima cosa es ésa para que no nos falte que cenar.» Y á otro que se gloriaba de músico, le dijo:

La humana ciencia rige las ciudades;
Pero las cantilenas, ni una casa.

3. Establecen por fin el *vivir según la virtud*, como dice Antistenes en su *Hércules*, lo mismo que los Estoicos, pues hay cierta analogía entre estas dos sectas; y así llamaron al cinismo, *un camino compendioso, ó un atajo para la virtud*. De la misma suerte vivió Zenón Citireo. Gustan asimismo de una vida fácil y simple, usando de la comida sobriamente, y de sólo palios. Menosprecian la riqueza, la gloria y la nobleza. Muchos de ellos se contentan con hierbas, y siempre beben agua fría. No buscan otro albergue que el que ocurre, aunque sea una tinaja, como Diógenes, el cual decía que «es propio de los dioses no necesitar de nada, y de los que se parecen á los dioses necesitar de poquísimas cosas.» Asientan que «la virtud es enseñable (como dice Antistenes en su *Hércules*), y que también es amisible. Que el sabio es digno de ser amado, no peca, es amigo de sus semejantes y nada deja al dominio de la fortuna» (3). A las cosas me-

(1) Τὰ ἐγκύκλια μαθήματα. — Véase la nota 2.^a á la Vida de Aristipo, tomo I, pág. 140.

(2) σώφρονας.

(3) Vitruvio, en el prefacio del lib. VI.

dias entre la virtud y el vicio las llaman *indiferentes*, como igualmente Aristón Chfo.

4. Estos fueron los Cínicos; pasemos ya á los Estoicos, el primero de los cuales fué Zenón, discípulo de Crates.



LIBRO SÉPTIMO.

ZENÓN.

1. Zenón, hijo de Mnaseo ó Demeo, natural de Citio, corta población griega en Chipre habitada de Fenicios. Tuvo la cerviz inclinada hacia un lado, como dice Timoteo Ateniense en el libro *De las vidas* (Y Apolonio de Tiro escribe que era delgado de cuerpo, de más que mediana estatura, y moreno de color; por lo cual hubo quien lo llamase *sarmiento egipcio*, como dice Crisipo en el libro I *De los refranes*. Tenía las piernas gruesas y duras, pero de pocas fuerzas. Por lo cual dice Perseo en sus *Comentarios sobre los convites*, que excusaba muchas veces concurrir á ellos. Dicen que gustaba mucho de los higos frescos y de estar al sol (1).

2. Fué, pues, como hemos dicho, discípulo de

(1) La dicción ἡλιοκατίζε, que pone Laercio, dativo plural de ἡλιοκατίζος, no se halla en otro autor, caso que sea legitima. Los intérpretes no se conforman en su significado. En mi versión sigo á Tomás Aldobrandini que es *apricationibus*. Tanaquilo Fabro quisiera leer ἑλαίαις, *aceitunas*.

Crates, luego lo fué de Stilpón, y de Xenócrates por espacio de diez años, según dicen algunos, de cuyo número es Timócrates en su *Dión*, añadiendo que también oyó á Polemón. Hecatón y Apolonio Tirio en el libro I *De Zenón* dicen, que habiendo consultado el oráculo acerca de lo que debía practicar para conseguir una vida feliz, le respondió la deidad, *se asemejase á los muertos en el color*; lo cual entendido, se entregó todo al estudio de los libros antiguos.

3. El unirse con Crates fué de esta manera: habiendo comprado una porción de púrpura, conduciéndola de Fenicia á Atenas, naufragó junto al puerto Pireo. Subió á la ciudad (era de unos treinta años de edad), se sentó en la tienda de un mercader de libros, y se puso á leer el libro II de los *Comentarios de Xenofonte*. Como la obra le gustase mucho, exclamó diciendo: «¿Dónde, dónde se hallan ahora estos hombres?» Pasaba á la sazón por allí Crates, y señalándoselo el librero, le dijo: «Sigue á ése.» Desde entonces fué ya discípulo de Crates; y aunque aptísimo para la filosofía, era demasiado honesto para el descaro cínico. Así, queriendo Crates curarlo de ello, le dió una olla de lentejas para que la llevase por el Cerámico (1); mas viendo que se avergonzaba y encubría, hirió y quebró

Otros traducen *frutas tempranas*. Puede ser voz compuesta de *ἥλιος*, *sol*, y del participio del verbo *καίωμαι*, *arder*, *quemarse*, *abrasarse*, etc. (así lo usa Hesiodo θεοῦ, v. 557), y significar que Zenón gustaba de los higos tiernos ó frescos, y también de los secos al sol. Véase adelante la nota 2.^a, página 37.

(1) El Cerámico era un célebre paraje de Atenas donde estaba el sepulcro de los que morían en la guerra, y de algunos otros.

la olla con el báculo. Como Zenón echase á correr, cayéndole (1) las lentejas piernas abajo, le dijo Crates: «¿Qué huyes, Fenicillo? no has padecido daño alguno.»

4. Oyó, pues, á Crates algún tiempo; y habiendo escrito estando con él sus libros *De la República*, le decían algunos jocosamente, que los había escrito *sobre la cola del perro* (2). Además de la *República*, escribió lo siguiente: *De la vida según la naturaleza*, *Del apetito*, ó *De la naturaleza del hombre*, *De las pasiones*, *De lo conveniente*, *De la ley*, *De la disciplina griega*, *De la vista*, *Del universo*, *De las señales*, *Dogmas Pitagóricos*, *Universales*, *De las dicciones*; cinco libros *De problemas homéricos*, *Discursos poéticos*. También son suyas las *Soluciones artísticas*, dos *Elencos*, *Comentarios*, y los *Morales de Crates*. Hasta aquí sus escritos.

5. Abandonó finalmente á Crates, y oyó á los arriba dichos por espacio de veinte años; y cuentan que decía: «Después de haber naufragado es cuando navego felizmente.» Algunos quieren dijese esto de Crates. Otros afirman que mientras vivía en Atenas supo la pérdida de su nave, y dijo: «Bien hace la fortuna que me impele á la filosofía.» Retirándose, pues, al pórtico Pecil (llamado también *Pisianactio*, y *Pecil* por las pinturas de Polignoto) (3), comenzó á pronunciar allí algunos discursos.

(1) De la voz *ρεούσης*, *chorreando*, consta eran lentejas cocidas y con caldo.

(2) *ἐπὶ τῆς του κυνὸς οὐράς*, etc., *sobre la cinosura*, ó estrella polar; frase ambigua que puede significar la cola de la Ursa menor y la secta Cínica.

(3) *ἐν τῇ ποικίλῃ στοᾷ*. Llamábase *poicile*, que significa *vario*, por la variedad de pinturas que en él había de mano de Polignoto y Micón.

sos, con designio de que que aquel lugar fuese frecuentado de gentes; ya que bajo de los treinta tiranos habían sido muertos en él hasta mil cuatrocientos ciudadanos. Concurrían además sus discípulos; y por esto fueron llamados *Estoicos* (1), así como antes se llamaban *Zenonios* por causa de su nombre, como atestigua Epicuro en sus *Epístolas*. Y aunque también se habían antes llamado *Estoicos* algunos poetas que vivieron allí, como dice Eratostenes en el libro VIII *De la Comedia antigua*, pero los discípulos de Zenón dieron mayor celebridad á este nombre.

6. Tuvieron en suma veneración á Zenón los Atenienses, tanto que depositaron en su poder las llaves de la ciudad, y lo honraron con una corona de oro y una estatua de bronce. Dícese que sus paisanos hicieron lo mismo (2) (estimando un ornamento tener la imagen de tal varón), y aun los Citieos que habitaban en Sidón. Amóle no menos Antígono, y concurría á oírlo siempre que venía á Atenas; y le hizo muchas instancias para que se fuese con él. Excusóse de esto; pero le envió á Perseo, hijo de Demetrio, uno de sus discípulos, también Citieo, el cual floreció en la olimpiada CXXX, siendo Zenón ya anciano. La carta de Antígono á él, según la trae Apolodoro de Tiro en sus escritos acerca de Zenón, es como se sigue:

EL REY ANTÍGONO Á ZENÓN, FILÓSOFO: GOZARSE.

7. «Creo bien que en fortuna y gloria te excedo; pero que te soy muy inferior en la elocuencia, en

(1) Por el pórtico, que en griego se llama *στοά* (*stoa*).

(2) Sería en su misma patria Citio, ó bien los Citieos que vivían en Atenas.

las disciplinas y en la perfecta felicidad que tú posees. Así he tenido por conveniente el llamarte á vivir conmigo, suponiendo que no te resistirás á mi súplica. Procura, pues, de todos modos venirme á mi casa, teniendo por seguro que no sólo te recibiré yo por mi maestro, sino también todos los Macedones. Quien al Rey de Macedonia instruye y guía por el camino de la virtud, es claro que también conduce y prepara sus vasallos al valor; pues cual fuere el Rey, tales son por la mayor parte sus súbditos.»

8. Y Zenón respondió así:

ZENÓN AL REY ANTÍGONO: GOZARSE.

«Apruebo el anhelo que tienes de aprender, en cuanto deseas abrazar la verdadera y fructuosa erudición, no la vulgar que pervierte las costumbres. Quien está ansioso de la filosofía, y se aleja de aquel decantado deleite que afemina los ánimos de tantos jóvenes, es claro que no sólo se inclina á lo noble por naturaleza, sino también por elección. Una naturaleza noble que tiene mediana aplicación, si es instruída debidamente, en breve llega á una perfecta adquisición de la virtud. Yo, á la verdad, me hallo débil de cuerpo á causa de la vejez, pues soy octogenario, y de ningún modo estoy ya para vivir contigo; pero te envío algunos de mis discípulos (1), que seguramente no me son inferiores en los dotes del alma, y en los del cuerpo se me aventajan. Si estás con ellos, no tardarás en llegar á la felicidad perfecta.»

(1) συσχολαστῶν.

9. Los que le envió fueron Perseo (1) y Filonidas Tebano, de quienes hace memoria Epicuro, como amigos de Antígono, en su *Carta á Aristóbolo* su hermano. He creído oportuno traer aquí el decreto de los Atenenses acerca de Zenón, que es del tenor siguiente:

DECRETO.

10. «Siendo arconte Arrenidas, la tribu de Acamante en su quinta Prefectura, en la década última de Memacterión (2), y el día 23 del Magistrado, la Curia de los Presidentes Hipón, hijo de Cratisteles; Xumpeteón, y demás de la Asamblea; Trasón, hijo de Trasón Anaceense, decretaron diciendo:— «Por cuanto Zenón Citieo, hijo de Mnaseo, ha estado muchos años filosofando en la ciudad, y se ha portado en lo demás como hombre de bien, ha exhortado á la virtud y templanza con sus lecciones á los jóvenes concurrentes á instruirse, proponiendo á todos su propia vida por el mejor modelo, siempre conforme á su doctrina. Fausto y feliz ha parecido al pueblo ensalzar á Zenón Citieo, hijo de Mnaseo, y honrarlo por ley con una corona de oro, por su mucha virtud y sabiduría, y construirle sepulcro público en el Cerámico. Para hacer la corona y edificar el sepulcro ya tiene el pueblo dada comisión á cinco ciudadanos atenienses.»—Este decreto sea grabado en dos columnas por mano de

(1) Pero éste no era condiscípulo suyo, sino discípulo y aun esclavo.

(2) Según Gaza y Petavio, es Septiembre; según Escaligero, cuya senténcia es la más recibida, es Octubre.

cuadratario (1) público, y podrá poner la una en la Academia, y la otra en el Liceo. Los gastos de estas columnas los satisfará el administrador público, para que todos sepan que el pueblo ateniense honra á los varones buenos tanto vivos como después de muertos. Para el edificio han sido comisionados Trasón Anaceo, Filocles Pireeo, Fedro Anaflistio, Medón Acarnense y Micito Simpaleteo.—Dión Peanieo.» Hasta aquí el decreto.

11. Antígono Caristio dice que el mismo Zenón no negó ser Citieo; pues habiendo sido uno de los que contribuyeron para restaurar el edificio de unos baños, y grabándose en una columna el nombre de *Zenón Filósofo*, quiso se añadiese *Citieo*. Hallándose una vez necesitado Crates, maestro suyo, tomó Zenón una cobertera cóncava de aceitera, y andaba

Recogiendo dineros para alivio
De las necesidades del maestro.

Dicen que cuando pasó á Grecia tenía más de mil talentos, con los cuales comerciaba por mar. No comía más que un panecillo con miel, y bebía un poco de vino generoso. Rara vez se sirvió de muchachos, y sólo una ó dos veces usó de una esclavita, por no parecer aborrecedor de las mujeres. Él y Perseo habitaban en una misma casa, y como éste enviase á su retrete una mujer tocadora de flauta, la despidió, y la remitió al mismo Perseo.

(1) Aunque el texto no dice absolutamente *grabar*, sino *inscribir*, ἐγγράψαι, traduzco así por haberse escrito en columnas, donde había de permanecer. Por la misma causa pongo la voz *cuadratario* que se daba á los escultores de letra.

Dícese que era fácil de conducir á cualquiera parte, de manera que Antígono banqueteara muchas veces con él, y ambos se pasaban á otros convites á casa de Aristocles, citarista; pero luego se retiraba. Que evitaba la multitud de gentes, y se sentaba en la grada más alta (1), ahorrándose con esto la mitad de la molestia: ni paseaba más que con dos ó tres. A algunos aun les exigía dinero para distribuirlo á los circunstantes, á fin de que no lo oprimiesen (2), como dice Cleantes en el libro *Del dinero*. Como lo circuyese una turba de gentes, señalando con el dedo en lo alto del pórtico una cerca de madera quitada del rededor de un ara, dijo: «Esa cerca en otros tiempos estaba en medio; pero por cuanto allí daba estorbo, fué puesta aparte: así vosotros, si os quitáis de en medio, me estorbaréis menos.»

12. Habiéndolo saludado Democares, hijo de Lacheto, y díchole que si tenía precisión de decir ó escribir algo á Antígono, él lo llevaría todo; desde que lo oyó, ya nunca más habló con él. Cuéntase también que, después de la muerte de Zenón, dijo Antígono: «¡Oh, qué espectáculo he perdido!» Y pidió á los Atenienses, por medio de Trasón su embajador, le construyesen sepulcro en el Cerámico. Preguntado también por qué lo admiraba tanto, respondió: «Porque habiendo recibido de mí muchos y grandes dones, ni se engrió, ni se abatió nunca.»

13. Era Zenón muy diligente en inquirir, y exac-

(1) Pudo ser en el teatro, en la escuela, ó en el Pecil, adonde habría gradas de asiento para los oyentes.

(2) Parece no podía hallar otro expediente peor para el intento.

tísimo en todo. Por esto, Timón en sus Sátiras (1) habla de él así :

A una Fenisa vi, vieja golosa,
Entre las sombras de fastoso orgullo,
Que todo lo apetece ; mas vacío
Se mira su canasto miserable,
Y ella con menos alma que scindapso (2).

Disputaba exacta y cuidadosamente con Filón Dialéctico, y estudiaban juntos; y así fué muy admirado de Zenón el joven, no menos que Diodoro su maestro.

14. Llevaba siempre en contorno varias gentes andrajosas y miserables (3), como dice el mismo Timón, así :

Para juntar consigo densa nube
De pobrísimas gentes, que asimismo
Eran de la República las heces.

Era de aspecto melancólico y áspero y de frente rugosa ; sumamente parco, de manera que todo respiraba en él una poquedad barbárica con so color de economía. Si reprendía á alguno, era concisa y brevemente, pero como trayendo la cosa de lejos ; por ejemplo, lo que dijo una vez á uno que tenía gran cuidado de hermosearse. Fué el caso que, como el tal pasase con suma lentitud un arroyo cenagoso, dijo : « Con razón teme el cieno, puesto que en él no puede espejarse. »

15. Como cierto Cínico dijese que no tenía aceite

(1) ἐν τοῖς σίλλοις.

(2) σκινδίψος era un pequeño instrumento músico de poca estimación. También es una hierba parecida á la hiedra.

(3) γυμνοῤύπαροι τινές.

en la aceitera y le pidiese, se lo negó. Luego que aquél se fué, dijo «que considerasen cuál de los dos había sido más importuno» (1). Sintiéndose inflamado en amor de Cremonides, permaneció sentado él y Cleantes, y sólo se levantó Cremonides; admirado de ello Cleantes, dijo Zenón: «Oigo decir á los buenos médicos que el mejor remedio para los que padecen tumores es la quietud.» Habiendo en un convite dos recostados debajo de él, como el que estaba á su lado diese con el pie al inferior, Zenón le daba á él con la rodilla; vueltosele éste, le dijo Zenón: «¿Qué te parece que podrá sufrir de tí quien está debajo de tí?» A un aficionado á los muchachos, le dijo: «Si los maestros están siempre con los niños, unos y otros pierden el juicio.» Decía que «los discursos perfectos) y elegantes de los hombres son semejantes á la moneda alejandrina, muy hermosos y orlados á guisa de moneda, pero no por eso mejores.» Y á los contrarios á éstos los comparaba á los tetradracmos áticos, cortados irregularmente y á la rústica; los cuales superan muchas veces á los discursos relamidos.

16. Disputando Aristón su discípulo muchas cosas sin ingenio, y algunas aun ciega y satisfechamente, le dijo: «No es posible sino que tu padre te engendró estando borracho.» Por esto lo llamaba hablador, siendo él tan breve en las palabras. A un comilón que apenas dejaba nada á los demás convidados, le quitó un pez, que á la sazón sacaron á la mesa, mostrando querérselo comer él; mas como el tal lo mirase, le dijo: «¿Cómo crees poder sufrir todos los días á los compañeros, si no puedes sufrir

(1) ἀναιδέστερος, «cuál se había portado con menos empacho, el Cínico pidiendo, ó él negando.»

uno solo mi hambre?» A un joven que hacía cierta pregunta con más curiosidad de lo que su edad permitía, lo acercó al espejo y le mandó se mirase; luego le dijo: «¿Te parece corresponden á tu aspecto semejantes cuestiones?» A uno que decía que muchas cosas de Antístenes no le gustaban, produciendo una sentencia (1) de Sófocles, le preguntó «si le parecía que había en ella algo de bueno»; como él dijese que no lo advertía, le respondió: «¿No tienes vergüenza de ir indagando y tener en la memoria alguna cosilla que haya errado Antístenes, y descuidarte de aprender lo que ha dicho de bueno?»

17. A uno que decía le parecían demasiado breves los dichos de los filósofos, le respondió: «Es verdad; y aun sus sílabas debieran ser cortas, si fuese dable.» Diciéndole uno que Polemón proponía una cosa y disputaba otra, poniendo el semblante airado, le dijo: «¿En cuánto estimabas lo que daba?» Decía que «el que disputa debe tener, como los actores, grandes la voz y fuerza; pero no abrir mucho la boca (2), como hacen los que hablan mucho y nada de importante.» También decía que á los que hablan bien no se les ha de dejar lugar, como á los buenos artistas en el espectáculo; por el contrario, que el oyente debe ser tal para lo que oye, que ni aun tenga tiempo para aplaudirlo (3). A un joven que hablaba mucho, le dijo:

(1) *Χρηστέον, un Chrio.*

(2) Los actores escénicos antiguos, no pudiendo su voz natural igualar á los maravillosos personajes que representaban, según los habían fingido los poetas, se ponían ciertas máscaras con la boca abierta, las cuales abultaban considerablemente la voz con el rimbombe de su hueco.

(3) Parece que todo esto se puede explicar, diciendo

uno solo mi hambre?» A un joven que hacía cierta pregunta con más curiosidad de lo que su edad permitía, lo acercó al espejo y le mandó se mirase; luego le dijo: «¿Te parece corresponden á tu aspecto semejantes cuestiones?» A uno que decía que muchas cosas de Antistenes no le gustaban, produciendo una sentencia (1) de Sófocles, le preguntó «si le parecía que había en ella algo de bueno»; como él dijese que no lo advertía, le respondió: «¿No tienes vergüenza de ir indagando y tener en la memoria alguna cosilla que haya errado Antistenes, y descuidarte de aprender lo que ha dicho de bueno?»

17. A uno que decía le parecían demasiado breves los dichos de los filósofos, le respondió: «Es verdad; y aun sus sílabas debieran ser cortas, si fuese dable.» Diciéndole uno que Polemón proponía una cosa y disputaba otra, poniendo el semblante airado, le dijo: «¿En cuánto estimabas lo que daba?» Decía que «el que disputa debe tener, como los actores, grandes la voz y fuerza; pero no abrir mucho la boca (2), como hacen los que hablan mucho y nada de importante.» También decía que á los que hablan bien no se les ha de dejar lugar, como á los buenos artistas en el espectáculo; por el contrario, que el oyente debe ser tal para lo que oye, que ni aun tenga tiempo para aplaudirlo (3). A un joven que hablaba mucho, le dijo:

(1) *χρησιν, un Chrío.*

(2) Los actores escénicos antiguos, no pudiendo su voz natural igualar á los maravillosos personajes que representaban, según los habían fingido los poetas, se ponían ciertas máscaras con la boca abierta, las cuales abultaban considerablemente la voz con el rimbombe de su hueco.

(3) Parece que todo esto se puede explicar, diciendo

«Tus orejas se han confundido ya con la lengua» (1). A uno muy hermoso de cuerpo, que decía que no le parecía que el sabio debía ser amado, le respondió: «No hay cosa más miserable que vosotros bonitos.»

18. Decía igualmente que «muchos filósofos ignoran las cosas principales, y saben muy bien las pequeñas y fortuitas.» Y aun añadía aquello de Cafesio, el cual, habiendo visto á uno de sus discípulos que cantaba con grande hinchazón y fuerza, le dió un golpe, y le dijo: «No en lo grande está lo bueno, sino en lo bueno lo grande.» Hablando un mozo con demasiada audacia, le dijo: «No quiero decirte, oh mancebo, lo que me ocurre.» Habiéndosele juntado un joven Rodio hermoso y rico, pero sin otra prenda alguna, no queriendo recibirlo, le mandó primero sentar en unas gradas llenas de polvo, á fin de que se le manchase la ropa, que toda era de colores; luego lo colocó entre los mendigos, para que se la maltratasen con sus vestidos rústicos y astrosos, hasta que finalmente se fué el tal mancebo.

19. Decía que «en todos es muy indecoroso el fasto (2), pero singularmente en los jóvenes. Que no conviene ejercitar la memoria en las voces y palabras, sino el entendimiento en las disposiciones útiles, á fin de no tomarla como si fuese un caldo ó una vianda.» Que á los jóvenes conviene usar toda

«que los que hablan bien no debieran callar nunca, y los oyentes deben estar atentísimos como en el teatro», embebidos todos en lo que oyen.

(1) Τὰ ὦτά σου εἰς τὴν γλῶτταν συνεῤῥόηκε. Como si dijera: «Tu lengua habla ya tanto cuanto tus orejas oyen, puesto que éstas oyen muchas voces á un tiempo.»

(2) τὸν τῦρον.

compostura en el andar, en la figura y en el vestido (1), y pronunciaba—á menudo aquellos versos del *Capaneo*, de Eurípides :

De qué vivir tenía en abundancia ;
 Pero de ningún modo
 Con la felicidad era soberbio,
 Ni gastaba más fasto que un mendigo.

Decía que «nada hay más ajeno de las ciencias que la satisfacción propia (2), ni cosa más necesaria que el tiempo.» Preguntado qué cosa es el amigo, respondió: «Un otro yo.» Dicen que una vez azotaba un esclavo cogido en hurto; y como éste dijese que era destino suyo el hurtar, respondió: «Y también el ser azotado» (3). Decía que «la hermosura es la flor de la voz.» Otros quieren que dijese que «la voz es la flor de la belleza.» Habiendo visto algunos cardenales en un esclavito de un familiar suyo, le dijo: «Veo allí las huellas de tu furor.» Viendo á uno muy ungido de ungüentos, dijo: «¿Quién huele aquí á mujer?» Preguntándole Dionisio Metatemeno por qué sólo á él no lo corregía, respondió: «Porque todavía no fío de tí» (4).

(1) Περιβολή.

(2) El texto griego tiene aquí ποιήσεως, que la poesía. Mer. Casaubono, viendo que Zenón citaba continuamente versos de poetas, tiene dicha voz por corrupta, y sustituye διήσεως, vanidad y satisfacción propia. Menagio retiene el ποιήσεως por razón que Zenón tenía por inútiles las humanidades, como veremos adelante, pár. 25, por acusación de Casio Escéptico.

(3) P. ro Séneca, *De consolat. ad Helvid.*, cap. XII, dice que Zenón no tuvo esclavo alguno: acaso sería después de enviado Perseo al rey Antígono.

(4) Porque éste se había pasado á los Epicúreos. Esto significa su sobrenombre.



A un joven que hablaba demasiado, le dijo: «Tenemos dos orejas y una boca para oír mucho y hablar poco.»

20. Hallábase una vez en un convite sin hablar palabra alguna; y preguntándole la causa de su silencio, respondió: «Dirás al Rey que hay uno aquí que sabe callar.» Los que le preguntaron esto eran embajadores enviados por Tolomeo, y deseaban tener qué decir de él al Rey. Preguntado de qué animo estaba contra la maledicencia, respondió: «Como cuando un embajador es despedido sin respuesta.» Dice Apolonio Tirio que como Crates lo apartase de Stilpón tirándolo de la ropa, dijo: «Oh Crates, bien es que tires los filósofos hacia tí por los oídos; cuando los hayas persuadido, entonces te los has de llevar. Si me llevas por fuerza, el cuerpo sí estará contigo, pero el alma con Stilpón.» También estuvo con Diodoro, según dice Hipoboto, con el cual estudió la dialéctica; y aunque ya aprovechado, iba, sin embargo, á oír á Polemón sin vanidad alguna, tanto, que cuentan dijo Polemón: «No estás oculto, Zenón; tú te metes por las puertas del jardín vestido á lo Fenicio y nos hurtas los dogmas.»

21. A cierto dialéctico que por medio de un silogismo llamado *el segador*, le demostraba siete ideas de dialéctica, le preguntó qué paga quería, y pidiéndole aquél cien dracmas, él le dió doscientas: tanto era el amor que tenía de instruirse. Dicen fué el primero que usó el nombre $\kappa\alpha\theta\eta\kappa\omicron\nu\nu$ (1) (catécon), é hizo de él un discurso. Mudaba así estos versos de Hesíodo:

(1) *Oficio ó servicio.*

Óptimo quien aprende oyendo al sabio;
Y bueno quien por sí lo aprende todo.

«Pues debe preferirse —decía— aquel que puede oír bien lo que se enseña, y aprovecharse de ello, á aquel que por sí mismo lo aprende todo; porque éste sólo tiene inteligencia, pero aquél, obedeciendo, tiene también la práctica (1). Dícese que preguntado por qué siendo tan austero, en los convites era divertido, respondió: «También los almucres, siendo amargos, con el remojo se endulzan.» Hecatón en el libro II de sus *Chríos* dice también que solía relajar su ánimo en semejantes concurrencias, y decir que «es mejor tropezar con los pies y caer, que no con la boca. Que una cosa bien hecha, aunque sea poco á poco, no es cosa poca.» Otros dicen que esto es de Sócrates.

22. Era pacientísimo y frugalísimo, usando de comestibles sin preparar (2) y un palio de poco precio, tanto que se decía de él:

(1) Los versos de Hesíodo son el 293 y 295 de su *Obras y días*. Dicen:

«Aquel es óptimo que sabe por sí mismo todas las cosas;
Y bueno aquel que obedece á quien bien enseña.»

Zenón mudó el concepto, como se ve en los versos del texto, prefiriendo á quien estudió con maestro, en lo cual parece que Zenón va fuera de todo fundamento.

(2) ἀπυρρῶ τροφῇ χρῶμενος, usaba comida sin fuego. Meibomio pretende corregir el texto, que supone corrupto, creyendo que Zenón no siempre usaría comidas que no necesitan fuego para prepararse. Aun cuando esto fuese, no creo hay necesidad de corrección, pues como por lo regular usase de comidas simples y sin cocer, poco importaría para la legitimidad del texto común que una ú otra vez comiese cosas cocidas. Pero ¿qué dificultad pudo hallar Meibomio en esto, cuando tantos y tantos lo han practicado? Ya se

No le acobarda ó mueve el crudo invierno,
 Larga lluvia, de Febo los ardores,
 Penosa enfermedad, ni cuanto tienen
 Los hombres en aprecio;
 Antes se entrega todo noche y día,
 Siempre invicto, al estudio de las ciencias.

Los poetas cómicos no echaban de ver que sus sátiras lo ensalzaban más; v. gr., Filemón, que en su drama intitulado *Los filósofos* habla así:

Pan é higos secos come, y agua bebe;
 Una filosofía nueva enseña;
 Enseña á tener hambre,
 Y para ello discípulos recoge.

Otros lo atribuyen á Posidipo. Ello es que vino á parar en proverbio decirse de él: «Es más parco que el filósofo Zenón.» También el mismo Posidipo dice en sus *Transferidos* (1):

. De modo, que en diez días
 Nos parece Zenón más continente.

A la verdad, él excedió á todos, tanto en esta virtud como en la gravedad, y aun en la longitud de vida; habiendo muerto á los noventa y ocho años de edad, y viviendo sano y sin enfermedad alguna. Perseo en sus *Escuelas de moral* trae que Zenón gobernó la escuela cincuenta y ocho años.

23. Su muerte fué de esta manera: saliendo de la escuela tropezó y se lastimó un dedo; luego,

dijo arriba que Zenón gustaba mucho de la fruta; pero se confirma mucho más de los versos de Filemón que se siguen más abajo. Esto mismo se dice también de Pitágoras en su *Vida*.

(1) Es el título de la comedia. Ateneo la cita en singular, *El transferido*.

dando un golpe en tierra con la mano, pronunció aquello de la *Niobe*:

He aquí que vengo ya: ¿por qué me llamas?

Y al punto murió sofocándose él mismo. Los Atenienses lo enterraron en el Cerámico, y lo honraron con los decretos arriba puestos, atestiguando su virtud. Antípatro Sidonio también lo alabó en los versos siguientes:

Éste, éste es Zenón, honor de Citio,
Ascendido al Olimpo en otro tiempo.
No puso, no, á Pelión encima de Ossa,
Pues ni el valor de Alcides puede tanto,
Sino encontrando él solo por camino
La virtud que conduce á las estrellas.

Otros escribió Zenodoto Estoico, discípulo de Diógenes, que son:

Tú, Zenón, venerable y cano viejo,
Mudo supiste hallar de contentarte
Con poco, y de dejar locas riquezas.
Tú inventaste el decir fuerte y robusto;
Fundaste sabia y sólida tu secta,
De libertad intrépida gran madre.
Si es Fenicia tu patria nada importa;
También lo fué de Cadmo, por quien Grecia
Ha podido escribir tanto volumen (1).

Y Ateneo, poeta epigramático, dice en común de todos los Estoicos lo siguiente:

¡Oh muy sabios Estoicos,
Que sobre sacras páginas pusisteis
Prestantísimos dogmas!
Que sólo la virtud es bien del alma;

(1) Cadmo llevó de Fenicia á Grecia el arte de escribir en diez y seis letras del alfabeto.



*Que por ella se libra
 La vida de los hombres y los pueblos.....
 Contra lo que tenía persuadido
 A muchísimos hombres una Musa (1),
 Diciendo que el deleite
 Es el último fin de los mortales.*

Y aun yo en mi *Miscelánea métrica* canté su muerte de esta forma :

Cuál de Zenón Citieo fué la muerte,
 Es cuestión indecisa : quieren muchos
 Que de vejez saliese de esta vida ;
 Otros, que por privarse de alimento,
 Y otros, que tropezase y que cayese,
 Y dando con la mano un golpe en tierra,
 Dijo : « He aquí que vengo voluntario ;
 ¡Qué me llamas, oh muerte, qué me llamas!»

pues hay quien diga que murió de este modo. Esto es lo que se cuenta acerca de su muerte.

24. Demetrio de Magnesia dice en sus *Colombroños* que siendo Zenón todavía muchacho, Mnaseo su padre, yendo á menudo á Atenas, como comerciante que era, le traía muchos libros socráticos. Así, ya en su patria misma estaba con buenas disposiciones y principios, de manera que pasándose á Atenas se unió á Crates. Y aun añade que parece fué quien puso fin á los errores acerca de las Enunciaciones. Dicen también que solía jurar por vida de las alcaparras, así como Sócrates por el perro.

25. Hay algunos, sin embargo, que acusan á Zenón en diferentes cosas, uno de los cuales es Casio Escéptico. Primeramente, en dar al principio

(1) *Euterpe* ó *Talia*, pues ambas pueden significarse aquí. Véanse los versos mismos en la *Vida de Antistenes*, núm. 8.

de su *República* por inútil la disciplina encíclica (1). Lo segundo, en llamar mutuos enemigos á los contrarios, á los esclavos, á los extranjeros y á todos los que no son buenos y aplicados; haciendo con esto á los padres enemigos de sus hijos, á los hermanos, de sus hermanos, y á los parientes, de sus parientes. Asimismo en que trae en su *República* que sólo son ciudadanos, amigos, parientes y libres los virtuosos y buenos. Así que para los Estoicos los padres é hijos son enemigos entre sí cuando unos y otros no son sabios. También, que establecía por dogma el que las mujeres fuesen comunes á todos, según quiso Platón en su *República*. Que en sus *Doscientos* no quiere que en las ciudades se construyan templos, tribunales ni gimnasios. Que sobre la moneda escribe así: «Se ha de decir que la moneda ni se debe prevenir para cambios ni para viajes»; y que también manda que «usen un mismo vestido hombres y mujeres, sin ocultar señaladamente parte alguna.»

26. Que hay escrita tal obra suya *De la República*, lo dice Crisipo en la suya asimismo *De la República*. También disputa del amor al principio del libro intitulado *Arte de amar*. Semejantes cosas escribe también en sus *Diatribas*. Algunas de dichas cosas se hallan en Casio y en Isidoro Pergameno, retórico, el cual dice además que Atenodoro Estoico, custodio de la Biblioteca de Pérgamo, borró de los libros de los Estoicos las opiniones menos buenas que contenían; pero que después fué todo restituído, sobrecoigido Atenodoro en el delito y puesto en sumo riesgo. Hasta aquí de los dogmas que se condenaron.

(1) Véase la nota 2.^a, pág. 140, tomo I.

27. Hubo ocho Zenones. El primero el Eleate, de que más adelante trataremos. El segundo éste de quien escribimos. El tercero Rodio, historiador de su patria (1). El cuarto fué historiador que escribió la *Historia de Pirro en Italia y Sicilia* y un *Epítome de las cosas de los Romanos y Cartagineses*. El quinto fué discípulo de Crisipo, y escribió algunos pocos libros, pero dejó muchos discípulos. El sexto fué médico de la escuela de Herófilo, hombre de mucha inteligencia, pero de poco método en el escribir. El séptimo fué gramático, de quien andan, entre otras cosas, algunos epigramas, Y el octavo Sidonio, filósofo epicúreo, ilustre por su juicio y estilo.

28. Los discípulos de Zenón fueron muchos; pero los más célebres son Perseo Citieo, hijo de Demetrio, el cual fué, según unos, pariente suyo, según otros, su criado, y uno de los que Antígono le había enviado por amanuense, ayo antes de su hijo Alcioneo. De éste se dice que habiendo querido Antígono experimentarlo, hizo le anunciásen fingidamente que sus posesiones habían sido devastadas por los enemigos; y como se contristase, le dijo: «¿Ves cómo las riquezas no son cosa indiferente?»

29. Los libros de Zenón son éstos: *Del reinar, La República de Lacedemonia, Del casamiento, De la impiedad, Tiestes, Del amor, Exhortaciones, Diatribas*, cuatro libros de *Chrios, Comentarios*, siete libros *acerca de las leyes de Platón*. También fueron discípulos suyos Aristón Chío, hijo de Mil-

(1) *ιστοριαν ἐνιαίων*, ó bien *ἐνιαίων*. Parece quiso decir que la escribió en un volumen ó libro solo. Diodoro Siculo, lib. v, cita este Zenón, como también Polibio en los fragmentos.

ciades, que es quien introdujo la *indiferencia*. Herilo Cartaginés, que puso á la ciencia por *fin*. Dionisio, que se pasó á la secta voluptuosa, pues padeciendo un vehemente mal de ojos, no podía acomodarse á tener al dolor por cosa indiferente. Sfero Bosforiano; Cleantes Asio, hijo de Fanio, el cual le sucedió en la escuela, y á quien comparaba «con las tablitas de cera dura, en que se graba dificultosamente, pero retienen mucho lo grabado.» Este Sfero oyó también á Cleantes después de muerto Zenón; hablaremos de él en la *Vida de Cleantes*. Hipoboto pone por discípulos de Zenón también á Atenodoro Solense, á Filonides Tebano, á Calipo Corintio, á Posidonio Alejandrino y á Zenón Sidonio. Propúseme tratar en la *Vida de Zenón* de todos los dogmas de los Estoicos en general, por haber sido el fundador de esta secta. Existen de él los muchos libros arriba mencionados, en los cuales habla cual ninguno de los Estoicos. Sus dogmas en común son los siguientes; bien que los pondré sumariamente como acostumbro hacer en otros.

30. Dicen, pues, los Estoicos, que la filosofía, se divide en tres partes, á saber: en natural, moral, y racional ó lógica. Así la dividió el primero de todos Zenón Citieo en el libro *Del discurso* (1), y después Crisipo en su libro I *Del discurso*, y en la primera parte de su *Física*; Apolodoro Efilo en el libro I de su *Introducción á los dogmas*; Eudromo en sus *Elementos de moral*: Diógenes Babilonio y Posidonio. Apolodoro llama *lugares* á dichas tres partes; Crisipo y Eudromo las llaman *especies*; los demás, *géneros*. Comparan la filosofía

(1) εν τῷ περὶ λόγου.

á un animal, á saber: la racional á los huesos y nervios; la moral á la carne, y la natural ó física al alma. También la comparan á un huevo, esto es, lo exterior es la lógica ó racional; lo que se le sigue, la moral; y la física ó natural, lo del centro. Asimismo, á un campo fecundo, pues las cercas son la lógica; los frutos la moral, y el terreno ó las plantas son la física. Finalmente la comparan á una ciudad murada, y gobernada por la razón.

31. No prefieren una á otra ninguna de estas partes, según algunos de ellos escriben, sino que las mezclan y las enseñan unidas. Otros ponen primero la lógica, segundo la física, y tercero la moral: de estos es Zenón en el libro *Del Discurso*, Crisipo, Archidemo y Eudemo. Pero Diógenes Ptolemaico empieza por la moral; Apolodoro la pone por segunda; y Panecio con Posidonio comienzan por la física. Así lo dice Faniás, familiar de Posidonio, en el libro I de la obra intitulada *De las Escuelas de Posidonio*.

32. Cleantes hace seis partes, que son: dialéctica, retórica, moral, civil, física y teológica. Otros, como Zenón Tarsense, dicen que éstas no son partes del discurso, sino de la misma filosofía. Algunos dicen que la parte lógica ó racional se divide en dos disciplinas, que son retórica y dialéctica, á las cuales hay quien añade otra especie llamada *definitiva*, que versa sobre las reglas y juicios. Otros aun dividen esta definitiva; pues de las reglas y juicios toman todavía para hallar la verdad (dirigiendo por ello la diferencia de las ideas) (1), como también para conocerla, puesto que las cosas se comprenden por sus nociones. Que la retórica es

(1) φαντασιῶν.

el arte de decir bien en discurso dilatado; y la dialéctica, el de disputar rectamente por preguntas y respuestas; por lo cual la definen también: ciencia de lo verdadero, de lo falso y de lo dudoso (1). Que la retórica misma se divide en tres partes: una es la consultiva (2), otra la judicial, y otra la encomiástica (3). Divídenla también en invención, elocución, disposición y acción. Que la oración retórica consta de exordio, narración, confutación y epílogo. Que la dialéctica se divide en dos lugares, á saber: en el lugar de las cosas que se significan, y en el de la voz. Que el lugar de las cosas que se significan se divide en lugar de fantasías ó imágenes, en lugar de las cosas dimanadas de ellas, expuestas por palabras, por axiomas, y otras perfeccionadas por sí mismas, por predicamentos y semejantes rectos y pasivos, géneros y especies; y en lugar que trata de las oraciones (4), de los tropos, de los silegismos, y de los sofismas nacidos de voces y cosas. De éstos son las proposiciones (5) falsas, las verdaderas y las negativas, los sorites y otros semejantes, los defectuosos, los ambiguos, los concluyentes ó terminantes, los ocultos, los cornutos, los outidas y los segadores (6).

33. Que la dialéctica tiene un lugar propio de la voz misma, según ya dijimos, en el cual se demuestra la voz escrita, y las partes del razonamiento (7), el solecismo y barbarismo, los poc-

(1) καὶ ουδετέρων, De las cosas neutras.

(2) συμβουλευτικόν, acaso podría ser meditativa.

(3) O sea, demostrativa.

(4) λόγων. Todo el periodo es obscuro.

(5) λόγους.

(6) Nombres de argumentos capciosos.

(7) λόγου μέρος.

mas (1), las anfibologías, la dulzura de la voz misma en la música, y aun, en sentir de algunos, sus terminaciones, divisiones y palabras. Utilísima, dicen, es la teoría de los silogismos; pues manifiestan lo demostrativo, son muy conducentes para rectificar los dogmas, indican el orden, y confirman fuertemente la memoria. Que la oración ó razonamiento mismo (2) es un complejo de ilaciones; y el silogismo es un razonamiento (3) puesto en forma, constante de las mismas ilaciones. Que la demostración es un racionio (4) que en todas las cosas colige de lo más comprensible lo difícil de comprender. Que la fantasía es una impresión en el ánimo, y toma el nombre propiamente por traslación de las figuras de sellos impresas en cera; pero que hay una fantasía comprensible, y otra incomprensible. La comprensible, que dicen es el juicio ó criterio de las cosas, es producida por un objeto existente y según es en sí, impresa y grabada profundamente. La incomprensible es la que ó no dimana de objeto existente, ó si dimana, no tiene la matriz ó molde acomodado á él, ni menos es su copia.

34. Que la dialéctica es necesaria, y una virtud especial que contiene otras virtudes. Que el evitar la caída es ciencia que enseña cuándo conviene consentir y cuándo no. Que la circunspección y prudencia es una fuerte razón (5) para lo verosí-

(1) No deja de confirmarse de aquí la corrección que hicimos con Mer. Casaubono á la voz ποιήσεως del párrafo 19.

(2) λόγον αὐτον.

(3) λόγον.

(4) λόγον.

(5) λογον.

mil, á fin de no ceder fácilmente á ello. Que la irreprehensibilidad tiene fuerza en la oración para no dejarnos llevar á cosas en contrario. Que la exclusión de la vanidad es un hábito que sujeta la fantasía á la recta razón. Que la ciencia ó es una comprensión cierta, ó un hábito que en la recepción de las fantasías ó imágenes no se aparta de la razón. Que el sabio, sin la teoría de la dialéctica, no dejará de errar en el razonamiento; pues por ella se discierne lo verdadero de lo falso, lo probable, de lo dicho anfibológicamente. Que sin ella no hay camino para preguntar y responder, y su ignorancia causa la precipitación que vemos en las enunciaciones y demás operaciones; de manera que todo se vuelve fatilidad y desorden en los que no tienen ejercitadas las imaginaciones ó fantasías. Que el hombre sin dialéctica no será agudo, grave en el decir, perspicaz ni sabio, ni menos podrá parecerlo; pues de uno mismo es el hablar y pensar rectamente, el disputar de lo que se le propone, y responder á lo que se le pregunta; las cuales cosas son propias del hombre práctico en la dialéctica.

35. Esto es sumariamente lo que sintieron acerca de la racional ó lógica; pero yo pondré también en particular lo perteneciente á la arte institutiva de ellos, conforme lo trae Diocles de Magnesia en su *Discurso* (1) *de los Filósofos*, diciendo: «Los Estoicos tratan primero de lo perteneciente á la fantasía y al sentido, en cuanto es el criterio con que se conoce la verdad de las cosas, el cual es la fantasía misma; y en cuanto el raciocinio acerca del asenso, de la comprensión, y de la inteligencia que precede á todo lo demás, no puede subsistir sin la

(1) ἐπιδρωμή.

mil, á fin de no ceder fácilmente á ello. Que la irreprehensibilidad tiene fuerza en la oración para no dejarnos llevar á cosas en contrario. Que la exclusión de la vanidad es un hábito que sujeta la fantasía á la recta razón. Que la ciencia ó es una comprensión cierta, ó un hábito que en la recepción de las fantasías ó imágenes no se aparta de la razón. Que el sabio, sin la teoría de la dialéctica, no dejará de errar en el razonamiento; pues por ella se discierne lo verdadero de lo falso, lo probable, de lo dicho anfibológicamente. Que sin ella no hay camino para preguntar y responder, y su ignorancia causa la precipitación que vemos en las enunciaciones y demás operaciones; de manera que todo se vuelve futilidad y desorden en los que no tienen ejercitadas las imaginaciones ó fantasías. Que el hombre sin dialéctica no será agudo, grave en el decir, perspicaz ni sabio, ni menos podrá parecerlo; pues de uno mismo es el hablar y pensar rectamente, el disputar de lo que se le propone, y responder á lo que se le pregunta; las cuales cosas son propias del hombre práctico en la dialéctica.

35. Esto es sumariamente lo que sintieron acerca de la racional ó lógica; pero yo pondré también en particular lo perteneciente á la arte institutiva de ellos, conforme lo trae Diocles de Magnesia en su *Discurso* (1) *de los Filósofos*, diciendo: «Los Estoicos tratan primero de lo perteneciente á la fantasía y al sentido, en cuanto es el criterio con que se conoce la verdad de las cosas, el cual es la fantasía misma; y en cuanto el raciocinio acerca del asenso, de la comprensión, y de la inteligencia que precede á todo lo demás, no puede subsistir sin la

(1) ἐπιδρομή.

fantasía. Precede, pues, la fantasía, y luego viene el entendimiento, que enuncia lo que ha recibido de la fantasía, y lo produce por palabras ó discurso. Dicen que *fantasía* y *fantasma* se diferencian; pues *fantasma* es visión del entendimiento, como las que tenemos soñando; y *fantasía* es una impresión que se hace en el alma, á saber, *Mutación*, como se explica Crisipo en el libro XII *Del alma*. Esto no se ha de entender que la impresión es como la de un sello meterial, pues con éste no pueden hacerse muchas impresiones en una cosa misma; sino que se entiende que *fantasía* es la impresa, grabada y sellada por quien existe y según existe, cual ciertamente no la produciría quien no existe.

»36. Según ellos, unas de estas *fantasías* son sensibles, y otras no. Son sensibles las que se perciben por el órgano ú órganos sensorios; y no sensibles son las cosas que sólo se perciben por la muerte, v. gr., las incorpóreas y demás, sólo comprensibles por la razón. Las *fantasías* sensibles las producen y hacen cosas existentes por semejanza y asenso. De estas *fantasías* hay también algunas aparentes ó manifiestas, como las producidas por objetos existentes. Hay asimismo *fantasías* racionales, y las hay irracionales. Racionales son las de los animales racionales; irracionales las de los irracionales. Las racionales son ó se llaman *pensamientos*; las irracionales no tienen nombre. Hay unas artificiales, y otras sin arte; pues de un modo considera una imagen el artífice, y de otro el no artífice.

»37. *Sensibilidad*, según los Estoicos, se llama un espíritu que, tomando origen de la parte principal (1), se extiende y llega hasta los sentidos, hasta

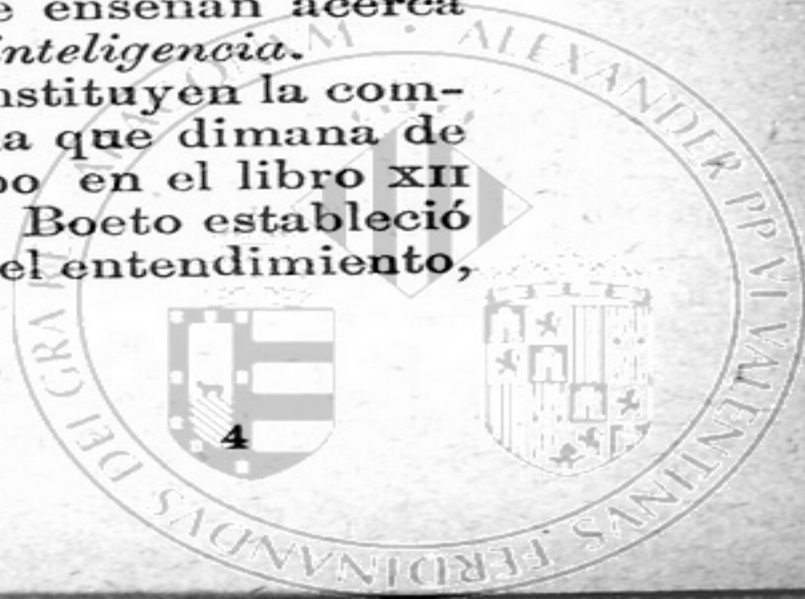
(1) ἀφ' ἡγεμονικοῦ, à ductore: ab imperandi capaci.

la percepción que éstos hacen, y hasta los órganos sensorios (de quienes hay algunos débiles); y la operación ó acción se llama *sensación* ó *sentido*. La percepción ó comprensión dicen estos filósofos que se hace por la sensación ó sentido, v. gr., lo blanco y lo negro, lo escabroso y lo liso; y por ilación de raciocinio, v. gr., la existencia y providencia de los dioses. Que de las cosas que se entienden, unas se entienden por incidencia, otras por semejanza, otras por analogía, otras por metátesis (1), otras por síntesis (2), y otras por contrariedad. Por incidencia se entienden las cosas sensibles: por semejanza se entienden á causa de otra cosa adyacente, v. gr., Sócrates se conoce por su retrato: por analogía se conocen á causa del aumento, v. gr., Ticio y Cíclope; y á causa de la disminución, v. gr., un pigmeo. También el centro de la tierra se conoce por analogía con otros globos menores. Por metátesis, v. gr., considerándonos los ojos puestos en el pecho. Por síntesis se entienden á la manera que entendemos el hipocentauro. Y por contrariedad, como entendemos la muerte. También se entienden algunas cosas por transición, v. gr., los dichos ó palabras, y el lugar. Aun naturalmente se entiende y conoce lo justo y lo bueno; y por privación, v. gr., un manco.» Estos son los dogmas que enseñan acerca de la *fantasía*, del *sentido* y de la *inteligencia*.

38. Por criterio de la verdad constituyen la comprensión de la *fantasía*, á saber, la que dimana de objeto existente, como dice Crisipo en el libro XII de *Física*, Antípatro y Apolodoro. Boeto estableció muchos de estos criterios, que son: el entendimiento,

(1) O sea *translación* ó *transposición*.

(2) *Composición*.



el sentido, el deseo y la ciencia; pero Crisipo se aparta de él en el libro I *Del discurso* (1), estableciendo por criterios de la verdad el *sentido* y la *prolepsis*, ó sea *anticipación*; puesto que la *prolepsis* es una inteligencia natural de las cosas en común ó universalmente. Otros Estoicos más antiguos dejaron establecido que la recta razón es el criterio de la verdad: así lo dijo Posidonio en el libro *Del criterio*.

39. La especulación ó teoría de la dialéctica sienten muchos unánimemente que toma principio del *lugar* de la voz. La voz es el aire herido, ó bien el mismo sentido del oído, como dice Diógenes Babilonio en su libro *Del arte de la voz*. La voz del animal es el aire herido con furia; pero la del hombre es ordenada, y sale de la mente, según dice Diógenes, la cual se perfecciona desde el año catorceno de edad. Los Estoicos dicen que la voz es cuerpo, según escriben Archedemo en el libro *De la voz*, Diógenes, Antípatro y Crisipo en el libro II de su *Física*; porque todo agente es cuerpo, y la voz es agente, puesto que de los que hablan pasa á los que oyen.

40. La palabra ó dicción según los Estoicos es, como dice Diógenes, una voz literata ó articulada, v. gr., *de día: es*; pero la oración es voz significativa procedente del entendimiento. El dialecto es la dicción expresa ó figurada, sea extraña, ó sea griega; ó bien una dicción ó palabra, determinada según algún dialecto, v. gr., la voz *Θάλαττα* (*Thálatta*) en dialecto ático (2), y en el jónico la palabra

(1) Citado arriba, pár. 30, *Περὶ λόγου*.

(2) Porque los Aticos mudan las dos *ss* en dos *tt*; así, por *thálassa* (*mar*) pronuncian *thálatta*. Los Jonios mudan

Ἡμέρη (hemére). Los elementos de la dicción son las 24 letras. La letra se denomina de tres modos, á saber: *letra, carácter y nombre*, v. gr., "Αλφα (Alpha). Hay siete letras vocales, que son: α, ε, η, ι, ο, υ, ω. Mudadas hay seis, Β, γ, δ, κ, π, τ.

41. La voz y la palabra son cosas diversas, pues voz lo es aun cualquiera soniño ó eco; pero palabra lo es sólo la voz bien articulada. También la palabra se diferencia del razonamiento, pues éste es siempre significativo, y hay palabras que nada significan, v. gr., *Blitri*. No así el discurso ó razonamiento. Diferéncianse también el decir y el pronunciar, pues se *pronuncian* las voces; se *dicen* las cosas que pueden ser dichas. Las partes de la oración son cinco (como dice Diógenes en el libro *De la voz*; y Crisipo): *nombre, apelación, verbo, conjunción y artículo*. Antípatro en sus libros *De las dicciones y cosas que se dicen*, añade otra parte que llama *media*. La *apelación* es, según Diógenes, una parte de la oración que significa cualidad común, v. gr., *hombre, caballo*. El *nombre* es una parte de la oración que expresa cualidad propia ó peculiar, v. gr., *Diógenes, Sócrates*. El *verbo* es una parte de la oración que significa un predicado simple, v. gr., *Diógenes*, ó como quieren algunos: *elemento de la oración, sin casos, que significa alguna cosa compuesta ó coordinada de uno ó de muchos*, v. gr., *escribo, digo*. La *conjunción* es una parte de la oración, sin casos, que une las otras partes de la oración. Y el *artículo* es un elemento ó parte de la oración, con casos, que distingue los géneros y números de los nombres, v. gr., *ὁ, ἡ, τὸ, οἱ, αἱ, τὰ: el, la, lo, los, las, los*.

la α final en ε, ó sea υ; y así, por decir *hemérea (dia)* dicen *hemére*.

42. Los dotes de la oración son cinco: *helenismo, evidencia, brevedad, congruencia y artificio* (1). El *helenismo* ó *grecismo* es la locución ó frase correcta según arte, nada común ó vulgar. La *evidencia* es cuando decimos claramente lo que sentimos. La *brevedad* es cuando sólo decimos lo necesario para que se entienda la cosa de que tratamos. La *congruencia* es la dicción acomodada y propia al asunto. Y el *artificio* es la dicción ú oración que evita el idiotismo. Entre los vicios de la oración el *barbarismo* es cuando se habla contra la costumbre de los Griegos elegantes. El *solecismo* es la locución incongruamente construída y dispuesta.

43. El poema es, como dice Posidonio en su *Introducción á la locución*, una oración ó especie de decir atado á cierta medida ó número, y diferente de la prosa, v. gr., estas expresiones atadas en número: *la gran tierra; el éter de Júpiter*. La poesía es el poema significativo que encierra la imitación de cosas divinas y humanas.

44. La definición es, como dice Antipatro en el libro I *De las definiciones*, una oración que se produce ó enuncia perfectamente por resolución; ó bien, según Crisipo en el libro *De las definiciones*, es *Una respuesta* (2). La descripción es una oración que conduce figuradamente (3) á las cosas; ó es otra definición que explica más sencillamente la fuerza de una definición. El género es colección de muchas operaciones del entendimiento (4), ó nociones intelectuales, inseparables, ó que no pueden quitarse,

(1) κατασκευή.

(2) απόδοσις, *redditio*. Quintiliano, lib. VIII, cap. III.

(3) Τυπωδῶς, *rudi forma: crassiore Minerva*.

(4) ἐννοημάτων.

v. gr., *animal*, el cual comprende en particular todos los animales. Operación del entendimiento es un fantasma intelectual, que ni es ente ni cualidad, pero es como si existiera ó fuera cualidad; v. gr., la representación (1) de un caballo que no está presente. Especie es la comprendida bajo del género, v. gr. *hombre*, que está comprendido bajo del género *animal*. Primer género (2) es aquel que siendo género no tiene género alguno particular y determinado, v. gr. *ente*. Primera especie (3) es aquella que siendo especie no tiene otras, v. gr. *Sócrates*. La división del género es su separación en sus especies próximas, v. gr., de los animales, unos son racionales y otros irracionales. La antidiisión es la partición del género en especies hecha en contrario y como negativamente, v. gr. de los entes, unos son buenos, otros no buenos. La subdivisión es una división después de otra, v. gr., de los entes, unos son buenos, otros no buenos; de los no buenos, unos son malos, otros indiferentes. La partición es la coordinación del género en lugares, según escribe Crinis, v. gr., de los bienes, unos del alma, otros del cuerpo.

45. Anfibología es cuando una palabra ó frase significa dos ó más cosas, elegante y propiamente, y en una nación misma, de manera que juntamente se puedan unir muchos significados en una frase, v. gr., cuando decimos *αὐλητρὶς πέπτωκε* (*auletris péptoce*) entienden los Griegos por ella no sólo, la casa cayó tres veces, sino también, la tocadora de flauta cayó (4).

(1) ἀνατύπωμα.

(2) γενικώτατον.

(3) εἰδικώτατον.

(4) Este mismo ejemplo pone Quintiliano, lib. VII, capítulo IX, acerca de las anfibologías.

46. La dialéctica es, como dice Posidonio, *ciencia de cosas verdaderas, falsas y neutras*. Según Crisipo, versa acerca de los significantes y significados. Así lo dicen los Estoicos en su *Teoría de la voz*. En el lugar que llaman *De las cosas y significados*, ponen el Tratado *De las dicciones, De las cosas perfectas en sí mismas, De los axiomas y De los silogismos*; como también hablan allí de los defectivos, de los predicamentos, de los rectos y de los supinos. Dicen los Estoicos que palabra ó dicción es *la que subsiste según la fantasía ó imaginativa racional. Que de estas dicciones ó palabras, algunas son perfectas en sí mismas; otras defectuosas. Son defectuosas las que tienen enunciación imperfecta, v. gr. escribe; pues preguntamos quién escribe. Perfectas en sí mismas son las que tienen entera y cabal enunciación, v. gr. escribe Sócrates*. Así en las locuciones defectuosas se ponen los predicamentos; y en las perfectas en sí mismas, los axiomas, los silogismos, las interrogaciones, y las cuestiones. Predicamento es lo que se enuncia de alguno ó la cosa compuesta de alguno ó algunos, como dicen los Estoicos por boca de Apolodoro; ó bien, una locución defectuosa construída en caso recto para la generación del axioma.

47. De los predicamentos, unos son congruentes ó congruencias, v. gr., *navegar por escollos* (1).

(1) El texto está aquí ciertamente defectuoso. Aldobrandini parece lo corrige bien así: «*De las categorías ó predicamentos, unos son congruentes ó perfectos, v. gr., en el navegar, Sócrates navega; otros congruentes imperfectos, v. gr., navegar por escollos.*» Para mayor claridad de este pasaje defectuoso, ponga aquí lo que dice Prisciano, lib. XVIII: «*Sciendum, quod has quidem constructiones quæ per nominativum absolvuntur, Stoici, ἀξιώματα, vel συμβάματα, id est,*

Otros predicamentos son rectos, otros supinos, otros neutros. Rectos son los contruídos por uno de los casos oblicuos para la generación del predicamento, v. gr., *oye, ve, disputa*. Supinos son los contruídos por partícula pasiva, v. gr., *soy oído: soy visto*. Los neutros son los que no tienen uno ni otro, v. gr., *saber, pasear*. Los recíprocos en acción y pasión son los que están en los supinos, no siéndolo ellos. Las eficacias, ó sea virtudes efectivas, son, v. gr., *es rasurado*; pues el que lo es se comprende ó abraza él mismo (1). Los casos oblicuos son genitivo, dativo y acusativo (2).

48. Axioma es la expresión verdadera ó falsa; ó la cosa perfecta en sí misma, y enunciable por sí misma. Así lo dice Crisipo en sus *Definiciones dialécticas* por estas palabras: «Axioma es lo que se puede afirmar ó negar en sí mismo, v. gr., *de día*

digitates, vel congruitates vocabant: ut ego Priscianus scribo: Apollonius ambulat: Cato philosophatur: Illas vero quibus transitiones ab alia ad aliam fiunt personam, in quibus necesse est cum nominativo etiam obliquum aliquem casum proferri παρασύνθετα dicebant, hoc est, minus quam congruitates: ut, Cicero patriam servat. Quando veró ex duobus obliquis constructio fit, σύνθετα, id est, congruitates, dicebant: ut, Placet mihi venire ad te; sive nominibus ipsis tantum, sive verbis hoc exigentibus.»

Igualmente Suidas dice: «*Εὐμβημα*, según los gramáticos es una proposición compuesta de nombre y verbo, la cual encierra sentencia perfecta en sí misma, v. gr., Juan pasea. *Παρασύνθεμα* es una proposición compuesta de nombre y verbo, la cual no encierra sentencia perfecta, v. gr., Juan procura; pues diciendo Juan pasea, nada más se necesita añadir; pero diciendo Juan procura, no se dice qué es lo que procura.

(1) *ἐμπεριέχει εαυτόν, comprehendit seipsum.*

(2) Consta de aquí el error de algunos gramáticos modernos, que dan ablativo á los nominativos griegos.

es: Dión pasea.» Llámase *ἀξίωμα* (axioma), porque ó se le admite y da asenso, ó se le reprueba; pues quien dice *de día es*, tiene por cierto que es de día; luego si es de día, es verdadero su propuesto axioma; si no, falso. Son cosas diferentes el axioma, la interrogación, el cuesito ó cuestión; el imperativo, imprecativo, el blasfemativo, el hipotético, el apelativo y la cosa semejante al axioma. Axioma, pues, *es lo que enunciamos de palabra*; lo cual es verdadero ó falso. Interrogación es cosa perfecta en sí misma como el axioma; pero pide respuesta, v. gr., *¿no es de día?* Esto ni es verdadero ni falso; de suerte, que este pronunciado *de día es*, es un axioma; pero el *¿no es de día?* es interrogación. Cuesito ó cuestión *es cosa á que no podemos responder conjeturalmente*, como en la interrogación que decimos *sí; sino decir*, v. gr., *habita en este lugar.*

49. El imperativo *es cuando mandamos verbalmente alguna cosa*, v. gr. :

Vete tú del Inaco á las corrientes.

Apelativo *es una cosa que, si alguno la dice, apela ó llama*, v. gr. :

Agamenón Atrida,
Gloriosísimo rey de muchos hombres.

Cosa semejante al axioma es aquella que, teniendo ilación axiomática, por la redundancia ó pasión de alguna partícula, cae fuera del género de los axiomas, v. gr. :

¡ El Partenón es bello ! Semejante
A los Priamidas es este boyero.

Hay cosa dudosa ó cuestionable diversa del axioma, de la cual duda uno si la dice, v. gr. : *¿no son*

de un mismo género el dolor y la vida? No son verdaderas ni falsas las interrogaciones, las cuestiones y cosas afines ó semejantes á éstas, puesto que los axiomas, ó son verdaderos ó falsos.

50. De los axiomas, unos son simples y otros no simples, como dicen Crisipo, Archedemo, Atenodoro, Antípatro y Crinis. Son simples los que constan de una ó muchas expresiones no ambiguas, v. gr., *de día es*. No simples son los que constan de una ó de muchas expresiones ambiguas: de una expresión ambigua, v. gr., *si es de día*: de muchas, v. gr., *si es de día, hay luz*. En los axiomas ó expresiones simples se incluye el enunciativo y el negativo; el privativo y predicativo; el definitivo y el indefinito. En los no simples van el conexo y el anexo; el conjunto y el separado; el causal, y el que manifiesta lo más y el que lo menos (1). El negativo es cuando decimos, v. gr., *no es de día*. De éstos hay una especie llamada *axiomas sobre-*

(1) Tomás Aldobrandini ya conoció que el texto está aquí depravado; pero no lo corrigió, por lo que conocerá cualquiera que lo lea con reflexión. Del mismo contexto se conoce que la dicción *αποφατικόν* (que ya se halla en la edición de Enr. Estefano) no significa aquí *negativo*, sino *enunciativo* como arriba; pues el negativo es *τὸ ἀρνητικόν*. Así, parece debe suplirse el texto en esta forma: *καὶ ἀξιώματος, τὸ ἀποφατικόν μὲν οἷον ἡμέρα ἐστὶ. τὸ ἀρνητικόν δὲ, οἷον οὐκ ἡμέρα ἐστὶν*. Esto es: el axioma enunciativo es, v. gr., cuando decimos *de día es*. El negativo, cuando decimos *no es de día*. En consecuencia de esto, el axioma llamado *ὑπεραποφατικόν* será *sobre-enunciativo*, ó *enunciativo de enunciativo*; y es aquel que proviene de dos negaciones, las cuales lo hacen afirmativo, v. gr.: *Οὐκ ἡμέρα οὐκ ἐστὶ*; y en latín, *non dies non est*; pues en griego también afirman dos negaciones, aunque no siempre. Sin embargo de esto, he traducido el texto literalmente, como se halla en las ediciones impresas.

negativos, los cuales vienen á ser negativos de negativos, como quien dice: *no es no de día*, el cual pone que es de día. Axioma negativo es el que consta de una partícula negativa y de predicado, v. gr., *nadie pasea*. Privativo es el que consta de partícula privativa (1) y de cosa que tenga fuerza de axioma, v. gr., *éste no es amigo de los hombres*. El predicativo (2) es el que consta de caso recto y de predicado, v. gr., *Dión pasea*. El definitivo ó expresado (3) es el que consta de caso recto demostrativo y de predicado, v. gr., *éste pasea*. Indefinito es el que consta de partícula ó partículas indefinitas, v. gr., *uno pasea; aquél se mueve*.

51. De los axiomas no simples es conexo (como dice Crisipo en sus *Dialécticos*, y Diógenes en su *Arte dialéctica*) el que consta de la conjunción conjuntiva *si*. Esta conjunción denota que al antecedente se le sigue el consiguiente, v. gr., *si es de día, hay luz*. El axioma anexo es, como dice Crinis en su *Arte dialéctica*, el unido por la conjunción *por cuanto*, que empieza por axioma y por axioma termina, v. gr., *por cuanto es de día, hay luz*: en esta conjunción se anuncia que lo segundo se sigue á lo primero, y lo primero subsiste. El axioma conjunto es el unido por algunas conjunciones copulativas ó unitivas, v. gr., *es de día, y hay luz*. El separado es aquel á quien separa la conjunción *ó*, v. gr., *ó es de día, ó es de noche*. Esta conjunción

(1) La partícula privativa no puede expresarse en nuestra lengua; la griega usa de la letra *α*, antepuesta al nombre afirmativo ó positivo, y entonces queda negativo, v. gr., en el ejemplo presente *φιλάνθρωπος*, que es *amigo de los hombres*, y *ἀφιλάνθρωπος*, que es *enemigo*.

(2) κατηγορικόν.

(3) κατηγορευτικόν.

anuncia que uno de los dos axiomas ó expresiones es falsa. El axioma causal es el copulado por el adverbio *porque*, v. gr., *porque es de día hay luz*; pues el primero es como causa del segundo. El axioma que manifiesta lo más, es el que se compone ó copula por el adverbio *más* ó *antes*, el cual se pone entre las partes del mismo axioma, v. gr., *antes, ó más es de día que de noche*. El axioma que manifiesta lo menos es el contrario al precedente, v. gr., *menos, ó antes es de noche que de día*.

52. Además, entre los axiomas, los que son según verdad ó falsedad, son opuestos entre sí, y el uno es negativo del otro, v. gr., *de día es, y de día no es*. El axioma conjunto ó conexo es verdadero ó según la verdad cuando su terminante ó término segundo es opuesto al antecedente, v. gr., *si es de día, hay luz*: esto es verdadero; pues el *no luz* contrapuesto al terminante repugna al antecedente *de día es*. Y será falso ó según falsedad el axioma conjunto cuando su terminante opuesto no repugna al antecedente, v. gr., *si es de día, Dión pasea*; pues *Dión no pasea* no repugna al *de día es*. El anexo verdadero es el que, comenzando de lo verdadero, termina en el consecuente, v. gr., *por cuanto es de día está el sol sobre la tierra*. El falso es el que comienza de lo falso, ó no termina en el consecuente, v. gr., *por cuanto es de noche, Dión pasea*, si esto se dice siendo de día. El causal verdadero es el que, comenzando de lo verdadero, termina en el consecuente, pero no tiene el principio consiguiente al terminante, v. gr., *porque es de día hay luz*; pues al *de día es* se sigue el *hay luz*, mas al *hay luz* no se sigue luego *de día es*. El causal falso es el que, ó comienza de lo falso, ó no termina en el consecuente, ó tiene un antecedente no relativo al ter-

minante, v. gr., *por cuanto es de noche, Dión pasea.*

53. Axioma probable es el que induce al asenso, v. gr., *si la hembra ha parido algo, madre de ello es.* No obstante, es esto falso; pues el ave no es madre del huevo. Hay también axiomas posibles é imposibles, necesarios y no necesarios. Es posible lo que puede admitirse como verdadero, ni hay cosas externas que le impidan el serlo, v. gr., *vive Diocles.* Imposible es lo que no puede admitirse como verdadero, v. gr., *la tierra vuela.* Necesario es aquello que, siendo verdadero, no es admisible como falso, ó bien es admisible como falso, pero las circunstancias externas repugnan á lo que sea, v. gr., *la virtud es útil.* No necesario es lo que es verdadero y puede ser falso no estorbándolo las circunstancias, v. gr., *pasea Dión.* El axioma verosímil es el que tiene muchos argumentos ó señas de ser verdadero, v. gr., *viviremos mañana.*

54. Hay además otras diferencias y mutaciones de axiomas cuyas incidencias, de verdaderos los vuelven falsos y opuestos, de los cuales hablaremos largamente. Raciocinio (1), según hallamos en los escritos de Crinis, es el que consta de un lema ó de muchos, de la prolepsis y de la conclusión, v. gr. éste: *Si es de día, hay luz; átqui, es de día: luego hay luz.* El *si es de día hay luz* es el lema: *átqui, es de día,* la prolepsis; y *luego hay luz,* la conclusión. El tropo ó modo es como figura de raciocinio, v. gr. éste: *Si existe A, también B; átqui, existe lo primero: luego también lo segundo.* El logotropo es el que consta de ambas cosas, v. gr.: *Si*

(1) Del par. 56 parece inferirse que aquí λόγος significa, no sólo raciocinio ó silogismo, sino también el que llaman *modus ó figura syllogismorum.*

vive Platón, respira Platón; es cierto lo primero: luego también lo segundo. El logotropo se introdujo en las composiciones de ratiocinios largos, para no usar de prolepsis cuando era larga, ni poner conclusión, sino inferir compendiosamente en esta forma: *Existe A; luego también B.*

55. De los ratiocinios, unos no tienen salida, otros la tienen. No la tienen aquellos de quienes el opuesto de la conclusión repugna á la conexión de los lemas, v. gr. éstos: *Si es de día, hay luz; áquí, hay luz: luego Dión pasea.* De los ratiocinios que tienen salida, unos se dicen homónimos á su mismo género, á saber, *que tienen salida*; otros se llaman *silogísticos*. Son *silogísticos* los que ó no son demostrables, ó conducen á cosas que no lo son, según uno ó muchos temas, v. gr., éstos: *Si pasea Dión; luego se mueve Dión.* Los que tienen salida son en especial los que concluyen ó infieren no silogísticamente, v. gr. éstos: *Es falso de día es, y de noche es; áquí es de día: luego no es de noche.* Los ratiocinios sin forma silogística son los afines ó próximos probablemente á los silogísticos; pero no concluyen, v. gr.: *Si Dión es caballo, animal es Dión; no es caballo Dión; luego Dión no es animal.*

56. También de los ratiocinios ó argumentos unos son verdaderos, otros falsos. Son verdaderos los que se infieren de cosas verdaderas, v. gr.: *Si la virtud aprovecha, el vicio daña.* Son falsos los que tienen falsedad en sus lemas ó premisas, ó que no son concluyentes, v. gr.: *Si es de día, luz hay; áquí es de día: luego Dión vive.* Hay asimismo argumentos ó ratiocinios posibles é imposibles, necesarios y no necesarios. Haylos también indemostrados, llamados así porque no necesitan demostración. Hállanse muchos de éstos en otros autores:

vive Platón, respira Platón; es cierto lo primero: luego también lo segundo. El logotropo se introdujo en las composiciones de racionios largos, para no usar de prolepsis cuando era larga, ni poner conclusión, sino inferir compendiosamente en esta forma: *Existe A; luego también B.*

55. De los racionios, unos no tienen salida, otros la tienen. No la tienen aquellos de quienes el opuesto de la conclusión repugna á la conexión de los lemas, v. gr. éstos: *Si es de día, hay luz; áquí, hay luz: luego Dion pasea.* De los racionios que tienen salida, unos se dicen homónimos á su mismo género, á saber, *que tienen salida*; otros se llaman *silogísticos*. Son *silogísticos* los que ó no son demostrables, ó conducen á cosas que no lo son, según uno ó muchos temas, v. gr., éstos: *Si pasea Dion; luego se mueve Dion.* Los que tienen salida son en especial los que concluyen ó infieren no silogísticamente, v. gr. éstos: *Es falso de día es, y de noche es; áquí es de día: luego no es de noche.* Los racionios sin forma silogística son los afines ó próximos probablemente á los silogísticos; pero no concluyen, v. gr.: *Si Dion es caballo, animal es Dion; no es caballo Dion: luego Dion no es animal.*

56. También de los racionios ó argumentos unos son verdaderos, otros falsos. Son verdaderos los que se infieren de cosas verdaderas, v. gr.: *Si la virtud aprovecha, el vicio daña.* Son falsos los que tienen falsedad en sus lemas ó premisas, ó que no son concluyentes, v. gr.: *Si es de día, luz hay; áquí es de día: luego Dion vive.* Hay asimismo argumentos ó racionios posibles é imposibles, necesarios y no necesarios. Haylos también indemostrados, llamados así porque no necesitan demostración. Hállanse muchos de éstos en otros autores;

pero Crisipo sólo trae cinco, por los cuales se forma toda suerte de argumentos, y se reciben en los concluyentes, en los silogísticos y en los modales. El primer indemostrado es aquel por el cual del conjunto y antecedente se compone todo argumento, y de quien toma principio algún conjunto, y algún terminante concluye, v. gr.: *Si A, también B; átqui A: luego también B.* El segundo indemostrado es el que, por medio del conjunto y opuesto del terminante, tiene el opuesto del antecedente por conclusión, v. gr.: *Si es de día, luz hay; átqui es de noche: luego no es de día.* Aquí se hace la prolepsis del opuesto terminante, y la conclusión del opuesto antecedente. El tercer indemostrado es el que, por medio de un complejo negativo y de una parte contenida en el complejo, infiere y concluye lo opuesto de lo demás, v. gr.: *No es muerto Platón; y Platón vive; átqui Platón es muerto: luego no vive Platón.* El cuarto indemostrado es el que, por medio de proposición disyuntiva ó una parte incluida en ella, tiene por conclusión lo opuesto de lo demás, v. gr.: *O es lo primero, ó lo segundo; átqui, es lo primero: luego no lo segundo.* El quinto indemostrado es aquel en que todo argumento se compone de un disyuntivo y de una parte opuesta contenida en el disyuntivo, de lo cual infiere lo demás, v. gr.: *O es de día, ó es de noche; no es de noche: luego es de día.*

57. Según los Estoicos, de lo verdadero se sigue cosa verdadera, v. gr.: *De día es; luego hay luz.* De lo falso se sigue cosa falsa, como si se dice falsamente *de noche es*, será también falso *tinieblas hay.* De lo falso se sigue lo verdadero, v. gr.: *Vuela la tierra: luego hay tierra.* Pero de lo verdadero no se sigue lo falso, pues de *hay tierra* no se sigue *vuela la tierra.*

58. Hay también algunas argucias capciosas, *cubiertas, escondidas, sorites, cornutas y utidas* (1). Las cubiertas son en esta forma: *¿No es cierto que dos son pocos? ¿no lo son también tres? ¿y no es cierto que si éstos son pocos, lo serán igualmente cuatro, ocho y hasta diez? Sí; porque si dos son pocos, también lo son diez* (2). El *utides* es una argucia conyuntiva compuesta de indefinito y definitivo, que tiene prolepsis y conclusión, v. gr.: *Si alguno está aquí, ese no está en Rodas.*

59. Estas son las opiniones de los Estoicos acerca de la lógica: y son principalmente de sentir que el dialéctico es siempre sabio, puesto que todas las cosas se disciernen por la especulación de las razones, tanto en orden á la Física cuanto á la Moral. Así, que al lógico pertenece el averiguar la rectitud de los nombres, sin embargo que no es de su inspección el indagar la causa por qué las leyes establecieron esta rectitud en las cosas. Siendo, pues, dos las ordinarias facultades que acompañan á la virtud, observa la una qué cosa sea cada ente, y la

(1) *Utides* es el nombre de un sofisma, tomado del engaño que Ulises hizo á Polifemo, diciendo se llamaba *Οὐτίς*, *Outis*, que significa, *Nadie, non aliquis*; pues habiéndole Ulises quitado la vista metiéndole un tizón por el único ojo que tenía en la frente, y dando horribles gritos por el dolor y rabia, acudieron otros Cíclopes á saber qué tenía; á los cuales respondió *Οὐτίς με κτείνει δόλω, οὐδὲ βίηφι*. Quería decir que *Utis lo había cegado con dolo, no por valor*; pero ellos entendieron el *Οὐτίς* separadamente, *οὐ τίς*; esto es, *non aliquis, ó nadie me ha cegado con dolo ni fuerza.*— Véase Homero en el lib. IX de la *Odisea*, desde el v. 399 hasta el 412.— De los demás sofismas se trató en la *Vida de Euclides*.

(2) Este ejemplo no es del *Encubierto*, sino del *Sorites*.— Véase Aulo Gelio, lib. XVIII, cap. XIII.

otra cómo se llame. En esta forma hablan de la lógica.

60. La parte moral de la Filosofía la dividen en varios miembros, á saber: *De los apetitos ó deseos, De los bienes y males, De las pasiones, De la virtud, Del fin, Del principal aprecio de las cosas, De las acciones, De los oficios, De las exhortaciones y disuasiones.* Esta es la subdivisión que de la Moral hacen Crisipo, Archedemo, Zenón de Tarso, Apolodoro, Diógenes, Antípatro y Posidonio; pues Zenón Citieo y Cleantes, como más antiguos, trataron estas cosas con más simplicidad y solidez. Dividieron éstos la Filosofía en lógica y física. Dicen que la primera inclinación del animal es conservarse á sí mismo, por dote que la naturaleza le ha comunicado desde el principio, según escribe Crisipo en el libro I *De los fines*, diciendo que la primera inclinación de todo animal es su constitución y conocimiento propio, pues no es verosímil que el animal enajenase esta su inclinación, ó bien hiciese de modo que ni la enajenase ni la conservase. Resta, pues, que digamos que se la retuvo amigablemente consigo, y por esto repele las cosas nocivas y admite las sociables.

61. Lo que dicen algunos, que la primera inclinación y apetito de los animales es hacia el deleite, demuestran ser falso, porque si es cierto que hay en ella tal deleite, dicen es accesorio, puesto que la naturaleza lo buscó después por sí misma y adoptó lo que á su constitución se adaptaba, al modo que se alegran los animales, y las plantas entallecen y prosperan. Dicen que la naturaleza no puso diferencia alguna entre las plantas y animales, disponiendo de ellos sin movimiento del deseo y sentido, y que en nosotros se producen algunas cosas al

modo que en las plantas. Sobreviniendo, pues, á los animales como cosa superabundante la inclinación ó apetito, usando del cual emprenden lo que quieren, se les acomoda á la naturaleza lo concerniente al apetito mismo. Que á los racionales les ha sido dada la razon como principado más perfecto, á fin de que viviendo según ella sea rectamente conforme á la naturaleza, pues la razón es la directriz y artífice de los apetitos.

62. Por lo cual, Zenón fué el primero que en el libro *De la naturaleza del hombre*, dice que el fin es vivir conforme á la naturaleza, que quiere decir, vivir según la virtud, puesto que la naturaleza nos conduce á ella. Lo mismo dicen Cleantes en el libro *Del deleite*, Posidonio y Hecatón en sus libros *De los fines*. Asimismo, que vivir según la virtud es lo mismo que vivir según la experiencia de las cosas acaecidas conforme á la naturaleza, como dice Crisipo en el libro I *De los fines*, pues nuestra naturaleza es una parte de la naturaleza universal. Así, el fin viene á ser el vivir conforme á la naturaleza, que es según la virtud propia y la de todos, no haciendo nada de lo que suele prohibir la ley común, que es la recta razón á todos extendida, aun al mismo Júpiter, director y administrador de todo lo criado. Que esto mismo es la virtud del hombre feliz y su feliz curso de vida, puesto que todas las cosas se hacen por el contento y armonía del genio propio de cada uno, según la voluntad del director del universo.

63. Diógenes, pues, dice abiertamente que el fin es obedecer absolutamente á la razón en la elección de las cosas conformes á la naturaleza (1). Y Arche-

(1) Τὸ εὐλογιστεῖν ἐν τῇ τῶν κατὰ φύσιν ἐκλογῇ. Acaso

demo, que es vivir prestando todos los oficios. Y Crisipo, por naturaleza entiende aquella con quien debe conformarse la vida, esto es, la común; y en propiedad, la humana. Pero Cleantes sólo admite la naturaleza común para ser seguida, no la particular. Que la virtud es una disposición del ánimo conforme á razón y elegible por sí misma, no por algún miedo ó esperanza ó por algún bien externo (1), sino que en ella se encierra la felicidad, como que está en el alma para la igualdad y tranquilidad de toda la vida. Que el animal racional se pervierte unas veces por los halagós de cosas externas, y otras veces por las persuaciones (2) de sus familiares, pues los movimientos que da la naturaleza no son torcidos.

64. Que la virtud es una perfección común á todos, como la perfección de una estatua. Una es invisible, v. gr., la salud: otra visible ó especulativa, como la prudencia. Y Hecatón dice en el libro I *De las virtudes* que éstas son científicas, tanto las especulativas, que constan de teoremas ó especulaciones, v. gr., la prudencia y justicia, cuanto las no especulativas, observadas sólo en su extensión (bien que del mismo modo que las que constan de especulaciones), v. gr., la sanidad y robustez, pues á la templanza ó sobriedad considerada como fundamento se sigue y se extiende la sanidad, así como la firmeza á una bóveda después de concluída ó ce-

mejor así: *Bene consulere in electione rerum, quæ secundum naturam sunt.*

(1) Cuáles fuesen los bienes externos de los Estoicos lo dice bien Epicteto en los primeros capítulos de su *Enchiridion*.—Véase también más adelante el mismo Laercio, párrafo 67.

(2) Κατήχησις.

rrada. Llámense *no especulativas*, porque carecen de motivos para ser especuladas, son accesorias y las tiene también un ignorante, como la salud y la robustez. Las señales de que la virtud es estable son, dice Posidonio en el libro 1 de su *Razonamiento moral*, los progresos de Sócrates, Diógenes y Antístenes, pero que también permanece el vicio para oponerse á la virtud. Que la virtud es enseñable lo dicen Crisipo en el libro 1 *Del fin*, Cleantes, Posidonio en sus *Exhortaciones*, y Hecatón. Además, que esto consta de que vuelve buenos á los malos.

65. Panecio establece dos virtudes, teórica y práctica; otros ponen tres, racional, natural y moral; Posidonio cuatro; Cleantes, Crisipo y Antípatro muchas; y, finalmente, Apolófanes reconoce una sola virtud, que es la prudencia. De las virtudes, unas son *primeras*, otras *súbditas de ellas*. Las primeras son la prudencia, la fortaleza, la justicia y la templanza; y especies de éstas la magnanimidad, la continencia, la paciencia, la diligencia y el consejo. Que la prudencia es *ciencia de lo malo, de lo bueno y de lo neutro ó indiferente*. La justicia, *ciencia de las cosas elegibles, evitables y neutras*. La magnanimidad, *ciencia ó hábito que hace las cosas más grandes y excelsas de lo que regularmente suceden, ora sean leves, ora graves*. La continencia es una *disposición del ánimo, firme é invariable acerca de las cosas ejecutadas por la recta razón, ó bien un hábito invencible á los deleites*. La paciencia ó tolerancia es *ciencia ó hábito de aquellas cosas á quienes ó se ha de resistir, ó no se ha de resistir, ó portarse con indiferencia*. La agudeza de mente, ó diligencia, es el *hábito de hallar en breve lo que convenga*. Y el consejo es la *ciencia de considerar maduramente lo que he-*

mos de ejecutar, y el modo de ejecutarlo para que sea conveniente.

66. Análogamente á esto son también los vicios primeros, y sujetos á ellos: los primeros son la imprudencia, la cobardía, la injusticia, la intemperancia: y los sujetos á éstos, la incontinencia, la torpeza de mente y el mal consejo. En una palabra, es vicio la ignorancia de todas cuantas cosas es virtud saberlas. Que el bien en común es lo útil, y en particular ó propiedad ó es la misma utilidad, ó no ajeno de ella. Y así, la virtud, y el bien su partícipe, se llaman triples en esta forma: Bien *ex quo*, v. gr., el acto ó práctica de la virtud; y Bien *à quo*, v. gr., el diligente partícipe de la virtud (1). De otro modo definen el bien en propiedad, diciendo que es lo perfecto según la naturaleza del racional ó cuasi racional. Que la virtud es tal, que los participantes de ella son virtuosos, ora sean los sujetos buenos, ora las acciones ú operaciones mismas. Sus secuelas ó frutos son el regocijo, la alegría y seme-

(1) Esta triple división de la virtud y de su partícipe el bien, está falta en el texto griego. Sexto Empírico la trae entera en esta forma: «λέγεται γὰρ ἀγαθὸν (φασί) καὶ ἕνα μὲν τρόπον, etc. El bien, según los Estoicos, de un modo se llama *id ex quo*, ó *à quo* se sigue provecho; el cual principalmente es virtud, pues de ella, como de una fuente, nace naturalmente toda utilidad. De otro modo se llama *id per quod* se sigue provecho: y por esto no sólo las virtudes se llamarán *bienes*, sino también los actos virtuosos, puesto que por ellos nos procuramos las utilidades. Del tercero y postrer modo se llama *bien quod*: puede aprovechar, comprendiendo en esta doctrina (ἀποδόσεως) las virtudes, los actos virtuosos, los amigos, los hombres honrados, los dioses y los genios buenos.»

La misma división del bien trae Stobeo con más brevedad, diciendo: «Bien *à quo* contigit juvari: per quod contigit juvari: y *quod* potest juvare.»

jautes. Lo mismo es en los vicios, v. gr., la imprudencia, la cobardía, la injusticia y semejantes, pues vicioso es cuanto participa del vicio, sean operaciones, ó sean hombres viciados. Las secuelas y frutos de los vicios son la tristeza, la aflicción y semejantes.

67. También de los bienes unos son del alma, otros externos y otros ni del alma ni externos. Los del alma son las virtudes y las operaciones productas de ellas. Los externos son tener una patria ilustre, un fiel amigo y felicidad en todo. Y los bienes que ni son del alma ni externos, son el ser uno para sí mismo bueno y feliz. Igualmente los vicios (1): unos son del alma, á saber, los vicios mismos y su práctica; otros externos, como tener una patria obscura (2), un amigo imprudente, y semejantes infelicidades; y otros ni externos ni del alma, v. gr., el ser uno malo é infeliz para sí mismo.

68. No menos unos bienes son finales, otros eficaces, y otros finales y eficaces (3). Un amigo y las felicidades que de él nos vienen son bienes eficaces; la satisfacción propia, la prudencia, la libertad, el divertimiento, la alegría, el sosiego y todo acto virtuoso son bienes finales. Hay también, como se ha dicho, bienes eficaces y finales juntamente, pues en cuanto perfeccionan la felicidad son bienes eficaces, y en cuanto la completan haciéndose como partes de ella son finales. De la manera misma los

(1) Τῶν κακιῶν: á traducirse literalmente diríamos: *las malicias*. He puesto *los vicios*, porque esta voz se adapta algo mejor á los tres miembros de la división; bien que en el segundo se há de entender *defecto*, no *vicio y culpa positiva*.

(2) ἄφρονα πατρίδα.

(3) Τὰ δὲ (ἀγαθὰ) ποιητικά.

males, unos son finales, otros eficaces, y otros ambiguos, ó bien finales y eficaces. Un enemigo y los daños provenientes de él son males eficaces ó efectivos; la estupidez, la bajeza, la esclavitud, el no divertirse, la tristeza, la aflicción y todos los actos viciosos son males finales. Y los males ambiguos, ó sea eficaces y finales, en cuanto consuman la infelicidad son eficaces, y en cuanto la aumentan como á partes son finales.

69. Dicen que de los bienes del alma, unos son hábitos, otros disposiciones, y otros ni hábitos ni disposiciones. Las disposiciones son las virtudes; los hábitos son los deseos, y los que no son hábitos ni disposiciones son las operaciones. Comunmente, de los bienes, algunos son mixtos, como la fecundidad de prole y la buena vejez. La ciencia es un bien sencillo. Bienes siempre presentes son las virtudes; no siempre presentes, la alegría, el paseo. Que todo bien es conducente, oportuno, provechoso, útil, comodísimo, honesto, auxiliativo, deseable y justo. Es conducente, porque trae cosas que nos son de socorro. Oportuno, porque nos contiene en lo debido. Provechoso, porque satisface excesivamente los gastos de su adquisición. Util, porque nos deja la utilidad de su uso. Comodísimo, porque nos produce utilidad laudable. Honesto, porque permite un uso moderado de sí mismo. Auxiliativo (1), porque es tal que auxilia. Deseable, porque es tal que con mucha razón lo elegimos. Y justo, porque se conforma con las leyes y crea las sociedades.

70. Llaman también á lo honesto un bien perfecto, porque tiene por naturaleza todo cuanto se desea y es perfectamente moderado. Ponen cuatro

(1) ωφέλιμον.

especies de honesto: la justicia, la fortaleza, la modestia y la ciencia, con las cuales se perfeccionan todas las acciones honestas. Análogamente á esto dividen también lo torpe en cuatro especies: la injusticia, la cobardía, la inmodestia y la ignorancia. Llámase simplemente *honesto*, porque á los que lo poseen los hace dignos de alabanza; porque es creado para operar por sí propio, y porque añade honra cuando decimos que sólo el sabio es un bien honesto (1).

71. Dicen que sólo lo honesto es bueno: así lo escriben Hecatón en el libro III *De los bienes*, y Crisipo en los libros *De lo honesto*. Que esto sólo es la virtud, y lo que de ella participa, á lo cual se le iguala aquello de que «todo lo que es bueno es también honesto.» Que *honesto* y *bueno* valen lo mismo, puesto que aquél es igual á éste, y quien es bueno es honesto: *es honesto; luego es bueno*. Son de sentir que todos los bienes son iguales; que todo bien debe desearse en sumo grado, y que no admite aumento ni disminución. Dicen que de los entes unos son buenos, otros malos y otros neutros. Que son entes buenos las virtudes prudencia, justicia, fortaleza, templanza, y restantes; son entes malos los opuestos á éstos, v. gr., la imprudencia, injusticia, etc. Y son neutros los que ni aprovechan ni dañan, v. gr., la vida, la salud, el deleite, la belleza, la fuerza, la riqueza, la gloria, la nobleza; y los opuestos á éstos, como son la muerte, la enfermedad, las molestias, la fealdad, las pocas fuerzas, la pobreza, el poco nombre, la innobilidad y semejantes. Así lo dicen Hecatón en el libro VII *Del fin*,

(1) Μόνον τὸν σοφὸν, ἀγαθὸν καλὸν εἶναι. El intérprete latino traduce: *Solum sapientem bonum honestumque esse.*

Apolodoro en su *Moral*, y Crisipo; pues estas cosas no son buenas, sino indiferentes, producidas según su especie. Y así, como es propio del calor el calentar, y no el enfriar, así lo es del bien el aprovechar, no el dañar. Las riquezas y la salud no son más provechosas que dañosas: luego ni las riquezas ni la salud son bienes. Más: aquello de que se puede usar bien y mal, no es bueno; de las riquezas y salud puede usarse bien y mal: luego las riquezas y la salud no son bienes. Esto no obstante, Posidonio dice que lo son.

72. Ni aun al deleite tienen por bien, como es de ver en Hecatón, libro XIX *De los bienes*, y Crisipo en los libros *Del deleite*; pues hay deleites torpes, y el bien nada tiene de torpe. Dicen que el aprovechar es *moverse ó estar quieto según la virtud*, y el dañar es *moverse ó estar quieto según el vicio*. Que las cosas indiferentes son de dos clase: una es de las que no conducen á la felicidad ni á la infelicidad, v. gr., las riquezas, la salud, las fuerzas, la gloria, y semejantes, pues sin ellas acontece ser feliz, y su uso causa ó felicidad ó infelicidad. La otra clase de cosas indiferentes es la de aquellas que ni mueven el apetito ni la aversión, v. gr., tener los cabellos pares ó impares, ó alargar un dedo ó contraerlo. No así los indiferentes *primeros* arriba referidos, pues aquéllos pueden mover el apetito y la aversión. Así que de las cosas indiferentes unas son elegibles, y otras igualmente elegibles ó evitables.

73. De estas cosas indiferentes, á unas llaman probables ó preferibles, á otras reprobables. Las probables son las importantes y recomendables; reprobables las que nada importan. Esta recomendación ó importancia la dividen diciendo que una

es la que conduce á una vida conforme á todo bien; otra, cierta fuerza media, ó que da el uso conducente á una vida conforme á la naturaleza, que es tanto como decir, el uso que las riquezas y sanidad prestan para vivir según la naturaleza. Y la otra recomendación es la retribución ó recompensa de la aprobación que le da el experimentado en las cosas, que es tanto como decir: «trocar trigo por cebada, dando un mulo encima» (1).

74. Que las cosas preferibles que tienen estimación, respecto al alma son el ingenio, el arte, el aprovechamiento y semejantes; las respecto al cuerpo son la vida, la sanidad, la fuerza, la buena habitud, la integridad, la belleza; y respecto á las cosas internas las riquezas, la nobleza, y semejantes. Y de las cosas reprobables, las pertenecientes al alma son la estupidez, la ineptitud, y semejantes; las pertenecientes al cuerpo son la muerte, las enfermedades, la debilidad, la mala habitud, la mutilación, la fealdad, y otras así; y las externas son la pobreza, la obscuridad (2), la innobilidad y demás de esta clase, las cuales, como neutras, ni son probables ni reprobables.

75. Asimismo, de estas cosas probables ó preferibles, unas lo son *por sí mismas*, otras lo son *por otras*, y otras *por sí mismas y por otras*. Las probables *por sí mismas* son, v. gr., el ingenio, el aprovechamiento, y semejantes; las *por otras* son la riqueza, la nobleza, y semejantes; y las *por sí mis-*

(1) Joaquín Kühnio lee aquí ἡμιόλω, ó bien ἡμισιόλω, *sesquialtera parte*, por ἡμιονω, *mulo*. El sentido que saca es: *Trocar* (una medida de) *trigo por una y media de cebada*. Ello es que el mulo parece aquí cosa importuna en trueque de granos para igualar la diferencia de valores.

(2) ἀδοξίαν.

mas y por otras, el valor, la integridad de sentidos y la de miembros. Llámense *por sí mismas*, porque son conformes á la naturaleza; y llámense *por otras*, porque producen no pocas utilidades. Todo lo mismo, por el contrario, es acerca de las cosas reprobables.

76. Dicen igualmente que *oficio* es aquel de quien, ya hecho ó prestado, puede darse buena razón, v. gr., la cosa consiguiente y de servicio á la vida; lo cual se extiende á las plantas y á los animales, pues también en éstos se advierten oficios. Zenón fué el primero que dió al oficio el nombre de καθήκον (*cathécon*), llamándolo así porque va ó se presta á muchos, y es éste un efecto propio de las disposiciones naturales, pues de las cosas ejecutadas según el apetito, unas son oficios, otras contrarias á ellos. Que aquellas cosas son oficios que la razón quiere se presten, como es honrar los padres, los hermanos, la patria, y ser diligente con los amigos. Cosas contrarias á los oficios son las que la razón disuade, como, v. gr., serían no cuidar de los padres ni de los hermanos, no favorecer á los amigos, menospreciar la patria, y semejantes. Las cosas que la razón ni las aconseja ni las disuade, no son oficios ni contrarias á ellos, v. gr., quitar una pajueta, tener la pluma, la almohaza, y cosas semejantes á éstas.

77. Que hay oficios sin urgencia precisa; otros con ella. Los no urgentes son, v. gr., cuidar de la salud, de los órganos de los sentidos, y cosas semejantes. Los urgentes son el mutilarse á sí mismo y arrojar su hacienda (1). De la misma suerte se en-

(1) En caso de enfermedad, herida, veneno, lazo, etc., y en el de una tempestad de mar, en una fuga, etc., en que se arrojan los bienes por salvar la vida.

tienden las cosas contrarias á los oficios. Más: de los oficios unos son continuos y otros no. Oficio continuo es vivir virtuosamente; no continuo es el preguntar, responder, pasear, y semejantes. Lo mismo se entiende acerca de cosas contrarias á los oficios. Hay también oficio en las cosas medias ó medianas, v. gr., obedecer los muchachos á sus pedagogos ó maestros.

78. Dicen que el alma contiene ocho partes, que son: los cinco sentidos, el órgano de la voz, el órgano del pensar, que es la mente misma, y la virtud generativa. Que de las cosas falsas sobreviene perversión en la mente, y de ella brotan muchas pasiones ó perturbaciones y motivos de inconstancia. Según Zenón, la perturbación ó pasión es un movimiento del alma, irracional y contra naturaleza; ó bien un ímpetu exorbitante. Según Hecatón en el libro II *De las pasiones*, y Zenón en su libro del mismo asunto, hay cuatro géneros de pasiones supremas, que son: el dolor, el temor, la concupiscencia y el deleite. Son de sentir que las perturbaciones ó pasiones son también juicios ó discernimientos, como dice Crisipo en su libro *De las pasiones*, pues la avaricia es un juicio ó estimación de que el dinero es cosa buena y honesta: lo mismo es de la embriaguez, de la incontinencia y otras. Que el dolor es una contracción irracional del ánimo. Sus especies son la misericordia, la envidia, la emulación, los celos, la angustia, la turbación, la tristeza, la pena y la confusión. Que la misericordia es un dolor acerca del que padece males sin merecerlo; la envidia, un dolor de los bienes ajenos; la emulación, un dolor de que goce otro lo que uno deseaba; los celos son un dolor de que alcance otro lo que uno también tiene; la

tienden las cosas contrarias á los oficios. Más: de los oficios unos son continuos y otros no. Oficio continuo es vivir virtuosamente; no continuo es el preguntar, responder, pasear, y semejantes. Lo mismo se entiende acerca de cosas contrarias á los oficios. Hay también oficio en las cosas medias ó medianas, v. gr., obedecer los muchachos á sus pedagogos ó maestros.

78. Dicen que el alma contiene ocho partes, que son: los cinco sentidos, el órgano de la voz, el órgano del pensar, que es la mente misma, y la virtud generativa. Que de las cosas falsas sobreviene perversión en la mente, y de ella brotan muchas pasiones ó perturbaciones y motivos de inconstancia. Según Zenón, la perturbación ó pasión es un movimiento del alma, irracional y contra naturaleza; ó bien un ímpetu exorbitante. Según Hecatón en el libro II *De las pasiones*, y Zenón en su libro del mismo asunto, hay cuatro géneros de pasiones supremas, que son: el dolor, el temor, la concupiscencia y el deleite. Son de sentir que las perturbaciones ó pasiones son también juicios ó discernimientos, como dice Crisipo en su libro *De las pasiones*, pues la avaricia es un juicio ó estimación de que el dinero es cosa buena y honesta: lo mismo es de la embriaguez, de la incontinencia y otras. Que el dolor es una contracción irracional del ánimo. Sus especies son la misericordia, la envidia, la emulación, los celos, la angustia, la turbación, la tristeza, la pena y la confusión. Que la misericordia es un dolor acerca del que padece males sin merecerlo; la envidia, un dolor de los bienes ajenos; la emulación, un dolor de que goce otro lo que uno deseaba; los celos son un dolor de que alcance otro lo que uno también tiene; la

angustia es un dolor que agrava; la turbación, un dolor que estrecha y pone dificultades; la tristeza, un dolor que nos queda ó se aumenta de los dialogismos ó argumentos interiores que nos hacemos; la pena es un dolor laborioso; la confusión es un dolor irracional, aflictivo, y que prohíbe considerar las cosas presentes.

79. Que el temor es la previsión del mal que amenaza. Refiérense al temor el miedo, la ignavia, la vergüenza, el terror, el tumulto, la agonía. El miedo es un temor que ata y pone trepidación: la vergüenza es un temor de la ignominia: la ignavia es un temor de las operaciones futuras: el terror es un miedo causado por alguna imaginación extraordinaria: el tumulto es un temor junto con apresuramiento de voces; y la agonía es el temor de una cosa incierta. La concupiscencia es un apetito irracional. Se ordenan á él la indigencia, el odio, la contienda, la ira, el amor, el rencor, la furia. La indigencia es una concupiscencia de lo que no tenemos, y como separada de ello, pero á ello inútilmente extendida y alargada. El odio es una concupiscencia y deseo de que venga mal á alguno; pero con algún provecho y aumento propio. La contienda es una concupiscencia y deseo acerca de las sectas ú opiniones. La ira es concupiscencia y deseo de que sea castigado aquel que parece ha obrado injustamente. El amor es una concupiscencia ajena del hombre grave, pues es un cuidado de conciliarse la voluntad de una belleza aparente. El rencor es una ira inveterada y llena de odio, que espera la ocasión de vengarse; lo cual se declara por estos versos:

Una bilis de un día se digiere;
Mas no un viejo rencor, si el fin no logra.

Y la furia ó fuerza es una ira incipiente ó que comienza.

80. El deleite es un movimiento irracional del ánimo acerca de lo que parece apetecible. Contiene bajo de sí la delectación ó halago, el gozo del mal ajeno, el divertimiento y la disolución. El halago ó delectación es un gusto que capta el oído. El gozo del mal ajeno es deleitarse en el mal de otro. El divertimiento (como si dijéramos pervertimiento) es una inclinación del ánimo al relajamiento ó disolución. Y la disolución es una relajación de la virtud. Como tenemos enfermedades del cuerpo, cuales son la gota y el dolor de artículos, las tiene también el alma; v. gr., el amor de la gloria, el de los deleites y otros semejantes. Enfermedad es morbo ó dolencia con falta de fuerzas. Morbo es la opinión vehemente de lo que parece debe ser apetecido; pues así como el cuerpo tiene fáciles caídas de humores, v. gr., el catarro y la diarrea, también el alma tiene sus tendencias é inclinaciones, v. gr., la envidia, la inmiscordia, las contenciones y semejantes (1).

81. Dicen que hay tres afecciones buenas del ánimo, el regocijo, la precaución y la voluntad. Que el regocijo es contrario al deleite, puesto que es un movimiento racional. Que la precaución lo es al miedo, siendo una racional declinación del peligro. Así el sabio nunca teme, sino que se precave. Y que la voluntad es contraria á la concupiscencia, puesto que aquélla es un deseo racional. Así que como caen algunas cosas debajo de las pa-

(1) Las voces ἀρρώστια, νόσημα y ἀσθενία, apenas hallo modo de distinguirlas en nuestra lengua. Todas significan lo mismo que *agritudo*, *infirmatas*, *debilitas*, etc.

siones ó perturbaciones primeras, lo mismo sucede debajo de las buenas afecciones del ánimo; pues á la voluntad se sujetan la benevolencia, el agrado, el aprecio, la dilección. Á la precaución se sujetan el pudor, la castidad. Al regocijo, el divertimento, la alegría, la ecuanimidad. Dicen que el sabio está sin pasiones, por hallarse libre de caídas. Que también hay otro sin pasiones, que es el malo ó ignorante (1), como si dijéramos duro é inmovible. Que asimismo, el sabio carece de vanidad y fasto, pues no hace diferencia entre la gloria y la ignominia; pero también hay entre el vulgo otro sin fasto, que es el malo ó ignorante.

82. Dicen que todos los sabios son austeros, pues ni ellos hablan de deleites, ni admiten lo que de los deleites hablan otros; pero que también hay otro austero, comparable al vino áspero, que mejor es para medicamento que para bebida. Que los sabios son incorruptos y sinceros, pues se guardan de ostentar lo que son por medio de apariencias que oculten los defectos y hagan manifiestas las buenas prendas. Que tampoco son dobles ó engañosos, pues quitan los fingimientos de voces y rostros. Que están ajenos de los negocios, pues huyen de hacer cosa alguna sino oficios. Que beben vino, sí; mas no se embriagan. Que no pierden el juicio; pero, sin embargo, caen á veces en algunas fantasías ó imaginaciones extrañas, por melancolía ó delirio, no por razón de cosas que deseen, sino por

(1) Aquí y en otros muchos lugares de esta obra se halla la voz *παῦλος* con los significados que indiqué en la nota á *la Vida de Sócrates*, tomo I, pág. 115. He procurado darla en cada uno de ellos la traducción que me ha parecido más propia al lugar que ocupa en el contexto.

defecto de la naturaleza. Ni siente dolor el sabio; puesto que el dolor es una irracional contracción del ánimo, como dice Apolodoro en su *Moral*. Que los sabios son divinos, pues parece tienen á Dios en sí mismos; y que el malo ó ignorante es ateo. Que el ateo es de dos maneras: uno el que se llama contrario á Dios; otro el que menosprecia á Dios; pero esto no se halla en todos los malos. Que los sabios son religiosos y píos, como prácticos que están en el derecho divino, pues la piedad es *ciencia del cultivo divino*. Que sacrifican por sí mismos á los dioses, y son castos, puesto que detestan los pecados contra los dioses; y aun los dioses mismos los aman porque son santos y justos en las cosas divinas.

83. Que sólo los sacerdotes son sabios; porque resuelven y decretan acerca de los sacrificios, ritos establecidos y demás cosas peculiares de los dioses. Son de sentir que los padres, hermanos y hermanas se han de respetar en primer lugar después de los dioses. Dicen los Estoicos que les es natural el grande amor para con sus hijos; y en los malos no hay tal amor. Que todos los pecados son iguales; como es de ver en Crisipo, libro IV *De las cuestiones morales*, en Perseo y en Zenón; pues si una verdad no es mayor que otra verdad, ni una cosa falsa lo es más que otra, tampoco una fraude será mayor que otra, ni un pecado mayor que otro pecado. En efecto, quien dista cien estadios de Canopo, y quien dista uno, igualmente dejan de estar en Canopo: así, el que peca mucho y el que poco, igualmente dejan de estar en lo recto. No obstante, Heraclides Tarsense, familiar y amigo de Antípatro Tarsense, y Atenodoro dicen que los pecados son desiguales.

84. Dicen que el sabio gobernará la República

si no hay embarazo, como lo dice Crisipo en el libro I de las *Vidas*; pues reprimirá los vicios, é incitará á las virtudes. Que se casará también á fin de procrear hijos, según escribe Zenón en su *República*. Que no se mezclará en cosas opinables, esto es, nunca dará asenso á falsedad alguna. Que deberá abrazar la secta Cínica, por ser un camino breve y compendioso para la virtud, según Apolodoro en su *Moral*. Que comerá también carne humana según las circunstancias fueren. Que sólo él es libre: los malos é ignorantes son siervos. Que la libertad es la potestad de obrar por sí: la esclavitud es la privación de esta libertad. Que hay otra esclavitud, consistente en la subordinación; y aun otra tercera, que consiste en la posesión y subordinación (á la cual se opone el dominio), y que también es mala. Que los sabios no sólo son libres, sino también reyes; siendo el reinar un mando á nadie dañoso, que existe sólo entre los sabios, como dice Crisipo en el libro intitulado *Que Zenón usó de los nombres con propiedad*. Escribe allí que el príncipe debe entender acerca de bienes y males; y estas cosas ningún ignorante las sabe.

85. También, que solos ellos, y ninguno malo, son aptos para los magistrados, para los juicios, y para la oratoria. Que son impecables, como que no pueden caer en pecado. Que son inocentes, pues ni dañan á otros ni á sí mismos. Que no son misericordiosos ni perdonan á nadie, pues no remitirán las penas puestas por las leyes (ya que la condescendencia, la misericordia, la mansedumbre no son cosas propias del ánimo de quien se crea útil para la justicia) ni las tendrán por muy duras. Asimismo, que el sabio nada admira de lo que parece extraor-

dinario, v. gr., los Plutonios (1), el flujo y reflujó del mar, las fuentes de aguas termales y los volcanes. Dicen igualmente que el sabio nunca vive solo, pues está acompañado de la naturaleza y de las operaciones. Se ocupará también en ejercicios para hacer el cuerpo á la tolerancia.

86. Dicen que el sabio orará pidiendo bienes á los dioses. Así lo escriben Posidonio en libro I *De los oficios*, y Hecatón en el XIII *De las cosas raras*. Dicen asimismo que sólo en los sabios existe la amistad, por razón de la semejanza; y que la amistad es una comunión ó comunicación entre los amigos, de las cosas necesarias á la vida. Prueban que el amigo debe elegirse por él mismo; que es bueno tener muchos amigos, y que no hay amistad entre los malos. Que no se ha de contender con los ignorantes ó necios; y que todos los ignorantes son dementes, puesto que no siendo sabios todo lo ejecutan por una ignorancia igual á la demencia. Que el sabio hace bien á todos; al modo que decimos que Ismenias fué diestro flautista. Que todas las cosas son de los sabios, pues la ley les da potestad cumplida. Que también hay algunas cosas de los ignorantes, sean de la República, sean propias; pero como á poseedores injustos.

87. Que las virtudes se siguen mutuamente unas á otras, y quien posee una las posee todas; pues las especulaciones de todas son comunes, como

(1) *χαρῶνεια* son parajes que exhalan olores graves y pestilentes de fuegos subterráneos, cebados en betunes, azufres y otras materias. Así son los del territorio de Baya y Puzol en el reino de Nápoles, llamados *La Solfatara*; los de Zacinto, Dirraquio y Apolonia, Babilonia, Iope de Siria y otros muchos. Los latinos llamaban á estas bocas *Ostia Ditis*.

dice Crisipo en el libro *De las virtudes*, Apolodoro en su *Física antigua*, y Hecatón en el libro III *De las virtudes*. Que el virtuoso es especulativo ó contemplativo, y apto para ejecutar lo que conviene; y las cosas que conviene se hagan, deben también ser elegidas, sostenidas, distribuídas y constantemente defendidas. Por lo cual si ejecuta con elección algunas cosas, otras con tolerancia, distributivamente otras, y otras constantemente, es así prudente, valeroso, justo y templado. Y principalmente cada una de las virtudes versa respectivamente acerca de su propio objeto; v. gr., el valor acerca de su tolerancia; la prudencia acerca de lo que debe practicarse, no practicarse, ó mirarse con indiferencia. Del mismo modo versan las demás sobre sus propios objetos; v. gr., á la prudencia se sigue el buen consejo é inteligencia; á la templanza el buen orden y la modestia; á la justicia la equidad y probidad; y al valor se sigue la constancia y permanencia de ánimo.

88. Son de opinión que entre la virtud y el vicio no hay medio (al contrario de los Peripatéticos, que dicen que el provecho es medio entre la virtud y el vicio), pues así como un palo, dicen los Estoicos, es preciso sea ó recto ó torcido, así una cosa ó es justa ó injusta, sin contar con el más ó menos. Y así, de las demás cosas Crisipo dice que la virtud es amisible; Cleantes, que es inamisible; aquél, que puede perderse por la embriaguez y por la cólera; éste, que no puede perderse, por lo muy arraigada. Que es apetecible; que nos avergonzamos de las malas obras, conociendo que sólo es bueno lo honesto; y que ella sola basta para la felicidad, como dicen Zenón, Crisipo en el libro I *De las virtudes*, y Hecatón en el II *De los bienes*; porque si la

magnanimidad, dicen, es bastante para superarlo todo, y ella es parte de la virtud, es también la virtud bastante para la felicidad, despreciando justamente todas las cosas que parezcan graves y turbulentas.

89. Pero Panecio y Posidonio dicen que la virtud sola no basta, si que también se necesitan la salud, la fuerza y la abundancia. Quieren también que de la virtud se use siempre y en todos tiempos, como dice Cleantes, puesto que es inamisible, y el sabio siempre usa de un ánimo el más perfecto. Que lo justo lo es por naturaleza, no positivamente, como la ley y la recta razón. Así lo dice Crisipo en el libro *De lo honesto*. Son de parecer que la discrepancia en las opiniones filosóficas no debe remover á nadie de la Filosofía, pues á esa cuenta era menester dejar todas las cosas de esta vida: así lo escribe Posidonio en sus *Exhortaciones*. Crisipo dice que las disciplinas liberales son muy útiles. Son también de sentir que no tenemos derecho alguno en los demás animales por razón de la diversidad ó desemejanza, como dice Crisipo en el libro I *De la justicia*, y Posidonio en el I *De los oficios*.

90. Que el sabio estimará aquellos jóvenes que manifiesten más talento é índole para la virtud, como dicen Zenón en el libro *De la República*, Crisipo en el I *De las vidas*, y Apolodoro en su *Moral*. Que el amor es un acceso de beneficencia hacia una belleza aparente; y no acceso de unión, sino de amistad; pues Trasonides, aunque tuvo en su poder á su amada, por cuanto ésta lo aborrecía, se abstuvo de ella. El amor, pues, no es más que la amistad, como dice Crisipo en el libro *Del amor*, ni menos es culpable. Que la belleza es la flor de la

virtud. Dicen que, siendo tres los géneros de vida, contemplativo, operativo y racional, de ellos se ha de elegir el tercero, puesto que la naturaleza ha criado al animal racional para la contemplación y operación. Que con mucha razón el sabio se privará á sí mismo de la vida por la patria y por los amigos, y aun cuando padeciere algún dolor, mutilación ó mal incurable.

91. Defienden que entre los sabios conviene que las mujeres sean comunes, de manera que cada uno use de la que le ocurra. Así lo escriben Zenón en su *Política*, Crisipo en el libro *De la República*, Dión el Cínico y Platón. De esta forma amaremos con amor natural á todos los hijos, como si fuésemos padres de todos, y se quitarán adulterios y celos. Que el mejor gobierno es el mixto de real, democrático y aristocrático. Estas y otras muchas cosas dicen los Estoicos acerca de los dogmas morales, dando sus pruebas y demostraciones; bien que nosotros las hemos traído sólo por mayor y en compendio.

92. La parte física ó natural la subdividen en física de los cuerpos, de los principios, de los elementos, de los dioses, de los prodigios, del lugar y del vacuo. Esta división es específica; pero en general la hacen en tres miembros ó partes, á saber: Del mundo, de los elementos y de las causas. La parte del mundo dicen se subdivide en otras dos. Bajo de una consideración se la asocian los matemáticos, y por ella discurren de las estrellas fijas y planetas, v. gr., si el sol es tan grande como aparece, y lo mismo la luna; de su giro, y de otras cuestiones semejantes. Bajo de la otra consideración pertenece sólo á los físicos, y en ella se inquiere de qué sustancia sea; si el sol y los astros constan de materia

y forma; si fué criado ó no; si está animado ó inanimado; si es corruptible ó incorruptible; si hay providencia que lo gobierne ó no, con otras cosas de esta clase. La parte ó miembro perteneciente á las causas, también la subdividen en dos. La teoría de la una la hacen cuestión común á los médicos, y por ella inquietan de la parte principal ó conductriz del alma y de sus operaciones, de las semillas y cosas semejantes. La otra se la apropian igualmente los matemáticos, v. gr.: cómo vemos; cuál es la causa de vernos en el espejo; qué cosa sean las nubes, los truenos, el iris, el halón ó corona, los cometas, y semejantes.

93. Son de opinión que los principios de todas las cosas son dos, á saber: el *agente* y el *paciente*. El paciente es la materia, la cual es *una sustancia sin cualidad*. El agente es la razón que hace ú opera sobre la materia, á saber, Dios; y que éste, siendo sempiterno, cria por toda la materia cada cosa de por sí. Establecen este dogma Zenón Citieo en el libro *De la sustancia*, Cleantes en el *De los átomos*, Crisipo en el I *De los físicos*, hacia el fin, Archedemo en el libro *De los elementos*, y Posidonio en el libro II de sus *Razonamientos naturales*. Dicen que principios y elementos son cosas diversas, pues los principios son ingénitos é incorruptibles, pero los elementos se corrompen por ustión: los principios carecen de cuerpo y de forma; pero los elementos la tienen.

94. Cuerpo es, dice Apolodoro en su *Física*, el que tiene las tres dimensiones de longitud, latitud y profundidad. Llámase también *sólido*. Superficie es la extremidad del cuerpo, ó bien lo que sólo tiene longitud y latitud, mas no profundidad. Posidonio, en el libro III *De los meteoros*, la coloca entre

lo intelectual y real (1). Línea es el extremo de la superficie, ó una longitud sin latitud, ó bien lo que sólo tiene longitud. Punto es la extremidad de la línea y la señal más pequeña. Que es una misma cosa Dios, Mente, Hado, Júpiter, y otras muchas denominaciones que se le dan. Que en el principio, existiendo Dios en sí mismo, convirtió toda la sustancia en agua por medio del aire. Y así como en el feto se contiene el esperma, así también él, siendo como es la razón seminal del mundo, la depositó en el agua, fecundando y dando aptitud á la materia para las generaciones futuras. Crió después primeramente los cuatro elementos: fuego, agua, aire y tierra. Así lo escriben Zenón en el libro *Del universo*, Crisipo en el I *De los físicos*, y Archedemo en un *Escrito acerca de los elementos*. Y así, elemento es aquel de quien proceden primero las cosas que nacen, y en quien se resuelven cuando acaban.

95. Que los cuatro elementos unidos constituyen una sustancia sin cualidades, que es la materia. Que el fuego es el cálido; el agua el húmido; el aire el frígido, y la tierra el árido. Aun sobre el aire hay alguna parte de ello. Que en lo más alto está el fuego llamado *Eter*, en el cual está primero la esfera de las estrellas fijas; luego la de los planetas, junto á la cual está el aire, luego el agua, y después de todo está la tierra, que es el medio del universo. De tres maneras entienden la palabra *mundo*: una es el mismo Dios, que á todas las sustancias crió sus propiedades; que es incorruptible é ingénito; artífice de esta hermosa fábrica, y que por ciertos

(1) ταύτην δὲ Ηοσειδώνιος..... καὶ κατ'ἐπίνοιαν καὶ καθ'ὑπόστασιν ἀπολείπει.

períodos de tiempo resuelve todas las sustancias, y las vuelve á engendrar de sí mismo. La otra es el bello ornato mismo de los astros, á que también llaman *mundo*. Y la tercera es el compuesto y resultado de los dos primeros. Es, pues, el mundo propiamente la cualidad de la sustancia de todas las cosas, ó bien, como dice Posidonio en sus *Elementos meteorológicos*, el sistema ó complejo de cielo y tierra, y las naturalezas que contienen; ó también, el sistema ó complejo de dioses, hombres y cosas criadas por causa de ellos. Cielo es la última periferia, donde reside todo lo divino. El mundo es gobernado con mente y providencia (como dice Crisipo en sus libros *De la providencia*, y Posidonio en el XIII *De los dioses*), extendiéndose á todas sus partes la mente, al modo que en nuestras almas; bien que á unas más y á otras menos, pues por unas pasó como hábito, v. gr., por los huesos y nervios; por otras, como mente, v. gr., por la parte principal del alma (1). Así, pues, el universo, siendo animal, animado y racional, tiene su *principal*, ó alma, que es el éter, como lo dice Antípatro Tirio en el libro VIII *Del mundo*. Pero Crisipo, en el libro I *De la providencia*, y Posidonio en el libro *De los dioses*, dicen que el cielo es el *principal* (2) del mundo, y Cleantes dice que lo es el sol. No obstante, Crisipo, apartándose después de su propio sentir en el mismo libro, dice que lo es el éter purí-

(1) ὡς διὰ τοῦ ἡγεμονικοῦ.

(2) τὸ ἡγεμονικὸν τοῦ κόσμου. Acaso mejor diríamos *conductor*, *regulador*.— Véase la nota en la pág. 48. Cicerón, lib. II *De nat. Deor.* le llama *principatum*. Por este principal entendían el ánimo, la mente, el alma; y hallamos memoria de ello en Tertuliano, Lactancio, San Jerónimo y otros Padres.

simo, al cual llaman *primer Dios* sensiblemente, como infuso en las cosas existentes en el aire, en todos los animales y plantas, y en la tierra, según hábito.

96. Que el mundo es único, finito y de forma esférica, que es la más cómoda para el giro, como dice Posidonio en el libro xv de sus *Discursos físicos*, y Antípatro en sus libros *Del mundo*. Que fuera del mundo se extiende en rededor un vacuo inmenso é incorpóreo; siendo incorpóreo aquello que, pudiendo estar ocupado de cuerpos, no lo está. Que dentro del mundo no hay ningún vacuo, y está todo él unido en sí mismo, pues á ello le obliga la conspiración y conformidad de tendencia de los cielos hacia la tierra. Del vacuo tratan Crisipo en su libro *Del vacuo* y en el libro i *De las artes naturales*, Apolófanes en su *Física*, Apolodoro y Posidonio en el libro ii de sus *Discursos físicos*. Que todas las cosas incorpóreas son semejantes. Que el tiempo es incorpóreo, siendo el intervalo del movimiento del mundo. Que de los tiempos, el pasado y el futuro son infinitos; el presente finito. Dicen que el mundo es incorruptible, como compuesto de cosas que se perciben. Siendo corruptibles las partes, lo es también el todo; las partes del mundo son corruptibles, puesto que se mudan: luego el mundo es corruptible. Lo que es capaz de mudarse en peor es corruptible; y el mundo lo es, puesto que se seca y humedece.

97. Que el mundo fué hecho convirtiéndose la materia ó sustancia de fuego en humor por medio del aire; luego condensándose y perfeccionándose en tierra su parte más crasa, la sutil y ligera se convirtió en aire, y la muy ligera y leve se convirtió en fuego. Luego, de la mixtión de éstos resul-

taron las plantas, los animales y demás generaciones. Acerca de la generación y corrupción del mundo trata Zenón en su libro *Del universo*, Crisipo en el primero *De los Físicos*, Posidonio en el libro I *Del mundo* y Cleantes y Antípatro en el X *Del mundo*. Panecio, por el contrario, demuestra que el mundo es incorruptible. Que es animal, racional, animado, é intelectual, lo dicen Crisipo en el libro I *De la providencia*, Apolodoro en su *Física*, y Posidonio. Que es animal, siendo sustancia animada y sensible; porque el animal es mejor que quien no lo es: no hay cosa mejor que el mundo; luego el mundo es animal. Que es animado, como es evidente de que nuestra alma es partícula arrancada de allí. Pero Boeto dice que el mundo no es animal. Que el mundo es único lo dicen Zenón en el libro *Del universo*, Crisipo, Apolodoro en su *Física*, y Posidonio en el libro I de sus *Discursos físicos*.

98. Universo, como dice Apolodoro, se llama ya el mundo, y ya, según otra denominación, el sistema ó compuesto del mundo y del vacuo exterior. El mundo, pues, es finito; pero el vacuo infinito. Que de los astros, los fijos giran con todo el cielo: los planetas andan con movimientos propios. Que el sol hace una carrera oblicua por el círculo zodiaco; y lo mismo la luna en sus giros y espiras. Que el sol es fuego puro, como lo dice Posidonio en el libro XVII *De los meteoros*; y mayor que la tierra, según el mismo Posidonio en el XVI de sus *Discursos físicos*. También dice el mismo autor que el sol es esférico, semejante á la tierra. Que es fuego, puesto que hace cuanto hace el fuego mismo; y mayor que la tierra, puesto que la ilumina toda y aun el cielo. También, por cuanto la tierra hace la sombra en figura de

taron las plantas, los animales y demás generaciones. Acerca de la generación y corrupción del mundo trata Zenón en su libro *Del universo*, Crisipo en el primero *De los Físicos*, Posidonio en el libro I *Del mundo* y Cleantes y Antípatro en el x *Del mundo*. Panecio, por el contrario, demuestra que el mundo es incorruptible. Que es animal, racional, animado, é intelectual, lo dicen Crisipo en el libro I *De la providencia*, Apolodoro en su *Física*, y Posidonio. Que es animal, siendo sustancia animada y sensible; porque el animal es mejor que quien no lo es: no hay cosa mejor que el mundo; luego el mundo es animal. Que es animado, como es evidente de que nuestra alma es partícula arrancada de allí. Pero Boeto dice que el mundo no es animal. Que el mundo es único lo dicen Zenón en el libro *Del universo*, Crisipo, Apolodoro en su *Física*, y Posidonio en el libro I de sus *Discursos físicos*.

98. Universo, como dice Apolodoro, se llama ya el mundo, y ya, según otra denominación, el sistema ó compuesto del mundo y del vacuo exterior. El mundo, pues, es finito; pero el vacuo infinito. Que de los astros, los fijos giran con todo el cielo: los planetas andan con movimientos propios. Que el sol hace una carrera oblicua por el círculo zodiacal; y lo mismo la luna en sus giros y espiras. Que el sol es fuego puro, como lo dice Posidonio en el libro XVII *De los meteoros*; y mayor que la tierra, según el mismo Posidonio en el XVI de sus *Discursos físicos*. También dice el mismo autor que el sol es esférico, semejante á la tierra. Que es fuego, puesto que hace cuanto hace el fuego mismo; y mayor que la tierra, puesto que la ilumina toda y aun el cielo. También, por cuanto la tierra hace la sombra en figura de

cono, es señal que el sol es mayor que la tierra. Que se ve aquél de todas partes por su grandeza. Que la luna es más térrea, como más cercana á la tierra.

99. Que estos astros ígneos, y aun todos los demás, reciben nutrimento; el sol lo recibe del mar grande, siendo como es un ardor intelectual (1); la luna, de las aguas potables, por estar mezclada con el aire y vecina á la tierra, según Posidonio en el libro VI de sus *Discursos físicos*; y los demás lo reciben de la tierra. Son de sentir que los astros son esféricos, y la tierra inmóvil. Que la luna no tiene luz propia, sino que cuando luce la recibe del sol. Que se eclipsa el sol poniendósele la luna delante por la parte que mira á nosotros, como escribe Zenón en el libro *Del universo*; pues cuando se encuentran se deja ver cómo se le pone debajo, lo oculta, y luego después lo deja. Obsérvase esto en una jofaina con agua. Y que la luna se eclipsa cuando cae dentro de la sombra de la tierra. Que sólo se eclipsa en los plenilunios cuando se halla diametralmente opuesta al sol, no obstante que esto sucede cada mes; pues moviéndose ella oblicuamente hacia el sol, varía de latitud, hallándose ya más boreal, ya más austral. Y así, cuando su latitud se encuentra con la del sol y la de otras cosas medianas, y además está diametralmente opuesta al sol, entonces se eclipsa. Su latitud se mueve según las cosas que median, en Cáncer, Escorpión, Aries y Tauro, como dice Posidonio.

100. Dicen que Dios es animal inmortal, racio-

(1) Sabido es que muchos antiguos creyeron que los astros estaban animados. Pitágoras los hizo dioses, como veremos en su *Vida*, pár. 17.

nal, perfecto, ó inteligente en su felicidad, incapaz de recibir algún daño, y que gobierna próvidamente el mundo y cuanto éste encierra; pero no tiene figura humana. Que es autor y criador del universo y como Padre de todas las cosas, ya en común, ya como parte del mismo universo que penetra por todo, y se llama con diversos nombres según sus fuerzas. 1.º llaman $\Delta\iota\alpha$ (Día), porque por él existe todo. Llámalo también $Z\eta\eta\alpha$ (Zena), porque es causa de todo viviente, ó bien porque en todo viviente reside. 'Αθηνᾶν (Athenan), porque constituye su imperio en el éter. 'Ηραν (Héran), por tener éste imperio en el aire. 'Ηφαιστον (Hephaiston), porque lo tiene en el fuego artificial. Ποσειδῶνα (Poseidona), por tenerlo en el húmido ó agua. Y Δήμητραν (Démétran), por tenerlo en la tierra. Otras denominaciones le dieron semejantes á éstas siguiendo alguna congruencia ó analogía (1). *Sustancia de Dios* llama Zenón á todo el mundo, incluso el cielo. Crisipo en el libro XI *De los Dioses*, Posidonio en el I también *De los Dioses*, y Antípatro en el VII *Del mundo*, hacen aérea su naturaleza ó sustancia. Y Boeto en sus obras de *Física* dice que la sustancia de Dios es la esfera de las estrellas fijas.

101. Por *naturaleza* unas veces entienden lo que comprende y abraza el mundo; otras lo que causa las producciones de la tierra. Es, pues, la naturaleza un hábito movido por sí mismo según la razón seminal que cría y contiene en sí lo que de ella procede después en las estaciones propias, produciéndolo tal, cual es aquello de que procede. Su designio se dirige tanto á lo conducente cuanto á lo

(1) La razón de estos nombres se halla en cualquiera Mitógrafo.

deleitabile, según consta de la creación del hombre. Que todas las cosas se hacen según el hado ó destino, lo dicen Crisipo en sus libros *Del hado*, Posidonio en su libro II *Del hado*, y Boeto también en el libro XI *Del hado*. El hado es el principio ú origen de una serie de cosas, ó la razón según la cual es gobernado el mundo. Dicen que la divinación es superior á cualquiera otra cosa, y aun quieren sea providencia. Prueban que es arte, por algunas predicciones verificadas: así lo escriben Zenón y Crisipo en el libro II *De la divinación*, Atenodoro y Posidonio en el libro XII de sus *Discursos físicos*, y en el V *De la divinación*. Pero Panecio dice que no hay tal arte.

102. Dicen que la sustancia de todos los entes es la *materia primera*; lo cual lo dice también Crisipo en su libro I de los *Físicos*, y Zenón. *Materia* es aquello de que se hace una cosa cualquiera que sea. Dánsele dos nombres, *sustancia* y *materia*, así de todas las cosas en común, como de cada una en particular. La *sustancia* ó *materia* de todo en general ó en común no es grande ni pequeña; pero sí la de cosas particulares. El cuerpo, según ellos, es sustancia finita ó circunscrita, como dicen Antipatro en el libro II *De la sustancia*, y Apolodoro en su *Física*; el cual añade que es pasible, pues á ser inmutable, de ningún modo provendrían de ella las cosas que se engendran. De aquí es que puede dividirse en infinito; pero Crisipo dice que no es infinita, pues nada hay infinito que sea capaz de sección, sino que se acaba y nada queda.

103. Que las mixtiones se hacen insinuándose mutuamente los todos (como dice Crisipo en el libro III *De los Físicos*), y no por circunscripción, ó por adición de un cuerpo á otro; pues si en el mar

se vierte un poco de vino, por un tanto de tiempo estará luchando en su extensión, mas luego se confundirán ambos. Que hay espíritus que tienen simpatía con los hombres y observan las cosas humanas. Y que las almas de los buenos son héroes; una vez separadas de los cuerpos.

104. De las cosas que se hacen en la región del aire dicen: que el invierno es el aire congelado sobre la tierra por la gran distancia del sol. La primavera por el buen temple del aire cuando ya el sol vuelve hacia nosotros. El estío por el fervor de la atmósfera causado por el curso del sol hacia el Septentrión. Y el otoño por el regreso ó alejamiento del sol de nosotros. (*Que los vientos son los flujos del aire*). (1), y mudan nombre según las partes de que fluyen. Así, la causa de las tempestades es el sol que de los vapores va formando las nubes. Que el iris es los resplandores ó rayos que reflectan de las nubes húmedas, ó según quiere Posidonio en sus *Meteoros*, es una imagen de la mitad del sol ó luna, representada en la nube llena de rocío, cóncava y continua ó densa, como representada en un espejo según el borde ó limbo de su circunferencia.

105. Que los cometas, ya crinitos, ya barbados, los fuegos fatuos y errantes (2), son fuegos produ-

(1) He suplido las palabras inclusas aquí, no dudando de que Laercio sigue tratando del aire y viento. Casaubono persuade esta corrección por un lugar de Plutarco, lib. III, cap. VI, *De las opiniones de los Filósofos*. Vitruvio, lib. I, cap. VI, trae la misma definición estoica del viento, *Ventus autem est aeris fluens unda cum incerta motus redundantia*. Y más adelante pone las mismas palabras de Laercio, diciendo: *Sunt autem et alia plurima nomina flatusque ventorum á locis, aut fluminibus, aut montium procellis tracta*.

(2) Λαμπραδίας.

cidos cuando el aire denso sube á la región etérea. Que las exhalaciones (1) son fuego recogido y encendido en el aire, llevado velozmente por el mismo, y que se representa extendido en largo. Que la lluvia es una resolución de la nube en agua, después de haber el sol atraído la humedad de la tierra y del mar, y no haber podido esta humedad obrar diversamente. Esta misma humedad congelada se llama *escarcha*. Que el granizo es la nube cuajada, y luego desmenuzada por el viento. Que la nieve es el humor de la nube condensada, según dice Posidonio en el libro VIII de sus *Discursos físicos*. Que el relámpago es un encendimiento ó inflamación, como dice Zenón en el libro *Del universo*. Que el trueno es el estruendo de las mismas nubes cuando luden ó se rasgan. Que el rayo es un globo (2) de fuego vibrado violentamente contra la tierra cuando las nubes chocan ó se rompen. Algunos dicen es una porción de aire inflamado y vibrado con violencia. Que el tifón ó torbellino es un rayo violento y viento impetuoso; ó bien un viento nebuloso de nube rasgada. Que el préster ó huracán es una nube circuída de fuego líquido, y con viento vehemente en las cavernas y entrañas de la tierra; ó bien el viento sólo oprimido dentro de la tierra, como quiere Posidonio en el libro VIII. Que algunos de éstos causan terremotos, otros aberturas en la tierra, otros incendios y otros hervores.

106. Son de opinión que el sistema del universo

(1) Σελαι, según entiendo, son aquellos fuegos que aparecen de noche en la esfera, ó sea región del aire, y pasan en breve. Séneca en el lib. I, cap. xv, *Natur. quæst.* dice que estos *selas* caen también hacia la tierra á manera de rayos, hiriendo árboles y edificios.

(2) "Εξαψιν.

es en esta forma: la tierra está puesta en el medio como centro, y con ella el agua, formando ambas un globo de un centro mismo, de manera que la tierra está en el agua. Después del agua está el aire en forma de esfera. Que en el cielo hay cinco círculos: el primero es el septentrional, que siempre se nos manifiesta; el segundo el trópico estival; el tercero el círculo equinoccial; el cuarto el trópico hibernal, y el quinto el círculo antártico, que no sale á nuestra vista. Llámense *paralelos*, porque no se encuentran mutuamente, y se describen teniendo por centro el polo mismo. El zodiaco es un círculo oblicuo, como que va por encima de los paralelos. Las zonas de la tierra son cinco: la primera la boreal, más allá del círculo ártico, inhabitable por el frío. La segunda, templada. La tercera inhabitable por el calor, llamada tórrida. La cuarta, templada, á la parte opuesta. Y la quinta, austral, también inhabitable por el frío.

107. Opinan que la naturaleza es un fuego artificial que está en camino para la generación; ó bien un espíritu ígneo y artificial. Que el alma es sensitiva, y nos es un espíritu innato; por tanto, es corpórea, permanece después de la muerte, y es corruptible. Pero que el alma del universo es incorruptible, de la cual son partes las de los animales. Zenón Citieo, Antípatro en sus libros *Del alma*, y Posidonio dicen que el alma es un espíritu cálido, pues por él respiramos y por él nos movemos. Cleantes dice que todas permanecerán hasta el incendio del mundo; pero Crisipo afirma que sólo las de los sabios. Que las partes del alma son ocho, á saber: los cinco sentidos, los principios seminales existentes en nosotros, la locuela y la racionación. Que nuestra visión se hace extendiéndose en figura

de cono la luz que hay entre la vista y el objeto: así lo dice Crisipo en el II de los *Físicos*, y Apolodoro. La parte aguda del cono aéreo está junto al ojo; la base en el objeto mirado, haciéndonos manifiesto lo que miramos extendiéndose el aire como por el báculo (1). Que el oír se hace siendo herido el aire que media entre el que habla y el que oye, lo cual se hace circularmente y con ondulaciones, hasta que llega á los oídos; á la manera que ondea por círculos el agua de un estanque, arrojada en él una piedra. Que el sueño se hace relajándose ó disolviéndose el vigor de los sentidos acerca del *principal*. Dan por causas de las pasiones los movimientos y mudanzas que acontecen en el espíritu.

108. Semilla dicen es la que puede producir una cosa semejante á aquella de que fué separada. El esperma que el hombre suministra, unido con el humor, se mezcla con las partes del alma de un modo conveniente á la mixción paterna. Este, según Crisipo en el II de los *Físicos*, es un espíritu adherente á la sustancia, como es de ver por las semillas arrojadas á la tierra, las cuales, si son muy añejas, ya no nacen, como manifestando habérselas exhalado la virtud. Y Sfero dice que el esperma fluye de todo el cuerpo, por lo cual todas las partes de éste son generativas. Dicen que el esperma femenino es infecundo, ineficaz, poco y ácuero, como consta en Sfero. Que el *principal* es la parte dominante del alma, en donde se engendran las fantasías y los apetitos, y de donde procede la razón. Su residencia es en el corazón.

109. Esto es, en cuanto me ha parecido bastante

(1) ὡς διὰ βακτηρίης. Acaso significa el báculo geométrico, que también se llama cruz.

al tamaño de este volumen, lo que dicen los Estoicos acerca de las cosas naturales. Las que aun entre ellos hay controvertidas, son como se sigue.

110. Aristón Chío, *el Cano* (1), cognominado *Sirena*, dijo que el fin es estarse en indiferencia entre la virtud y el vicio, no haciendo variación alguna, sino igual á todo. Que el sabio es semejante á un buen histrión, el cual, represente á Tersites, represente á Agamenón, á ambos imita con propiedad. Quitó de la filosofía la parte física y lógica, diciendo que la una es superior á nosotros, y la otra nada nos importa, pues que sólo nos importa la parte moral. Comparaba los argumentos dialécticos á las telarañas, las cuales, aunque parece manifiestan artificio, son inútiles. Acerca de las virtudes, ni puso muchas como Zenón, ni una bajo de muchos nombres como los Megáricos, sino que dijo ser el modo de proceder en las cosas. Filosofando de esta forma y disputando en el Cinosargo (2), pudo conseguir el nombre de inventor ó fundador de secta. En efecto, Milcíades y Difilo se llamaron Aristonios. Era muy persuasivo, y amigo de la plebe. Así Timón dijo de él:

Un deudo de Aristón el placentero.

111. Diocles de Magnesia dice que habiendo entrado en conferencia con Polemón á tiempo que Zenón padecía una larga enfermedad, mudó de opinión, y se aficionó principalmente al dogma Estoico que dice que el sabio no debe andarse en opiniones. A esto contradijo Perseo, trayendo dos hermosos

(1) Pudo entender *el calvo*, como se dice al fin de su *Vida*.

(2) Nombre de un templo de Hércules en Atenas.

mellizos para que uno de ellos le diese una alhaja en depósito y el otro viniese por ella: así lo puso en duda y lo convenció. Hablaba contra Arcesilao, y habiendo visto un toro con una matriz monstruosa, dijo: «¡Ay! aquí tiene Arcesilao un argumento contra la evidencia.» A un Académico que afirmaba no comprendía cosa alguna, le dijo: «¿Ni aun ves á éste que está aquí sentado?» Y respondiendo que no,

¿Quién te cegó — le dijo; —
 Quién al fanal robó los resplandores?

112. Corren de él los libros siguientes: dos libros de *Exhortaciones*; *Diálogos* acerca de los dogmas de Zenón; seis libros *De las escuelas*; siete libros de *Exhortaciones acerca de la sabiduría*; *Ejercitaciones amatorias*; *Comentarios sobre la vanagloria*; veinticinco (1) libros de *Comentarios*; tres *De cosas memorables*; once de *Chríos*; *Contra los oradores*; *Contra las respuestas de Alexino*; tres libros *contra los dialécticos*; cuatro libros de *Epístolas á Cleanthes*. Panecio y Sosícrates dicen que sólo son suyas las *Epístolas*, y que las demás obras son de Aristón Peripatético. Es fama que como nuestro Aristón fuese calvo, le quemó el sol la cabeza, y murió de ello. Mis versos coliambos á él son:

¡Oh Aristón! ¿por qué siendo viejo y cano,
 Al sol así expusiste tu mollera,
 A que te la tostase?
 Buscando más calor del que conviene,
 Hallaste sin querer el frío infierno.

(1) El número del texto es $\alpha\iota'$, que vale 25. Los traductores ponen 15. Puede ser cuentan por 10 la α , como es la letra décima del alfabeto griego.

113. Hubo otro Aristón Peripatético, natural de Julida; otro músico, Atenicense; otro poeta trágico; otro Alcense, que escribió del *Arte oratoria*, y otro Peripatético Alejandrino.

114. Herilo, Cartaginés, dijo que el *fin* es la ciencia, y lo coloca en el vivir refiriendo siempre todas las cosas á la vida sabia, para no ser derribados por la ignorancia. Que la ciencia es un hábito procedido de la recepción de aquellas fantasías ó imaginaciones que caen bajo de la razón. Decía que alguna vez no hay *fin*, porque las circunstancias y otras cosas lo truecan, v. gr., como si de un mismo metal se hace una estatua de Alejandro y otra de Sócrates. Que el *fin* y lo á él subordinado son cosas diversas, pues esto lo suelen conseguir también los ignorantes; pero aquél sólo el sabio. Que las cosas que están entre la virtud y el vicio son indiferentes.

115. Hay de él algunos libros, cortos sí, pero llenos de vigor, y contienen *Contradicciones á Zenón*. Dícese que siendo muchacho fué amado de muchos, á quienes queriendo remover Zenón, obligó á que Herilo se cortase el pelo; con lo cual ellos se ausentaron. Los libros son éstos: *De la ejercitación, De las pasiones, De la opinión, El legislador, El partero, Antiferón maestro, Aparato, El director, Mercurio, Medea, Diálogos de Posiciones morales*.

116. Dionisio, el llamado *Desertor*, dijo que el *fin* es el deleite, por el accidente de sus ojos; porque habiéndole sobrevenido un dolor en ellos, no quiso llamarlo cosa indiferente. Fué hijo de Teofanto, y natural de Heraclía. Diocles dice que primero fué discípulo de Heraclides su paisano; luego de Alexino y Menedemo, y finalmente lo fué de Zenón. Al principio fué amantísimo de las letras, y se aplicó á toda especie de poesía; después se aficionó á Arato,

y procuró imitarlo. Finalmente, desertando de Zenón, se pasó á los Cirenaicos, y se entraba en los lupanares más viles, ejecutando públicamente todas las voluptuosidades. Murió privándose del alimento, á los ochenta años de edad. Corren de él los libros siguientes: *De la serenidad ó imperturbación del ánimo*, dos libros; otros dos *De la ejercitación*; cuatro *Del deleite*; *De la riqueza*, *De la gracia*, *Del suplicio*, *De la utilidad de los hombres* (1), *De la felicidad*, *De los reyes antiguos*, *De las cosas alabadas*, *De las costumbres bárbaras*.

117. Estos son los Estoicos que se diferencian entre sí en algunas opiniones. A Zenón sucedió Cleantes, de quien vamos á tratar.

(1) Περὶ ἀνθρώπων χρήσεως.



CLEANTES.

1. Cleantes, hijo de Fanio, fué natural de Asso. Al principio fué púgil, como dice Antistenes en las *Sucesiones*; pero pasándose á Atenas con solas cuatro dracmas, como dicen algunos, y uniéndose á Zenón, se dedicó fuertemente á la filosofía, y persistió en los dogmas de aquél. Fué celebrado por su aplicación al trabajo, tanto, que apretado de la necesidad, se aplicaba con ahinco al jornal, de noche sacando agua en ciertos jardines, y de día se ejercitaba en el estudio, por lo cual se llamaba φρεάντης (phreantles) (1). Dicen fué conducido al tribunal para que dijese de qué se mantenía y vivía tan robusto, y que se purgó de esto dando por testigos á aquel en cuyo jardín sacaba agua, y á la vendedora de polenta á quien giraba la tahona. Celebráronlo mucho los areopagitas, y decretaron darle diez minas, las que Zenón le prohibió tomar. Añaden que Antígono le dió tres mil dracmas. Como condujese una vez ciertos jóvenes á un espectáculo, un soplo de aire le retiró el palio y fué visto sin túnica;

(1) Significa *sacador de agua de pozos.*

por lo cual los Atenienses le dieron un crocoto (1), como dice Demetrio de Magnesia en sus *Colombroños*; por lo cual fué generalmente admirado.

2. Dícese que Antígono, que era de su escuela, le preguntó por qué sacaba agua, y que él respondió: «¿Sólo saco agua? ¿y por qué no también cavo, riego y hago todas las cosas por amor de la filosofía?» Aun Zenón lo animaba á ejercitarse en esto, y de su jornal le mandaba traer un óbolo diariamente; y habiendo de esto recogido con el tiempo buena cantidad, la manifestó á los condiscípulos diciendo: «Cleantes podría sustentar á otros Cleantes si quisiese: los que tienen bienes de que sustentarse van solicitando de otros lo que han de comer, y no obstante filosofan sin ahinco.» Por esta razón era Cleantes llamado *El segundo Hércules*. Era muy aplicado, pero de naturaleza tarda y obtusa, por lo cual Timón habla de él así:

¿Quién es ese carnero
Que discurriendo va por el gentío?
¿Ese parlero de Asso?
¿Ese mortero, estólido, gallina?

Sufría con paciencia la burla de sus condiscípulos; y como se oyese llamar asno, se conformaba y decía que «él solo podía llevar la carga de Zenón.»

(1) El texto dice ἐφ' ᾧ κροκωτῷ τιμηθῆναι ὑπὸ Ἀθηναίων. Por lo cual fué honrado con un crocoto por los Atenienses. Del crocoto (que era una vestidura amarilla, propia de mujeres) trata Póllux, lib. vii, núm. 56. Los intérpretes latinos parece leyeron κροτῶ por κροκωτῶ, pues traducen: *plausu exceptum, atque ab Atheniensibus veste donatum*. El llamarlo *segundo Hércules*, como Laercio dice más abajo, pudo nacer del mismo crocoto, cuyo nombre tuvo Hércules por la misma causa de llevar ropa amarilla.

3. Motejándolo una vez de cobarde, respondió: «Aun por eso cometo pocos pecados.» Prefería su pobre vida á la de los ricos, diciendo: «Mientras ellos juegan á la pelota, yo cavo la tierra yerma y estéril.» Reprendíase muchas veces á sí mismo; lo cual oído por Aristón le dijo: «¿A quién reprendes?» y él respondió riendo: «A un viejo que tiene canas y entendimiento no.» Diciéndole uno que Aroesilao no hacía lo que debía, le respondió: «Cesa, y no lo culpes; pues aunque él no cumpla de palabra, lo ejecuta con obras.» A esto dijo Arcesilao: «No gusto de lisonjas», á lo que repuso Cleantes: «Sí, yo te lisonjeo diciéndote que unas cosas dices y otras haces.» Preguntándole uno qué era lo que debía amonestar á su hijo, respondió: «Aquello de *Electra*:

Calla, guarda silencio, pisa quedo (1).»

4. Diciendo un Lacedemonio que el trabajo es bueno, respondió muy alegre:

De sangre generosa eres, oh hijo (2).

Refiere Hecatón en sus *Chrios* que preguntándole un joven que si de quien se da golpes en el muslo se dirá que *musliza*, como de quien se los da en el vientre decimos que *ventriza*, respondió: «Mancebo, quédate para tí esas muslizaciones; y sábette que las voces análogas no siempre significan las cosas análogas.» Disputando una vez con otro joven, le preguntó si sentía, y diciéndole que sí, respondió Cleantes: «¿Pues cómo no siento yo que tú sientes?» Como el poeta Sositeo se le pusiese delante estando en el teatro y le dijese:

(1) De la *Electra* de Eurípides.

(2) Es el verso 611 del lib. iv de la *Odisea*.

3. Motejándolo una vez de cobarde, respondió: «Aun por eso cometo pocos pecados.» Prefería su pobre vida á la de los ricos, diciendo: «Mientras ellos juegan á la pelota, yo cavo la tierra yerma y estéril.» Reprendíase muchas veces á sí mismo; lo cual oído por Aristón le dijo: «¿A quién reprendes?» y él respondió riendo: «A un viejo que tiene canas y entendimiento no.» Diciéndole uno que Arcesilao no hacía lo que debía, le respondió: «Cesa, y no lo culpes; pues aunque él no cumpla de palabra, lo ejecuta con obras.» A esto dijo Arcesilao: «No gusto de lisonjas», á lo que repuso Cleantes: «Sí, yo te lisonjeo diciéndote que unas cosas dices y otras haces.» Preguntándole uno qué era lo que debía amonestar á su hijo, respondió: «Aquello de *Electra*:

Calla, guarda silencio, pisa quedo (1).»

4. Diciendo un Lacedemonio que el trabajo es bueno, respondió muy alegre:

De sangre generosa eres, oh hijo (2).

Refiere Hecatón en sus *Chrios* que preguntándole un joven que si de quien se da golpes en el muslo se dirá que *musliza*, como de quien se los da en el vientre decimos que *ventriza*, respondió: «Mancebo, quédate para tí esas muslizaciones; y sábeta que las voces análogas no siempre significan las cosas análogas.» Disputando una vez con otro joven, le preguntó si sentía, y diciéndole que sí, respondió Cleantes: «¿Pues cómo no siento yo que tú sientes?» Como el poeta Sositeo se le pusiese delante estando en el teatro y le dijese:

(1) De la *Electra* de Eurípides.

(2) Es el verso 611 del lib. iv de la *Odisea*.

A quienes la estulticia

De Cleantes conduce como bueyes (1),

no se alteró ni inmutó en nada. Admirados de esto los circunstantes, aplaudieron á Cleantes, y echaron de allí á Sositeo; mas arrepentido éste de haberlo ultrajado, fué por aquél admitido, diciendo que «era un absurdo indignarse él por una palabra injuriosa, cuando ni Libero-Padre ni Hércules se indignan burlados de los poetas.

5. Decía que «á los Peripatéticos les acontece lo que á las liras, las cuales suenan bien, pero no se oyen á sí mismas.» Se refiere que habiendo dicho, en sentencia de Zenón, que por el aspecto se pueden comprender las costumbres, algunos jóvenes alegres le trajeron un bardaja rústico y campesino, y le preguntaron acerca de las costumbres de éste. Estuvo dudoso un rato, y luego mandó que se fuese; pero como al irse estornudase, al punto dijo Cleantes: «Ya lo cogí; muelle es.» A un hombre solitario que hablaba consigo mismo, le dijo: «Hablas con un hombre no malo.» Objetándole uno la vejez, respondió: «También yo quiero ya marcharme; pero luego que me considero perfectamente sano, y que escribo y leo, vuelvo á quedarme.» Dicen que escribía en ostras y en omo platos de buey cuanto había oído á Zenón, careciendo de dinero para papel. Así que, siendo tal, consiguió sólo él entre tantos discípulos ilustres suceder á Zenón en la Escuela.

6. Dejó los excelentes libros que se siguen: *Del tiempo*; *De la filosofía de Zenón*, dos libros; cuatro de *Exposiciones de Heráclito*; *Del sentido*; *Del arte*;

(1) *βοηλαται* puede significar no sólo *conducir como bueyes*, sino también *destruir, corromper, etc.*

Contra Demócrito; Contra Aristarco; Contra Herilo; dos libros Del apetito; Antigüedades; De los dioses; De los gigantes; De los Himeneos; Del Poeta; tres libros Del oficio; Del buen consejo; De la gracia; Exhortatorio; De las virtudes; De la buena índole; De Gorgipo; De la envidia; Del amor; De la libertad; Arte amatoria; Del honor; De la gloria; El Político; Del consejo; De las Leyes; Del juzgar; De la educación; Del raciocinio, tres libros; Del fin; De lo honesto; De los negocios; De la ciencia; Del reino; De la amistad; Del convite; Que la virtud de los hombres y mujeres es toda una; Que es propio del sabio el filosofar; Chríos; dos libros de Diatribas; Del deleite; De las propiedades; De las cosas ambiguas; De la Dialéctica; De los tropos ó modos; De los predicamentos. Hasta aquí sus libros.

7. Murió de esta manera. Habiéndosele entumecido las encías, estuvo dos días sin tomar alimento por orden de los médicos; con lo cual curó tan bien, que los médicos le permitieron comiese ya lo mismo que solía. No lo ejecutó; antes bien permaneció así, diciendo que «ya tenía mucho camino andado»; y de esta suerte sufrió más tiempo hasta que murió. Igualó en edad á Zenón, y vivió ochenta años, como dicen algunos, habiendo sido discípulo suyo por espacio de diez y nueve. Hícele yo los versos siguientes:

Á Cleantes celebro;
 Pero más á la muerte, que no quiso,
 Mirándolo ya anciano,
 Retardarle el descanso (bien que muerto)
 Si agotó tanto pozo cuando vivo.



SFERO.

1. Sfero Bosforano, como ya dijimos, fué discípulo de Cleantes después de haberlo sido de Zenón; y habiendo salido muy aprovechado, se fué á Alejandría á estar con Tolomeo Filopator. Movida conversación una vez acerca de si el sabio opina ó no, y dicho Sfero que no, queriendo el Rey convencerlo, mandó sacar unas granadas de cera que tenía; con lo cual engañado Sfero, exclamó el Rey diciéndole que había dado asenso á una imagen ó fantasía falsa; á lo cual respondió Sfero bien y prontamente diciendo que «había consentido no que aquellas fuesen granadas, sino que era probable lo fuesen; y que la fantasía que aprende se diferencia de la que aprueba.» A Mnestrato que lo acusaba de que no decía que Tolomeo era rey, respondió: «No lo es; pero siendo tal Tolomeo, es también rey.»

2. Escribió los libros siguientes: dos libros *Del mundo; Del principio de la semilla; De la fortuna; De las cosas pequeñas; Contra los átomos y las ideas* (1); *De los sentidos*; cinco libros de *Diatribus*

(1) Γρὸ τὰς ἀτόμους καὶ τὰ εἰδῶλα.

*acerca de Heráclito; Instituciones morales; Del ofi-
cio; Del apetito; dos libros De las pasiones; Diatri-
bas; Del Reino; De la República de Lacedemonia;
tres libros sobre Licurgo y Sócrates; De la Ley; De
la divinación; Diálogos amatorios; De los Filósofos
Eretríacos; De las cosas semejantes; De las definicio-
nes; Del hábito; tres libros de Contradicciones (1);
Del raciocinio; De la riqueza; De la gloria; De la
muerte; dos libros Del arte dialéctica; De los predi-
camentos; De las anfibologías; Cartas.*

(1) *Τεpl τῶν ἀντιλεγομένων.*



CRISIPO.

1. Crisipo, hijo de Apolonio, Solense, ó bien Tarsense según Alejandro en las *Sucesiones*, fué discípulo de Cleantes. Al principio se adestraba en el manejo de la lanza; después oyó á Zenón, ó según Diocles y otros, á Cleantes, de quien se apartó vi- viendo todavía. No fué un filósofo vulgar, sino va- rón ingenioso y agudísimo en todo, tanto que en muchas cosas sintió contra Zenón, y aun contra Cleantes, á quien solía decir que «sólo necesitaba saber sus dogmas, pues él hallaría luego las demos- traciones.» Sin embargo, siempre que le contradecía se arrepentía de manera que solía decir:

Nací en todo feliz sino en Cleantes:
Seguramente en él no soy dichoso.

Fué tan gran dialéctico, que muchos eran de sentir que si la Dialéctica estuviese entre los dioses no sería otra que la de Crisipo.

2. Siendo como era un hombre llenísimo en to- das las cosas, con todo eso no fué muy elegante en el decir. Fué laboriosísimo sobre todos los otros, como consta por sus libros, que son en número de 705. La causa de ser tantos es haber tratado unos mismos dogmas repetidas veces escribiendo cuanto le ocurría y corrigiéndose mil veces; de ma-

nera que habiendo una vez ingerido en uno de sus escritos poco menos que toda la *Medea* de Eurípides, como uno tuviese este escrito en la mano y otro le preguntase qué contenía, respondió: «La *Medea* de Crisipo.» Y Apolodoro Ateniese en su *Colección de dogmas*, queriendo probar que los escritos de Epicuro, siendo trabajados de caudal propio y sin auxilio ajeno, eran muchísimos más que los de Crisipo, lo dijo por estas palabras: «Si quitamos de los libros de Crisipo las cosas ajenas que contienen, quedarán las hojas en blanco.» Son palabras de Apolodoro. Una vieja que vivía con él decía, según refiere Diocles, que escribía diariamente 500 versículos.

3. Hecatón dice que se dió á la filosofía habiéndole sido confiscado su patrimonio. Era muy pequeño de cuerpo, como demuestra su estatua que está en el Cerámico, á la cual cubre casi del todo la ecuestre contigua á ella: por esta razón Carneades lo llamaba Κρούσιππον (*Crupsippon*) (1). Como uno le objetase que no frecuentaba la escuela de Aristón en compañía de tantos otros, dijo: «Si yo atendiera á muchos, ciertamente no filosofaría.» A un Dialéctico que enredaba con argumentos y sofismas á Cleantes, le dijo: «Deja ya de apartar de cosas gravísimas á un varón anciano, y propónnos á nosotros jóvenes esas cosas.» También, como uno estando á solas con él conferenciase modestamente, y luego que vió venir gentes comenzase á contender con desentono, le dijo:

¡Qué es esto, hermano mío!
 Todo el semblante conturbado tienes.
 Para bien discurrir, la rabia deja.

(1) *Crupsippos* significa cubierto por un caballo.

En sus vinolencias se estaba quieto, moviendo solamente las piernas; así, que solía decir su dueña que de Crisipo no se embriagaba otra cosa que las piernas.

4. Sentía de sí tan altamente, que preguntándole uno á quién encargaría un hijo suyo, respondió: «A mí; pues si supiese yo que alguno me excede, me iría á estudiar con él.» Por esto dicen que se le aplicaba lo siguiente:

Este es sólo quien sabe:
Los demás son tan vanos como sombra.

Y también:

Si no hubiera Crisipo,
Seguramente pórtico no hubiera.

Finalmente, venidos á la Academia Arcesilao y Lacidas, se unió á filosofar con ellos, como dice Soción en el libro VIII; por cuya causa emprendió á disputar contra la costumbre, y aun por ella; como también de las magnitudes y multitudes, usando la misma vehemencia que los Académicos. Hermipo dice que estando Crisipo filosofando en el Odeo lo llamaron sus discípulos al sacrificio, y habiendo bebido allí mucho vino dulce y dándole vahídos de cabeza, murió al quinto día, á los setenta y tres años de edad, en la olimpiada CXLIII. Mis versos á él, son:

Bebió excesivamente,
Y vértigos le dieron á Crisipo
Con que olvidó su pórtico, su patria,
Y hasta su misma vida,
Por irse luego á la mansión obscura.

Algunos dicen que murió de risa, pues habiéndolo-

sele comido un asno ciertos higos, dijo á su vieja le diese de beber vino generoso detrás de los higos; y así, suelto en carcajadas, murió.

5. Parece fué hombre muy soberbio y despreciador; pues habiendo escrito tantas obras, ninguna dedicó á rey alguno. Contentábase sólo con su viejecita, como dice también Demetrio en sus *Colombroños*: Habiendo Tolomeo escrito á Cleantes que se viniese á estar con él, ó le enviase alguno, anduvo Sfero, no habiendo querido ir Crisipo. El mismo Demetrio escribe que Crisipo fué el primero que tuvo valor para poner escuela al descubierto en el Liceo, haciendo venir á Aristocreón y á Filocrates, hijos de su hermana, y juntando auditorio.

6. Hubo otro Crisipo natural de Gnido, médico de profesión, de quien confiesa haber aprendido mucho el mismo Erasistrato. Otro, hijo de éste, médico de Tolomeo, el cual, acusado calumniosamente, fué azotado y muerto en suplicio. Otro hubo discípulo de Erasistrato, y aun otro, que escribió de agricultura.

7. Nuestro filósofo solía hacer estos argumentillos: «Quien manifiesta los misterios á los no iniciados, es impío; atqui, el Hierofanta los manifiesta á los no iniciados: luego el Hierofanta (1) es impío. Lo que no está en la ciudad, tampoco está en la casa; atqui, el pozo no está en la ciudad: luego ni en la casa.» Asimismo: «Si en un lugar hay una cabeza, no la tienes tú; atqui, hay tal cabeza que tú no tienes: luego tú no tienes cabeza.» Otro: «Si uno está en Megara, no está en Atenas; atqui, hay un hombre en Megara: luego no hay un hombre en Atenas.»

(1) Era el sacerdote que presidía en los ritos y ceremonias gentílicas.

También: «Si dices algo, ello pasa por tu boca; atqui, dices *carro* luego un carro pasa por tu boca.» Y asimismo: «Si no perdiste una cosa, la tienes; aquí, no perdiste los cuernos: luego los tienes.» Algunos atribuyen esto á Eubilides.

8. Hay quien culpe á Crisipo de haber escrito muchas cosas torpe y obscenamente, pues en el libro que compuso *De los filósofos antiguos* finge torpemente cuanto escribe de Juno y Júpiter, diciendo en 600 versos lo que si no uno de boca impura, nadie hubiera dicho. Fingió, dicen, esta obscenísima historia; y aunque la aplica á las cosas naturales, es más propia para meretrices que para dioses. No hicieron mención de ella los que compusieron tablas; no la trae Polemón, no Hipsicrates, ni menos Antígono, sino que Crisipo se la fingió toda. En su libro *De política* admite matrimonio (1) entre madres é hijos, y entre hijas y padres. Lo mismo trae al principio de su libro intitulado *De las cosas no apetecibles por ellas mismas*. En el libro III *Del derecho*, que contiene hasta mil versos, quiere se coman las carnes de los difuntos. En el II *De la vida y sus medios* dice «se ha de procurar el modo de que el sabio los tenga.» ¿Y para qué usó? «Si es, dice, para vivir, el vivir es indiferente; si para el deleite, también éste es indiferente; y si para la virtud, ella le basta para la felicidad. Son, sin duda, ridículos estos haberes ó lujo, pues si vienen de mano de rey, será fuerza habersele humillado; si vienen de amistad, será venal en la intención; y si provienen de sabiduría, será sabiduría necesaria.»

9. Y por cuanto sus libros son celebérrimos, me

(1) συνέρχεσθαι.

ha parecido formar aquí lista de ellos por clases. De los pertenecientes á lógica, y señaladamente tesis ó conclusiones, son su *Lógica* y *Consideraciones del filósofo*; *Definiciones dialécticas* á Metrodoro; seis libros, uno dirigido á Zenón acerca de los nombres que usa la dialéctica; otro á Aristágoras, intitulado *Arte dialéctica*, y cuatro á Dioscórides *De conexiones probables*.

TRATADOS LÓGICOS ACERCA DE LAS COSAS.

Clase primera. Un libro de *Axiomas*; otro *Axiomas no simples*; dos á Atenades, *Del copulado ó complejo*; tres libros á Aristágoras, *De las negaciones*; uno *De los predicables*, á Atenodoro; dos *De las cosas que se dicen por privación*; uno á Tearo; tres á Dión, *De axiomas excelentes*; cuatro *De la diferencia de los acristos ó indefinidos*; dos *De las cosas dichas según el tiempo*; dos *De axiomas perfectos*.

10. Clase segunda. Un libro á Gorgipides, *Del verdadero disyuntivo*; cuatro al mismo Gorgipides, *Del verdadero conjuntivo*; uno también á Gorgipides, intitulado *División*; otro acerca de lo que pertenece á los consiguientes; otro *De lo que se hace por tres*, dirigido igualmente á Gorgipides; cuatro á Clitón, *De las cosas posibles*; uno contra el libro de Filón sobre los significados; otro *De las cosas falsas*.

11. Clase tercera. Dos libros *De preceptos*; otros dos *De interrogaciones*; cuatro *De la pregunta*; uno, *Epítome de interrogación y pregunta* (1); otro, *Epí-*

(1) Περὶ ἐρωτήσεων καὶ πῆυσεως.

tome de respuestas; dos libros con el título de Pregunta, y cuatro con el de Respuesta.

12. Clase cuarta. Diez libros *De los predicamentos*, á Metrodoro; uno *De las cosas rectas y oblicuas*, á Filarco; otro *De conjunciones*, á Apolonides, y cuatro *De los predicamentos*, á Pasilo.

13. Clase quinta. Un libro *De los cinco casos* (1); otro *De los enunciados definidos según el sujeto*; dos *De la significación*, á Stesagoras, y dos libros *De apelativos*.

TRATADOS LÓGICOS ACERCA DE LAS DICCIONES
DE QUE SE COMPONEN LOS DISCURSOS.

14. Clase primera. Seis libros *De enunciaciones singulares y plurales*; cinco *De dicciones*, á Sosígenes y á Alejandro; cuatro *De las anomalías de las dicciones*, á Dión; tres *acerca de las voces en los argumentos Sorites*; uno *De los solecismos*; otro *De las oraciones que solecisan*, á Dionisio; otro intitulado *Oraciones contra la costumbre*, y otro *Dicciones*, á Dionisio.

15. Clase segunda. Cinco libros *De los elementos de la oración y discursos*; cuatro *De la sintaxis ó composición de los discursos*; tres *De la sintaxis y elementos de los discursos*, á Filipo; uno *De los elementos del discurso*, á Nicias, y otro *De lo que se dice á otro fin* (2).

16. Clase tercera. Dos libros *Contra los que no dividen* (3); cuatro *De las anfibologías*, á Apola;

(1) Consta de aquí nuevamente que los griegos carecen de ablativo.

(2) Πρὸς ἕτερα.

(3) Πρὸς τοὺς μὴ διαιρουμένους.

uno *De los tropos anfibológicos*; dos *De los tropos anfibológicos ó ambiguos conexos*; dos *Contra las anfibologías de Pantedo*; cinco de la *Introducción á las anfibologías*; uno intitulado *Epítome de las anfibologías*, á Epicrates, y dos de *Adiciones á la Introducción á las anfibologías*.

TRATADOS LÓGICOS ACERCA DE LAS ORACIONES
Y TROPOS.

17. Clase primera. Cinco libros con el título de *Arte de oraciones y tropos*, á Dioscórides; tres *De los discursos*; dos *De la esencia de los tropos*, á Stesagoras; uno *De la comparación de los axiomas figurados*; otro *De las oraciones recíprocas y conjuntas*; otro *A Agatón*, ó sea *De los problemas bien ordenados*; otro *De que ciertas cosas son racionables con otra ó con otras* (1); otro *De conclusiones*, á Aristágoras; otro *De que una misma oración se dispone de muchos modos*; dos libros *Contra lo que oponen acerca de que una misma oración puede estar con silogismos y sin ellos*; tres *Contra las objeciones que se ponen á las soluciones de los silogismos*; uno *Contra Filón acerca de los tropos*, á Timostrato; dos *De lógica conjunta*, á Timocrates y Filomates; uno *De cosas pertenecientes á las oraciones y tropos*.

18. Clase segunda. Un libro *De los argumentos concluyentes*, á Zenón; otro *De los silogismos primeros y no demostrativos*, á Zenón; otro *De la solución de los silogismos*; dos *De los argumentos redun-*

(1) Περὶ τοῦ τὰ συλλογιστικά τινος, μετ' ἄλλου τε καὶ μετ' ἄλλων.

dantes (1), á Pasilo; uno *De teoremas acerca de los solecismos*; otro *De los silogismos introductorios*, á Zenón; tres *De modos para la Isagoge ó Introducción*, á Zenón; cinco *De silogismos contruídos sobre figuras falsas*; otro intitulado *Oraciones ó argumentos silogísticos por resoluciones en cosas indemostrables*; otro *Cuestiones trópicas*, á Zenón y á Filomates. Este libro parece supuesto.

19. Clase tercera. Un libro *De los argumentos degenerantes* (2), á Atenades: es libro supuesto; tres *De argumentos degenerantes en su medio*, supuestos; uno *Contra los disyuntivos de Amenio*.

20. Clase cuarta. Tres libros *De hipótesis*, á Meleagro; dos *De argumentos hipotéticos para la Isagoge ó Introducción*; dos con el título de *Argumentos hipotéticos de los teoremas*; dos con el de *Solución de los hipotéticos de Hedilo*; tres *Solución de los hipotéticos de Alejandro*, supuestos; uno *De exposiciones*, á Laodamante.

21. Clase quinta. Un libro intitulado *Isagoge á lo falso*, dirigido á Aristocreón; otro *Argumentos falsos para la Isagoge*; seis *De lo falaz ó falso*, á Aristocreón.

22. Clase sexta. Un libro *Contra los que juzgan que hay verdadero y falso*; dos *Contra los que sueltan un argumento falaz cortándolo*, á Aristocreón; uno intitulado *Demostración sobre que no conviene cortar los infinitos* (3); tres *Contra las objeciones hechas á lo escrito contra la división ó sección de los infinitos*, á Pasilo; uno intitulado *Solución según los*

(1) Περὶ τῶν παρελκόντων λόγων. Fr. Ambrosio traduce *falaces*; debió leer σφαλλόντων.

(2) Μεταπιπτόνων λόγων.

(3) Ἀπόδειξις πρὸς τὸ μὴ δεῖν τέμνειν τὰ ἀόριστα. Parece se opone por esto á la división en infinito.

antiguos, á Diocórides; tres *De la solución de la falacia*, á Aristocreón; uno *Solución de los hipotéticos de Hedilo*, á Aristocreón y á Apola.

23. Séptima clase. Un libro *Contra los que dicen que un argumento falso tiene asunción falsa*; dos *De la negación*, á Aristocreón; uno con el título de *Argumentos negativos para el ejercicio* (1); dos *Del mismo argumento ó Contra lo mismo*, á Steságoras; dos *De los argumentos contra las opiniones ó conjeturas*, y *De los tácitos ó pacíficos*, á Onetor; dos *Del argumento encubierto*, á Aristóbolo; y uno *Del argumento oculto*, á Atenedes.

24. Octava clase. Ocho libros *acerca del argumento á Utides*, á Menecrates; dos *De los argumentos compuestos de indefinido y de definido*, á Pasilo; uno *Del argumento Utides*, á Epicrates.

25. Novena clase. Dos libros *De los sofismas*, á Heraclides y á Polis; cinco *De las oraciones dialécticas intrincadas ó impenetrables*, á Dioscórides; uno á Sfero *Contra el viático de Arcesilao*.

26. Décima clase. Seis libros á Metrodoro *Contra la costumbre*; siete *De la costumbre*, á Gorgipides; *Lugares lógicos* que contienen las cosas no incluidas en las cuatro divisiones referidas, y *Cuestiones lógicas*, esparcidamente y no reducidas á un cuerpo. Y treinta y nueve libros de *Cuestiones selectas*. Todos juntos son trescientos once libros lógicos.

(1) La edición de Enr. Estefano, la de Meibomio y la de Lipsia ponen aquí *Λόγος ἀπορίσκειντος, πρὸς τὸν Γουαρταν*. Acaso debe leerse *ad Gymnasium*, nombre propio de aquel á quien dirigió la obra, y no *ad exercitacionem*.

antiguos, á Diocórides; tres *De la solución de la falacia*, á Aristocreón; uno *Solución de los hipotéticos de Hedilo*, á Aristocreón y á Apola.

23. Séptima clase. Un libro *Contra los que dicen que un argumento falso tiene asunción falsa*; dos *De la negación*, á Aristocreón; uno con el título de *Argumentos negativos para el ejercicio* (1); dos *Del mismo argumento ó Contra lo mismo*, á Steságoras; dos *De los argumentos contra las opiniones ó conjeturas*, y *De los tácitos ó pacíficos*, á Onetor; dos *Del argumento encubierto*, á Aristóbolo; y uno *Del argumento oculto*, á Atenedes.

24. Octava clase. Ocho libros *acerca del argumento á Utides*, á Menecrates; dos *De los argumentos compuestos de indefinido y de definido*, á Pasilo; uno *Del argumento Utides*, á Epicrates.

25. Novena clase. Dos libros *De los sofismas*, á Heraclides y á Polis; cinco *De las oraciones dialécticas intrincadas ó impenetrables*, á Dioscórides; uno á Sfero *Contra el viático de Arcesilao*.

26. Décima clase. Seis libros á Metrodoro *Contra la costumbre*; siete *De la costumbre*, á Gorgipides; *Lugares lógicos* que contienen las cosas no incluidas en las cuatro divisiones referidas, y *Cuestiones lógicas*, esparcidamente y no reducidas á un cuerpo. Y treinta y nueve libros de *Cuestiones selectas*. Todos juntos son trescientos once libros lógicos.

(1) La edición de Enr. Estefano, la de Meibomio y la de Lipsia ponen aquí Λόγοι ἀποφισκοντος, πρὸς τὸν Γυμνασίαν. Acaso debe leerse *ad Gimnasium*, nombre propio de aquel á quien dirigió la obra, y no *ad exercitationem*.



TRATADOS MORALES ACERCA DE LA RECTITUD
DE COSTUMBRES.

27. Primera clase. Un libro intitulado *Descripción de la oración ó discurso*, á Tesporo; otro *Cuestiones morales*; tres *De asunciones probables para los dogmas*, á Filomates; dos *De definiciones del urbano*, á Metrodoro; otros dos *De definiciones del rústico*, á Metrodoro; y otros dos *De definiciones medias*, también á Metrodoro. Siete libros *De definiciones según el género*, á Metrodoro; y dos al mismo, *De definiciones según otras artes*.

28. Segunda clase. Tres libros de *Símiles ó Cosas semejantes*, á Aristocles; siete *De las definiciones*, á Metrodoro.

29. Tercera clase. Siete libros *De las no rectas objeciones puestas á las definiciones*; dos con el título de *Cosas probables para las definiciones*, á Dioscórides; dos *De las especies y géneros*, á Gorgipides; uno *De las definiciones*; dos *De los contrarios*, á Dionisio; *Cosas probables para las divisiones, géneros y especies*; y uno *De los contrarios*.

30. Cuarta clase. Siete libros *De las etimologías*, á Diocles; y cuatro con el título de *Etimológico*.

31. Quinta clase. Dos libros *De proverbios*, á Zenodoto; uno *De los Poemas*, á Filomates; dos *De cómo conviene oír los Poemas*; y uno *Contra los críticos*, á Diodoro.



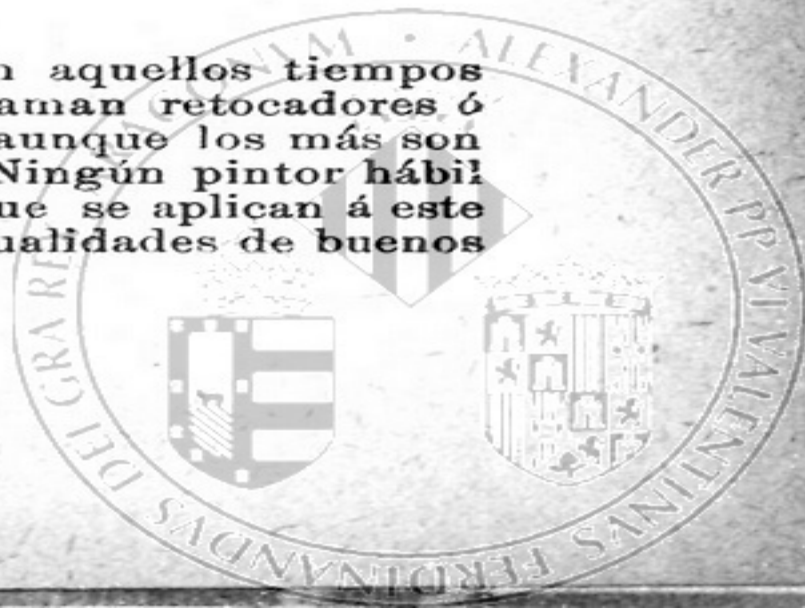
TRATADOS MORALES ACERCA DE LOS TRATOS Y CONVERSACIONES COMUNES EN LAS ARTES DEPENDIENTES DE ELLOS Y EN LAS VIRTUDES.

32. Primera clase. Un libro *Contra el retocar las pinturas* (1), á Timocrates; otro *De cómo decimos y pensamos cada cosa*; dos de *Nociones*, á Lao-damante; dos *De la opinión*, á Pitonacte; uno intitulado, *Demostración de lo que dicen que el sabio no ha de opinar*; cuatro *De la aprensión, de la ciencia y de la ignorancia*; dos *De la Oración ó racionio*; dos *Del uso del racionio*, á Leptina.

33. Segunda clase. Dos libros *acerca de que los antiguos juzgaron rectamente de la Dialéctica*, con demostraciones, á Zenón; cuatro *De la Dialéctica*, á Aristocreón; tres *De las objeciones hechas á los tratados dialécticos*; y cuatro *De la Retórica*, á Dioscórides.

34. Tercera clase. Tres libros *Del hábito*, á Cleón; cuatro *Del arte y la inercia*, á Aristocreón; cuatro *De la diferencia de las virtudes*, á Diodoro; uno *De que las cuatro virtudes son ó tienen cualidades*; y dos *De las virtudes*, á Polis.

(1) Πρὸς τὰς ἀναξωγραφίσεις. Ya en aquellos tiempos debía de cundir la plaga de los que llaman retocadores ó restauradores de pinturas maltratadas, aunque los más son unos verdaderos corruptores de ellas. Ningún pintor hábil está bien con tales mamarracheros, que se aplican á este ejercicio porque carecen de todas las cualidades de buenos pintores.;



TRATADOS MORALES ACERCA DE LOS BIENES
Y MALES.

35. Primera clase. Diez libros *De lo honesto y del deleite*, á Aristocreón; cuatro con el título *Que el deleite no es fin*; cuatro con el de *Demostración de que el deleite no es bien*; *De las cosas que se dicen* (1).

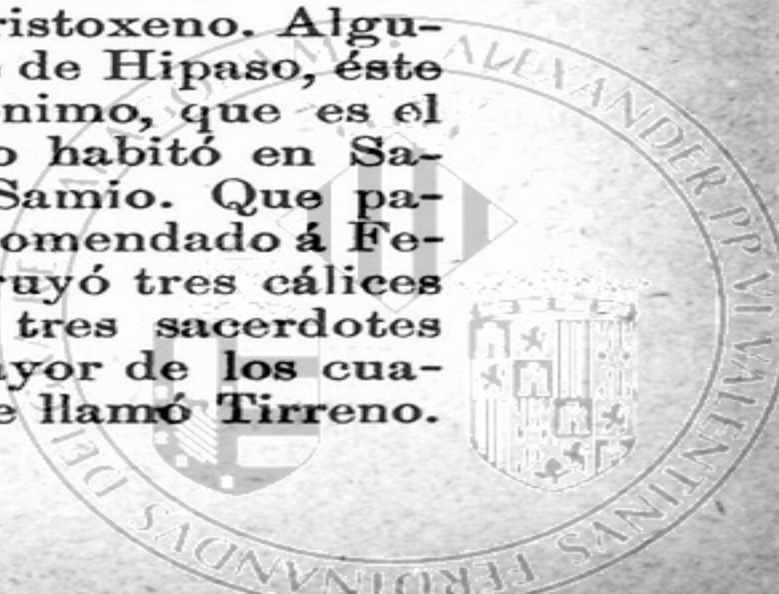
(1) Falta todo lo demás hasta en número de 705 libros, habiendo hasta aquí nombrado solos 431. Jonsio, en su *Historia Filosófica*, procura suplir parte de este defecto reuniéndolos de varios autores. Ello es que faltan muchos libros morales y todos los físicos, según la división de arriba.



LIBRO OCTAVO.

PITÁGORAS.

1. Después de haber tratado de la Filosofía jónica, dimanada de Tales, y de los varones que se se hicieron célebres en ella, pasaremos ahora á tratar de la italiana, cuyo autor fué Pitágoras, hijo de Mnesarco, grabador de anillos, natural de Samos, como dice Hermipo, ó bien fué Tirreno, natural de una isla que poseyeron los Atenienses echando de ella á los Tirrenos, según escribe Aristoxeno. Algunos dicen fué hijo de Marmaco, éste de Hipaso, éste de Eutifrón y éste lo fué de Cleónimo, que es el que huyó de Fliunte. Que Marmaco habitó en Samos, de donde Pitágoras se llamó Samio. Que pasando éste de allí á Lesbos, fué recomendado á Ferécides por Zoilo, tío suyo; construyó tres cálices de plata y los llevó en regalo á tres sacerdotes egipcios. Tuvo dos hermanos, el mayor de los cuales se llamó Eunomo, el mediano se llamó Tirreno.



Tuvo también un esclavo, llamado Zamolxis, á quien sacrifican los Getas juzgándolo Saturno, como dice Herodoto.

2. Pitágoras, pues, según hemos dicho, oyó á Ferecides Siro. Después que éste murió se fué á Samos, y fué discípulo de Hermodamante (que ya era viejo), consaguíneo de Creófilo. Hallándose joven y deseoso de saber, dejó su patria y se inició en todos los misterios griegos y bárbaros. Estuvo, pues, en Egipto, en cuyo tiempo Policrates lo recomendó por cartas á Amasis; aprendió aquella lengua, como dice Anfitríon en su libro *De los que sobresalieron en la virtud*, y aun estuvo con los Caldeos y Magos. Pasando después á Creta con Epiménides, entró en la cueva del monte Ida. No menos entró en los Áditos (1) de Egipto y aprendió las cosas contenidas en sus arcanos acerca de aquellos dioses. Volvió después á Samos, y hallando la patria tiranizada por Policrates, se fué á Crotona, en Italia, donde poniendo leyes á los Italianos, fué celebérrimo en discípulos, los cuales, siendo hasta trescientos, administraban los negocios públicos tan noblemente, que la República era una verdadera aristocracia.

3. Heraclides Póntico refiere que Pitágoras decía de sí mismo que «en otro tiempo había sido Etalides, y tenido por hijo de Mercurio; que el mismo Mercurio le tenía dicho pidiese lo que quisiese, excepto la inmortalidad, y que él le había pedido el que vivo y muerto retuviese en la memoria cuanto sucediese.» Así, que mientras vivió se acordó de todo, y después de muerto conservó la misma

(1) Véase la nota 1 á *Heraclides*, pág. 316, tomo 1.

memoria. «Que tiempo después de muerto, pasó al cuerpo de Euforbo y fué herido por Menelao. Que siendo Euforbo, dijo había sido en otro tiempo Etalides, y que había recibido de Mercurio en don la transmigración del alma, como efectivamente transmigraba y circuía por todo género de plantas y animales; el saber lo que padecería su alma en el infierno y lo que las demás allí detenidas. Que después que murió Euforbo, se pasó su alma á Hermótimo, el cual queriendo también dar fe de ello, pasó á Branchida, y entrando en el templo de Apolo, enseñó el escudo que Menelao había consagrado allí»; y decía que «cuando volvía de Troya consagró á Apolo su escudo, y que ya estaba podrido, quedándole sólo la cara de marfil. Que después que murió Hermótimo se pasó á Pirro, pescador Delio, y se acordó de nuevo de todas las cosas, á saber, cómo primero había sido Etalides, después Euforbo, luego Hermótimo y en seguida Pirro.» Y finalmente, que «después de muerto Pirro, vino á ser Pitágoras, y se acordaba de todo cuanto hemos mencionado.»

4. Dicen algunos que Pitágoras nada escribió; pero se engañan, pues Heráclito el Físico lo está poco menos que clamando cuando dice: «Pitágoras, hijo de Mnesarco, se ejercitó en la historia de las cosas más que todos los hombres, y escogiendo este género de escritos se granjeó su saber, su mucha pericia y aun las artes destructoras de los hombres.» Habló así, porque habiendo Pitágoras empezado á escribir de la Naturaleza, dice así: «Por el aire que respiro, por el agua que bebo, que no sufriré que este argumento sea vituperado.» Atribúyense, pues, á Pitágoras tres escritos, á saber: *Instituciones, Política, Física*; pero lo que corre como de Pitágoras

es de Lisis Tarentino, Pitagórico, el cual, huído á Tebas, fué maestro de Epaminondas. Heráclides, el hijo de Serapión, dice en el *Compendio de Soción*, que Pitágoras escribió también del *Universo*, en versos. Otro escrito suyo se intitula *Discurso sagrado*, cuyo principio es:

Venerad obsequiosos,
Jóvenes, estas cosas con silencio.

Tercer escrito, *Del alma*; cuarto, *De la piedad*; quinto, *Helotal*, padre de Epicarmo el de Coo; sexto, *Crotón*; y todavía otros. El *Discurso místico* dicen es de Hipaso, el cual lo escribió para desacreditar á Pitágoras. Y también que Astón de Crotona escribió muchos libros bajo el nombre de Pitágoras. Igualmente dice Aristoxeno que Pitágoras aprendió muchos dogmas morales de Temistoclea (1) en Delfos. Jon de Chío dice en sus *Triagmas*, que Pitágoras escribió un poema y lo supuso á Orfeo. También dicen son suyas las *Catascopias* (2), cuyo principio es; *Con nadie seas imprudente*.

5. Sosícrates en las *Sucesiones* dice que habiéndole preguntado León, tirano de los Eliasios, quién era, dijo: «Filósofo.» Y que comparaba la vida humana á un concurso festivo de todas gentes; pues así como unos vienen á él á luchar, otros á comprar y vender, y otros, que son los mejores, á ver; también en la vida unos nacen esclavos de la gloria,

(1) Acaso era sacerdotisa de Apolo. El texto tiene *πρὸ θεμιστοκλείας τῆς ἀδελφῆς*, *De Temistoclea, su hermana*; pero es más probable la lección, *τῆς ἐν Δελφοῖς*, en sentir de Aldobrandini, Menagio y otros. A la que fué Sacerdotisa en Delfos suelen llamar *Aristoclea*.

(2) Observaciones ó especulaciones.

otros cazadores de los haberes, y otros filósofos, amantes de la virtud. Hasta aquí Sosícrates. En los tres libros de Pitágoras arriba nombrados se contienen universalmente estos documentos. No deja que nadie ore por sí mismo, puesto que no sabe lo que le conviene. Llama á la ebriedad *perniciosa del entendimiento*. Reprueba la intemperancia diciendo que nadie debe excederse de la justa medida en bebidas y comidas. De las cosas venéreas habla en esta forma: «De la venus se ha de usar en invierno, no en verano: en otoño y primavera más ligeramente; pero en todo tiempo es cosa gravosa y nada buena á la salud.» Y aun preguntado una vez cuándo convenía usarla, dijo: «Cuando quieres debilitarte á tí mismo.»

6. La vida del hombre la distribuye en esta forma: la puericia veinte años: la adolescencia veinte: la juventud veinte; y veinte la senectud. Estas edades son conmensuradas con las estaciones del año, á saber: la puericia con la primavera: la adolescencia con el estío: la juventud con el otoño; y la senectud con el invierno. Por adolescencia entiende la juventud; y por juventud la virilidad. Fué el primero que dijo, como asegura Timeo, que «entre los amigos todas las cosas son comunes» (1); y que la amistad es una igualdad. Sus discípulos también depositaban sus bienes en común. Callaban por espacio de cinco años, oyendo sólo la doctrina; y nunca veían á Pitágoras hasta pasada esta aprobación. De allí en adelante ya iban á su casa, y participaban de su vista. Absteníanse de la madera de ciprés para ataúdes, porque de ella es el cetro de Júpiter. Hermipo escribe esto en el libro II *De*

(1) Que Eurípides repitió en su *Orestes*, v. 735.

Pitágoras. Se refiere que fué sumamente hermoso, y los discípulos creían era Apolo que había venido de los Hiperbóreos. Dicen igualmente que desnudándose una vez, se vió que uno de sus muslos era de oro. Y también afirman muchos que pasando una ocasión el río Neso le impuso este nombre. No menos Timeo, en el libro XI de sus *Historias*, escribe que Pitágoras á las que habitan con los hombres las llamaba diosas, vírgenes, ninfas, y luego madres.

7. Anticlides en el libro II de Alejandro dice que Pitágoras adelantó mucho en la geometría, cuyos principios y rudimentos había hallado antes Meris. Que se ejercitó principalmente en una especie de ella que es la aritmética. Y que inventó la escala música por una cuerda sola. Ni se olvidó de la Medicina. Apolodoro el Computista refiere que sacrificó una hecatombe habiendo hallado que en un triángulo rectángulo la potestad de la línea hipotenusa es igual á la potestad de las dos que lo componen. De esto hay el epigrama siguiente:

Pitágoras, hallada
 Aquella nobilísima figura,
 Bueyes mató por ello en sacrificio (1).

8. Dicen fué el primero que ejercitó á los atletas nutridos con carnes, empezando por Eurimenes, como dice Favorino en el III de sus *Comentarios*; pues hasta entonces acostumbraban nutrirse con higos secos, queso reciente y trigo, según el mismo Favorino en su *Varia Historia*. Pero otros dicen que un cierto Pitágoras ungidor de atletas fué

(1) Vitruvio, lib. IX, cap. II. Algunos lo atribuyen á Tales Milesio. Véase la nota 3 á la *Vida de éste*, pág. 15.

quien solía nutrirlos así, no el nuestro; pues éste estuvo tan lejos de permitir se comiesen animales, como que prohibió el matarlos, juzgando tienen el alma común á la nuestra. Esto es muy verosímil. Lo cierto es que mandó abstenerse de las cosas animadas, ejercitando y acostumbrando los hombres á la simplicidad de manjares, á fin de que tuviesen en todos tiempos la comida aderezada y á punto, comiendo sólo cosas que no necesitaban lumbré, y bebiendo agua; porque de ello dimanaba la salud corporal y la agudeza del ingenio. Efectivamente Pitágoras sólo prestó adoración al ara de Apolo-padre, que está en Delos detrás de la *ara córnea*, por causa de que en ella sólo se ofrece trigo, cebada y hojuelas, sin fuego alguno; pero no víctimas. Así lo dice Aristóteles en su *República de los Delios*.

9. Afirman fué el primero que dijo que «el alma, haciendo un necesario giro, pasa de unos animales á otros» (1). Fué también el primero que introdujo en Grecia las medidas y pesos, como dice Aristoxenes el Músico. El primero que llamó *Véspero* y *Fósforo* al mismo astro, según asegura Parmenides. Fué tan admirado de cuantos lo conocían, que á sus sentencias las llamaban *palabras de Dios* (2). Aun él mismo escribe diciendo que «después de 207 años había vuelto del infierno á los hombres.» Permanecían con él y á él concurrían

(1) Pero Herodoto en su *Euterpe* dice que ésta era ya opinión más antigua entre los Egipcios, adoptada después por algunos Griegos.

(2) Παντοίας θεοῦ φωνάς. Mer. Casaubón tiene por error aquí la voz παντοίας. La interpretación que da de la mente de Laercio es: *Era tan admirado, que sus principales dichos y sentencias eran tenidos por oráculos y palabras divinas.*

por su doctrina los Lucanos, Picentes, Mesapios y Romanos. Pero hasta Filolao no fué conocido el dogma pitagórico. Éste fué quien publicó aquellos tan celebrados tres libros que Platón escribió se le comprasen por cien minas. No eran menos de 600 los discípulos que de noche concurrían á oírlo; y los que conseguían poderlo ver, lo escribían á sus familiares, como que habían obtenido una cosa grande. Los Metapontinos llaman á su casa *Templo de Ceres*; y *Museo* al paraje en que estaba, como dice Favorino en sus *Varias Historias* (1). Con todo eso, otros Pitagóricos decían, que «no deben manifestarse todas las cosas á todos», como refiere Aristoxenes en el libro x *De las leyes eruditivas ó instructivas*. Así, preguntado Xenofilo Pitagórico cómo se instruiría bien un hijo, respondió: «Siendo ciudadano de una ciudad que tenga buenas leyes.»

10. Formó por la Italia muchos hombres honestos y buenos, singularmente Zaleuco y Carondas, legisladores. Era muy diestro para hacer amistades; y si sabía que alguno era partícipe de sus símbolos, luego se lo hacía compañero y amigo. Sus símbolos eran éstos: *No herir el fuego con la espada. No pasar por encima de la balanza. No estar sentado sobre el chenice. No comer corazón. Ayudar á llevar la carga, y no imponerla. Tener siempre cogidas las cubiertas de la cama* (2). *No llevar la imagen de Dios en el anillo. Borrar el vestigio de la olla en la ceniza. No estregar la silla con aceite. No mear de cara al sol. No andar fuera del camino público. No*

(1) En otros lugares cita Laercio esta misma obra en singular.

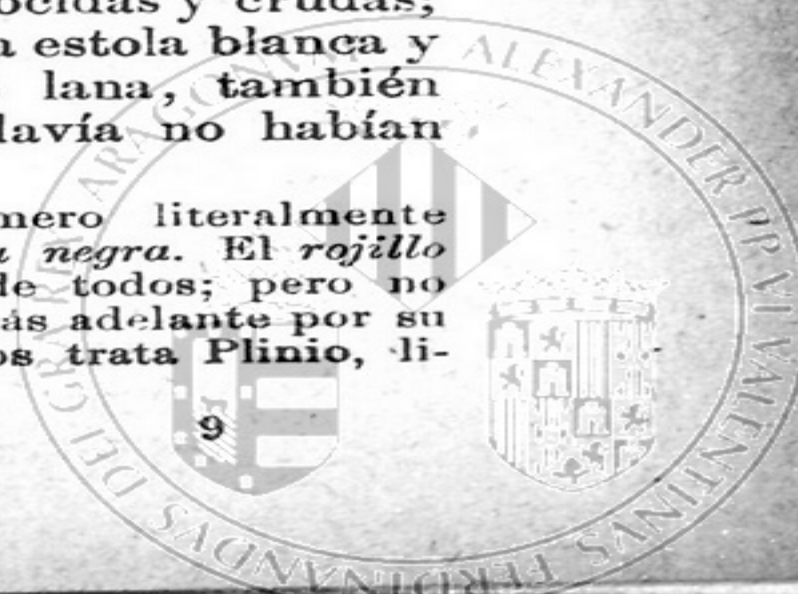
(2) Τὰ στρώματα ἀεὶ συνδεόμενα ἔχουσιν. *Stromata* pueden también ser los vestidos.

echar mano sin reflexión. No tener golondrinas bajo su mismo techo. No criar aves de uñas corvas. No mear, ni caminar sobre las cortaduras de uñas y cabellos. Apartar la espada aguda. No volver á la patria quien se ausentase de ella.

11. *Por no herir el fuego con la espada* quería significar que no se ha de incitar la ira é indignación de los poderosos. *No pasar por encima de la balanza*, esto es, no traspasar la igualdad y justicia. *No estar sentado sobre el chenice* es tener igual cuidado de lo presente que de lo futuro; pues un chenice es el alimento para un día. Por el *no comer corazón* expresaba que no se ha de atormentar el ánimo con angustias y dolores. Por lo de *no volver el que se ausenta* exhortaba á que los que han de partir de esta vida, no estén desordenadamente pegados á ella, ni entregados á sus deleites. Por este término se explica lo restante, por no detenernos más en ello.

12. Mandaba sobre todo el no comer rojillo ni melanuro (1), y abstenerse también del corazón y de las habas. Aristóteles dice que también prohibía el comer matriz y salmonete algunas veces. Hay quien diga que se contentaba con miel, con panal, ó aun con pan sólo, y que no bebía vino entre día. Su ordinaria vianda eran hierbas cocidas y crudas; raras veces cosa de mar. Vestía una estola blanca y limpia, y las demás vestiduras de lana, también blancas, pues las telas de lino todavía no habían

(1) Ερυθρον..... μελάνουρον. Al primero literalmente corresponde *rojillo*; y al segundo, *cola negra*. El *rojillo* podría ser el salmonete, bien conocido de todos; pero no me persuado á ello, porque lo nombra más adelante por su propio nombre que es *τριγλη*. De ambos trata Plinio, libro XI, cap. XVI, y lib. XXXIII, cap. XI.



llegado á aquellas partes (1). Nunca fué visto en paseos (2), en cosas venéreas, ni en embriagueces. Absteníase de burlas y de toda chanza, como son dichos y motejos pesados. Hallándose airado jamás castigaba ningún esclavo ó liberto. Al enseñar con el ejemplo lo llamaba *cigüeñizar* (3).

13. Usaba de las adivinaciones que se hacen por presagio y por agüero; pero muy poco de las que por el fuego, excepto el incienso. Sus sacrificios eran de cosas inanimadas; bien que algunos dicen que sólo sacrificaba gallos y cabritos de leche llamados recentales, pero nunca corderos. Aristóxenes dice que permitió comer de todos los animales, menos del buey de labranza y del carnero; y el mismo asegura que recibió de Temistoclea los dogmas en Delfos, según indicamos arriba. Jerónimo escribe que habiendo descendido al infierno, vió el alma de Hesíodo atada á una columna de bronce, y rechinaba; y á la de Homero colgada de un árbol y cercada de culebras, por lo que había dicho de los dioses. Que eran también castigados los que no quisieron usar de sus propias mujeres (4): por estas

(1) Pero Iámblico en la *Vida de Pitágoras* lo niega abiertamente.

(2) Διαχωρῶν. Las versiones ponen: *nunca fué visto en glotonerías ó excesos de comida*. Pienso que esta voz es participio de διαχωρέω, que significa *divagar de un lugar á otro*. Para lo primero juzgo debería decir διαχορτάζων.

(3) Sabida es la instrucción que las cigüeñas dan con el ejemplo á sus cigojinos.

(4) Si Pitágoras había visto aquellas almas en el infierno, ¿cómo pudo después enseñar la transmigración de ellas de un cuerpo á otro, como se le atribuye? Ello es que algunos dijeron que la transmigración Pitagórica se hacía volviendo las almas de los campos Elisios, cumplido el tiempo de su demora.

cosas era muy venerado de los Crotoniatas. Aristipo Cireneo dice en sus libros *De fisiología* que Pitágoras obtuvo este nombre porque siempre decía verdad, no menos que Pitio (1).

14. Dícese que siempre estaba exhortando á sus discípulos á que cada vez que volviesen á casa dijesen:

¿Dónde fui? ¿dónde estuve?
¿Qué cosas practiqué que no debiera?

Que prohibía se ofreciesen víctimas sangrientas, y sólo permitía se adornasen las aras incruentas. No sufría se jurase por Dios, pues cada uno debe por sus obras hacerse digno de crédito. Que deben ser reverenciados los ancianos, teniendo por más venerable lo que es primero en tiempo; así como en el cielo es mejor el orto que el ocaso; en el tiempo, el principio mejor que el fin, y en la vida es mejor la generación que la corrupción. Que en el honor se han de preferir los dioses á los semidioses; los héroes á los hombres, y á éstos los padres. Que las mutuas conversaciones han de ser tales, que no se nos hagan enemigos los amigos, sino amigos los enemigos. Que nada se ha de creer propio. Que se ha de favorecer la ley y perseguir la injusticia. Que no se han de arrancar ni destruir las plantas buenas, ni hacer daño á los animales que no son nocivos. Que se ha de usar pudor y circunspección ó reverencia, no estando siempre ó derramado en risa, ó cubierto de tristeza. Que se ha de huir la demasiada gordura del cuerpo. Que se ha de viajar, ya con lentitud, ya con alinco. Que se ha de ejercitar la memoria. Que estando airado no se ha de decir

(1) Apolo.

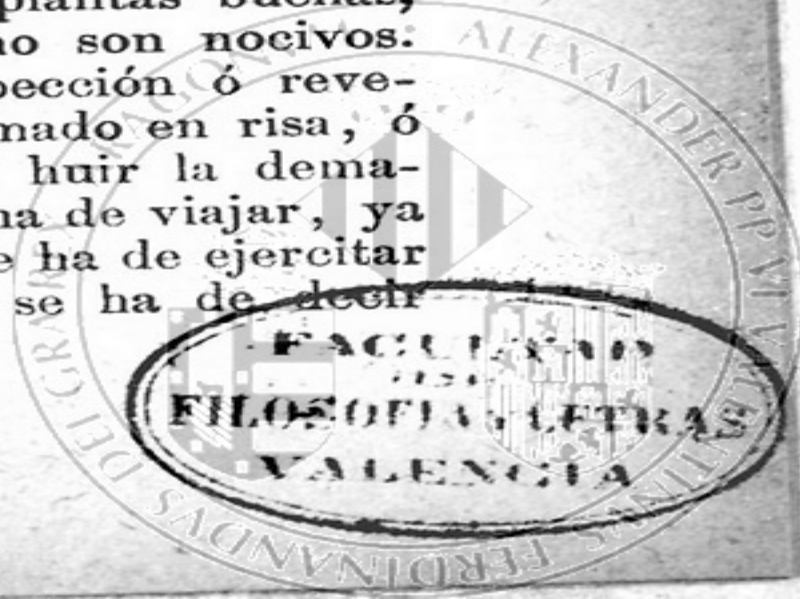
cosas era muy venerado de los Crotoniatas. Aristipo Cireneo dice en sus libros *De fisiología* que Pitágoras obtuvo este nombre porque siempre decía verdad, no menos que Pitio (1).

14. Dícese que siempre estaba exhortando á sus discípulos á que cada vez que volviesen á casa dijese:

¿Dónde fui? ¿dónde estuve?
¿Qué cosas practiqué que no debiera?

Que prohibía se ofreciesen víctimas sangrientas, y sólo permitía se adornasen las aras incruentas. No sufría se jurase por Dios, pues cada uno debe por sus obras hacerse digno de crédito. Que deben ser reverenciados los ancianos, teniendo por más venerable lo que es primero en tiempo; así como en el cielo es mejor el orto que el ocaso; en el tiempo, el principio mejor que el fin, y en la vida es mejor la generación que la corrupción. Que en el honor se han de preferir los dioses á los semidioses, los héroes á los hombres, y á éstos los padres. Que las mutuas conversaciones han de ser tales, que no se nos hagan enemigos los amigos, sino amigos los enemigos. Que nada se ha de creer propio. Que se ha de favorecer la ley y perseguir la injusticia. Que no se han de arrancar ni destruir las plantas buenas, ni hacer daño á los animales que no son nocivos. Que se ha de usar pudor y circunspección ó reverencia, no estando siempre ó derramado en risa, ó cubierto de tristeza. Que se ha de huir la demasiada gordura del cuerpo. Que se ha de viajar, ya con lentitud, ya con ahinco. Que se ha de ejercitar la memoria. Que estando airado no se ha de decir

(1) Apolo.



ni hacer cosa alguna. Que se ha de tener en estima toda divinación. Que se ha de usar del canto con lira. Que se han de cantar himnos á los dioses, y las debidas alabanzas de los hombres.

15. Prohibía comer habas, por razón que constando éstas de mucho aire, participan también mucho de lo animado, aunque por otra parte hagan buen estómago, y hacen leves y sin perturbaciones las cosas soñadas. Alejandro en las *Sucesiones de los filósofos* dice haber hallado en los escritos Pitagóricos también las cosas siguientes: Que el principio de todas las cosas es la unidad, y que de ésta procede la dualidad, que es indefinida, y depende, como materia, de la unidad que la causa. Así, la numeración proviene de la unidad y de la dualidad indefinida. De los números provienen los puntos; de éstos las líneas; de las líneas las figuras planas; de las figuras planas las sólidas, y de éstas los cuerpos sólidos, de los cuales constan los cuatro elementos, fuego, agua, tierra y aire, que trascienden y giran por todas las cosas, y de ellos se engendra el mundo animado, intelectual, esférico, que abraza en medio á la tierra, también esférica, y habitada en todo su rededor.

16. Que hay antípodas, nosotros debajo y ellos encima. Que en el mundo existen por mitad la luz y la sombra, el calor y el frío, el seco y el húmedo. De éstos, cuando reina el calor es verano; cuando el frío, invierno. Que cuando estas cosas se dividen por iguales partes, son muy buenas las estaciones del año, de las cuales la que florece es la saludable primavera, y la que fenecer es el enfermizo otoño. En cuanto al día, florece la aurora y fallece la tarde, por cuya razón es también más insalubre. Que el aire que circuye la tierra quieto ó no agi-

tado, es enfermizo, y cuantas cosas hay en él son mortales. Que el aire superior se mueve siempre, es puro y es sano, y cuantos en él moran son inmortales, y por tanto divinos.

17. Que el sol y la luna y demás astros son dioses, puesto que en ellos reina el calor, que es causa de la vida. Que la luna es iluminada por el sol. Que los hombres tienen cognación con los dioses, porque el hombre participa del calor, y así Dios ejerce en nosotros su providencia. Que el hado (1) es la causa de la administración de las cosas en común y en particular. Que los rayos del sol penetran por el éter frígido y por el denso, pues ellos al aire lo llaman *éter frígido*, y al mar húmedo *éter denso*. Que estos rayos penetran aun hasta lo profundo, y con esto dan vida á todas las cosas. Que viven todas las cosas que participan de calor, y por tanto las plantas son animales, aunque no todas tienen alma. Que el alma es una partícula del éter, del cálido y del frígido, como partícipe que es del éter frígido. Que el alma y la vida son cosas diferentes, y que aquélla es inmortal, puesto que es inmortal aquello de que ella fué formada ó separada. Que los animales se engendran de sí mismos por semilla; pero la generación hecha por la tierra es insubsistente (2).

18. Que la semilla es una gota ó partícula del cerebro, que contiene en sí un vapor cálido. Que cuando ésta se infunde en la matriz caen del cerebro

(1) *Εἰσαρμύνης* puede ser también *la providencia de Dios ó los decretos divinos*.

(2) Fueron algunos de opinión que la tierra produjo los hombres en el principio del mundo, y que aquéllos produjeron á los demás por generación. Pitágoras dice aquí que la tierra no pudo producir hombres, y tacha de insubsistente tal opinión.

el ícor, el humor y la sangre, de los cuales se forman la carne, los nervios, los huesos, los pelos y todo el cuerpo; y del vapor procede el alma y los sentidos. Su primera formación y concreción se hace en cuarenta días; y luego perfeccionándose por razón armónica, nace el infante á los siete, á los nueve, ó lo más más á los diez meses. Que tiene en sí (1) todos los principios de vida, unidos y ordenados en razón armónica, sobreviniendo cada uno en determinados tiempos.

19. Que los sentidos en general, y en especial el de la vista, son un vapor muy cálido; por eso decimos que atraviesa el aire y agua (2), pues el cálido es rechazado por el frígido; porque si fuese frío el vapor de los ojos, se pasaría al aire semejante á sí. Ello es que Pitágoras en algunos lugares llama á los ojos *puertas del sol*. Lo mismo dogmatiza acerca de los oídos y demás sentidos.

20. En tres partes divide el alma humana, á saber: en mente, en sabiduría y en ira (3). La mente (4) y la ira se hallan también en los otros animales; pero la sabiduría (5) sólo en el hombre. Dice que el principio del alma está desde el corazón hasta el cerebro, y que la parte de ella sita en el corazón es la ira. Que la sabiduría y la mente están en el cerebro, y de ellas, dice, manan los sentidos como derivaciones (6). Que la parte capaz de sabi-

(1) El esperma.

(2) Porque, según los Pitagóricos, el aire y agua son cálidos.

(3) θυμόν *Thumos* es la ira incipiente.

(4) Porque los Pitagóricos por νοῦς entienden el conocimiento ordinario é instinto.

(5) Φρένας, el entendimiento y racionalidad.

(6) σταγόνας, como gotas.

duría es inmortal; las demás, mortales. Que el alma se nutre de la sangre, y las palabras son vientos del alma. Que ésta es invisible como las palabras, porque también el éter es invisible. Que los vínculos del alma son las venas, las arterias y los nervios; pero luego que se fortifica y queda de por sí sola, sus vínculos son la razón y las operaciones. Que el alma echada á la tierra va divagando en el aire, semejante al cuerpo (1). Que Mercurio es el administrador de las almas, y por esto se llama *Conductor* (2), *Portero* y *Terrestre*, á causa de que saca las almas de los cuerpos, de la tierra y del mar; las puras las conduce á lo alto; pero á las impuras ni aun se acerca él, ni ellas entre sí, sino que las atan las Furias con vínculos firmísimos é indisolubles. Que todo el aire está lleno de almas, creídas semidioses (3) y héroes, las cuales causan los sueños á los hombres, y las señales de enfermedad y salud. Ni sólo á los hombres, sino también á las ovejas y demás ganado. Que á éstas se dirigen las lustraciones y sacrificios expiatiivos, todas las adivinaciones, los vaticinios y cosas semejantes.

21. Dice que lo mayor que tiene el hombre es que el alma induce al bien ó al mal; que es feliz el hombre á quien le toca un alma buena, y que ésta nunca está quieta, ni tiene siempre un curso mismo. Que lo justo tiene fuerza de juramento (4), y por

(1) No explica si cuando es criada ó cuando separada del cuerpo; parece muy probable lo segundo, por lo que luego dice Mercurio.

(2) Πομπία, *Pomparum ductorem, seu coactorem*. Mercurio era entre los gentiles quien llevaba las almas á la barca de Aqueronte.

(3) Δαίμονας.

(4) ὄρκιόν τε εἶναι τὸν δίκαιον' καὶ διὰ τοῦτο Δία ὄρκια

lo mismo Júpiter se llama *Juramento*. Que la virtud es armonía, lo es la salud, lo es toda cosa buena, lo es también Dios, y aun todas las cosas existen por la armonía. Que la amistad es una igualdad armónica. Que los honores deben darse á los dioses y héroes; mas no honores iguales, pues á los dioses se han de dar siempre con loores, con vestiduras blancas y con pureza; pero á los héroes, desde el mediodía en adelante. Que esta pureza se adquiere por medio de expiaciones, lavatorios y aspersiones; evitando los funerales, la cama y toda cosa sucia, y absteniéndose de comer carnes mortecinas, salmonetes, melanuros, huevos y animales nacidos de huevos, habas y demás cosas que prohiben los que dirigen ritos y sacrificios en los templos.

22. Aristóteles dice en el libro *De las habas* que Pitágoras mandó abstenerse de las habas «ó porque semejan á las partes pudendas, ó á las puertas infernales (pues carecen de nudos) (1), ó porque corrompen, ó porque se parecen á la naturaleza del universo (2), ó porque sirven en el gobierno oligárquico eligiendo por medio de ellas.» Dice Pitágoras que no se recojan las cosas caídas (3), á fin de acostumbrarse á no comer sin templanza y par-

λεγεσθαι. Pudiera traducirse: *fædus pactumve justum esse, ideoque Jovem Fædus appellari.*

(1) ἀγόνατον. El tallo de las habas no tiene nudos, aunque Teofrasto dice que sí. Las hace por esto semejantes á las puertas infernales, pues del infierno no hay regreso, por más que las rodillas, γονάτα, hagan su oficio, esto es, por más que se interpongau ruegos. — *Mer. Casaubón.*

(2) En la fecundidad, como dice Luciano.

(3) Suidas añade *de la mesa*, que Laercio omite aquí, aunque luego la pone en el verso de Aristófanes. También la pone *Ateneo*, lib. x.

simonia. Aristófanes dice que las cosas que se caen son para los héroes, escribiendo así en sus *Héroes*:

No comáis lo que cae de la mesa.

Que debemos abstenernos de gallo blanco, por estar consagrado á Júpiter (y el color blanco es propio de los buenos) y á la luna, y además señala las horas. Que no se coman los peces sacros, pues no conviene dar una comida misma á los dioses y á los hombres, como ni á los libres y á los esclavos. Que la cosa blanca es de la naturaleza de lo bueno; la negra de la naturaleza de lo malo.

23. Que no se debe romper el pan, pues antiguamente concurrían en uno los amigos á comerlo, como ahora los bárbaros (1), y no se ha de dividir aquello que une y congrega los amigos. Algunos lo entienden del juicio del infierno (2); otros de que en la guerra causa miedo (3), y otros de que por éste comienza todo. Que de las figuras sólidas la esfera es la más hermosa; de las planas el círculo. Que la senectud y lo que está sujeto á disminución

(1) Lilio Giraldo, en la *Exposición de los símbolos de Pitágoras*, pretende que las palabras *pues antiguamente concurrían en uno los amigos á comerlo, como ahora los bárbaros*, son de Laercio, y que por *bárbaros* entendió los cristianos, los cuales se congregaban *ad frangendum et manducandum celestem et sanctissimum panem*, como leemos en los *Actos de los Apóstoles*, cap. II, y en San Pablo, *1 ad Corint.* Aldobrandini y Menagio no se conforman con Giraldo, por razón que ningún escritor, por más enemigo que haya sido de los cristianos, los ha llamado nunca *bárbaros*, como que eran por la mayor parte Griegos y Romanos.

(2) ¿Será porque la fracción del pan simboliza un juicio injusto?

(3) Acaso porque indica escasez de pan.

son semejantes; y lo mismo es de lo que recibe incremento y de la juventud. Que la sanidad es la perseverancia de la belleza y aspecto; la enfermedad la corrupción ó pérdida de ellos. De la sal decía que conviene ponerla en las cosas, porque hace acordar de la justicia, pues conserva cuanto ocupa y penetra, y se hace de cosas purísimas, á saber, agua y mar.

24. Hasta aquí lo que Alejandro dice haber hallado en los Comentarios Pitagóricos, y unido á ello lo que dice Aristóteles. En cuanto á la gravedad y modestia de Pitágoras, ni aun Timón, que en sus Sátiras procura morderlo, la omitió, pues habla de esta forma:

Pitágoras la magia abandonando,
Al dogma se transfiere,
Y deleita á los hombres
Con sus discursos sólidos y graves.

Que Pitágoras fué diversas personas en diversos tiempos lo testifica Xenófanes en la Elegía que empieza:

Mudo de asunto y el camino enseño, etc.

Lo que de él dice es:

Hallándose presente
Cierta vez que á un perrito castigaban,
Se refiere que dijo:
«Cesa de apalearlo, que es el alma
De un amigo; en el eco lo conozco.»

Esto dice Xenófanes. También lo burla Cratino en su *Pitagorizusa*; en sus *Tarentinos* habla así:

Cuando algún idiota viene á ellos,
Para experimentarlo,
Acostumbran turbarlo y confundirlo
A fuerza de argumentos, objeciones,

Falacias, traslaciones, paridades,
Y extraordinarias cosas,
Con sutileza grande y maestría.

Mnesíaco en su *Alcmeón*:

Como los Pitagóricos á Apolo,
Así sacrificamos,
Sin comer cosa alguna que alma tenga.

Aristófanes en su *Pitagorista*:

—Y decía, que habiendo descendido
Al congreso de aquella
Mansión de los que habitan allá abajo,
Gentes de todas clases visto había.
Pero muy diferentes
De los otros difuntos
Que son los Pitagóricos, contaba;
Pues comen con Plutón por religiosos.
—Ese dios debe ser afable y llano,
Pues gusta del comercio
Con huéspedes tan llenos de basura.

Y en el mismo drama:

.....Y solamente comen
Hierbas, y beben agua encima de ellas.
Mas los piojos, del palio la sordicie,
Y la asquerosidad de sus personas,
No la podrá sufrir joven alguno.

25. Murió Pitágoras en esta forma. Estando sentado con sus amigos en casa de Milón, sucedió que uno de los que no había querido admitir consigo, pegó fuego á la casa por envidia. Pero algunos dicen que lo ejecutaron los mismos Crotoniatas, temerosos de que les pusiese gobierno tiránico. Que habiendo Pitágoras escapado del incendio, se entró en un campo de habas, y se paró allí diciendo: «Mejor es ser cogido, que pisar estas habas», y «Mejor ser muerto, que hablar.» Con esto descubrió

la garganta á los que lo seguían. Así, que fueron muertos muchos de sus discípulos, hasta en número de 40, y huyeron otros pocos, de cuyo número fué Architas Tarentino, y Lisis antes nombrado. Dicearco escribe que Pitágoras murió fugitivo en el templo de las Musas que hay en Metaponto, habiendo permanecido allí sin comer cuarenta días. Pero Heraclides en el *Epítome de las Vidas de Satiro* dice que Pitágoras, después de haber dado sepultura en Delos á Ferecides, se volvió á Italia; y como hallase un gran convite en casa de Milón Crotoniata, partió á Metaponto; y que no queriendo ya vivir más, murió allí privándose de la comida.

26. Hermipo dice que estando en guerra Agrigentinos y Siracusanos, salió Pitágoras con sus discípulos y secuaces en favor de los Agrigentinos; y que derrotados éstos, iba girando junto á un campo de habas, á donde lo mataron los Siracusanos. Los demás hasta 35 fueron quemados en Taranto, queriendo oponerse á los primeros ciudadanos en el gobierno de la república. Otra cosa dice también de Pitágoras Hermipo, y es: «Que pasado á Italia, se hizo una habitación subterránea y mandó á su madre notase por escrito cuanto sucedía, señalando también el tiempo; luego se entró en el subterráneo, dándole su madre escritas cuantas cosas acaecían fuera. Que pasado tiempo, salió Pitágoras flaco y macilento, y congregando gentes, dijo que volvía del infierno; y les iba contando las cosas acontecidas. Que los oyentes, conmovidos de lo que había dicho, prorrumpieron en lágrimas y lamentos, y creyeron en Pitágoras algo de divino, de manera que le entregaron sus mujeres para que aprendiesen sus preceptos; de donde vino que fueron llamadas *Pitagóricas*.» Hasta aquí Hermipo.

27. La mujer de Pitágoras se llamaba Teano, hija de Brontino Crotoniata; bien que algunos la hacen mujer de Brontino, y discípula de Pitágoras. Tenía también una hija llamada Damo, como dice Lisis en la Epístola á Hiparco, hablando de Pitágoras en esta forma: «Dicen muchos que tú filosofas popularmente, lo cual lo tenía Pitágoras por cosa impropia é indigna; el cual, encargando á su hija Damo sus *Comentarios*, mandó que á nadie de fuera de casa los confiase; y ella, pudiendo venderlos por mucho dinero, no quiso, teniendo por más preciosa que el oro la pobreza junta con los preceptos de su padre, y esto siendo mujer.»

28. Tuvo también un hijo llamado Telauges, que sucedió á su padre, y según algunos, fué maestro de Empedocles. Hipoboto refiere que Empedocles dijo de Telauges: «Ilustre hijo de Teano y de Pitágoras.» Ningún escrito dejó Telauges; pero quedan algunos de su madre Teano. Dicen que preguntada ésta cuándo está la mujer limpia de hombre, respondió: «Del propio, aun estando con él, del ajeno nunca.» A la mujer que había de dormir con su marido la amonestaba á que «con los vestidos dejase también el empacho, y en levantándose lo volviese á tomar junto con ellos.» Preguntada entonces qué cosas eran éstas, respondió: «Aquellas por las cuales me llamo mujer.»

29. Pitágoras finalmente, como escribe Heraclides, hijo de Serapión, murió octogenario, según la división de edades que él tenía hecha; pero según otros murió á los noventa años de edad. Hay unos epigramas míos á él, que son los siguientes:

No sólo tú, Pitágoras, dejaste
De comer de las cosas animadas;
Si que todos también nos abstenemos.

¿Quién hay, di, que devore cosas vivas?
 Cuando ya están asadas ó cocidas,
 Y aun salpimentadas,
 Entonces, ya sin alma, las comemos.

Otro:

Era, cierto, Pitágoras tal sabio,
 Que para sí las carnes no tocaba,
 Diciendo no era justo:
 Pero admira las diese francamente
 Que las comiesen otros;
 Pues si él injusto no era,
 Que los otros lo fuesen permitía.

Otro:

Si conocer deseas el juicio
 De Pitágoras, mira atentamente
 Del escudo de Euforbo el claro centro.
 Él decía: «Fuí un tiempo
 Este mismo mortal que antes no era.»
 Así, que eternamente
 «Soy éste: éste no soy», iba diciendo.

Y otros sobre su muerte:

Pitágoras, ¡ay, ay! ¿por qué obsequioso
 Respetaste las habas?
 Él, en suma, murió con sus secuaces.
 Había un campo de habas; se detuvo
 Fuera, por no pisarlas,
 Y los Agrigentinos
 En un trivio la vida le quitaron.

Floreció en la olimpiada LX; y su escuela duró hasta 19 generaciones ó sucesiones. Los últimos Pitagóricos fueron Xenófilo Calcidiense de Tracia, Fanto Fliasio, Echebrates, Diocles y Polimnesto, también Fliasios, á quienes alcanzó Aristóxenes, puesto que eran discípulos de Filolao y de Eurito, Tarentinos.

30. Hubo cuatro Pitágoras contemporáneos, no muy desemejantes entre sí. Uno fué Crotoniata, hombre tiránico. Otro Fliasio, ejercitador de atletas, ó bien unguidor de éstos, como quieren algunos. El tercero Zacintio, cuyos son los *Arcanos filosóficos*, y que fué maestro de ellos; del cual vino el proverbio: *Él lo dijo*. Hay quien dice hubo otro Pitágoras Regino, escultor, el cual parece fué el primero que halló la euritmía (1) y simetría conjeturando y discurrendo. Otro, también escultor, Samio; otro, orador malo, y otro, médico, que escribió *De los tumores*, y compuso algo acerca de Homero; y otro, finalmente, que escribió en dialecto dórico, como refiere Dionisio. Eratostenes dice (según escribe Favorino en su *Historia varia*, libro VIII) (2) que éste (3) fué el primero que en la olimpiada XLVIII fué un púgil muy diestro, llevando todavía cabellera y clámide purpúrea; pues habiendo sido arrojado así de la escuela de los muchachos por escarnio y burla, se fué luego á buscar los hombres luchadores, y los venció. Hay á éste un epigrama muy sencillo que compuso Teeteto, y es:

Si á Pitágoras Samio, oh peregrino,
Conociste de oídas,
Púgil noble, y crinado, yo soy ese

(1) ρυθμοῦ: parece que por ritmo quiso entender *euritmía*, que yo interpreto *gracia* en las estatuas.

(2) La edición de Estefano pone sólo ἐν τῇ παντοδαπῇ ιστορίᾳ en su *Historia varia*; pero en la versión latina añade *libro octavo* como la común.

(3) Τοῦτον, *hunc*, etc. Menagio trae algunas razones de sospechar que aquí puede entenderse nuestro filósofo, puesto que algún tiempo anduvo con el pelo largo, y fué también atleta; pero es más probable fué otro Pitágoras también Samio.

Pitágoras que digo. Si mis hechos
A alguno preguntares,
Dirás te cuenta cosas increíbles.

31. Favorino dice que habiendo Pitágoras usado de las definiciones tomadas de las materias matemáticas, usó mucho más esto mismo Sócrates y los de su secta, y después de éstos Aristóteles y los Estoicos. Que fué el primero que llamó *mundo* al cielo y redonda (1) á la tierra. Pero Teofrasto lo atribuye á Parménides, y Zenón á Hesíodo. Dice que un tal Cidón le contradijo, como Antidoco á Sócrates.

32. Del Pitágoras atleta corría también el epigrama siguiente:

Este púgil imberbe
Que á las luchas Olímpicas se vino
De los juegos pueriles, es el Samio
Pitágoras, é hijo de Crateo.

De nuestro filósofo hay esta carta:

«PITÁGORAS Á ANAXIMENES.

« Si tú, oh varón grande, no excedieras á Pitágoras en nacimiento y gloria, sin duda hubieras ya dejado á Mileto para venirte á mí; pero te lo prohíbe el esplendor de tu casa. Aun á mí me contuviera si me pareciera á Anaximenes. Vosotros que soléis abandonar las ciudades por causa de sueños, si lo hacéis así perderán el ornamento y les será más inminente el daño por parte de los Medos. No es bien estar siempre discurrendo de los astros; importa más tomarse cuidado de la patria. Aun yo

(1) *στρογγύλην* puede también significar *cilíndrica*.

no siempre estoy en mis lucubraciones: también ando entre las guerras que mutuamente se hacen los Italianos.»

33. Y por cuanto hemos tratado de Pitágoras, hablemos ahora ya de los más célebres Pitagóricos. Después de éstos se tratará de aquellos de quienes algunos escriben en común, ó sea esparcidamente; y por último añadiremos después la serie y sucesión de los más dignos y memorables hasta Epicuro, como dijimos arriba. De Teano y Telauges ya tratamos; hablemos ahora de Empedocles primeramente, puesto que según algunos fué discípulo de Pitágoras.



no siempre estoy en mis lucubraciones: también ando entre las guerras que mutuamente se hacen los Italianos.»

33. Y por cuanto hemos tratado de Pitágoras, hablemos ahora ya de los más célebres Pitagóricos. Después de éstos se tratará de aquellos de quienes algunos escriben en común, ó sea esparcidamente; y por último añadiremos después la serie y sucesión de los más dignos y memorables hasta Epicuro, como dijimos arriba. De Teano y Telauges ya tratamos; hablemos ahora de Empedocles primeramente, puesto que según algunos fué discípulo de Pitágoras.



EMPEDOCLES.

1. Empedocles, como dice Hipoboto, hijo de Metón, que lo era de otro Empedocles, fué Agrigentino. El mismo Hipoboto y Timeo en el libro xv de sus *Historias*, dicen que Empedocles, abuelo del poeta, fué un varón insigne, y lo mismo atestigua Hermipo. No menos Heraclides en el libro *De las enfermedades* dice que su abuelo fué de una casa ilustre, y que criaba caballos (1). Igualmente Eratostenes, en sus *Olimpiónicos*, dice por testimonio de Aristóteles que el padre de Metón venció en la olimpiada LXXI. Apolodoro, gramático, dice en sus *Crónicas* que era hijo de Metón; y Glauco asegura que se pasó á los Turios, colonia entonces recién fundada. Y más abajo dice que los que afirman que fugitivo de su casa se fué á Siracusa y militó con los Siracusanos contra los Atenenses, parece proceden con suma ignorancia, pues ó ya no vivía entonces, ó era viejísimo. Lo cual no es verosímil, pues Aristóteles dice que él y Heráclito murieron de sesenta años, y el que venció á caballo (2) en la

(1) Para los juegos de los circos.

(2) κέλῃτι, caballo indómito ó saltador.

olimpiada LXXI tenía el mismo nombre. Así concuerda el tiempo Apolodoro.

2. Satiro dice en las *Vidas* que Empedocles fué hijo de Exeneto; que dejó un hijo llamado también Exeneto, y que en la olimpiada misma él venció á caballo, y su hijo en la lucha, ó bien en la carrera, como quiere Heraclides en el *Epítome*. Y yo hallo en los *Comentarios de Favorino* que Empedocles inmoló á los espectadores un buey de miel y harina, y que tuvo en hermano á Calicrátides. Telauges, hijo de Pitágoras, en su carta á Filolao, dice que Empedocles fué hijo de Archinomo. Que fué de Agrigento en Sicilia, lo dice él mismo al principio de sus *Lustraciones*:

¡Oh vosotros amigos
Que habitáis la ciudad ilustre y grande,
De alcázares excelsos,
Del dorado Acragante á las orillas! etc.

Hasta aquí su descendencia.

3. Que fué discípulo de Pitágoras, lo escribe Timeo en el libro IX de sus *Historias*, diciendo que se le halló el plagio de cierto discurso (lo dice también Platón), y por ello se le prohibió concurrir á las lecciones, y que hace memoria de Pitágoras diciendo:

Había allí un varón sabio en extremo,
Riquísimo de bienes de la mente.

Algunos aseguran que esto lo dijo de Parménides. Neantes dice que los Pitagóricos hasta Filolao y Empedocles se comunicaban mutuamente sus discursos; pero que luego que éste los publicó en verso, pusieron ley que no participara de ellos verista alguno. Lo mismo dicen sufrió Platón, pues

EMPEDOCLES.

1. Empedocles, como dice Hipoboto, hijo de Metón, que lo era de otro Empedocles, fué Agrigentino. El mismo Hipoboto y Timeo en el libro xv de sus *Historias*, dicen que Empedocles, abuelo del poeta, fué un varón insigne, y lo mismo atestigua Hermipo. No menos Heraclides en el libro *De las enfermedades* dice que su abuelo fué de una casa ilustre, y que criaba caballos (1). Igualmente Eratostenes, en sus *Olimpiónicos*, dice por testimonio de Aristóteles que el padre de Metón venció en la olimpiada LXXI. Apolodoro, gramático, dice en sus *Crónicas* que era hijo de Metón; y Glauco asegura que se pasó á los Turios, colonia entonces recién fundada. Y más abajo dice que los que afirman que fugitivo de su casa se fué á Siracusa y militó con los Siracusanos contra los Atenienses, parece proceden con suma ignorancia, pues ó ya no vivía entonces, ó era viejísimo. Lo cual no es verosímil, pues Aristóteles dice que él y Heráclito murieron de sesenta años, y el que venció á caballo (2) en la

(1) Para los juegos de los circos.

(2) κέλητι, caballo indómito ó saltador.

olimpiada LXXI tenía el mismo nombre. Así concuerda el tiempo Apolodoro.

2. Satiro dice en las *Vidas* que Empedocles fué hijo de Exeneto; que dejó un hijo llamado también Exeneto, y que en la olimpiada misma él venció á caballo, y su hijo en la lucha, ó bien en la carrera, como quiere Heraclides en el *Epítome*. Y yo hallo en los *Comentarios de Favorino* que Empedocles inmoló á los espectadores un buey de miel y harina, y que tuvo en hermano á Calicrátides. Telauges, hijo de Pitágoras, en su carta á Filolao, dice que Empedocles fué hijo de Archinomo. Que fué de Agrigento en Sicilia, lo dice él mismo al principio de sus *Lustraciones* :

¡Oh vosotros amigos
Que habitáis la ciudad ilustre y grande,
De alcázares excelsos,
Del dorado Acragante á las orillas! etc.

Hasta aquí su descendencia.

3. Que fué discípulo de Pitágoras, lo escribe Timeo en el libro IX de sus *Historias*, diciendo que se le halló el plagio de cierto discurso (lo dice también Platón), y por ello se le prohibió concurrir á las lecciones, y que hace memoria de Pitágoras diciendo :

Había allí un varón sabio en extremo,
Riquísimo de bienes de la mente.

Algunos aseguran que esto lo dijo de Parménides. Neantes dice que los Pitagóricos hasta Filolao y Empedocles se comunicaban mutuamente sus discursos; pero que luego que éste los publicó en verso, pusieron ley que no participara de ellos versista alguno. Lo mismo dicen sufrió Platón, pues

también le fué negada la concurrencia. De quién de éstos fué discípulo Empedocles, no lo dijo; y la carta de Telauges que corre, de que lo fué de Hipaso y de Brontino, no es fidedigna. Teofrasto dice que fué émulo (1) de Parménides, y lo imitó en los poemas, pues también aquél publicó en verso un libro (2) *De la naturaleza*. Hermipo dice que no fué émulo ó imitador de Parménides, sino de Xenófanes, con quien vivió tiempo, y lo imitó en los versos, y finalmente se pasó á los Pitagóricos. Alcidas dice en su *Físico* que en los tiempos mismos Zenón y Empedocles oyeron á Parménides, pero que al fin lo dejaron, y Zenón filosofó por sí mismo, y Empedocles oyó á Anaxágoras y á Pitágoras, imitando del uno la gravedad de vida y hábito, y del otro la ciencia fisiológica.

4. Aristóteles en su *Sofista* dice que Empedocles fué inventor de la retórica, y Zenón de la dialéctica. Y en el libro *De Poética* llama *Homérico* á Empedocles, grave y vehemente en la frase y en las metáforas, y que usó de todas las figuras poéticas. Y que además de otros poemas escribió el *Tránsito de Xerxes* (3) y un *Proemio á Apolo*, y que después lo quemó todo una hermana suya ó hija, como dice Jerónimo; el *Proemio* contra su voluntad; pero lo tocante á Persia, lo quemó á sabiendas, por ser obra imperfecta. Dice asimismo que también escribió tragedias y asuntos de política. Pero Heraclides, hijo de Serapión, asegura

(1) ξηλωτήν, puede significar *imitador*.

(2) Λόγον.

(3) De la Asia á Grecia por un puente de barcos sobre el Helesponto, á imitación del que su padre había hecho en el Bósforo de Tracia.

que las tragedias son de otro Empedocles. Jerónimo dice haber visto cuarenta y tres suyas, y Neantes, que las escribió siendo joven y las halló después.

5. Satiro escribe en las *Vidas* que también fué médico y orador excelente, y que fué discípulo suyo Gorgias Leontino, varón eminente en la retórica, el cual nos dejó un *Arte* de ella, y que según escribe Apolodoro en sus *Crónicas*, vivió ciento nueve años. El mismo Satiro refiere que Gorgias dijo había estado presente cuando Empedocles ejercitaba sus encantamientos. Y aun lo anuncia así él mismo en sus poesías, entre otras muchas cosas, diciendo:

Oirásme tú solo
Beneficios, prestigios, amuletos
Que la vejez ahuyenten y los males.
Enfrenarás la furia de los vientos
Inquietos y perennes;
Los cuales excitados con sus soplos
Sobre la madre tierra, la devastan,
Y destruyen del campo las labores.
Si acaso se aplacaren,
Harás que se levanteu nuevamente.
Un temporal obscuro
Lo volverás del hombre alegre calma.
A la agostada y árida sequía
Darás aguas suaves
Que fecundicen árboles y frutos;
Aun soplos les darás que los oreen.
Finalmente, del Orco á nueva vida
Las almas sacarás de los difuntos.

6. Dice asimismo Timeo en el libro xviii que fué varón admirado por muchas causas, pues soplando una vez con vehemencia los vientos etesios, tanto que destruían los frutos, mandó desollar asnos, hacer odres y ponerlos en los collados y vér-

tices de los montes para coger el soplo (1). Cesando efectivamente, fué llamado *Colusanema* (2). Heraclides dice en el libro *De las enfermedades*, que Empedocles dictó á Pausanias lo que escribió acerca de una mujer que no respiraba (3). Este Pausanias, como dicen Aristipo y Satiro, era su bardaja, y le dedicó sus libros *De la naturaleza* en esta forma:

Oyeme tú, Pausanias,
Hijo del sabio Anchito.

Compúsole también este epigrama:

Gela es ilustre patria de Pausanias,
Hijo de Anchito, médico eminente,
Que cual nuevo Esculapio,
Revocó del umbral de Proserpina
Los míseros enfermos,
De mortales dolencias consumidos.

Y añade Heraclides que lo de la mujer que no respiraba fué, que una se mantuvo treinta días sin respiración ni comida; y así lo llama médico y adivino, tomándolo también de estos versos:

¡Oh amigos que habitáis la ciudad grande
Del Acragante flavo á las orillas,
Y en el excelso monte, procurando
Sus útiles negocios! yo os saludo.
Yo, ya Dios inmortal, entre vosotros
Habito venerado dignamente,

(1) Parece no puede haber expediente más propio para un cuento de niños. Plutarco dice, en dos lugares de sus opúsculos, que lo que hizo Empedocles fué mandar cerrar cierta abertura ó quebrada de monte por donde pasaban estos aires y comunicaban el contagio que había en la otra parte.

(2) κωλυσανέμαν, *prohibidor de los vientos*.

(3) De esto se habló en la nota de la pág. 25 del *Proemio*.

Ceñido con diademas y guirnaldas,
 Vistosamente verdes y floridas,
 Con las cuales andando las ciudades
 Florecientes y nobles,
 Seré adorado de hombres y mujeres,
 Y de gentes seguido, preguntando
 Cuál es y dónde se halla
 El trillado camino para el lucro.
 Seguiránme también los adivinos
 Que oráculos anuncian, y aun aquellos
 Que eterna fama buscan
 Curando toda suerte de dolencias.

7. Potamila dice que llama *grande á Agrigento* porque contenía 800.000 habitantes. Y así, como Empedocles los viese redundando en delicias, les dijo: « Los Agrigentinos se deleitan como si hubieran de morir mañana, y edifican casas como si hubieran de vivir siempre. » Dicen que el rapsodista Cleomenes cantó en Olimpia sus *Lustraciones*; lo mismo confirma Favorino en sus *Comentarios*. Aristóteles escribe que fué libre, y muy ajeno del mando, pues rehusó el reino que se le daba (como lo dice Janto en sus *escritos sobre Empedocles*), teniendo su frugalidad en mayor estima. Esto mismo refiere Timeo, poniendo también la causa de haber sido hombre tan popular y republicano. Dice que habiéndolo convidado uno de los magnates, sacaron de beber antes que la comida, y como los demás callasen, él no lo sufrió, sino que mandó sacarla; pero el convidador le dijo que estaba esperando al Ministro del Senado. Luego que éste vino, fué hecho *principal* (1) *del convite*, constituyéndolo así el convidante, y aparentando con ello una imagen de tiranía, pues mandaba al convidado ó que bebiese, ó que se le vertiese la bebida en la cabeza.

(1) συμποσάρχος. *Princeps computationis.*

Calló entonces Empedocles; pero al día siguiente juntó Senado y condenó á los dos, quitando la vida al convidante y al príncipe del convite. Este fué el principio de haber entrado en el gobierno de la república.

8. Igualmente, como el médico Acrón pidiese al Senado sitio para construir un sepulcro á su padre, como al mayor de todos los médicos, concurriendo Empedocles, lo prohibió; y entre las cosas que dijo acerca de la igualdad, le preguntó así: Decid, ¿qué inscripción pondríamos á ese sepulcro? ¿Acaso ésta:

A Acrón, médico sumo, Agrigentino
Hijo de un padre sumo, cubre y guarda
La excelsa sumidad de patria suma? (1).

Algunos leen el verso segundo así:

La sumidad extrema
De la suma vertiz la tumba tiene.

Dicen algunos que esto es de Simónides.

9. Posteriormente, Empedocles disolvió la Asamblea de los *Mil*, sustituyendo magistrado trienal, compuesto, no sólo de los ricos, sino también de los instruídos en los negocios populares y plebeyos. Timeo, sin embargo, en sus libros I y II (pues hace memoria de él en muchos lugares) dice que se creyó era de ánimo contrario al gobierno republicano, cuando se ostenta tan jactancioso y amante de sí mismo en sus versos, diciendo:

(1) La repetición de la voz *ἄκρος*, que en griego significa *sumo, excelso, elevado*, etc., hace toda la agudeza de este epigrama. Aun la misma Agrigento, llamada *Acragas* por estar fundada en un monte alto, y el río que pasaba junto á él, tenían el mismo nombre. La moderna *Girgento* está á la otra parte del río.

Yo os saludo ya dios, que entre vosotros
Vivo inmortal, á muerte no sujeto, etc.

Cuando concurría á los juegos Olímpicos, todos lo miraban, y de nadie se hablaba tanto como de Empedocles en las conversaciones. Finalmente, cuando se volvió á poblar Agrigento, los parientes de sus contrarios se opusieron á que regresase allá, por lo cual se retiró al Peloponeso, y murió allí. No lo perdonó Timón, y le hace sus invectivas, diciendo:

Y Empedocles, hinchado,
Con sus voces forenses
Abarcó cuanto pudo siendo arconte.
Los magistrados que hizo
Necesitaron de otros magistrados.

10. Acerca de su muerte hay variedad de opiniones. Heraclides, tratando de la mujer que no respiraba, y de la celebridad que consiguió Empedocles con haber restituído la vida á una difunta, dice que ofreció sacrificio junto á la quinta de Pisanacte, convidando algunos de sus amigos, y Pausanias entre ellos. Concluído el convite, unos se volvieron, otros se acostaron bajo de los árboles vecinos, y otros en otras partes; pero él se quedó en el sitio mismo donde había cenado. Venida la mañana, levantándose todos, sólo él no fué hallado. Hecha pesquisa, examinados los criados y familiares, y respondido que nada sabían, hubo uno que dijo que á media noche había oído una gran voz que había llamado á Empedocles, y que, habiéndose levantado, había visto una luz celeste, luminarias de teas, y nada más. Hallándose todos atónitos con lo sucedido, bajó Pausanias para enviar algunos que lo buscasen; pero luego fué prohibido hacer más diligencias, y dijo: «Que el suceso era muy conforme y consiguiente para ruegos; así, que

convenía hacerle sacrificios como que ya era dios.»

11. Hermipo dice que hizo el sacrificio habiendo curado á una mujer Agrigentina, llamada Pantea, desahuciada ya de los médicos, y añade fueron convidadas al sacrificio hasta 80 personas. Hipoboto asegura que cuando se levantó se encaminó al Etna, y que habiendo llegado, se arrojó al volcán, y desapareció, queriendo dejar fama de sí de haber sido hecho dios; pero después fué descubierto, arrojando fuera la fuerza de las llamas una de sus sandalias, que eran de bronce, de cuyo metal solía llevar el calzado. Pausanias, sin embargo, siempre contradijo esto. Diodoro Efesio, escribiendo de Anaximandro, dice que Empedocles fué su imitador (1), tomando la hinchazón trágica y hasta la gravedad de los vestidos.

12. Que habiendo acometido á los Selinuncios un contagio de peste por el hedor de un río cercano corrompido, de modo que no sólo morían, sino que también se les dificultaban los partos á las mujeres, discurrió Empedocles conducir á él á costa suya dos de los ríos más inmediatos, con cuya mezcla se endulzaron las aguas. Cesada la peste, y hallándose los Selinuncios banqueteano á las orillas del río, apareció allí Empedocles; y ellos, levantándose, lo adoraron como á dios y le ofrecieron sus votos. Así, queriendo confirmar esta opinión, se arrojó al fuego. Pero Timeo contradice á esto, diciendo abiertamente cómo Empedocles se retiró al Peloponeso, y ya no volvió; por cuya razón es incierta su muerte. A Heraclides le contradice exprofeso en el libro IV, por cuanto Pitanaete dice fué Siracusano y no tuvo quinta alguna en Agrigento. Y que Pausanias

(1) ἐξηλώκει, *amulabatur*.

le construyó una memoria como amigo; pues divulgada aquella fama, como era hombre rico, le hizo una estatua pequeña, ó bien una capilla como á dios. ¿Cómo se arrojaría al volcán quien, teniéndolo cercano, ninguna mención hizo de él? Así, que murió en el Peloponeso.

13. Que no se vea su sepulcro, no es cosa extraña, pues tampoco se ven los de otros muchos. Después de haber alegado Timeo otras razones como éstas, añade: «Pero siempre Heraclides es paradójico en sus cosas, y escritor que afirma haber caído un hombre de la luna.» Hipoboto dice que la estatua de Empedocles estuvo al cubierto primero en Agrigento, y después descubierta delante de la curia de los romanos, adonde éstos la trasladaron. De pincel todavía quedan algunas imágenes suyas. Neantes Ciziceno, uno de los que tratan de los Pitagóricos, dice que muerto Metón, comenzó á germinar la tiranía, y que entonces Empedocles indujo á los Agrigentinos á que, dejadas las sediciones, usasen la igualdad de gobierno. Además, que muchas hijas de los ciudadanos, las cuales carecían de dote, las dotó de propio, como era rico. Y aun por eso vestía púrpura, y se ceñía con cingulo de oro, como dice Favorino en el primero de sus *Comentarios*. Que llevaba también sandalias de bronce y corona délfica (1). Que tenía el pelo muy largo, llevaba detrás muchachos de servicio, y siempre se dejó ver severo de aspecto y en un estado mismo (2). Que de esta forma salía siempre

(1) *στέμμα Δελφικόν*. Acaso sería corona de laurel, como cosa perteneciente á Apolo Délfico. Suidas dice: *llevaba en las manos coronas délficas*.

(2) *ένδος σκήματος*, *de una figura*.

que los ciudadanos iban á buscarlo, y aun veneran esto en él como á insignia regia. Que después, yendo en coche á Mesina por causa de cierta festividad, cayó y se quebró un muslo, y enfermado de resultas, murió, siendo de setenta y siete años. Y, finalmente, que su sepulcro está en Megara (1). En orden á los años que vivió, Aristóteles difiere de los otros, pues dice murió de sesenta; los demás, que vivió ciento nueve. Floreció hacia la olimpiada LXXXIV.

14. Demetrio de Trezene, en el libro *Contra los Sofistas*, dice por estos versos de Homero que

Cogió una soga, atósela al gatzate,
Y se colgó en la copa más excelsa
De un altísimo guindo, desde donde
A los infiernos descendió su alma.

Y en la carta que dijimos de Telauges se refiere que, siendo ya viejo, cayó en el mar, y murió. Esto por lo tocante á su muerte. En mi *Pammetro* hay unos epigramas jocosos á él, que son los siguientes:

Tú también, tú, Empedocles, otro tiempo,
Sorbiéndote la llama transparente
De inmortales ardores,
Purificaste el cuerpo.
No diré que te echaste voluntario
Del Etna entre los ígneos manantiales;
Pero sí que queriendo
Desparecer, caíste no queriendo.

Otro :

Es fama que Empedocles
Cayó del carruaje en un camino,
Y quebrándose un muslo, murió de ello.

(1) Entiendo la Megara de Sicilia, nombrada en la *Vida de Epicarmo*.

Si al Etna se arrojó, si sus ardores
Sorbíó, ¿de qué manera
Aun vemos en Megara su sepulcro?

15. Sus dogmas son éstos: « Los elementos son cuatro: fuego, agua, tierra y aire; la Concordia con que se unen, y Discordia con que se separan»; pues habla así:

Albo Jove, alma Juno, Pluto y Nestis,
Que en llanto anega los humanos ojos.

Entiende por Jove el fuego, por Juno la tierra, por Plutón el aire, y por Nestis el agua; y dice que estos elementos alternan con perpetua vicisitud, se aquietan nunca, y este orden es eterno. Infiere, finalmente, que

La Concordia unas veces
Los amista, y en uno los compone;
Otras, por el contrario, la Discordia
A todos los separa y enemista.

Dice que el sol es una gran masa de fuego y mayor que la luna. Que ésta es semejante á un disco; el cielo al cristal, y que el alma se viste de toda especie de animales y plantas; pues dice:

Muchacho fui, y muchacha en otro tiempo;
Fuí planta, ave también, fui pez marino.

Lo que escribió de *Física* y *De las lustraciones*, asciende á 5.000 versos; lo de medicina á 6.000. De sus tragedias ya hablamos arriba.

Si al Etna se arrojó, si sus ardores
Sorbíó, ¿ de qué manera
Aun vemos en Megara su sepulcro ?

15. Sus dogmas son éstos : « Los elementos son cuatro : fuego, agua, tierra y aire ; la Concordia con que se unen, y Discordia con que se separan » ; pues habla así :

Albo Jove, alma Juno, Pluto y Nestis,
Que en llanto anega los humanos ojos.

Entiende por Jove el fuego, por Juno la tierra, por Plutón el aire, y por Nestis el agua ; y dice que estos elementos alternan con perpetua vicisitud, se aquietan nunca, y este orden es eterno. Infiere, finalmente, que

La Concordia unas veces
Los amista, y en uno los compone ;
Otras, por el contrario, la Discordia
A todos los separa y enemista.

Dice que el sol es una gran masa de fuego y mayor que la luna. Que ésta es semejante á un disco ; el cielo al cristal, y que el alma se viste de toda especie de animales y plantas ; pues dice :

Muchacho fuí, y muchacha en otro tiempo ;
Fuí planta, ave también, fuí pez marino.

Lo que escribió de *Física* y *De las lustraciones*, asciende á 5.000 versos ; lo de medicina á 6.000. De sus tragedias ya hablamos arriba.



EPICARMO.

1. Epicarmo, hijo de Elotalo, natural de Coo, fué también discípulo de Pitágoras. A los tres meses de edad fué llevado á Megara de Sicilia, y de allí á Siracusa, como lo dice él mismo en sus obras. Hiciéronle estos versos, puestos al pie de su estatua :

Cuanto del grande sol los resplandores
En luz exceden los lucientes astros;
Cuanto del mar la fuerza
Es mayor que la fuerza de los ríos ;
Tal la sabiduría de Epicarmo
(Á quien orla su patria Siracusa)
Excede las demás sabidurías.

Dejó *Comentarios*, en los cuales trata cosas filológicas, sentenciosas y de medicina. Á muchos de estos *Comentarios* pone versículos acrósticos, con los cuales manifiesta que aquellos escritos son suyos. Murió de noventa años.



ARCHITAS.

1. Architas, Tarentino, hijo de Mneságoras, ó según Aristóxenes, de Hestieo, fué también Pitagórico. Este es quien libró á Platón cuando Dionisio quería matarlo, recomendándosele por cartas. Fué admirado de muchos en todas las virtudes; y gobernó siete veces á sus ciudadanos, cuando los demás no gobernaban más de un año por prohibirlo la ley. Escribióle Platón dos cartas en respuesta de la que él le había escrito antes, la cual es del tenor siguiente:

«ARCHITAS Á PLATÓN: SALUD.

»Haces bien de significarme por cartas el haberte librado de tu enfermedad, lo cual ya me lo había anunciado Damesco. Acerca de los *Comentarios* he practicado las diligencias, y pasé á Lucania y hallé los parientes de Ocelo. Lo que escribió *De la ley, Del reinar, De la santidad y De la generación del universo*, ya lo tengo, y te envío algo: los otros

escritos no se hallan por ahora: irán á tí luego que comparezcan.» Así escribió Architas. Platón respondió de esta forma:

«PLATÓN Á ARCHITAS: OBRAR BIEN.

»Los *Comentarios* que me han venido de tu mano los he recibido con el mayor gusto, y he admirado en extremo á su autor. Muéstrasenos éste un varón muy digno de sus ascendientes y mayores, que, según dicen, fueron Mireos, y éstos fueron de aquellos Troyanos que transmigraron con Laomedonte, hombres buenos, como nos significan las historias. Los *Comentarios* míos que me pides en tu carta están todavía imperfectos: te los envío así como están. Acerca de su conservación ambos pensamos de un mismo modo; y así no necesita encargalo. Vale.» Este en el tenor de sus mutuas epístolas.

2. Hubo cuatro Architas: el primero éste de quien hablamos. El segundo, un músico de Mitilene. El tercero fué escritor de agricultura; y el cuarto, poeta epigramático. Algunos hacen quinto á un arquitecto, de quien hay un libro de máquinas, cuyo principio es: *Estas cosas las he oído de Teucro, Cartaginés*. Del músico se cuenta que notándole que su voz no se oía, dijo: «Pero el instrumento me defiende y habla por mí.» Del Architas Pitagórico dice Aristóxenes que, siendo capitán, nunca su ejército fué vencido; pero luego que cediendo á la envidia dejó el mando, cayó el ejército en poder del enemigo.

3. Nuestro Architas fué el primero que trató la

mecánica por principios mecánicos; y el primero que dió movimiento orgánico á una figura geométrica, procurando hallar por medio del semicilindro dos medias proporcionales para la duplicación del cubo, como dice Platón en su *República* (1).

(1) Vitruvio, lib. IX, cap. III. De Architas quedan algunos opúsculos.



ALCMEÓN.

1. Alcmeón, Crotoniata, también fué discípulo de Pitágoras. Trata por lo común cosas de medicina; aunque juntamente disputa algo de fisiología, diciendo que ordinariamente son dos los géneros de las cosas humanas (1). Parece es el primero que escribió del orden de la naturaleza, como dice Favorino en su *Historia varia*, y que afirmó que la naturaleza de la luna es eterna. Fué hijo de Pírito, como él mismo dice al comenzar su libro, así: «Alcmeón, Crotoniata, hijo de Pírito, pronuncia de este modo á Brontino, León y Batilo. De las cosas invisibles y de las mortales tienen los dioses pleno conocimiento, en cuanto podemos alcanzar los hombres», etc. Dijo también que el alma es inmortal, y está en movimiento continuo como el sol.

(1) Los nombra Aristóteles, lib. 1, *Metaph.*, cap. v, diciendo, que son las cosas opuestas entre sí, v. gr., *blanco y negro; dulce y amargo; caliente y frío*, etc. Esta es opinión de Heráclito, como veremos en su *Vida*, párrafo 6.

HIPASO.

1. Hipaso, Metapontino, también Pitagórico, dijo que «está determinado el tiempo de la transmutación del mundo; que el universo es infinito y está en perpetuo movimiento.» Dice Demetrio en sus *Colombroños* que no dejó ningún escrito. Hubo dos Hipasos: éste y otro que describió en cinco libros la República de los Lacedemonios.



FILOLAO.

1. Filolao, Crotoniata, fué igualmente Pitagórico. Suyos eran los libros cuya compra encargó por carta Platón á Dión. Murió existimado de que quería introducir tiranía. Hay mío á él el epigrama siguiente:

Digo que una sospecha
Es cosa de muchísima importancia;
Pues por más que la cosa no imagines,
Si á los demás parece la ejecutas,
Caerás en las desdichas.
Así avino otro tiempo á Filolao,
Que Crotona su patria le dió muerte,
Creyendo maquinaba tiranía.

2. Es de opinión que todas las cosas se hacen por necesidad y armonía. Y se le atribuye haber dicho el primero que la tierra gira circularmente; bien que algunos quieren fuese Hicetas Siracusano el primero que lo dijo. Escribió un libro, que es (según refiere Hermipo tomándolo de cierto escritor) aquel que Platón, habiendo pasado á Sicilia á estar con Dionisio, compró de los parientes de Filolao por 40 minas de plata alejandrinas, y que de este libro copió su *Timeo*. Otros dicen que Platón

lo recibió habiendo intercedido con Dionisio por la libertad de un joven discípulo de Filolao que estaba preso. Demetrio en sus *Colombroños* dice, que Filolao fué el primer Pitagórico que publicó cuerpo de dogmas de esta escuela acerca de la naturaleza, cuyo principio es: «La naturaleza en el mundo está coligadamente compuesta de infinitos y finitos, igualmente que el universo y cuanto en él se contiene.



EUDOXO.

1. Eudoxo, hijo de Eschines, natural de Gnido, fué astrólogo, geómetra, médico y legislador. En la geometría fué discípulo de Architas, y en la medicina, de Filistión Siciliano, como dice Calímaco en sus *Tablas*. Soción en las *Sucesiones* dice que también oyó á Platón. Que siendo de veintitrés años de edad, y viéndose constituido en suma estrechez, movido de la celebridad del nombre Socrático, partió á Atenas con Teomedonte, médico, el cual lo mantenía, y aun hay quien lo haga su bardaja. Desembarcó y se alojó en el Pireo, desde donde subía diariamente á la ciudad; y después de haber oído en ella los sofistas, regresaba. Habiendo estado allí dos meses, volvió á su casa, de donde siendo socorrido por sus amigos, se fué á Egipto con Crisipo, médico, llevando cartas de favor de Agesilao para Nectanabis, el cual lo recomendó á los sacerdotes. Que habiendo permanecido allí un año y cuatro meses, se rayó la primera barba y las cejas, y escribió, según algunos, un *Octaerides* (1). Pasó de allí á Cízico y Propóntide á profesar la

(1) Libro de matemática, como dice Censorino.

filosofía: de allí se fué á visitar á Mausolo; y de allí regresó á Atenas acompañado de un gran número de discípulos, sólo por dar envidia á Platón, como quieren algunos, porque en sus principios lo había éste despedido. Algunos dicen que celebrando Platón un convite, como fuesen muchos los convidados, introdujo el poner los triclinios en medio círculo. Nicomaco el hijo de Aristóteles dice que Eudoxo llama *bien* al deleite.

2. Fué recibido en su patria con sumo honor, como consta por el decreto que de él dió; ni fué menos celebrado entre los Griegos. Escribió *Leyes* á sus conciudadanos, como dice Hermipo en su libro IV *De los siete sabios; Tratados de Astrología; De geometría*, y algunas otras cosas excelentes. Tuvo tres hijas, Actis, Filtis, Delfis. Eratostenes en sus libros á Batón dice que Eudoxo compuso *Diálogos Cínicos*. Otros sienten que los habían escrito los Egipcios en su lengua, y que él no hizo más que traducirlos en griego. Crisipo Gnidio, hijo de Erineo, oyó de él lo que escribió acerca de los dioses, del mundo y de los meteoros. En la medicina fué discípulo de Filistión Sículo, y dejó bellísimos Comentarios. Fué hijo suyo Aristágoras, cuyo discípulo fué Crisipo, hijo de Aetlio, del cual quedan escritos médicos acerca de los ojos, compuestos accidentalmente mientras estaba meditando en cosas naturales.

3. Hubo tres Eudoxos. El primero éste mismo; el segundo fué Rodio, é historiador; el tercero, Siciliano, hijo de Agatocles, poeta cómico, el cual venció tres veces en los certámenes urbanos, y cinco en los Leneos (1), como dice Apolodoro en

(1) Certámenes poético-dramáticos en honor de Baco.

sus *Crónicas*. Otro hallamos que fué médico de Gnido, del cual Eudoxo en su *Circunferencia de la tierra* dice que solía siempre amonestar á mover con frecuencia los miembros y articulaciones en en todo género de ejercicios; y lo mismo los sentidos. Este mismo refiere que Eudoxo Gnidio floreció hacia la olimpiada ciii, y que inventó lo que pertenece á líneas curvas. Murió á los cincuenta y tres años de edad.

4. Cuando estaba en Egipto con Iconufi Helio-politano, Apis (1) le lamió en rededor todo el palio; de lo cual agoraron los sacerdotes que sería hombre célebre, pero de vida corta. Así lo dice Favorino en sus *Comentarios*. Mis versos á él son los siguientes:

Dicen que Eudoxo cuando estuvo en Menfis
 Su suerte saber quiso
 De un buey hermoso, hermosamente astado.
 Nada le respondió; porque ¿de dónde
 Había de venir al buey locuëla?
 No concedió natura
 Habla al novillo Apis; pero supo
 Situarse oblicuamente á su costado,
 Y lamerle la ropa:
 Enseñando con ello claramente
 Que moriría presto.
 Y así fué: ni la muerte tardó mucho;
 Pues vivió solamente mientras daban
 Sus cincuenta y tres giros las Vergilias.

Por lo célebre de su fama y nombre, en vez de *Eudoxo* solían llamarlo "Ευδοξον (Endoxon) (2).

5. Y por cuanto hemos tratado de los Pitagóricos más celebrados, hablemos ya de otros en general y esparcidamente como dicen, y primero de Heráclito.

(1) Un buey, dios de los Egipcios.

(2) Célebre, famoso, glorioso.

LIBRO NOVENO.

HERÁCLITO.

1. Heráclito, hijo de Blisón, ó, según algunos, de Heración, fué Efesino, y floreció hacia la olimpiada LXIX. Sentía en las cosas muy elevadamente, como consta de sus escritos, donde dice: «El aprender muchas cosas no instruye la mente.» Y que enseñó á Hesíodo, á Pitágoras, y aun á Xenófanés y á Hecateo (1); pues la verdadera y única sabiduría es conocer la *Mente* (2), que puede disponer ó gobernar todas las cosas por medio de todas las cosas. Decía que Homero era digno de ser echado de los certámenes y de ser abofeteado, y lo mismo Archíloco. Que los ímpetus de una injuria deben apagarse más que un incendio, y que el pueblo debe defender las leyes lo mismo que los muros.

(1) Por prolepsis (según entiendo, é indica el aoristo $\epsilon\delta\acute{\iota}\delta\alpha\chi\epsilon$ que pone Laercio), pues éstos eran ya muertos.

(2) $\Gamma\acute{\nu}\omega\mu\eta\nu$. Mer. Casaubón interpreta *Dios* la palabra *Gnomen*, *Mente*. Tengo por legítima esta interpretación, por razón de lo que añade Laercio de nuestro filósofo, y lo que de él escriben algunos Santos Padres.

2. Reprendió vivamente á los Efesinos porque habían echado á su compañero Hermodoro, diciendo: «Todos los Efesinos adultos debieran morir, y los impúberes dejar la ciudad, entendido de aquellos que expelieron á Hermodoro, su bienhechor, diciendo: *ninguno de nosotros sobresalga en merecimientos; si hay alguno, váyase á otra parte y esté con otros.*» Como le pidiesen que les pusiese leyes, lo omitió por causa de que la ciudad estaba ya depravadísima en las costumbres y mal gobierno, y retirándose al templo de Diana, jugaba á los dados con los muchachos. A los Efesinos que estaban á su rededor les dijo: «¿Qué os admiráis, perversos? ¿no es mejor hacer esto que gobernar la república con vosotros?»

3. Finalmente, fastidiado de los hombres, se retiró á los montes y vivió manteniéndose de hierbas; pero acometiéndole de resultas una hidropesía, regresó á la ciudad, y preguntaba enigmáticamente á los médicos «si podrían de la lluvia hacer sequía.» Como ellos no lo entendiesen, se enterró en el estiércol de una boyera, esperando que el calor del estiércol le absorbería las humedades. No aprovechando nada esto, murió de sesenta años. Mi epigrama á él es como se sigue:

Me admiré muchas veces
De que viviese Heráclito otro tiempo,
Sufriendo tantos males y miserias,
Para después morirse.
Regando al fin su cuerpo
Con enfermas y malas humedades,
Extinguió de sus ojos
La luz, y los llenó de oscuras sombras (1).

(1) Parece hacen alusión á la obscuridad de los escritos de Heráclito.

Pero Hermipo asegura que Heráclito dijo á los médicos que «si alguno podía sacar humedad opriéndolo la tripa»; y respondiendo que no, se puso al sol y dijo á los muchachos que lo cubriesen y emplastasen con estiércol; con lo cual se apresuró la vida y murió el día siguiente, y fué enterrado en el Foro. Neantes Ciziceno dice que no pudiendo quitarse el estiércol ni eximirse de él, permaneció allí y se lo comieron los perros, no habiéndolo conocido por causa del disfraz del estiércol.

4. Fué admirado desde niño, y siendo mancebo decía «que no sabía cosa alguna»; pero cuando llegó á la edad perfecta decía que «lo sabía todo.» De nadie fué discípulo, sino que él mismo se dió á las investigaciones, y decía haberlo aprendido todo por sí mismo. Sin embargo, dice Soción que algunos lo hacen discípulo de Xenófanes, y que Aristón asegura en el libro *De Heráclito* que curó de su hidropesía, y murió de otra enfermedad. Esto mismo dice también Hipoboto.

5. El libro que de él nos queda, por su contenido se intitula *De la naturaleza*, bien que está dividido en tres discursos, á saber, *Del Universo*, *De política* y *De Teología*. Lo depositó en el templo de Diana; y, según algunos, lo escribió de industria obscuro para que sólo lo entendiesen los eruditos, y por vulgar no fuese desestimado. Pintalo también Timón diciendo:

Y entre ellos se me erguía y engría
El cuclillo importuno,
Murmurador del pueblo,
Heráclito, inventor de quisicosas.

Teofrasto dice que la melancolía le hizo dejar sus escritos, unos á medio hacer y otros á veces muy

Pero Hermipo asegura que Heráclito dijo á los médicos que «si alguno podía sacar humedad oprimiendo la tripa»; y respondiendo que no, se puso al sol y dijo á los muchachos que lo cubriesen y emplastasen con estiércol; con lo cual se apresuró la vida y murió el día siguiente, y fué enterrado en el Foro. Neantes Ciziceno dice que no pudiendo quitarse el estiércol ni eximirse de él, permaneció allí y se lo comieron los perros, no habiéndolo conocido por causa del disfraz del estiércol.

4. Fué admirado desde niño, y siendo mancebo decía «que no sabía cosa alguna»; pero cuando llegó á la edad perfecta decía que «lo sabía todo.» De nadie fué discípulo, sino que él mismo se dió á las investigaciones, y decía haberlo aprendido todo por sí mismo. Sin embargo, dice Soción que algunos lo hacen discípulo de Xenófanes, y que Aristón asegura en el libro *De Heráclito* que curó de su hidropesía, y murió de otra enfermedad. Esto mismo dice también Hipoboto.

5. El libro que de él nos queda, por su contenido se intitula *De la naturaleza*, bien que está dividido en tres discursos, á saber, *Del Universo*, *De política* y *De Teología*. Lo depositó en el templo de Diana; y, según algunos, lo escribió de industria obscuro para que sólo lo entendiesen los eruditos, y por vulgar no fuese desestimado. Píntalo también Timón diciendo:

Y entre ellos se me erguía y engrería
El cuclillo importuno,
Murmurador del pueblo,
Heráclito, inventor de quisicosas.

Teofrasto dice que la melancolía le hizo dejar sus escritos, unos á medio hacer y otros á veces muy



ajenos de verdad. La señal de su grandeza de ánimo, dice Antistenes en las *Sucesiones*, es haber cedido el reino á su hermano (1). Su libro se hizo tan célebre, que llegó á tener secuaces, llamados *Heraclitanos*.

6. Sus opiniones en común son las siguientes: «Todas las cosas provienen del fuego, y en él se resuelven. Todas las cosas se hacen según el hado (2), y por la conversión de los contrarios se ordenan y adaptan los entes. Todo está lleno de almas y de demonios.» Acerca de las mudanzas que acontecen en el estado de las cosas del mundo, sintió así: «Que el sol es tan grande cuanto aparece.» Afírmase también que dijo que «la naturaleza del alma no hay quien la pueda hallar por más camino que ande: ¡tan profunda es esta cuestión!» Al amor propio lo llamaba «mal de corazón (3), y que la vista y aspecto engañan.»

7. En su obra habla algunas veces clara y sabiamente, tanto, que cualquiera, aun duro de entendimiento, lo entiende fácilmente y conoce la elevación de su ánimo. La brevedad y gravedad de sus interpretaciones es incomparable.

8. Sus dogmas en particular son como se sigue: «Que el fuego es elemento, y que todas sus vicisi-

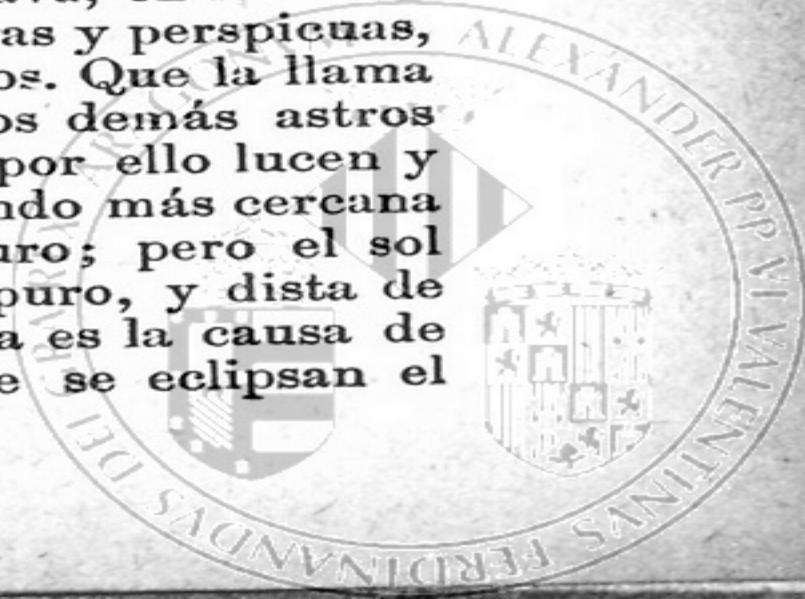
(1) βασιλεία. Aunque esta voz ordinariamente significa *Reino*, aquí significa cierto magistrado de Efeso que presidía á los sacrificios (llamado también ἱερῶν βασιλεὺς), y allí tenía este nombre, como entre los Romanos, *Rex sacrificulus*, ó *Rex sacrorum*. Su mujer se llamaba *Regina*, y su palacio *Regia*.

(2) Porque Heráclito decía que «la esencia del hado, εἰμαρμένης, es una razón trascendental á la naturaleza del universo», según escribe Plutarco, lib. 1, cap. xxviii, *De las opiniones de los filósofos*.

(3) ἱερᾶν νόσον, *sacrum morbum*.

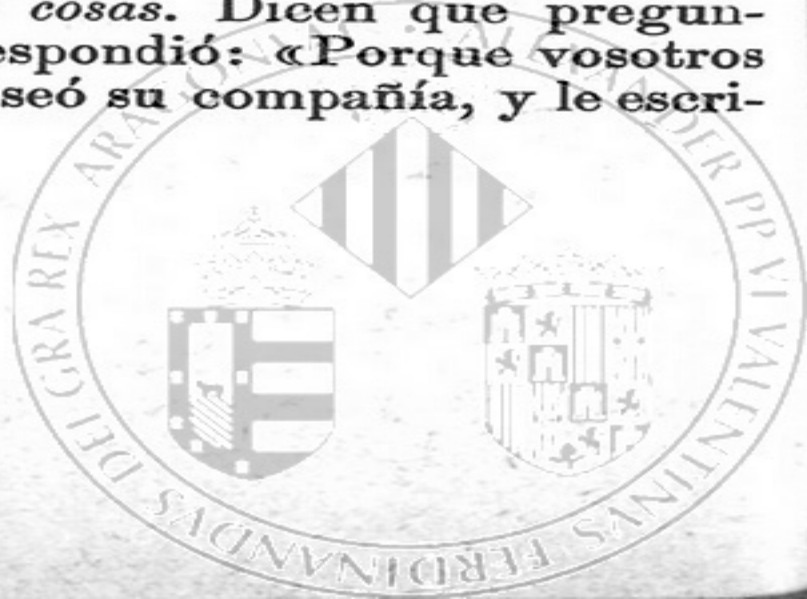
tudes ó mutaciones se hacen por raridad y densidad.» Pero nada de esto expone distintamente. «Que todas las cosas se hacen por contrariedad, y todas fluyen á manera de ríos. Que el universo es finito. Que el mundo es único, es producido del fuego y arde de nuevo de tiempo en tiempo alternadamente todo este evo. Que esto se hace por el hado. Que de los contrarios, aquel que conduce las cosas á generación se llama guerra y lucha ó contención, y el que al incendio, concordia y paz. Que la mutación es un camino hacia arriba y hacia bajo, y según éste se produce el mundo. Que el fuego adensado se transforma en licor, y adquiriendo más consistencia para en agua. Que el agua condensada se vuelve tierra, y éste es el camino hacia bajo. Líquidase de nuevo la tierra y de ella se hace el agua, de lo cual provienen casi todas las demás cosas», refiriéndolo á la evaporación del mar. «Este es—dice—el camino de abajo arriba. Que las evaporaciones ó exhalaciones se hacen de la tierra y del mar: unas perspicuas y puras, otras tenebrosas. De las puras se aumenta el fuego, de las otras el agua.

9. Lo que encierra la circunferencia no lo explica; pero dice «hay allá unos como cuencos, vuelta hacia nosotros la parte cóncava, en los cuales acopiándose las exhalaciones puras y perspicuas, forman las llamas, que son los astros. Que la llama del sol es clarísima y calidísima: los demás astros están muy distantes de la tierra, y por ello lucen y calientan menos. Que la luna, estando más cercana á la tierra, anda por paraje no puro; pero el sol está en lugar resplandeciente y puro, y dista de nosotros conmensuradamente: ésta es la causa de calentar más y dar mayor luz. Que se eclipsan el



sol y la luna cuando sus cuencos se vuelven hacia arriba, y que las fases mensuales de la luna se hacen volviéndose poco á poco su cuenco. Que el día, la noche, los meses, las estaciones anuales y los años, las lluvias, los vientos y cosas semejantes se hacen según la diferencia de exhalaciones, pues la exhalación pura inflamada en el círculo del sol hace el día, y cuando obtiene la parte contraria hace la noche. Que de la luz, aumentándose el calor, se hace el estío, y de la sombra crece la humedad y se hace el invierno.» Consecuentemente á éstas, disputa de las demás causas. Sobre cuál sea la tierra nada dice, ni tampoco de los referidos cuencos. Hasta aquí sus dogmas.

10. Cuál fuese el parecer de Sócrates acerca de Heráclito habiendo visto su libro suministrado por Eurípides, como dice Aristón, lo dijimos en la *Vida* del mismo Sócrates. Seleuco Gramático dice que un tal Crotón escribe en su *Buzo* que un cierto Crates fué el primero que trajo este libro á Grecia y que dijo que «necesita uno de un nadador Delio para no ahogarse en él.» Algunos lo intitulan *Musas*, otros *De la naturaleza*; Diodoto *Exacto gobernalle para el nivel de la vida*. Otros *Gnomon de las costumbres, y complemento y ornato de una cierta medida para todas las cosas*. Dicen que preguntado por qué callaba, respondió: «Porque vosotros habláis.» Aun Darío deseó su compañía, y le escribió en esta forma:



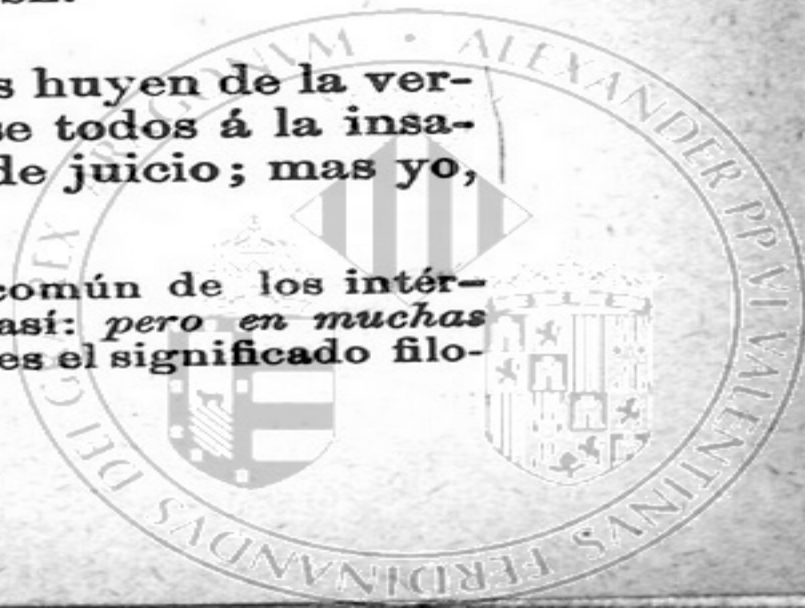
«EL REY DARÍO, HIJO DE HISTASPIS, AL SABIO
HERÁCLITO EFESINO: ALEGRARSE.

»Publicaste un libro difícil de comprender y de explicar. En algunos lugares, si se entiende á la letra, parece encierra cierta fuerza de especulación de todo el mundo y de cuanto en él se hace, lo cual está constituido en el movimiento divinísimo; pero muchas cosas tienen asenso (1); y así, aun los que han leído mucho, quedan dudosos del recto sentido que parece quisiste dar á todo. El rey Darío, hijo de Histaspis, quiere ser uno de tus oyentes y participar de la erudición griega. Ven, pues, en breve á nuestra vista y real palacio, pues los Griegos, por lo común, no acostumbrando distinguir los varones sabios, menosprecian las cosas que éstos demostraron dignas de que se oigan y aprendan con estudio y diligencia. Conmigo tendrás el primer lugar; cada día una comunicación grave y honesta, y una vida sujeta á tus exhortaciones.»

«HERÁCLITO EFESINO AL REY DARÍO, HIJO DE
HISTASPIS: ALEGRARSE.

» Cuantos viven en estos tiempos huyen de la verdad y de practicar lo justo, dándose todos á la insaciabilidad y vanagloria, por falta de juicio; mas yo,

(1) ἐποχὴν ἔχοντα. Sigo la versión común de los intérpretes; pero no dudo debe traducirse así: *pero en muchas cosas se debe suspender el asenso*. Este es el significado filosófico de ἐποχὴν.



por cuanto doy al olvido toda injuria, y declino el fastidio de toda familiar envidia; asimismo, porque huyo de vanidad y fasto, no pasaré á Persia, contentándome con mi cortedad, que es lo que me acomoda.» Tal fué este varón para con el Rey.

11. Demetrio dice en sus *Colombroños* que también menospreció á los Atenienses por la excesiva opinión que de sí tenía; y aunque desestimado de los Efesinos, eligió el vivir con ellos. Hace también memoria de él Demetrio Falereo en la *Apolo-gía de Sócrates*. Hubo muchos que interpretaron su libro, como son Antistenes, Heraclides Póntico y Sfero Estoico, á quienes se añaden Pausanias el llamado *Heraclitista*, Nicomedes y Dionisio, y de los gramáticos Diodoto, el cual dice que áquel escrito no es de física, sino de política, pues lo que trata de física es allí por modo de ejemplo. Jerónimo dice que Escitino, poeta yámbico, emprendió el poner en verso dicho libro.

12. Corren muchos epigramas escritos á él, de los cuales es uno el que se sigue:

Soy Heráclito, sí, necios é ignaros;
¿Qué me estáis abatiendo?
No he trabajado, no, para vosotros,
Sino para los sabios y peritos.
Váleme por tres mil un hombre solo,
E infinitos, ninguno.
Esto digo también á Proserpina.

Y otro:

No en breve desenvuelvas hasta el eje (1)
El volumen de Heráclito Efesino;

(1) ἐπ' ομφαλῶν; los latinos decían: *ad umbilicum usque*. Eran los cabitos torneados, con su botoncito, del palo en que se arrollaban los que llamaban volúmenes.

Es para tí camino muy impervio,
Lleno de obscuridad densa y opaca;
Pero si mente sabia te dirige,
Aun más claro que el sol lo verás todo.

13. Hubo cinco Heráclitos. El primero éste. El segundo un poeta lírico de quien hay un *Encomio de los doce dioses* (1). El tercero un poeta elegiaco natural de Halicarnaso, á quien Calímaco compuso los versos siguientes:

Uno tu muerte, Heráclito, me dijo,
Y me sacó las lágrimas al punto.
Me acordé cuántas veces
Solíamos pasar soles y soles
En sabias juglerías; pero ahora,
Halicarnasio amigo, eres ceniza.
Moriste, sí, moriste;
Pero la melodía de tu canto
Vivirá eternamente. Y aunque Pluto
Se lo arrebate todo,
No alcanzarán sus manos á tu fama.

El cuarto fué Lesbio, y escribió la Historia de Macedonia. Y el quinto un truhán, el cual, de citarista que era, se dió á este modo de vida.

(1) Los doce dioses principales de los gentiles, llamados *dioses consentes*, seis machos y seis hembras. Ennio los incluye en estos versos: .

*Juno, Vesta, Minerva, Ceresque, Diana, Venus, Mars,
Mercurius, Jovis, Neptunus, Vulcanus, Apollo.*



XENOFANES.

1. Xenófanés, hijo de Dexio, ó bien, según Apolodoro, de Ortomeno, fué Colofonio. Celébralo Timón diciendo:

Xenófanés, no altivo, sino recto,
Castigador de homéricos embustes.

Echado de su patria, vino á Zancle y Catania, ciudades de Sicilia. Según unos, no fué discípulo de nadie; pero según otros, lo fué de Botoño, Ateniense, ó como dicen algunos, de Archelao; y según Soción, fué contemporáneo de Anaximandro. Escribió versos, elegías y yambos contra Hesíodo y Homero, haciendo burla de lo que habían dicho acerca de los dioses, y aun iba cantando sus versos en público. Se dice fué en sus opiniones contrario á Tales y á Pitágoras, y que no perdonó (1) á Epiménides. Fué de vida muy larga, como dice él mismo en cierto lugar:

(1) καθάψασθαι. Los intérpretes latinos, *sugillasse*; acaso mejor diríamos: *Tocó en algo á Epiménides*.

Ya son sesenta y siete años cabales
 Que mi estudio celebra Grecia toda.
 Veinticinco tenía
 Cuando esto comenzó, si bien me acuerdo.

2. Dice que «los principios ó elementos de las cosas son cuatro; los mundos infinitos é inmutables. Que las nubes se forman de las exhalaciones que atrae el sol, y elevadas, las congloba. Que la sustancia de Dios es esférica, no teniendo nada semejante al hombre. Que todo ve y todo oye, pero no todo respira. Que todas las cosas son unidamente Mente, Sabiduría y Eternidad.» Definió el primero que «todo cuanto se hace es corruptible.» Dice que «el alma es espíritu, y que muchas cosas son inferiores á la mente. Que con los tiranos, ó no se ha de tratar, ó se ha de tratar con blandura.»

3. Habiéndole dicho Empedocles que un sabio es irreperible, dijo: «Es cierto, pues sabio debe ser el que ha de explorar al sabio.» Soción afirma que Xenófanés fué el primero que dijo que todas las cosas son incomprensibles, pero se engaña Soción. Compuso dos mil versos *acerca de la fundación de Colofón, y de la colonia italiana que pasó á Elea*. Floreció hacia la olimpiada LX. Demetrio Falereo en el libro *De la senectud*, y Panecio Estoico en el *De la tranquilidad*, dicen que enterró á sus hijos por sus propias manos, como lo hizo Anaxágoras. Parece que esto mismo hicieron los Pitagóricos Parmenisco y Orestades, como dice Favorino en el I de sus *Comentarios*.

4. Hubo otro Xenófanés natural de Lesbos, poeta yámbico. Hasta aquí los que prometimos traer esparcidamente.



PARMÉNIDES.

1. Xenófanes tuvo por discípulo á Parménides, hijo de Pireto, natural de Elea; aunque Teofrasto en su *Epítome* dice fué discípulo de Anaximandro. Ello es que si lo fué de Xenófanes, ciertamente no lo siguió en los dogmas. Vivió con Aminias y con Diochetas Pitagórico (como dice Soción), hombre pobre, pero honrado y bueno; por cuya causa lo siguió, y en muriendo le construyó un monumento heroico (1). Siendo, como era, noble y rico, fué llamado á la tranquilidad de vida por Aminias, no por Xenófanes. Fué el primero que demostró que la tierra es esférica y que está situada en el medio. Que los principios ó elementos son dos, el fuego y la tierra; aquél tiene lugar de artífice, ésta de materia. Que la generación primera de los hombres fué del sol (2). Que el sol es cálido y frío, de los cuales constan todas las cosas. Que el alma y la mente es una misma cosa, como escribe Teofrasto en sus *Físicos*, donde expone los dogmas de casi

(1) Esto es, una capilla ó adoratorio.

(2) Otros dicen del limo: acaso la voz ἰλίου no es legítima.

todos. Dijo que la filosofía es de dos maneras: una procedente de la verdad, otra de la opinión. Así que en un lugar dice:

Te es preciso inquirir todas las cosas
Con intención sencilla,
Ya sean las verdades persuasibles,
O ya las opiniones de los hombres,
En las cuales no se halla fe segura.

2. Escribió de la filosofía en verso, á imitación de Hesíodo, Xenófanés y Empedocles. Dijo que la razón es el criterio que juzga de las cosas, y que los sentidos no son criterios exactos ni seguros (1). Sus palabras son:

Ni los dioses te induzcan
A un camino común por ser trillado.
No resuelvan los ojos sin examen;
No juzguen por el eco los oídos,
Ni por la lengua juzgues.
Juzgue, sí, la razón en las cuestiones.

Así, Timón dice de él:

Y la noble prudencia
De Parménides sabio, que repele
La operación falaz de los sentidos.

3. Platón escribió en memoria (2) suya un diálogo intitulado *Parménides*, ó *De las ideas*. Floreció hacia la olimpiada LXIX, y parece fué el primero que observó que el Véspero y el Fósforo es un astro mismo, como escribe Favorino en el libro V de sus *Comentarios*. Otros lo atribuyen á Pitágoras. Calímaco llega á decir que el poema no es suyo. Se dice que puso leyes á sus conciudadanos, como

(1) Véase la nota 2.^a, pág. 147, tomo I.

(2) εἰς τοῦτον, bajo de su nombre.

escribe Espeusipo en su libro *De los filósofos*, y que inventó y usó el primero el argumento que llaman *Aquiles*, según Favorino en su *Historia varia* (1). Hubo otro Parménides, escritor del *Arte oratoria*.

(1) Pero acaso se engaña Favorino, pues Aristóteles, en el lib. VI, cap. XIV, de los *Físicos*, da esta invención á Zenón Eleate, como se dirá en su *Vida*.



MELISO.

1. Meliso, hijo de Itageno, fué de Samos y discípulo de Parménides, aunque también conferenció con Heráclito, y lo recomendó á los Efesinos que no lo conocían, como Hipócrates hizo conocer á Demócrito á los Abderitas. Fué hombre muy político y civil, y muy acepto y estimado de sus conciudadanos. Y aun, habiendo sido elegido general de mar, crecieron los honores por su mucho valor.

2. Sus opiniones son: «Que el universo es ilimitado, inmutable, inmoble, uno, semejante á sí mismo y lleno. Que no hay movimiento, sino que parece lo hay. Y que no hay cosa segura acerca de los dioses, puesto que de ellos no tenemos conocimiento cierto.» Apolodoro dice que floreció hacia la olimpiada LXXXIV.



ZENÓN.

—

1. Zenón, natural de Elea, fué hijo de Pireto, según Apolodoro en las *Crónicas*; según otros, de Parménides. Otros, finalmente, lo hacen hijo de Teletágoras por naturaleza, y de Parménides por adopción. De él y de Meliso dice Timón:

En una y otra lengua poderoso (1),
Difícil fué Zenón de ser vencido;
Sí vencedor de todos.
Igualmente Meliso, que supera
Todas las fantasías de la mente,
Y acaso es superado de muy pocos.

Zenón fué discípulo de Parménides, y aun su bardaja. Platón en su *Parménides* dice que fué alto de cuerpo; y en su *Sofista* lo llama *Palamedes Eleático*.

2. Aristóteles dice fué inventor de la dialéctica, como Empedocles de la retórica. Fué varón clarísimo en filosofía y política, como vemos en sus escritos, tan llenos de sabiduría. Queriendo destruir al tirano Nearco (ó Diomedonte, como quieren

(1) Esto es, en argüir *en pro* y *en contra*. Habla de esto Plutarco en la *Vida de Pericles*.

algunos), fué aprehendido, como refiere Heraclides en el *Építome de Sátiro*. En esta ocasión, como fuese preguntado acerca de los conjurados y de las armas conducidas á Lípara, dijo que los conjurados eran todos los amigos del tirano; con lo cual quiso suponerlo abandonado y dejado ya solo. Después, diciendo tenía algo que hablarle á la oreja tocante á algunos, se la cogió con los dientes, y no la soltó hasta que lo acribillaron á estocadas, como sucedió al tiranicida Aristogitón (1). Demetrio dice en sus *Colombroños* que la nariz fué lo que le arrancó de un bocado.

3. Antistenes escribe en las *Sucesiones* que después de haber citado por cómplices en la conjuración á los amigos del tirano, como éste le preguntase si había otro culpado, respondió: «Tú, oh destrucción de esta ciudad.» Y que á los circunstantes habló en esta forma: «Estoy admirado de vuestra cobardía, pues por miedo de lo que yo padezco, sois esclavos de un tirano»; y que luego cortándose la lengua con los dientes, se la escupió á aquél encima. Incitados con esto los ciudadanos, al punto quitaron la vida á pedradas al tirano. Finalmente, Hermipo dice que Zenón fué metido en un mortero y machacado allí. Mis versos á él son éstos:

Promoviste, oh Zenón, solicitaste
Una facción ilustre. Tú querías,
Al tirano acabando,
A Elea libertar de cautiverio.
Mas no lo conseguiste;
Antes sobrecogido del tirano,
Te mandó machacar en un mortero.

(1) El que en compañía de Hermodio mató á Hipias, tirano de Atenas, hijo de Pisistrato.

algunos), fué aprehendido, como refiere Heraclides en el *Epítome de Sátiro*. En esta ocasión, como fuese preguntado acerca de los conjurados y de las armas conducidas á Lípara, dijo que los conjurados eran todos los amigos del tirano; con lo cual quiso suponerlo abandonado y dejado ya solo. Después, diciendo tenía algo que hablarle á la oreja tocante á algunos, se la cogió con los dientes, y no la soltó hasta que lo acribillaron á estocadas, como sucedió al tiranicida Aristogitón (1). Demetrio dice en sus *Colombroños* que la nariz fué lo que le arrancó de un bocado.

3. Antistenes escribe en las *Sucesiones* que después de haber citado por cómplices en la conjuración á los amigos del tirano, como éste le preguntase si había otro culpado, respondió: «Tú, oh destrucción de esta ciudad.» Y que á los circunstantes habló en esta forma: «Estoy admirado de vuestra cobardía, pues por miedo de lo que yo padezco, sois esclavos de un tirano»; y que luego cortándose la lengua con los dientes, se la escupió á aquél encima. Incitados con esto los ciudadanos, al punto quitaron la vida á pedradas al tirano. Finalmente, Hermipo dice que Zenón fué metido en un mortero y machacado allí. Mis versos á él son éstos:

Promoviste, oh Zenón, solicitaste
Una facción ilustre. Tú querías,
Al tirano acabando,
A Elea liberrar de cautiverio.
Mas no lo conseguiste;
Antes sobrecogido del tirano,
Te mandó machacar en un mortero.

(1) El que en compañía de Hermodio mató á Hippias, tirano de Atenas, hijo de Pisistrato.



Pero ¿qué es lo que digo?
No te machacó á tí, sino á tu cuerpo.

4. Fué Zenón bueno también en otras cosas; pero hombre fastidioso y que se sobreponía á sus mayores, como Heráclito. A su patria (llamada antes *Hile* y después *Elea*), siendo colonia de los Focenses, y ciudad humilde y que sólo solía producir hombres de bien, la estimaba en más que la magnificencia de Atenas, á donde raras veces iba; viviendo siempre en su casa. Fué este Zenón el primero que usó el argumento que llaman *Aquiles*; aunque Favorino dice que Parménides y otros muchos (1).

5. Sus opiniones son: «Que hay muchos mundos. Que no hay vacuo. Que la naturaleza de todas las cosas proviene del cálido y frígido; del seco y húmedo, conmutándose éstos entre sí. Que la generación de los hombres es de la tierra; y el alma una mixtión de todo lo dicho, sin que tenga mayor porción de uno que de otro.» Dicen que habiendo sido maltratado de palabras, se indignó mucho; y como uno le dijese por qué se indignaba, respondió: «Si no me indigno, y me acostumbro á los ultrajes y desprecios, tampoco me alegraré de los loores.» Cuando tratamos de Zenón Citieo ya dijimos hay ocho Zenones. El presente floreció hacia la olimpiada LXXIX (2).

(1) Este es uno de los argumentos capciosos ó falacias; suele proponerse así: *En un instante indivisible de tiempo nadie puede correr más que una partícula indivisible de espacio; luego juntando estos espacios indivisibles uno á uno como en el Sorites, tendremos que tanto correrá una tortuga como Aquiles.* Plutarco no pone el ejemplo en Aquiles, sino en el caballo de Adrasto.

(2) La edición de Estefano pone LXX.

LEUCIPO.

—

1. Leucipo, natural de Elea (bien que hay quien lo haga de Abdera, y aun algunos de Melos), fué discípulo de Zenón. Sus opiniones son: «Que todas las cosas son infinitas, y que se trasmutan entre sí. Que el universo está vacío y lleno de cuerpos (1). Que los mundos se originan de los cuerpos que caen en el vacío, y se complican mutuamente. Que de su movimiento al tenor de su magnitud, se produce la naturaleza de los astros. Que el sol es llevado por un círculo mayor alrededor de la luna. Que la tierra es llevada y gira sobre su centro; y su figura es de un tambor» (2). Fué el primero que puso á los átomos por principio de las cosas. Hasta aquí sus opiniones por mayor y en general; por partes son como se sigue:

2. «Que el universo es infinito, como ya dijimos. Que de éste unas partes están llenas, otras vacías. Que los elementos ó principios y los mundos procedidos de ellos son infinitos, y vienen á resolverse

(1) A saber, *lleno de espacios vacíos y de cuerpos.*

(2) *Τυμπανοειδής*: acaso esta voz puede admitir otra significación, habiendo muchas cosas llamadas *tímpanos*.

en aquéllos. Que estos mundos se originan así: separados del infinito muchos cuerpos de todas figuras, son llevados por el gran vacuo; y congregados en uno, forman un turbillón, según el cual, chocando con los otros y girando de mil maneras, se van separando unos de otros, y se unen los semejantes á sus semejantes. Equilibrándose, y no pudiéndose ya mover por su multitud y peso, las partículas pequeñas corren al vacuo externo, como vibradas ó expelidas; las restantes, quedando juntas y complicadas, discurren mutuamente unidas, y forman de figura esférica la primera concreción ó agregado. Esta concreción es separada de lo demás por medio de una como membrana que la circuye, y contiene dentro todos los cuerpos. Estos cuerpos ya unidos en masa, girando sobre la consistencia de su centro, se van formando otra tenue membrana circular, compuesta de las partículas que topa su superficie al tenor de su giro. De esta suerte se forma la tierra, á saber, permaneciendo juntos los corpúsculos tendentes al centro. Este mismo cuerpo, ó sea concreto, se va siempre aumentando como por membranas, formadas de los corpúsculos externos que allí concurren; pues en fuerza de su giro adquiere cuantos toca. Complicados ya algunos de éstos, forman la concreción, la cual es al principio húmeda y lútea; luego secándose con el violento giro del todo, é inflamándose, produce la naturaleza de los astros. Que el círculo del sol es el más externo, el de la luna el más cercano á la tierra, y los demás astros están en medio de éstos. Todos estos astros se inflaman con la violencia del movimiento: al sol lo inflaman los astros; y la luna recibe sólo una pequeña parte de fuego. Se eclipsan el sol y la luna porque la tierra está inclinada al Mediodía. Las re-

giones árticas siempre están nevadas, son frías y glaciales. Que el sol se eclipsa pocas veces, pero la luna muchas, por ser los círculos de ambos desiguales. Que como acontece la generación del mundo, así también acontece su aumento, su decremento y su corrupción por cierta necesidad; cuál sea ésta no lo explica.



DEMÓCRITO.

1. Demócrito, hijo, según unos, de Hegesistrato, según otros, de Atenocrito, y según otros, de Damasipo, fué Abderita, ó como dicen algunos, Milesio. Estudió con algunos Magos y Caldeos que el rey Xerjes dejó por maestros á su padre cuando se hospedó en su casa; de los cuales aprendió la teología y la astrología siendo todavía muchacho, según todo lo escribe Herodoto. Unióse después á Leucipo, y, según dicen algunos, á Anaxágoras, siendo cuarenta años más joven que él. Refiere Favorino en su *Historia varia* que Demócrito dijo de Anaxágoras que no eran de éste las cosas que había escrito acerca del sol y de la luna, sino opiniones antiguas, y que las había hurtado. También que censuró y degradó el mérito de lo que escribió sobre la formación del mundo y de la mente, haciéndosele enemigo por no haberlo querido recibir. ¿Cómo, pues, dicen algunos, será discípulo suyo? Demetrio en sus *Colombroños* y Antistenes en las *Sucesiones* dicen que se fué á los sacerdotes de Egipto á fin de aprender la geometría, á los Caldeos de Persia y al mar Rojo. Aun hay quien dice

que también estuvo en la India con los Gimnosofistas y que no menos pasó á Etiopía.

2. Eran tres hermanos, y él el menor de los tres; y dividida la herencia paterna, escriben muchos, escogió la porción más pequeña que estaba en dinero, siéndole más útil para viajar, aunque sus hermanos imaginaban lo hacía con algún dolo. Demetrio dice que su parte pasó de 100 talentos (1), y que los gastó todos. Dicen era tan aplicado al trabajo, que de su casa y huerta separó una pequeña pieza, y se encerró en ella; y como una vez llevase su padre un buey al sacrificio y lo atase allí, no lo advirtió hasta que su padre lo llamó al sacrificio y lo avisó de que allí estaba el buey.

3. Parece, dice Demetrio, que también pasó á Atenas, y que por desestimar su propia gloria no se cuidó de ser conocido; y aunque él conoció á Sócrates, Sócrates no lo conoció á él. «Fuí, dice, á Atenas, y nadie me conoció.» «Si el diálogo *Antirastes* (2), dice Trasilo, es de Platón, acaso sería Demócrito el anónimo que allí estaba, además de Enopidas y Anaxágoras, discurrendo de la filosofía, del cual dice Platón: *Este filósofo se parece al vencedor de cinco certámenes.*» En efecto, Demócrito realmente era en la Filosofía perito en cinco certámenes (3); pues era experimentado y hábil en la natural, moral, matemática, encíclica y en todas artes. Suyo es aquel dicho de «las palabras son la sombra de las cosas».

4. Demetrio Falereo en la *Apologia de Sócrates*

(1) Un talento atico *mayor* valía unos doce mil reales; *menor*, unos nueve mil.

(2) El título que hoy tiene es *ἐρασταί*.

(3) Platón lo dice con alguna diversidad.

dice que Demócrito nunca estuvo en Atenas. Esto todavía es más, haber menospreciado ciudad tan célebre, no queriendo recibir fama del lugar, sino procurar que el lugar la recibiese de él. Pero cuál fué Demócrito lo manifiestan sus escritos. Parece, dice Trasilo, fué imitador de los Pitagóricos. Efectivamente él hace memoria de Pitágoras, celebrándolo mucho en su *Homónimo* (1), y toma todas sus cosas de tal manera, que parece fué su discípulo, si no repugnasen los tiempos; pero que oyó algún Pitagórico lo asegura Claudio Regino, que vivió por aquellos tiempos. Apolodoro Ciziceno dice que trató á Filolao. Y Antistenes afirma que ejercitaba y probaba variamente su imaginación, ya en la soledad, ya también retirándose á los sepulcros (2). Que regresado de sus viajes, vivió pobremente (como que había consumido en ellos cuanto tenía), y por su indigencia, lo mantuvo su hermano Damasto; pero luego que se acreditó anunciando algunas cosas venideras, ya muchos lo juzgaron merecedor de honores divinos.

5. Habiendo una ley de que quien disipase su patrimonio fuese indigno de tener sepulcro en su patria, como lo supiese Demócrito (dice Antistenes), por no verse el blanco de algunos envidiosos y sicofantas, les leyó su *Gran Diacosmos* (3), que es el mejor de sus escritos, y fué premiado en 500 talentos. No sólo esto, sino que también lo honraron con estatuas de bronce; y habiendo muerto de

(1) Sería algún escrito de Demócrito con este título, el cual significa *colombroño* ó *de un mismo nombre*.

(2) Los gentiles construían sus sepulcros en el campo, y eran algunos de ellos edificios suntuosos.

(3) Esto es, *Del orden y disposición del mundo*.

más de cien años, fué enterrado á costa del público. Pero Demetrio dice que sus parientes fueron los que leyeron el *Gran Diacosmos*, y que el premio fué sólo 100 talentos. Esto mismo confirma Hipoboto. Aristóxeno en sus *Comentarios históricos* dice que Platón quiso quemar los escritos de Demócrito que había podido recoger; pero que se lo estorbaron Amiclas y Clinias, Pitagóricos, diciendo era cosa inútil, puesto que aquellos libros andaban ya en manos de muchos. Esto consta también de que haciendo Platón memoria de casi todos los antiguos, en ningún lugar la hace de Demócrito, ni aun en donde convenía contradecirle en alguna cosa; lo cual parece lo hizo sabiendo que así contradecía al más excelente de los filósofos, á quien Timón alaba diciendo:

Cual Demócrito sabio,
 Autor del bello estilo y docta frase,
 Y sobre todo, del hablar festivo.

6. Según dice él mismo en su *Pequeño Diacosmos*, era todavía mozo cuando Anaxágoras era ya anciano, puesto que tenía cuarenta años menos que éste. Dice que compuso este *Pequeño Diacosmos* el año 730, después de la destrucción de Troya. Así, que había nacido, según Apolodoro en las *Crónicas*, hacia la olimpiada LXXX; bien que Trasilo, en su obra intitulada *De los conocimientos previos á los libros de Demócrito*, dice nació el año tercero de la olimpiada LXXVII, uno antes que Sócrates. Así, que fué coetáneo de Archelao, discípulo de Anaxágoras, y también de Enopidas, de quien hace memoria. Hácela también de la opinión de Parménides y de Zenón acerca de la *unidad*, como filósofos muy célebres de su tiempo; y también la hace de Protágo-

ras Abderita, el cual confiesan todos fué del tiempo de Sócrates.

7. Dice Atenodoro en el libro VIII de sus *Paseos*, que, habiéndole visitado Hipócrates, mandó le trajesen leche; vista la cual, dijo era de cabra primeriza y negra; lo cual hizo que Hipócrates admirase su mucha observación y diligencia. A una doncella que vino con Hipócrates, el primer día la saludó así: «Salve, muchacha», y el día siguiente «Salve, mujer»: era el caso que aquella noche había sido viciada.

8. Murió Demócrito, como dice Hermipo, en esta forma: Como fuese ya muy anciano y se viese vecino á partir de esta vida, á su hermana, que se lamentaba de que si él moría en la próxima festividad de los Tesmoforios (1), no podría ella dar á la diosa los debidos cultos, la dijo que se consolase. Mandóla traer diariamente algunos panes calientes, y aplicándoselos á las narices, conservó su vida durante las fiestas; pero pasados sus días, que eran tres, terminó su vida sin dolor alguno á los ciento nueve años de edad, como dice Hiparco. Yo, en mi *Pammetro*, le compuse los versos siguientes:

¿Y quién de los nacidos fué tan sabio
Que al omniscio Demócrito se iguale?
¿Quién hizo obra tan grande como él hizo?
Él albergó la muerte en su morada;
Y con solo el vapor de pan caliente,
Tres días la mantuvo en hospedaje.

Tal fué la vida de este varón; sus opiniones son éstas:

(1) Eran fiestas á Ceres.

9. «Los principios de todas las cosas son los átomos y el vacuo; todo lo demás es dudoso y opinable.» Dice «que hay infinitos mundos, sujetos á generación y corrupción. Que de lo que no existe nada se hace; ni en lo que no es, nada se corrompe (1). Que los átomos son infinitos, tanto en la magnitud cuanto en el número ó muchedumbre. Que se mueven en giro y van por el universo, con lo cual se hacen todas las concreciones de fuego, agua, aire y tierra; pues todas estas cosas constan de ciertos agregados de átomos, los cuales por su solidez son impasibles (2) é inmutables. Que el sol y luna son moles concretas de estos átomos llevados en giro; y lo mismo el alma, la cual, dice, no es diversa de la *Mente*. Que la visión se hace por las imágenes que caen en nosotros (3). Que todas las cosas se hacen por necesidad, siendo el giro (á quien llama necesidad) la causa de la generación de todo. Que el fin es la tranquilidad de ánimo, no la que es lo mismo que el deleite, como siniestramente entendieron algunos, sino aquella por la cual vive el alma tranquila y constantemente, ni es perturbada de algún miedo, superstición, ó cualquiera otra pasión de éstas.» Llámala también *εὖεστώ* (*euesto*) (4), y con otros muchos nombres. «Finalmente, las cosas que se hacen, dice, son legítimas;

(1) Persio, *Sat.* 3, v. 84, lo dice elegantemente así: *De nihilo nihil, in nihilo nihi posse reverti.*

(2) ἀπαθη. Vitruvio, lib. II, cap. II, dice: *Non læduntur.*

(3) ὁρᾶν δ' ἡμᾶς κατ'εἰδώλων ἐμφτώσεις. *Videre nos, justa imaginum cassum.* Quiere significar que nuestra visión no se hace por rayos que salgan de los ojos, como dijeron algunos, sino por representarse en ellos como en espejo las imágenes de las cosas.—Vitruvio, lib. VI, cap. II.

(4) Buen estado.

pero los átomos y vacuos son naturales.» Hasta aquí sus opiniones.

10. Sus libros los escribió Trasilo y los coordinó en tetralogías, como los de Platón. Los morales, son éstos: *Pitágoras*; *De la disposición del sabio*; *De lo que hay en el infierno*; *Tritogenia* (esto es, que de ella nacen tres cosas que contienen á todas las humanas); *De la bondad* (1) ó *De la virtud*; *El cuerno de Amaltea*; *De la tranquilidad del ánimo*, y *Comentarios morales* (2), pues el *Euesto* no se halla. Hasta aquí sus libros morales. Los físicos son: *El gran Diacosmos*, que Teofrasto dice es de Leucipo; *El pequeño Diacosmos*; *Cosmografía*; *De los planetas*; un libro *De la naturaleza*; dos *De la carne*; *De la mente*, y *De los sentidos* (algunos juntan en uno estos libros, intitulándolos *Del alma*); *De los humores*; *De los colores*; *De la diversidad de las arrugas*; *De la inmutación de las arrugas*; *Corroborativos para preservar de las arrugas y aun quitarlas*; *Del espectro*, ó *De la providencia*; *Tres reglas acerca de la peste*, y *De las cosas ambiguas*. Hasta aquí los libros de física.

11. Los libros no coordinados son éstos: *Causas celestes*; *Causas del aire*; *Causas terrestres*; *Causas ígneas*, y *De las cosas que hay en el fuego*; *Causas de las voces*; *Causas de las semillas, plantas y frutos*; *Causas de los animales*, tres libros; *Causas promiscuas*, y *De la piedra imán* (3). Hasta aquí los libros no coordinados. Los de matemática son éstos: *De la variedad de la regla*, ó *Del contacto del*

(1) ἀνδραγαθίας.

(2) Sigo aquí la enmienda que Monachio hace de las voces ἡ οἴκων, en ἡθικῶν, la cual sin duda es legítima.

(3) Διθου.

círculo y esfera; De Geometría; Geométrico; Números; dos libros de Líneas irracionales, y De los sólidos; Extensiones; Año grande, ó sea Tablas astronómicas; Disertación sobre la clepsidra ó Reloj de agua; Uranografía, ó Descripción del cielo; Geografía, ó Descripción de la tierra; Descripción del polo, y Descripción de los rayos. Estos son sus libros de matemática. Los de música son los siguientes: Del ritmo y armonía; De la poesía; De la elegancia y hermosura del verso; De las letras consonas y disonanas; De Homero, ó De la rectitud del verso; De los dialectos; Del canto; De los verbos, y De los nombres. Hasta aquí sus libros de música.

12. De las artes son éstos: *Pronóstico; De la dieta, ó Diéticon, ó sea Regla médica; Causas de las cosas intempestivas y tempestivas; De agricultura, ó sea Geométrico; De la pintura; De táctica, y De la pelea con armas. Hasta aquí sus libros artísticos. Algunos ponen, aparte de sus comentarios, los libros siguientes: De las letras santas en Babilonia; De las letras santas en Meroe; De la Historia; Lengua Caldea y Frigia; De la calentura, y De los que tosen por enfermedad; Causa legítima ó legal, y Χειρόμετα (Cheirocmeta) (1) ó Problemas. De los otros libros que algunos le atribuyen, unos son compuestos de cosas entresacadas de sus mismos escritos, y otros, por general consentimiento, no son suyos. Hasta aquí sus obras.*

13. Hubo seis Demócritos. El primero, este mismo; y el segundo, un músico de Chío que vivía en su tiempo. El tercero fué estatuario, de quien Antígono hace memoria. El cuarto, uno que escribió del templo de Diana Efesina y de la ciudad de

(1) Que es decir, cosas experimentadas por si mismo.

Samotracia. El quinto, poeta epigramático, claro y florido, y el sexto fué orador Pergameno (1).

(1) Observaron algunos sabios que Laercio omite aquí muchas cosas de Demócrito, notadas por otros escritores antiguos griegos y latinos. Pondré aquí las que trae Menagio. Séneca dice que «se creía inventor de las bóvedas»; pero el mismo Séneca no asiente á ello. «Que inventó el modo de pulir y dar lustre al marfil. El modo de hacer esmeraldas artificiales. Y que reía de todas las cosas, pareciéndole ridículo cuanto hacen los hombres, y todo necesidades.» Gelio dice que «Demócrito se privó voluntariamente de la vista.» Lo confirma Tertuliano, y aun Cicerón lo dijo antes en el libro v *De finibus*. Plinio le atribuye «lo de la carestía de aceite, que previó Tales Milesio, como dice Laercio en su *Vida*, pár. 4. San Clemente Alexandrino dice que «Demócrito llamaba al coito un pequeño mal de corazón.» Lo mismo afirma Galeno; pero Gelio y Macrobio lo atribuyen á Hipócrates. Cicerón, Séneca, Lactancio y otros, escriben que Demócrito decía que «la verdad está escondida en lo profundo». Sexto Empírico dice que definía el hombre diciendo: «Es lo que todos sabemos.» San Cirilo escribe que Demócrito decía que «Dios es Mente (*νοῦν*), que está en una esfera ignea, y que es el alma del mundo».



PROTÁGORAS.

1. Protágoras, hijo de Artemón, ó según Apolodoro, y Dinón en su *Historia de Persia*, hijo de Meandro, fué Abderita, como dice Heraclides Pónico en sus libros *De las leyes*, el cual añade que Protágoras escribió leyes á los Turios. Pero, según Eupolis en su comedia *Los aduladores*, fué natural de Teos, pues dice:

Adentro está Protágoras de Teos.

Éste y Prodicó Ceyo buscaban la vida leyendo libros. Y Platón en su *Protágoras* dice que Prodicó tenía la voz grave. Fué Protágoras discípulo de Demócrito, y lo llamaban *Sabiduría*, como dice Favorino en su *Historia varia*. El primero que dijo que «en todas las cosas hay dos razones contrarias entre sí», de las cuales se servía en sus preguntas, siendo el primero en practicarlo. En un lugar comenzó de este modo: «El hombre es la medida de todas las cosas: de las que existen como existentes; de las que no existen como no existentes.» Decía que «el alma no es otra cosa que los sentidos (como lo dice también Platón en su *Teeteto*), y que todas las cosas son verdaderas.» En otro

PROTÁGORAS.

1. Protágoras, hijo de Artemón, ó según Apolodoro, y Dinón en su *Historia de Persia*, hijo de Meandro, fué Abderita, como dice Heraclides Pónico en sus libros *De las leyes*, el cual añade que Protágoras escribió leyes á los Turios. Pero, según Eupolis en su comedia *Los aduladores*, fué natural de Teos, pues dice :

Adentro está Protágoras de Teos.

Éste y Prodicó Ceyo buscaban la vida leyendo libros. Y Platón en su *Protágoras* dice que Prodicó tenía la voz grave. Fué Protágoras discípulo de Demócrito, y lo llamaban *Sabiduría*, como dice Favorino en su *Historia varia*. El primero que dijo que «en todas las cosas hay dos razones contrarias entre sí», de las cuales se servía en sus preguntas, siendo el primero en practicarlo. En un lugar comenzó de este modo: «El hombre es la medida de todas las cosas: de las que existen como existentes; de las que no existen como no existentes.» Decía que «el alma no es otra cosa que los sentidos (como lo dice también Platón en su *Teeteto*), y que todas las cosas son verdaderas.» En otro

lugar empezó de este modo: «De los dioses no sabré decir si los hay ó no los hay, pues son muchas las cosas que prohíben el saberlo, ya la obscuridad del asunto, ya la brevedad de la vida del hombre.» Por este principio de su tratado lo desterraron los Atenienses, y sus libros fueron recogidos de manos de quienes los poseían, y quemados en el foro á voz de pregonero.

2. Fué el primero que recibió cien minas de salario; el primero que dividió el tiempo en partes: explicó las virtudes de las estaciones; inventó las disputas, é introdujo los sofismas, para los que gustan de tales cosas en los argumentos. Él fué quien dejando el significado de las cosas, indujo las disputas de nombres; dejándonos aquel modo superficial de argüir que todavía dura. Así Timón dijo de él:

Y Protágoras mixto,
En la disputa sumamente diestro.

También fué el primero que movió el estilo Socrático en el hablar; y el primero que usó del argumento de Antistenes, con el cual pretende demostrar que no puede contradecirse, como dice Platón en su *Eutidemo*. Fué igualmente el primero que formó argumentos para las tesis ó posiciones, como lo dice Artemidoro Dialéctico en su libro *Contra Crisipo*: el primero que usó aquel cojinillo sobre el cual se lleva peso, y lo llamó *tule*, como dice Aristóteles en el libro *De la educación*. Efectivamente; él fué palanquín, como dice Epicuro en cierto lugar; y el haber sido elevado á discípulo de Demócrito provino de haberle visto atar bien un haz de leña(1).

(1) Aulo Gelio cuenta el caso por extenso.

3. Dividió el primero la oración en cuatro partes: *ruego, pregunta, respuesta y precepto*. Otros dicen la dividió en siete: *narración, pregunta, respuesta, precepto, pronunciación (1), ruego y vocación*; á las cuales llamó *fundamento y raíz* de las oraciones. Alcidas dijo eran cuatro estas partes: *afirmación, negación, pregunta y apelación ó elocución (2)*. El principio de sus libros *De los dioses*, que leyó él mismo, es el que pusimos arriba. Lo leyó en Atenas en casa de Eurípides, ó según algunos, en la de Megaclides, ó bien según otros, en el Liceo, por medio de su discípulo Arcágoras, hijo de Teodoro. Lo acusó Pitodoro, hijo de Polizelo, uno de los 400 (3); bien que Aristóteles dice lo acusó Evatlo.

4. Los libros que quedan de él son: *El arte de disputar; De la lucha; De las matemáticas; De la República; De la ambición; De las virtudes; Del estado de las cosas en el principio; De las cosas que hay en el infierno; De las cosas no bien hechas por los hombres; Preceptivo; Juicio sobre la ganancia*, y dos libros *De contradicciones*. Hasta aquí sus libros. Platón escribió de él un Diálogo. Filocoro dice que navegando Protágoras á Sicilia, se anegó la nave: también lo insinúa Eurípides en su *Ixión*. Algunos quieren muriese en el camino, á los noventa años de edad, ó á los setenta, como dice Apolodoro.

5. Filosofó por espacio de cuarenta años; y floreció hacia la olimpiada LXXIV. Mi epigrama á él es el siguiente:

(1) ἀπαγγελία.

(2) Προαγόρευσις.

(3) De los 400 que un tiempo gobernaron á Atenas habla Tucídides, lib. VIII.



Moristes, oh Protágoras, ya viejo,
 En viaje, ausentándote de Atenas.
 Huir te deja el pueblo de Cecrope;
 Y tú también huíste
 De la ciudad de Palas;
 Mas huir de Plutón ya no pudiste.

Dicen que habiendo pedido la paga á su discípulo Evatlo, como éste respondiese que todavía no había ganado causa alguna, respondió: «Y si yo ganare, es fuerza recibir por haber ganado; y si tú vencieres, porque tú habrás vencido» (1).

6. Hubo otro Protágoras, astrólogo, de quien Euforión hizo el elogio fúnebre; y aun otro que fué filósofo estoico.

(1) Gelio, lib. v, cap. x, trae largamente el caso, que es curioso: «Pactó Protágoras con su discípulo Evatlo de enseñarle la oratoria forense por cierta paga, con la condición de que el discípulo daría de entrada la mitad de aquel tanto, y la otra mitad luego que defendiese algún pleito y lo ganase. Como se pasase mucho tiempo sin verificarse la condición pactada, pidió Protágoras el resto de la deuda; á que Evatlo satisfizo diciendo que todavía no había ganado ni orado causa alguna. Pero no se aquietó Protágoras, antes le puso pleito sobre ello; y hallándose ambos ante los jueces, dijo Protágoras:—Sábeta, oh necio joven, que de cualquier modo que este pleito salga, debes pagarme; pues si te condenan á ello, me habrás de pagar por sentencia; y si te libran, me pagarás por nuestro pacto.—Á esto respondió Evatlo:—Sabed también vos, oh sabio maestro, que por todo lo mismo no debo yo pagaros; pues si los jueces me absuelven, quedo libre por sentencia; y si pierdo el pleito, lo quedo por nuestro pacto.—En esta duda no se atrevió el tribunal á resolver por entonces.» La misma historia trae Apuleyo; y Sexto Empírico otra semejante.

DIÓGENES APOLONIATA.

1. Diógenes, hijo de Apolotemis, natural de Apolonia, fué un sabio físico, y muy elocuente. Antistenes dice que fué discípulo de Anaximenes, y vivió en tiempo de Anaxágoras. Demetrio Falereo, en la *Apología por Sócrates*, dice de Diógenes que por poco no peligró en Atenas á causa de la mucha envidia.

2. Sus opiniones son éstas: «Que el principio ó elemento es el aire: que hay infinitos mundos: que el vacuo es ilimitado: que el aire denso y raro es quien produce los mundos: que de lo que no es, nada se hace, ni se destruye en lo que no es: que la tierra es cilíndrica (1) y está situada en el centro, y que recibió su estabilidad y consistencia de la circunferencia concretada por el calor, y la solidez y densidad la recibió del frío.» El principio de su libro es: «Quien empieza el tratado de alguna ciencia, creo debe establecer un principio cierto y nada ambiguo, y usar de palabras sencillas y graves.»

(1) *στρογγύλην*. Puede también significar *cilíndrica*.

ANAXARCO.

1. Anaxarco, Abderita, fué discípulo de Diómenes (1) de Esmirna. Otros dicen lo fué de Metrodoro Chío, el cual decía «que ni aun sabía que nada sabía.» Este Metrodoro fué discípulo de Neso Chío; bien que otros lo hacen de Demócrito. Anaxarco, pues, tuvo familiaridad con Alejandro; y floreció hacia la olimpiada cx. Nicocreón, tirano de Chipre, fué amigo suyo. Habiéndole Alejandro preguntado en un convite qué le parecía de la mesa, dicen que respondió: «Todo magnífico, oh Rey; pero debiera además servirse en ella la cabeza de cierto sátrapa»: estas palabras las dijo vuelto hacia Nicocreón. Este, acordándose de la injuria, después de la muerte del Rey, como navegase Anaxarco, y fuese llevado por fuerza á Chipre, lo cogió y lo metió en un mortero, y lo mandó machacar en él con majaderos de hierro. Á esto él, no curándose

(1) Eusebio, lib. xiv, cap. xvii, *De la Prepar. Evang.*; San Clemente Alejandrino, lib. i *De los Stromas*; y otros lo hacen discípulo de Diógenes. Así, sin duda es error de copiantes la voz Diómenes.

del suplicio, pronunció aquella célebre sentencia: «Machaca el cuero que contiene á Anaxarco; pero á Anaxarco no lo machacas.» Mandando Nicocreón le cortasen la lengua, dicen se la escupió en la cara. Hay unos versos míos á él, que son éstos:

Machacad más y más: un cuero es eso
Que machacando estáis: ya, ya Anaxarco
Con Júpiter se goza; y tú bien presto
Tendido te verás (1); y claramente
Oirás de Proserpina las palabras
Que te dirán: «Malvado aparta, quita,
Ve de aquí, miserable molinero.»

2. Anaxarco por la fortaleza de ánimo y frugalidad de vida era llamado *feliz*; y tenía suma fuerza en las correcciones. Á Alejandro, que se tenía por dios, lo disuadió de ello. Luego, viéndole manar sangre de una herida, mostrándosela con la mano, le dijo: «Esta es sangre, y no el ícor

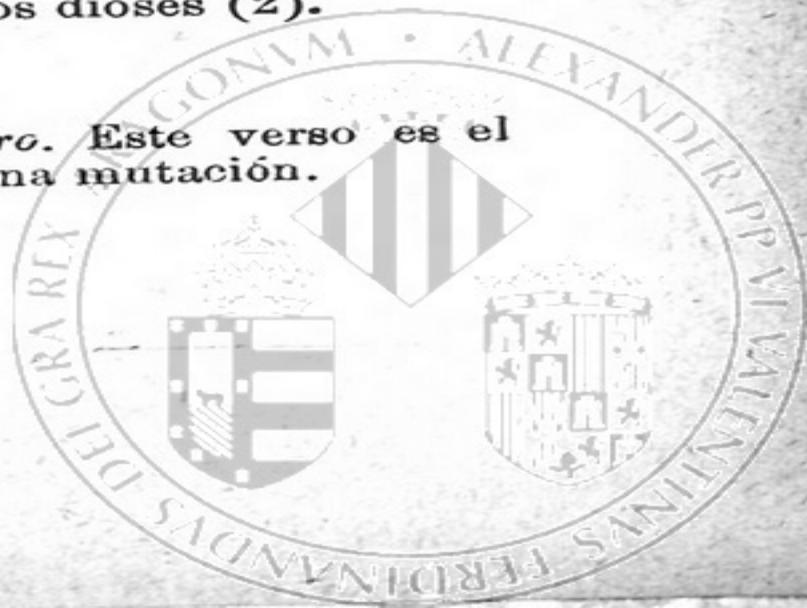
Que fluye por las venas de los dioses.»

Plutarco afirma que el mismo Alejandro fué quien dijo esto á sus amigos. Y en otra ocasión, habiendo Anaxarco bebido antes que Alejandro, le mostró el cáliz y le dijo:

De mortal mano herido
Ha de ser presto alguno de los dioses (2).

(1) Esto es, morirás.

(2) Plutarco en la *Vida de Alejandro*. Este verso es el 271 del *Orestes* de Eurípides, con alguna mutación.



PIRRO.

1. Pirro Eliense fué hijo de Plistarco; lo que también escribe Diocles, como dice Apolodoro en sus *Crónicas*. Primero fué pintor, y luego se hizo discípulo de Drusón (1), hijo de Stilpón, según Alejandro en las *Sucesiones*. Después lo fué de Anaxarco, y siempre tan unido á él que anduvo en su compañía á los gimnosofistas de la India, y aun á los Magos. Parece, pues, que Pirro filosofó nobilísimamente, introduciendo cierta especie de incomprendibilidad é irresolución en las cosas, como dice Arcanio Abderita. Decía que «no hay cosa alguna honesta ni torpe, justa ó injusta.» Asimismo decidía acerca de todo lo demás, v. gr., que «nada hay realmente cierto, sino que los hombres hacen todas las cosas por ley ó por costumbre; y que no hay más ni menos en una cosa que en otra.» Su vida era consiguiente á esto, no rehusando nada, ni nada abrazando, v. gr., si ocurrían carros, precipicios, perros y cosas semejantes; no fiando cosa alguna á los sentidos; pero de todo esto lo libraban sus amigos que le seguían, como dice Antígono

(1) Δρῦσωνος. Suidas pone Βρῦσωνος.

Caristio. No obstante, dice Enesidemo que Pirro filosofó según su sistema de irresolución é incertidumbre, pero que no hizo todas las cosas inconsideradamente. Vivió hasta noventa años.

2. Antígono Caristio en la *Vida de Pirro* dice de él: «Que al principio fué desconocido, pobre y pintor, y que en el gimnasio de Elide se conservan de él los *Lamparistas* (1), pintura de un mérito mediano. Que unas veces iba divagando, y otras se estaba sólo, dejándose ver apenas ni aun de sus domésticos. Que hacía esto por haber oído á un Indio que acusaba á Anaxarco de que á nadie enseñaba á ser bueno, siendo así que andaba siempre en los palacios reales. Que siempre estaba de un mismo semblante, de manera que si uno se lo dejaba en mitad de alguna razón, él, no obstante, la concluía; y esto aun durante su juventud, en que era más vivo. Muchas veces, prosigue, emprendía viajes sin decirlo á nadie, acompañándose de quien quería. Que habiendo una vez Anaxarco caído en un cenagal, pasó adelante Pirro sin socorrerlo. Culparonlo muchos por ello; pero el mismo Anaxarco lo alabó como á un hombre indiferente y sin afectos.»

3. Hallado en cierta ocasión hablando consigo mismo, y preguntándole la causa, dijo: «Estoy meditando el ser bueno.» Nadie se fastidiaba de él en las cuestiones ó preguntas, por más que se alargase en digresiones acerca de lo preguntado (2), por lo cual se le unió Nausifanes, siendo todavía joven; y decía que «convenía seguir á Pirro en las

(1) *Λαμπαδιστὰς*. Debía ser algún cuadro suyo, que representaría algunos artífices de lámparas, candiles, velones y otras cosas de esta clase.

(2) *Διὰ τὸ ἐξοδικῶς λεγείν καὶ πρὸς ἐρώτησιν*. Podría interpretarse: *aunque respondiese fuera de lo preguntado*.

disposiciones, pero á él en las palabras»; añadiendo que, admirado Epicuro de la conversación de Pirro, le preguntaba de él á menudo. Teníalo su patria en tanto, que le hizo sumo sacerdote, y por su respeto dió decreto de inmunidad á los filósofos. Tuvo muchos imitadores en aquella su negligencia de las cosas. Así, Timón en su *Pitón* (1) y en sus *Sátiras* habla de él en esta forma:

¿Cómo, dime, pudiste, anciano Pirro,
 Librarte del obsequio y servidumbre
 De tantas opiniones de sofistas,
 Elenas de vanidad y falsa ciencia?
 ¿Cómo cortar el lazo
 De toda persuasión y engaño todo?
 No fué, no, tu cuidado
 Las auras indagar que Grecia espira;
 Ni menos cómo ó dónde
 En otra se convierte cada cosa.

Y en sus *Imágenes*:

¡Saber, oh Pirro, mi ánimo quisiera
 Cómo, siendo aún mortal, desá manera
 Con tal tranquilidad vivir supiste,
 Que sólo dios entre los hombres fuiste!

Honraron á éste los Atenienses haciéndolo su ciudadano, como dice Diocles, por haber quitado la vida á Cotis de Tracia (2).

(1) Timón escribió algunas obras ó disertaciones á *Pitón*, ἐν οἷς πρὸς Πύθωνα, como veremos en el pár. 5. Acaso debe aquí escribirse: ἐν τῷ πρὸς Πύθωνα, esto es, en su libro intitulado *A Pitón*.

(2) A quien honraron los Atenienses por haber muerto á Cotis de Tracia no fué Pirro, sino un tal Pitón Enio, discípulo de Platón, como escribe Plutarco en diferentes lugares, Demóstenes, Filostrato y otros. El mismo Filostrato dice fueron dos los matadores, Heraclides y dicho Pitón, y añade fueron Académicos.— Véase Oleario en la nota 7, á la *Vida de Apolonio Tianeó*, lib. VII, capítulo II.

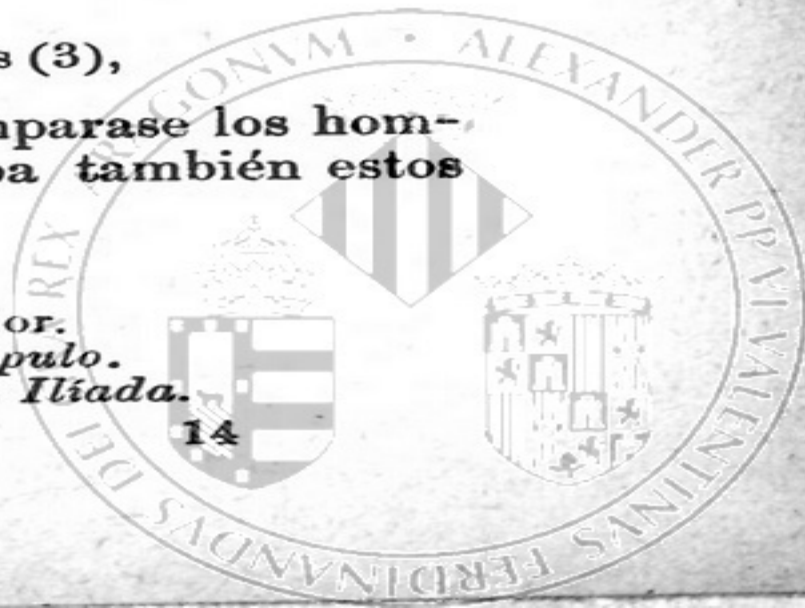
4. Vivió tan pacífica y amorosamente con su hermana, que era obstetrix, según dice Eratostenes en su libro *De la riqueza y pobreza*, que él mismo solía llevar á vender á la plaza pollos, y aun lechoncillos, si se ofrecía, y en casa cuidaba indiferentemente de la limpieza. Dicen que con esta misma indiferencia se ponía á lavar un lechón. Estando una vez airado con su hermana (se llamaba Filista), á uno que lo cogió acerca de su indiferencia, le dijo que «no se había de buscar en una mujercilla el testimonio de su indiferencia.» Otra vez que fué acometido de un perro, como se sobresaltase y lo repeliese, á uno que lo motejaba por esto, le respondió que «era cosa difícil desnudarse enteramente de hombre; y que se ha de combatir lo posible contra las cosas, primeramente con obras, y si no, con la razón.»

5. Se dice que en una llaga que tuvo sufrió los medicamentos supurantes, los cortes y las ustiones sin hacer siquiera un movimiento de cejas. Timón manifiesta su disposición de ánimo en sus *Disertaciones á Pitón* (1). Filón Ateniese, amigo (2) suyo, decía que se acordaba mucho de Demócrito, como también de Homero con gran maravilla, repitiendo muchas veces:

Como la de las hojas
Es la naturaleza de los hombres (3),

y agradándose mucho de que comparase los hombres á las moscas y aves. Recitaba también estos versos:

-
- (1) Véase la nota de la página anterior.
 (2) γυνώριμος puede también ser *discípulo*.
 (3) Es el verso 146 del libro VI, de la *Iliada*.



Mas muere tú también, amigo mío.
 ¿Por qué lloras así? Murio Patroclo
 Que era mejor que tú de todos modos (1);

y todas las expresiones acerca de la debilidad, vanos cuidados y puerilidades de los hombres.

6. Posidonio cuenta de él que, como en una navegación estuviesen todos amedrentados de una borrasca, él se estaba tranquilo de ánimo, y mostrando un lechoncito que allí estaba comiendo, dijo: «Conviene que el sabio permanezca en tal sosiego.» Numenio sólo dice que también estableció dogmas. Entre sus discípulos hubo algunos célebres, uno de los cuales es Euriloco. De éste se refiere el defecto que á veces se tomaba tanto de la ira, que hubo vez en que, cogiendo un asador con carne y todo, siguió con él al cocinero hasta la plaza; y en Elide, fatigado ya de las muchas preguntas que en la conversación se le hacían, arrojando el palio, se echó al río Alfeo y lo pasó á nado. Era muy enemigo de los sofistas, como dicen lo fué Timón; pero Filón raciocinaba más (2). Así, Timón dice de él:

O ya bien retirado de los hombres,
 O ya bien meditando,
 O ya hablando también consigo mismo,
 Hallaréis á Filón, sin que lo capten
 La gloria ni el amor de la disputa.

7. Además de éstos, oyeron también á Pirro Hecateo Abderita, Timón Filasio, poeta satírico de quien trataremos adelante, y Nausifanes Teyo, cuyo discípulo fué Epicuro, como algunos dicen. Todos éstos se llamaron *Pirrónicos*, por el nombre

(1) Versos 106 y 107 del libro XXI de la *Iliada*.

(2) τὰ πλεῖστα διελέγετο. Pudiera traducirse: *disputaba más cosas*.

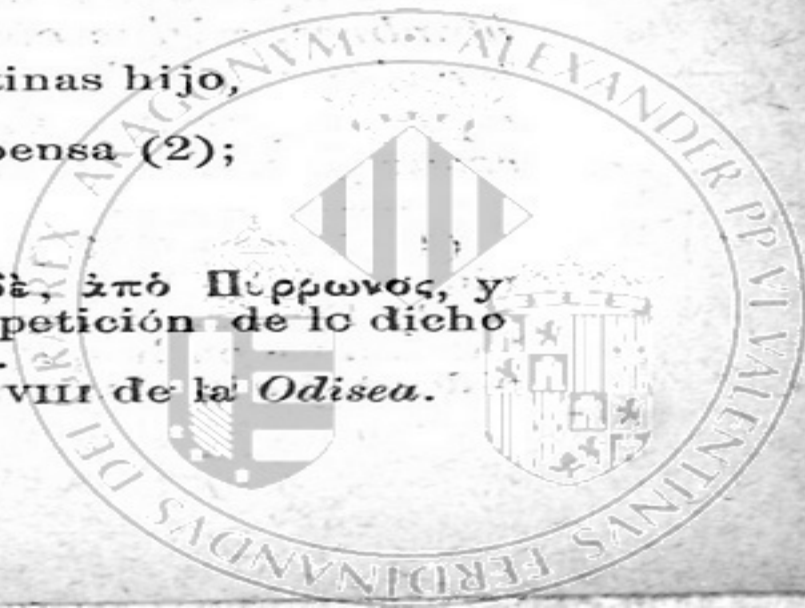
del maestro, y por el dogma *Aporéticos*, *Escépticos*, *Eféticos* y *Zetéticos*. La filosofía *Zetética* se llamó así, porque siempre va en busca de la verdad. La *Escéptica*, porque siempre la busca y nunca la halla. La *Efética*, porque después de haber buscado queda sin deliberación alguna. Y la *Aporética*, porque sus secuaces lo dudan todo (1).

8. Teodosio, en sus *Capítulos Escépticos*, dice: «Que la secta pirrónica no debe llamarse *escéptica*, porque si la agitación del entendimiento á una y otra parte es incomprendible, tampoco sabremos la disposición ó hábitud de Pirro: no sabiéndola, de ningún modo nos llamaremos Pirrónicos. Además, que ni Pirro fué el inventor del escepticismo, ni éste tiene dogma alguno. Así, que mejor se podría llamar *secta parecida al Pirronismo*. En efecto, algunos hacen su inventor á Homero, pues éste habla con más variedad que ningún otro acerca de unas cosas mismas, y nada resuelve definitivamente. También los siete sabios usaron el escepticismo, de los cuales son las sentencias: *No haya exceso en nada, y Haz fianza, cerca está el daño*: con lo cual se expresa que quien asegura ó sale cara por alguno, luego le sobreviene el daño. Aun Archíloco y Eurípides fueron escépticos: Archíloco cuando dijo:

»Tal es, oh Glauco de Leptinas hijo,
La mente de los hombres,
Cual el día que Jove nos dispensa (2);

(1) Aquí el texto añade Πυρρῶν εἰσι δὲ, ἀπὸ Πυρρῶνος, y *Pirrónicos, de Pirro*: lo cual es una repetición de lo dicho poco antes, y ciertamente cosa espuria.

(2) Versos 135 y siguientes del lib. VIII de la *Odisea*.



y Eurípides, diciendo:

»¿Y qué cosa es, en suma,
Lo que saben los míseros mortales?
De tí solo pendemos;
Y aquello que tú quieres sólo hacemos (1).

9. »No menos, según los referidos, son Escépticos Xenófanes, Zenón Eleate y Demócrito, pues Xenófanes dice:

»Nadie hay que algo sepa
Con toda perfección, ni lo habrá nunca.

»Zenón niega el movimiento, diciendo: *Lo que se mueve, ni se mueve en el lugar en que está ni en aquel en que no está.* Demócrito, excluyendo las cualidades, cuando dice: *Por ley frígido, por ley cálido; pero en la realidad los átomos y el vacuo.* Y después: *Nada sabemos de cierto, pues la verdad está en lo profundo.* Platón atribuye el saber la verdad á los dioses y á los hijos de los dioses; pero él indaga sólo la razón probable. Eurípides dice:

»¿Quién sabe acaso si esta vida es muerte,
O si es morir seguro
Esto que los mortales vivir llaman? (2).

»Empedocles dice que *muchas cosas ni las ven los hombres, ni las oyen, ni las comprenden con su entendimiento.* Y antes había dicho que *sólo persuade aquello que uno ve y toca.* Y Heráclito, que *de las cosas grandes nada se ha de resolver temerariamente.*

(1) Versos 734 y siguientes de las *Ἰκέτιδες* de Eurípides.

(2) Se dice son versos de la tragedia *Hipólito*; pero no hallándose en la que existe, parece fuerza decir que Eurípides tendría otra con el mismo título.

Y por último, Hipócrates habla siempre dudosamente y como hombre; y antes que él, Homero así:

»La lengua de los hombres
Es muy voluble y de palabras llena.
Por una y otra parte
El campo de palabras es inmenso.
Tal palabra oirás cual la dijeres.

Significando por esto la ambigüedad y contrariedad de las palabras.»

10. Los Escépticos, pues, procuraban aniquilar todos los dogmas de las demás sectas, y no definir ellos dogmáticamente cosa alguna. Sin embargo de que proferían y publicaban los dogmas de los otros, nada definían, ni aun esto mismo; como que quitaban todo cuanto fuese definir, v. gr.: *Nada definimos* (pues en tal caso definirían algo). Decían, pues: *Pronunciamos las opiniones ó pareceres en las cosas, indicando la irresolución ó la ninguna propensión en ellas*, como si concediendo esto admitiesen ya la explicación. Por las palabras, pues, *nada definimos* se expresa la pasión del ánimo, llamada ἀρρηψία (*arrepstia*) (1). Y lo mismo por las expresiones: *No esto más que aquello; A toda razón se opone otra*, y demás semejantes. Dicese el *No esto más que aquello* también positivamente, como de algunos semejantes, v. gr.: *No es más pernicioso el pirata que el mentiroso*. Pero los Escépticos no lo dicen positivamente, sino negativa ó destructivamente y como quien reprueba, diciendo: *No existió más Scila que la Quimera*. El mismo *más* se pronuncia algunas veces comparativamente, como cuando decimos: *Más dulce es la miel que las pasas*. Positiva, y aun negativamente, como cuando deci-

(1) *Irresolución, indecisión.*

Y por último, Hipócrates habla siempre dudosamente y como hombre; y antes que él, Homero así:

»La lengua de los hombres
Es muy voluble y de palabras llena.
Por una y otra parte
El campo de palabras es inmenso.
Tal palabra oirás cual la dijeres.

Significando por esto la ambigüedad y contrariedad de las palabras.»

10. Los Escépticos, pues, procuraban aniquilar todos los dogmas de las demás sectas, y no definir ellos dogmáticamente cosa alguna. Sin embargo de que proferían y publicaban los dogmas de los otros, nada definían, ni aun esto mismo; como que quitaban todo cuanto fuese definir, v. gr.: *Nada definimos* (pues en tal caso definirían algo). Decían, pues: *Pronunciamos las opiniones ó pareceres en las cosas, indicando la irresolución ó la ninguna propensión en ellas*, como si concediendo esto admitiesen ya la explicación. Por las palabras, pues, *nada definimos* se expresa la pasión del ánimo, llamada ἀρρεψία (*arrepsía*) (1). Y lo mismo por las expresiones: *No esto más que aquello; A toda razón se opone otra*, y demás semejantes. Dícese el *No esto más que aquello* también positivamente, como de algunos semejantes, v. gr.: *No es más pernicioso el pirata que el mentiroso*. Pero los Escépticos no lo dicen positivamente, sino negativa ó destructivamente y como quien reprueba, diciendo: *No existió más Scila que la Quimera*. El mismo más se pronuncia algunas veces comparativamente, como cuando decimos: *Más dulce es la miel que las pasas*. Positiva, y aun negativamente, como cuando deci-

(1) *Irresolución, indecisión.*

mos: *La virtud aprovecha más que daña*, pues significamos que la virtud aprovecha y no daña. Pero los Escépticos quitan hasta la misma expresión *No esto más que aquello*, pues como no más hay providencia, que deja de haberla, así también el *No esto más que aquello*, no más es, que deja de ser. Significa, pues, esta frase (como dice Timón en su *Pitón*) (1) no (2) el definir nada, sino el quedar ambiguo.

11. Asimismo la frase *A toda razón*, etc., induce también indeliberación, porque si en las cosas discrepantes tienen igual fuerza las razones; se sigue la ignorancia de la verdad. Aun á esta razón hay razón opuesta, la cual, después de destruir las otras, se pervierte y destruye ella misma, al modo de los purgantes, que arrojando primero la materia, son también ellos arrojados y destruídos. A esto dicen los Dogmáticos que no es esto quitar la razón, sino confundirla. Usaban, pues, de las razones sólo como de ministros, pues no era dable que una razón no destruyese á otra, al modo que cuando decimos *no hay lugar*, es forzoso decir *lugar*; pero no dogmática, sino demostrativamente. Y lo mismo cuando decimos *nada se hace por necesidad ó necesariamente*, es fuerza poner la voz *necesidad*. Este es el modo que usaban en las interpretaciones: *Que las cosas no son tales cuales aparecen, sino que sólo parecen*. Decían que inquirían, no las cosas que entendían (pues lo que se entiende ya consta), sino las que percibían los sentidos. Así, que la razón pirrónica es una significación de las cosas que apare-

(1) Véase la nota pág. 208.

(2) Añade aquí la partícula *no*, porque sin ella no creo pueda salvarse el concepto del Pirronismo.

cen, ó que de uno ú otro modo se perciben, según la cual todas las cosas se comparan con todas las cosas mismas, y ya comparadas, hallamos que tienen muchísima inutilidad y confusión. Así se explica Enesidemo en su *Bosquejo, ó Aparato al Pirronismo*.

12. En cuanto á las antítesis ó contrariedades que hay en las especulaciones, preindicando los modos de persuadir las cosas, quitan por ellos mismos la creencia de ellas; pues persuaden las cosas que según los sentidos son cónsonas entre sí, y las que nunca ó raras veces degeneran ó disienten; las acostumbradas, las dispuestas por las leyes, las que deleitan y las que admiran. Demostraban, pues, que en las cosas contrarias por persuasiones de la razón, estas persuasiones son iguales. Las ambigüedades que enseñaban en las concordancias de las cosas aparantes, ó concebidas por el entendimiento, son de diez *modos*, según los cuales parecen diferentes los sujetos. El primero de estos modos es el de la diferencia de los animales para el deleite, el dolor, el daño, el provecho. Colíjese de aquí que estos mismos no nos producen unas mismas fantasías ó imaginaciones, y que la indeliberación es secuela de esta pugna ó combate; pues de los animales, unos son engendrados sin unión de sexos, como los que viven en el fuego, el fénix árabe y los gusanillos de la putrefacción. Otros por dicha unión, como los hombres, etc.; de manera, que unos son concretados ó compuestos de un modo, otros de otro. Por lo cual difieren aun en los sentidos, v. gr., el gavilán, agudísimo de vista, y el perro, de olfato. Así, es conforme á razón que las cosas diferentes á la vista nos produzcan también fantasías diferentes; pues los tallos y renuevos del olivo son pábulo á la

cabra, y para el hombre son amargos; la cicuta alimenta á la codorniz, y al hombre lo mata; el cerdo come excremento humano, y el caballo no lo come.

13. El segundo modo es el de la naturaleza de los hombres, según la variedad de cosas y temperamentos. Demofón, repostero de Alejandro, tenía calor á la sombra, y al sol frío. Andrón Argivo (como dice Aristóteles) viajaba sin beber en los áridos países de Egipto. Más: uno es aficionado á la medicina, otro á la agricultura, otro á la mercadería, y aun estas mismas cosas á unos dañan y á otros aprovechan. Así, se debe contener el asenso. El tercer modo es el de la diversidad de poros en los sentidos; v. gr., una manzana á la vista es amarilla, al gusto es dulce y al olfato grata por su fragancia. Aun una misma figura se mira diversa según la variedad de espejos. De lo cual se sigue que no es más lo que aparece que otra cosa diversa de lo que aparece.

14. El cuarto modo es acerca de las disposiciones ó afectos, y en común acerca de las mudanzas; v. gr., la sanidad, la enfermedad, el sueño, la vigilia ó el despertarse, el gozo, el dolor, la tristeza, la juventud, la vejez, la audacia, el miedo, la indigencia, la abundancia, el odio, la amistad, el calor, el frío; ora se respire, ora se supriman los poros. Así, que aparecen diversas las cosas que se nos presentan, á causa de ciertas particulares disposiciones. En efecto, los furiosos no están fuera de la naturaleza; pues ¿qué cosa tienen ellos más que nosotros? El sol lo vemos como si estuviese parado. Teón Titoreo, Estoico, solía caminar durmiendo, y también un esclavo de Pericles andaba por lo más alto del tejado.

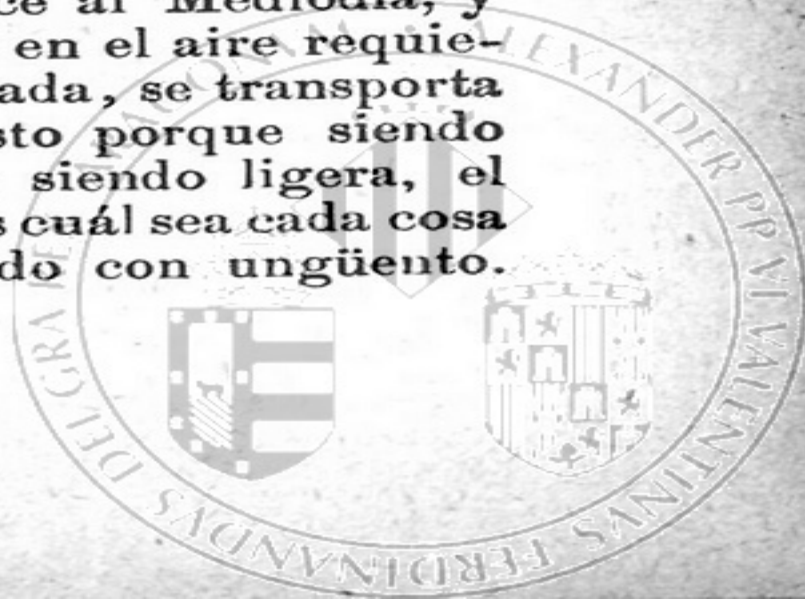
15. El quinto modo es acerca de la educación, le-

yes, creencia de fábulas, convenciones artificiales y opiniones dogmáticas. En este modo se contienen las cosas controvertidas acerca de lo honesto y torpe, de lo verdadero y falso, de lo bueno y malo, de los dioses, y de la generación y corrupción de todo lo visible. Una misma cosa entre unos es justa, entre otros injusta; para unos buena, para otros mala; pues los Persas no tienen por absurdo ó incongruo casarse con sus hijas; pero es cosa inicua entre los Griegos. Entre los Masagetas, como dice Eudoxo en el primer libro de su *Período* (1), las mujeres son comunes; entre los Griegos no. En orden á los dioses, también cada cual tiene los suyos: uno dice que tienen providencia, otro que no. Los Egipcios entierran sus muertos embalsamándolos (2), los Romanos quemándolos, y los Peonios echándolos á las lagunas. Así, que respecto á la verdad se debe suspender la resolución.

16. El sexto modo es acerca de las mezclas y confusiones de unas cosas con otras; según el cual, nada se ve absolutamente simple y sincero, sino mezclado con el aire, luz, líquido, sólido, cálido, frígido, movimiento, evaporaciones y otras potestades. La púrpura muestra diverso color á la luz del sol, á la de la luna y á la artificial. Asimismo, nuestro color de un estado aparece al Mediodía, y de otro al Ocaso. Una piedra que en el aire requiere dos hombres para ser transportada, se transporta en el agua fácilmente; ya sea esto porque siendo grave el agua la aligera, ya que siendo ligera, el aire la agrava. Así, que ignoramos cuál sea cada cosa de por sí, como el aceite mezclado con unguento.

(1) Circuito de la tierra.

(2) Ταριχεύοντες.



17. El séptimo modo es acerca de las sustancias (1) de algunas posiciones, lugares y cosas que hay en ellos. Por este modo las cosas que creemos grandes aparecen pequeñas, las cuadradas cilíndricas (2), las llanas con eminencias (3), las rectas quebradas (4), y de otro color las amarillas. El sol, pues, por su mucha distancia aparece de magnitud moderada (5). Los montes apartados se dejan ver caliginosos, y sin aspereza; de cerca son ásperos. Más: el sol cuando sale aparece de una manera; al medio del cielo ya no aparece de la misma. Un mismo cuerpo puesto en un bosque parece una cosa, en campo abierto, parece otra (6). Las imágenes colocadas en cierta posición también parecen

(1) Παρὰ τὰς ὑποστάσεις.

(2) Véase la nota 2.^a, pág. 147, tomo I, acerca de la falacia de los sentidos.

(3) Como las de las pinturas y escenas ópticas que dice Vitruvio, lib. VI, cap. II. *Quemadmodum etiam in scenis pictis videntur columnarum projecturæ mutulorum ephoræ, signorum figuræ prominentes, cum sit tabula sine dubio ad regulam plana.*

(4) Vitruvio allí mismo: *Similiter in navibus remi, cum sint sub aqua directi, tamen oculis infracti videntur.*

(5) El texto tiene ὁ γοῦν ἥλιος παρὰ τὸ διάστημα πόρρωθεν φερεται, cuya rigurosa traducción sería: *Sol igitur, ob distantiam distans apparet.* Es una tautología insufrible aun en el hombre más rudo, pues ¿qué cosa probaría para el intento de los Pirrónicos y falacia de los sentidos el decir *que el sol aparece distante porque lo está?* Probaría todo lo contrario á sus opiniones. Así, yo no dudo que la voz πόρρωθεν es ilegítima; pero dudo mucho de la que debe sustituirse. Por lo cual, mientras tanto que algún sabio más ilustrado que yo lo ejecuta, podríamos leer ποσσότεν, *quantulum, modice magnum*, etc. Siguiendo esta corrección traduzco el texto.

(6) Vitruvio, lib. IV, cap. IV, aplica á las columnas una regla semejante.

otra cosa (1), y con el movimiento aparece vario el cuello de la paloma. Así, por cuanto estas cosas no pueden considerarse fuera de su lugar y estado, se ignora su naturaleza.

18. El octavo modo es acerca de las cantidades de las cosas, calores, frialdades, velocidades, lentitudes, amarilleces y otra variedad de colores. Así, el vino tomado con modo concilia fuerzas; con exceso, las quita. Lo mismo es de la comida y otras cosas. El modo nono es acerca de lo peregrino y raro que continuamente ocurre. Los terremotos, donde los hay con frecuencia, no causan susto; ni el sol nos admira, porque cada día lo vemos. (Este modo nono Favorino lo hace octavo, y Sexto y Enesidemo lo hacen décimo, poniendo Enesidemo el décimo en lugar del octavo, y Favorino en lugar del nono). El modo décimo, pues, versa sobre la mutua comparación de las cosas entre sí; á saber, lo leve con lo grave; lo fuerte con lo flaco; lo mayor con lo menor; lo superior con lo inferior. Así, el lado derecho no es derecho por naturaleza, sino que se toma por tal comparado con el izquierdo; quítese éste, no habrá lado derecho. Asimismo, las voces *padre*, *hermano* hacen relación á otro; *día* la hace, v. gr, al sol; y todas las cosas la hacen á la mente. Por tanto, se ignora lo que es relativo á algo, igualmente que lo que es de por sí.

19. Hasta aquí los diez modos; pero Agripa añadió otros cinco, á saber: *el que procede de la discordancia*, *el de la progresión ó proceso en infinito*, *el relativo á otro* (2), *el nacido de supo-*

(1) Parece habla de los escorzos en la pintura y escultura.

(2) καὶ τὸν πρὸς τι.

sición, y el que es por reciprocidad. El de *discordancia* es aquel por el cual se demuestra llena de perturbación y discordia cualquiera cuestión propuesta entre los filósofos, ó bien las que ellos suelen tener. El modo *procedente en infinito* es el que no permite se afirme el cuesito, por razón de que una cosa recibe la fe de otra; y así infinitamente. El Modo *relativo á otra cosa* (1), dice que nada se recibe por sí, sino con otro; y así todo viene á ser incógnito. El modo *que consta de suposiciones* es cuando algunos establecen que deben admitirse en sí mismos ciertos principios de las cosas como fieles y seguros, y no inquirir más. Lo cual es una necedad, pues cualquiera opondrá lo contrario. Y el modo llamado *por reciprocidad* es cuando aquello que ha de dar firmeza á la cosa cuestionada, ello mismo tiene necesidad de que la tal cosa cuestionada lo corrobore y acredite; v. gr., si uno afirma que hay poros porque hay sudor, toma esto mismo para probarlo, esto es, que hay sudor.

20. Niegan también estos filósofos toda demostración, criterio, signo, causa, movimiento, disciplina (2), generación, y que haya cosa alguna buena y mala por naturaleza. Toda demostración, dicen, ó consta de cosas demostradas ó no demostradas: si de cosas demostradas, aún éstas necesitarán de alguna demostración, y así en infinito; si constan de cosas indemostradas, y todas, algunas, ó una sola discuerda, ya todo carece de demostración. Si pareciere á algunos, dicen, que hay cosas que no necesitan demostración, son éstos admirables en su sentencia, no viendo que el que de estas cosas reci-

(2) Es el de la *nota antecedente*.

(1) *μάθησιν*.

ban otras la creencia es lo primero que necesita probarse; pues no hemos de probar que los elementos son cuatro, porque son cuatro los elementos. Además, si son inciertas las demostraciones particulares, también lo será la demostración general. Para saber, pues, que hay demostración es menester criterio, y para saber que hay criterio es menester demostración. Así, que remitiéndose ó refiriéndose mutuamente una á otra, ambas son incomprensibles. Pues ¿de qué modo se comprenderán las cosas inciertas ignorando la demostración? No se inquiere si aparecen tales, sino si son tales esencialmente.

21. Tratan de necios á los Dogmáticos; pues lo que se concluye de una hipótesis no tiene razón de investigación, sino de posición. Por esta regla también sería dado el disputar de imposibles. Acerca de los que opinan que no se debe juzgar la verdad por las circunstancias, ni establecer leyes por las cosas conformes ó según la naturaleza, dicen que determinan medidas para todo, no haciéndose cargo de que todo lo que aparece aparece según la antiperístasis y disposición. Así, ó se ha de decir que todas las cosas son verdaderas, ó todas falsas; porque si hay algunas verdaderas, ¿cómo las discerniremos? No por el sentido discerniremos las que le son conformes, pues á éste todas le parecen iguales; ni tampoco por la mente, por la misma causa. Excluso, pues, todo esto, no se ve ya vía alguna para juzgar. Aquel, dicen, que resuelve de una cosa, sea sensible ó intelectual, debe lo primero establecer las opiniones que hay acerca de ella, pues unos quitaron unas cosas y otros otras. Es preciso juzgar por los sentidos, ó por el entendimiento; y de ambas es la ambigüedad y controversia. Así, que no es posible juzgar las opiniones de las cosas

sensibles é intelectuales; y por la contención que hay en las inteligencias, es menester negarlo todo, y quitar la medida con que parece se juzgan todas las cosas, y se tendrán todas por iguales.

22. Además, dicen, ó lo que aparece es ó no probable al que disputa con nosotros: si le es probable, nada podrá decir contra él aquel que siente lo contrario; porque si es fidedigno quien afirma que la cosa es evidente, lo es también el que lo contradice; y si no es fidedigno, tampoco se dará crédito á quien dice es evidente. Lo que sólo persuade, no se ha de tener por cierto, pues de una misma cosa ni se persuaden todos, ni siempre. La persuasión se hace por cosas extrínsecas, v. gr., la celebridad de quien persuade, ó por su solícitud y diligencia, ó por su gracia en el decir, ó por la costumbre, ó finalmente porque agrada. Quitaban el criterio con esta argumentación: «O el criterio está ya juzgado, ó no: si no está juzgado, ningún crédito se le debe, y peca tanto en verdadero como en falso; si está juzgado, será una de las cosas juzgadas por partes ó en parte. Y así, una misma cosa será la que juzga y la juzgada: el juez del criterio será juzgado por el otro; éste, por otro, y así en infinito. Además, que hay discrepancia acerca del criterio, diciendo unos que es el hombre, otros que los sentidos, otros que la razón, y otros que la fantasía ó imaginación comprensiva ó perceptiva. Pero el hombre discuerda, ya de sí mismo, ya de los otros hombres, como consta de la diversidad de leyes y costumbres: los sentidos engañan; la razón discuerda; la fantasía perceptiva es juzgada por el entendimiento; y finalmente, el entendimiento es vario y mudable. Así que es incógnito el criterio, y por lo mismo lo es la verdad.»

23. Niegan también todo signo; porque si hay signo, dicen, ó es sensible ó intelectual; no es sensible, porque lo sensible es común, y el signo es propio. Más: lo sensible se considera según la diferencia, y el signo según la relación á otra cosa. Tampoco es intelectual, pues lo intelectual lo es, ó patente de patente, ú oculto de oculto, ú oculto de patente, ó patente de oculto. Nada de esto es: luego no hay signo. No es patente de patente, porque lo patente no necesita de signo. No es oculto de oculto, porque lo que se manifiesta, por alguno se ha de manifestar. Signo oculto de cosa patente no es posible, pues lo que da á otro facultad de manifestarse debe estar manifiesto. Y signo patente de cosa oculta tampoco lo hay, porque el signo siendo relativo á otra cosa, debe comprenderse junto con la cosa misma de quien es signo. Nada hay de todo esto: luego ninguna cosa no evidente puede ser comprendida, y, por consiguiente, se engañan los que dicen que las cosas ocultas pueden comprenderse por medio de los signos.

24. La causa la quitan así: La causa es cosa relativa á algo, v. gr., á la causal misma: la relación á otro es cosa sólo intelectual, no real ó existente: luego la causa solamente se entiende ó comprende. Porque si es causa, debe tener aquello de quien se llama causa; de otra forma, no lo será. Y así como el padre, no habiendo nadie de quien padre se diga, no es padre; lo mismo es de la causa. No aparece de quién la causa se entienda ó á quién se refiera (ni por generación, ni por corrupción, ni por otro modo): luego no es causa. Más: si es causa, ó ésta es cuerpo causa de otro cuerpo, ó incorpóreo causa de incorpóreo: nada de esto es: luego no hay tal causa. En efecto, el cuerpo no es causa del

cuerpo, porque así ambos tendrían una misma naturaleza; y si uno de ellos se llama causa en cuanto tal cuerpo, siéndolo también el otro se hará igualmente causa: siendo causa ambos en común, ninguno será paciente. Por la misma razón tampoco lo incorpóreo es causa de lo incorpóreo. Ni lo incorpóreo es causa de cuerpo alguno, pues ningún incorpóreo produce cuerpo. Ni menos el cuerpo es causa de lo incorpóreo, porque lo que se hace debe hacerse de la materia paciente, y ningún incorpóreo es paciente, ni menos es hecho por otro: luego no es causa. De lo cual se colige que no son subsistentes los principios de las cosas, pues siempre debe ser algo quien hace y opera.

25. Tampoco hay movimiento, pues lo que se mueve, ó se mueve en donde está, ó en donde no está: en donde está no se mueve; ni menos se mueve en donde no está: luego no hay movimiento. Quitan igualmente las disciplinas diciendo: Si se enseña algo, ó lo que es se enseña porque es, ó lo que no es porque no es: no se enseña lo que es porque es, pues la naturaleza de todas las cosas que son á todos está patente y todos la conocen; ni menos lo que no es porque no es, pues á quien no es, nada le sobreviene, ni aun el ser enseñado. Dicen asimismo que no hay generación, pues no se engendra lo que es, puesto que ya es; ni lo que no es, puesto que no existe, y lo que no existe, ni es ni le aconteció el ser hecho. Que nada hay bueno ó malo por naturaleza, porque si hubiese algo bueno ó malo por naturaleza, debería ser bueno ó malo para todos, como, por ejemplo, la nieve, fría para todos; ninguna cosa es buena ó mala comunmente para todos: luego no hay cosa buena ó mala por naturaleza. Porque ó se ha de llamar bueno todo lo

que alguno juzga bueno, ó no todo; es así que no todo se ha de llamar tal, pues una misma cosa es por alguno juzgada buena, v. gr., el deleite, que Epicuro lo tiene por bueno, y Antistenes por malo; luego sucedería que una misma cosa sería buena y mala. Si no todo lo que uno juzga bueno lo llamamos tal, será fuerza discernamos las opiniones; esto no es admisible, por causa de la igualdad de fuerza en las razones: luego se ignora qué cosa es buena por naturaleza.

26. Todo el modo ú orden de las elecciones se puede ver en los escritos que han quedado; porque aunque Pirro mismo no dejó obra alguna, sus discípulos Timón, Enesidemo, Numenio, Nausifanes y otros las dejaron. Contradicen á éstos los Dogmáticos diciendo que los tales comprenden ó resuelven y tienen dogmas, pues sólo con que disputan consta que comprenden, y solamente con que afirman, establecen dogmas. En efecto, cuando dicen que *nada definen*, y que *para toda razón hay otra opuesta*, ya definen esto mismo por lo menos, y lo establecen por dogma. Responden á éstos diciendo: «Acerca de las cosas que como hombres padecemos lo confesamos, pues que hay día, que vivimos, y otras muchas cosas á todos manifiestas, lo sabemos; pero acerca de las cosas que los Dogmáticos establecen por racionio, diciendo que las comprenden, suspendemos el asenso como inciertas, y sólo admitimos las pasiones. Confesamos también que vemos, y conocemos que entendemos; pero cómo vemos, ó cómo entendemos, lo ignoramos. Que esto, v. gr., aparezca blanco, lo decimos narrativa-mente, mas no estableciendo que realmente lo sea. Acerca de la frase: *nada defino*, y semejantes, decimos que por ellas no establecemos dogmas, no

siendo lo mismo que decir: *el mundo es esférico*; pues esto es incierto, y aquéllas son admitidas y confesadas. Con decir, pues, *no definir nada*, tampoco definimos esto mismo.»

27. Dicen además los Dogmáticos, que los Pirrónicos niegan también la vida con quitar todas las cosas de que la vida consta. Pero éstos les responden que mienten en ello; «pues nosotros dicen, no quitamos, v. gr., la vista, sino que afirmamos se ignora cómo se hace la visión. Lo que aparece, lo establecemos; mas no que tal sea indubitablemente. Sentimos que el fuego quema; pero nos abstenemos de resolver si lo hace por naturaleza ustiva que tenga. Que las cosas se mueven y perecen, lo vemos: cómo se hagan estas cosas, no lo sabemos. Nosotros, dicen, sólo nos oponemos á las cosas inciertas que van entretajadas con las manifiestas; y cuando decimos que una pintura tiene relieve, exponemos lo que aparece, y cuando decimos que no lo tiene, ya no hablamos de lo que aparece, sino de otra cosa.» Así, Timón dice en su *Pitón* (1) que Pirro no se apartó de la costumbre. Y en sus *Imágenes* habla así:

Pero lo que aparece,
Siempre Pirro siguió con toda fuerza.

Y en el libro *De los sentidos*, dice: «Que esto sea dulce, no lo resuelvo; pero confieso que lo parece.»

28. Enesidemo dice también en el libro I *De los raciocinios de Pirro*, que éste nada define dogmáticamente, por causa de la contrariedad de razones; pero sigue las apariencias. Lo mismo dice en el libro *De la sabiduría*, y aun en el *De la cuestión*.

(1) εν τῷ Πύθωνι.

Zeuxis, igualmente familiar de Enesidemo, en el libro *De las dobles razones*, Antíoco de Laodicea, y Apellas en su *Agripa* sólo establecen las cosas como aparecen, ó lo que aparecen. Según los Escépticos, pues, solamente lo que aparece es el criterio, como lo dice Enesidemo. Lo mismo afirma Epicuro; y Demócrito dice que ninguna cosa es lo que aparece, y que alguna de ellas ni aun existe.

29. Contra este criterio de las apariencias dicen los Dogmáticos que cuando de ellas nos vienen diversas fantasías, v. gr., de una torre cilíndrica ó cuadrada, si el Escéptico no prefiere ninguna de ellas, no hace nada; pero cuando siga una, ya no da, dicen, igual valor á las apariencias. Respondenles los Escépticos que cuando inciden fantasías diversas, dicen que ambas aparecen; y que por eso establecen las cosas aparentes, porque aparecen.

30. Los Escépticos dicen que el *fin* es la indeliberación, á quien la tranquilidad sigue como sombra, según dicen Timón y Enesidemo; «pues no elegimos estas cosas ó evitamos aquellas que están en nosotros, y las que no están en nosotros, sino que vienen por necesidad, no podemos evitarlas, v. gr., la hambre, la sed, el dolor; pues la razón no puede quitar estas cosas.» Diciendo los Dogmáticos que cómo puede vivir el Escéptico cuando no rehusa si le mandan matar á su padre, responden los Escépticos: «¿Y cómo puede vivir el Dogmático sin inquirir ni aun las cosas de la vida común, y observables? Así, que nosotros, dicen, elegimos las cosas y las evitamos según la costumbre, y usamos de las leyes.» Algunos afirman que los Escépticos ponen por *fin* la tranquilidad de ánimo, y otros que la mansedumbre.

Zeuxis, igualmente familiar de Enesidemo, en el libro *De las dobles razones*, Antíoco de Laodicea, y Apellas en su *Agripa* sólo establecen las cosas como aparecen, ó lo que aparecen. Según los Escépticos, pues, solamente lo que aparece es el criterio, como lo dice Enesidemo. Lo mismo afirma Epicuro; y Demócrito dice que ninguna cosa es lo que aparece, y que alguna de ellas ni aun existe.

29. Contra este criterio de las apariencias dicen los Dogmáticos que cuando de ellas nos vienen diversas fantasías, v. gr., de una torre cilíndrica ó cuadrada, si el Escéptico no prefiere ninguna de ellas, no hace nada; pero cuando siga una, ya no da, dicen, igual valor á las apariencias. Respóndenles los Escépticos que cuando inciden fantasías diversas, dicen que ambas aparecen; y que por eso establecen las cosas aparentes, porque aparecen.

30. Los Escépticos dicen que el *fin* es la indeliberación, á quien la tranquilidad sigue como sombra, según dicen Timón y Enesidemo; «pues no elegimos estas cosas ó evitamos aquellas que están en nosotros, y las que no están en nosotros, sino que vienen por necesidad, no podemos evitarlas, v. gr., la hambre, la sed, el dolor; pues la razón no puede quitar estas cosas.» Diciendo los Dogmáticos que cómo puede vivir el Escéptico cuando no rehusa si le mandan matar á su padre, responden los Escépticos: «¿Y cómo puede vivir el Dogmático sin inquirir ni aun las cosas de la vida común, y observables? Así, que nosotros, dicen, elegimos las cosas y las evitamos según la costumbre, y usamos de las leyes.» Algunos afirman que los Escépticos ponen por *fin* la tranquilidad de ánimo, y otros que la mansedumbre.

TIMÓN.

1. Apolonides de Nicea, que floreció antes de nosotros, en el libro I de sus *Comentarios á las Sátiras*, obra que dedicó á Tiberio César, dice que Timón tuvo por padre á Timarco, y que fué natural de Fliasia. Que habiendo quedado huérfano todavía muy joven, se dió á la danza; pero después, condenando este ejercicio, se fué á Megara á estar con Stilpón. Que habiendo vivido tiempo con él, regresó á la patria y se casó. Pasó después con su mujer á ver á Pirro que estaba en Elide, y habitó allí hasta tener hijos. Al mayor de ellos lo llamó Janto, le enseñó la medicina, y fué su sucesor en su instituto y vida. Timón era elocuentísimo, según afirma Soción en el libro XI; pero no teniendo de qué mantenerse, partió al Helesponto y á Propóntide; y ejercitando la filosofía y oratoria en Calcedonia, fué muy celebrado. De allí, habiendo acoopiado un buen viático, se retiró á Atenas, donde se mantuvo hasta su muerte, fuera de un poco de tiempo que estuvo en Tebas.

2. Fué conocido y estimado del rey Antígono y de Tolomeo Filadelfo, según atestigua él mismo en sus *Iambos*. Antígono dice que fué muy dado á

la bebida y poco aplicado á la filosofía; pues escribió *Poemas*, *Versos*, *Tragedias*, *Sátiras*, treinta dramas cómicos, sesenta trágicos, *Sátiras* también, y varias obscenidades. Andan además escritos suyos en prosa hasta 20.000 versículos, de los cuales hace memoria Antígono Caristio, que escribió su *Vida*. Los libros de *Sátiras* son tres, en los cuales, como Escéptico que era, vierte mordacidades y sales contra todos los Dogmáticos, trovándoles sus dichos (1). El primero de estos libros es una explicación que da él mismo. El segundo y tercero van en forma de diálogo, en el cual parece que Xenófanes Colofonio pregunta de cada cosa, y él mismo se responde (2). En el segundo trata de los más antiguos; y en el tercero de los que vinieron después, por cuya razón algunos lo intitularon *Epílogo*. El primero viene á contener lo mismo, excepto que su poesía es de una persona sola, y su principio éste:

Venid aquí, Sofistas importunos,
Escudriñando siempre vanidades, etc.

3. Murió Timón cercano á los noventa años, como dicen Antígono y Sóción en el libro II. Yo he oído decir que fué tuerto; y es verosímil, pues aun él mismo se llamaba *Cíclope*. Hubo otro Timón que fué misántropo (3). Nuestro filósofo fué muy aficionado á los jardines y á la soledad, como dice Antígono. Es fama que Jerónimo Peripatético dijo de él: « Como entre los Scitas disparan flechas

(1) εν παρωδιας εἶδει.

(2) Suele llamarse *dialogismo*.

(3) Aborrecedor de los hombres. Luciano hace de él un diálogo.



tanto los que huyen como los que los siguen, así entre los filósofos unos cazan los discípulos siguiendo y otros huyendo, como Timón.» Era muy agudo de ingenio para hacer burla de otros; muy aplicado á escribir, y diestrísimo en inventar tramas fabulosas para los poetas, y no menos en componer tragedias. Fueron sujetos de ellas aun Alejandro y Homero. Si le estorbaban ó interrumpían las criadas ó perros, nada decía, no cuidándose de otra cosa que de la soledad.

4. Dicen que habiéndole preguntado Arato cómo se podrían conseguir íntegras y sin errores las obras de Homero, respondió que solicitando ejemplares antiguos, y no los ya enmendados. Tenía sus escritos poéticos tumultuariamente y sin orden, y aun corroídos en algunos lugares, de manera, que como una vez leyese algo de ellos al orador Zopito, y pasase sin advertir algunas hojas juntas hasta más de la mitad, siguió leyendo sin advertir el hueco de la narrativa: tan indiferente era en las cosas. Ello es, en efecto, que su serenidad llegaba á punto de no hacer caso aun de lo más importante. Cuéntase que habiendo visto á Arcesilao que andaba entre charlatanes y aduladores, le dijo: «¿A qué vienes tú aquí donde estamos los hombres libres?» Contra los que juzgaban de las cosas por los sentidos, concordándolos con la mente, solía decir á menudo: «Juntos van Attagas y Numenio (1).

5. Acostumbraba también chancearse así: á uno que de todo se admiraba, le dijo: «¿Y por qué no te admiras de que siendo tres aquí, sólo tenemos

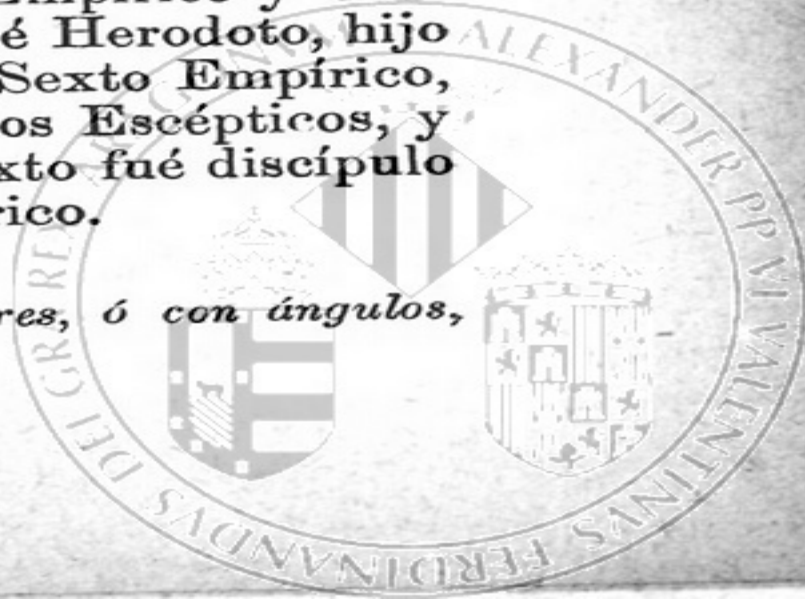
(1) Es proverbio de dos que se unen para hacer algún daño.

cuatro ojos?» Es el caso que él y su discípulo Dioscórides eran tuertos, y aquel á quien lo dijo era sano de ojos. Preguntado una vez por Arcesilao por qué había vuelto á Tebas, respondió: « Para reir de vosotros al veros tan anchos y extendidos.» No obstante, á Arcesilao, á quien había tocado en sus sátiras, lo celebró en el libro intitulado: *Arcesilao, De las cenas.*

6. Timón no tuvo sucesor en la secta, como dice Menodoto, y quedó abandonada, hasta que la restauró Tolomeo de Cirene. Según escriben Hipoboto y Soción, fueron discípulos suyos Dioscórides de Chipre, Nicolochos de Rodas, Eufranor de Seleucia y Praulo de Troade. Este, dice el historiador Filarco, fué de ánimo tan constante, que sufrió suplicio como traidor á la patria, sin hablar una palabra á los ciudadanos en su abono.

7. Eufranor tuvo por discípulo á Eubulo Alexandrino; de éste lo fué Tolomeo, y de Tolomeo lo fueron Sarpedón y Heraclides. Á Heraclides oyó Enesidemo Gnosio, el cual escribió ocho libros acerca de los *Raciocinios Pirrónicos*. De Enesidemo fué discípulo Zeuxipo Polites; de éste lo fué Zeuxis el apellidado *Goniopo* (1); de éste, Antíoco Laodiceno, natural de Lico. De éste fueron discípulos Menodoto Nicomediense, Medico Empírico y Tiodas Laodiceno. De Menodoto lo fué Herodoto, hijo de Arieo de Tarso; de Herodoto, Sexto Empírico, autor de los diez libros acerca de los Escépticos, y de otras obras excelentes. Y de Sexto fué discípulo Saturnino Citenas, también Empírico.

(1) Parece significa *de pies angulares*, ó *con ángulos*, que llamamos *pies ajuanetados*.

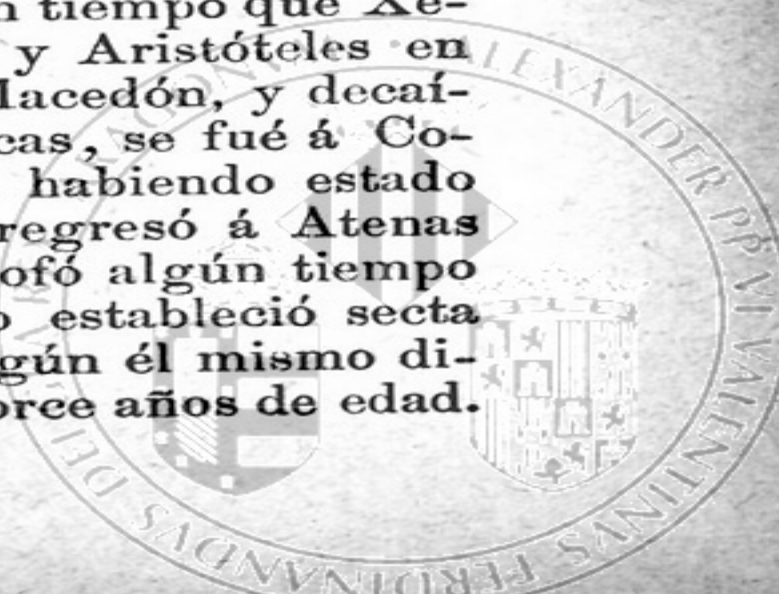




LIBRO DÉCIMO.

EPICURO.

1. Epicuro, hijo de Neocles y Cherestrata, fué natural de Gargetto, pueblo del territorio de Atenas, y descendiente de la familia de los Filaidas, como dice Metrodoro en el libro *De la nobleza*. Otros, con Heráclito en el *Epítome de Soción*, dicen que como los Atenienses sorteasen los colonos que debían ir á Samos, fué educado allí, y á los diez y ocho años de edad pasó á Atenas en tiempo que Xenócrates enseñaba en la Academia y Aristóteles en Calcide. Que muerto Alejandro Macedón, y decaídos los Atenienses reinando Perdicas, se fué á Colofón, donde vivía su padre. Que habiendo estado allí tiempo y juntado discípulos, regresó á Atenas bajo de Anaxicrates, adonde filosofó algún tiempo juntamente con otros; pero luego estableció secta propia llamada de su nombre. Según él mismo dice, se dedicó á la filosofía á los catorce años de edad.



Apolodoro Epicúreo, en el libro primero de la *Vida de Epicuro*, dice se dió á la filosofía en persecución de los Sofistas y Gramáticos, por no haber sabido explicar á uno de ellos lo que significa en Hesíodo la voz *χάους* (chaous). Y Hermipo asegura que primero fué maestro de escuela; pero después, habiendo visto por acaso dos libros de Demócrito, se entregó todo á la filosofía, y que por esto dijo Timón de él:

De Samos ha salido
El físico postrero, el impudente,
El maestro de niños,
El más duro y brutal de los mortales.

2. Por exhortación suya filosofaban también con él sus tres hermanos, Neocles, Cheredemo y Aristóbolo: así lo dice Filodemo Epicúreo en el libro x de su *Catálogo de los Filósofos*. Hasta un esclavo suyo llamado *Mus* filosofó con él, como lo dice Mironiano en sus *Capítulos históricos*. Siendo enemigo suyo Diótimo Estoico, lo vulneró amarguísimamente, publicando con nombre de Epicuro 50 cartas impúdicas y escandalosas; como también las referidas á Crisipo, ordenándolas como si fuesen del mismo Epicuro. Aun Posidonio Estoico, Nicolao, Soción en la duodécima de las intituladas *Demostraciones Diócleas*, la cual versa sobre la carta 24, y Dionisio Halicarnaseo, son sus perseguidores.

3. Dicen que andaba con su madre girando por las casucas y habitaciones populares recitando versos lustratorios, y que enseñó las primeras letras con su padre, por un estipendio bajísimo. Que prostituyó á uno de sus hermanos, y que él se servía de la meretriz Leontio. Que se arrogó los escritos

de Demócrito acerca de los átomos, y los de Aristipo acerca del deleite. Que no fué ingenuo ni legítimo ciudadano, como lo dicen Timócrates y Herodoto en el libro *De la pubertad de Epicuro*. Que en sus cartas aduló indignamente á Mitres, mayordomo de Lisímaco, llamándolo *Apolo y Rey*. Que ensalzó y aduló á Idomeneo, á Herodoto y á Timócrates que habían explicado sus dogmas, hasta entonces oscuros; y lo mismo hace en las cartas á dicha Leontio, por estas palabras: «¡Oh Apolo Rey, amado Leontillo, cuán grande alegría y conmoción llenó mi ánimo leída tu pequeña carta!» Y á Temista, mujer de Leonteo, le dice: «Estoy resuelto á ir corriendo á cualquiera parte que me llaméis vosotros y Temista, caso que vosotros no vengáis á verme.» Que á Pitocles, que era muy hermoso, le dice: «Aquí estaré sentado esperando tu ingreso divino y amable.» Que en otra carta á Temista cree persuadirla, como dice Teodoto en el libro IV *Contra Epicuro*. Que escribía á otras muchas amigas, singularmente á Leontio, á la cual amaba Metrodoro.

4. Que en su libro *Del fin*, escribe así: «Yo ciertamente no tengo cosa alguna por buena, excepto la suavidad de los licores, los deleites de Venus, las dulzuras que percibe el oído y las bellezas que goza la vista.» No menos Epicteto lo llama petulante en el hablar, y lo reprende en extremo. Timócrates, hermano de Metrodoro y discípulo suyo, después de haber abandonado su escuela, dice en sus libros *De la alegría* que Epicuro vomitaba dos veces al día por los excesos del lujo y molicie; añadiendo que aun él apenas se había podido escapar de aquella filosofía nocturna y secreto conventículo. Que Epicuro ignoró muchas cosas acerca de la ora-

ción, y muchas más en el gobierno de la vida. Que era tan miserable la constitución de su cuerpo, que en muchos años no pudo levantarse de la silla. Que cada día gastaba una mina en la mesa, como dice él mismo en su carta á Leontio y en las que escribió á los filósofos de Mitilene. Que á él y á Metrodoro concurrían también las meretrices Marmario, Hedia, Erocio, Nicidio y otras.

5. Que en sus treinta y siete libros de *Física* dice muchísimas cosas de éstas, y contradice en ellos á muchísimos, singularmente á Nausifanes, hablando así: «Tuvo éste más que ningún otro una jactancia sofística, como que paría por la boca, semejante á la mayor parte de los esclavos.» Y que en sus cartas dice también de Nausifanes: «Estas cosas lo arrebataron al exceso de maldecirme y llamarse mi maestro.» Llamábalo además «pulmón, iliterato, engañoso y bardaja.» Que á los discípulos de Platón los llamaba «aduladores de Dionisio»; al mismo Platón le daba el epíteto de «áureo»; y á Aristóteles lo llamó «un perdido, porque habiendo malgastado todos sus haberes, tuvo que darse á la milicia, y aun á vender medicamentos.» Que á Protágoras lo llamaba «Faquín, escribiente de Demócrito, y hombre que enseñaba á leer y escribir por los cortijos.» A Heráclito, «confundidor»; á Demócrito, «Lerócrito» (1); á Antidoro, «Sainidoro»; á los Cirenaicos, «enemigos de Grecia»; á los Dialécticos, «demasiado envidiosos»; y á Pirro, «indocto y sin educación alguna.»

6. Pero todos éstos ciertamente deliran, pues hay muy bastantes que atestiguan la ecuanimidad de este varón invicto para con todos: su patria, que lo

(1) Esto es, cegato ó cegajoso.

honró con estatuas de bronce; sus amigos, que eran en tan gran número que ya no cabían en las ciudades; todos sus discípulos, atraídos de sus dogmas como por sirenas, excepto Metrodoro Stratonicense, que se pasó á Carneades, acaso porque le era gravosa su benignidad constante; la sucesión de su escuela, la cual permanece sin interrupción de maestros á discípulos, cuando todas las otras han acabado; su gran recogimiento y mucha gratitud á sus padres, beneficencia con sus hermanos y dulzura con los criados (como consta en sus testamentos), algunos de los cuales estudiaron con él la filosofía, y de cuyo número fué el tan celebrado *Mus* arriba nombrado.

7. Su piedad para con los dioses, su amor á la patria y el afecto de su ánimo son imponderables. Su extrema bondad y mansedumbre no lo dejaron entrar en asuntos de gobierno. Afligida la Grecia por las calamidades de los tiempos, siempre se mantuvo en ella, excepto dos ó tres veces que pasó á diferentes lugares de la Jonia á ver á sus amigos, que de todas partes concurrían á visitarlo y aun á quedarse con él en el jardín que había comprado por ocho minas, como dice Apolodoro. Vivían éstos, según escribe Diocles en el libro III de su *Excursión*, de comestibles sumamente baratos y simples, «pues se contentaba, dice, con una cótila (1) de vino común (2), y cualquiera agua les servía de bebida.» Epicuro no establecía la comunidad de bienes como Pitágoras, el cual *hacía comunes las cosas de los amigos*; pues esto es de personas poco

(1) La cótila contenía cerca de media libra de agua, como ya dijimos en otro lugar.

(2) *Olivdiov*, *vinillo*, como si dijera, *vino ordinario y vil.*

fieles, y entre éstas no puede haber amistad. El mismo escribe en sus cartas «que tenía lo suficiente con agua y pan bajo.» Y «envíame, dice, queso citridiano, para poder comer con mayor abundancia cuando quisiere.» Tal era la vida de este que dogmatizaba ser el deleite el *fin* del hombre y de quien Ateneo canta así en un epigrama :

«Mortales, ¡oh mortales!
 Por lo peor lidiáis y más nocivo.
 Un insaciable lucro
 A guerras os despeña y contenciones.
 Cortos hizo Natura los espacios
 De la riqueza humana ;
 Y del vano deseo los confines
 Interminables son y desmedidos.»
 Esto decía el hijo de Neocles
 Sabia y prudentemente,
 Habíendolo de boca de las Musas
 O de los sacros trípodes de Pitio.

Esto constará todavía más en adelante por sus dogmas y palabras.

8. Diocles dice que de los antiguos tenía en mucho á Anaxágoras (no obstante que le contradice en algunas cosas) y á Archelao, maestro de Sócrates, y que ejercitaba á sus discípulos hasta que aprendiesen de memoria sus escritos. Apolodoro dice en las *Crónicas* que sus maestros fueron Lisifanes y Praxifanes, pero él no lo dice; antes en la *Carta á Eurídico* asegura fué discípulo de sí mismo. Y añade que ni él ni Hermaco dicen hubiese existido jamás el filósofo Leucipo, no obstante que Apolodoro Epicúreo y otros aseguran fué maestro de Demócrito. Y Demetrio de Magnesia dice que Epicuro fué discípulo de Xenócrates.

9. Usa en cada cosa un lenguaje muy propio y autorizado, al cual censura como demasiado propio

el gramático Aristófanes. Efectivamente, era tan claro, que en el libro de la Retórica nada inculca más que la claridad en los discursos. En las cartas, en vez de Χαίρειν (*chairein*) alegrarse ó gozarse, ponía εὖ πράττειν (*eu prattein*), obrar bien; y σπουδαίως ζῆν ἀριστόν (*spoudaios zein ariston*), el vivir honestamente es óptimo. Otros dicen en la Vida de Epicuro, que escribió un Directorio al Trípode de Nausifanes, de quien afirman fué discípulo, como también que en Samos lo fué de Pánfilo Platónico. Que empezó á filosofar de edad de doce años, y que regentó la escuela cerca de treinta y dos. «Nació, dice Apolodoro en las Crónicas, el año tercero de la olimpiada CIX, siendo arconte Sosígenes, el día 7 del mes Gamelión (1), siete años después de muerto Platón. A los treinta y dos de su edad tuvo escuela en Mitilene y Lampsaco, la que duró cinco años; después pasó á Atenas, donde murió el segundo de la olimpiada CXXVII, siendo arconte Pitarrato, habiendo vivido setenta y dos años. Sucedióle en la escuela Hermaco Mitileneo, hijo de Agemarco.»

10. Hermaco escribe en sus Cartas que murió de mal de piedra, que le interceptó la orina, el día catorce de la enfermedad. Y Hermipo dice sucedió su muerte habiendo entrado en un labro ó baño de bronce lleno de agua caliente, pedido vino puro para beber, y exhortado los amigos á que se acordasen de sus dogmas. Mis versos á él son éstos:

«Adiós, y recordaos de mis dogmas.»
 Esto dijo Epicuro á sus amigos
 En su postrer aliento.

(1) Enero.



Metióse luego en el caliente labro,
 Sorbió un poco de mero, y detrás deste
 Bebió las frías aguas del Leteo.

11. Esta fué la vida de tal varón: esta fué la muerte. Testó de esta manera: «Doy todo cuanto tengo á Aminomaco de Bate, hijo de Filocrates, y á Timócrates de Pótamo, hijo de Demetrio, al tenor de la donación hecha á entrambos en el Metroo (1), con la condición que den el jardín y sus pertenencias á Hermaco de Mitilene, hijo de Agemarco, á los que filosofan con él, y á los que Hermaco dejare sucesores en la escuela para filosofar allí. Y á fin de que procuren conservar perpetuamente en lo posible los que filosofan bajo de mi nombre con Aminomaco y Timócrates la escuela que está en el jardín mismo, se lo entrego en depósito á ellos y á sus herederos del modo más valedero y firme, para que también ellos conserven el dicho jardín del modo mismo que aquellos á quienes éstos lo entregaren, como á discípulos y sucesores de mi escuela y nombre.

12. »La casa que tengo en Melite la entregarán Aminomaco y Timócrates á Hermaco, para habitarla durante su vida, y los que con él filosofen. De las rentas que hagan los bienes que he dado á Aminomaco y á Timócrates, de acuerdo con Hermaco, tomarán la parte que se pueda, y la invertirán en sacrificios por mi padre, madre y hermanos, y por mí en el día de mi nacimiento, que, según costumbre, se celebra ya cada año en la primera decena de Gamelión. Y también se empleará en gastos de los confilosofantes que concurran el

(1) Templo de Atenas dedicado á la Gran Madre de los dioses.

día 20 (1) de cada mes, que está señalado para mi memoria y la de Metrodoro. Celebrarán también el día destinado á mis hermanos en el mes de Posidón, como yo he practicado, y el de Polieno en el mes de Metagitnión.

13. »Cuidarán igualmente Aminomaco y Timócrates de Epicuro, hijo de Metrodoro, y del hijo de Polieno, mientras estudian filosofía y viven con Hermaco. Igual cuidado tendrán de la hija de Metrodoro, la cual, llegada á la edad competente, la casarán con quien Hermaco eligiere de los que filosofan con él, siendo ella arreglada en costumbres y obediente á Hermaco. Entonces, Aminomaco y Timócrates les darán anualmente de mis rentas, para su mantenimiento, lo que les pareciere bastante, consultándolo con Hermaco. Harán dueño á Hermaco de las rentas, para que cada cosa se haga por su dirección y consejo, puesto que ha envejecido filosofando conmigo, y ha quedado director y principal de mis discípulos y escuela. La dote que se dará á la muchacha, ya núbil y llegada coyuntura de casarse, lo deliberarán Aminomaco y Timócrates, tomándola de los bienes, y con acuerdo de Hermaco.

14. »Cuidarán asimismo de Nicanor, según yo lo he practicado, para que cuantos han filosofado conmigo, puesto sus bienes en uso propio de todos nosotros, y dándonos prueba de un sumo y estrecho amor han querido envejecer con nosotros en la Filosofía, nada les falte de lo necesario en cuanto mis facultades alcancen. Entregarán todos mis libros á Hermaco. Si éste muriese antes que los hijos de

(1) Entiéndese mes lunar, ó el día 20 de la luna, como declara Cicerón, libro *De finibus*.

día 20 (1) de cada mes, que está señalado para mi memoria y la de Metrodoro. Celebrarán también el día destinado á mis hermanos en el mes de Posidón, como yo he practicado, y el de Polieno en el mes de Metagitnión.

13. »Cuidarán igualmente Aminomaco y Timócrates de Epicuro, hijo de Metrodoro, y del hijo de Polieno, mientras estudian filosofía y viven con Hermaco. Igual cuidado tendrán de la hija de Metrodoro, la cual, llegada á la edad competente, la casarán con quien Hermaco eligiere de los que filosofan con él, siendo ella arreglada en costumbres y obediente á Hermaco. Entonces, Aminomaco y Timócrates les darán anualmente de mis rentas, para su mantenimiento, lo que les pareciere bastante, consultándolo con Hermaco. Harán dueño á Hermaco de las rentas, para que cada cosa se haga por su dirección y consejo, puesto que ha envejecido filosofando conmigo, y ha quedado director y principal de mis discípulos y escuela. La dote que se dará á la muchacha, ya núbil y llegada coyuntura de casarse, lo deliberarán Aminomaco y Timócrates, tomándola de los bienes, y con acuerdo de Hermaco.

14. »Cuidarán asimismo de Nicanor, según yo lo he practicado, para que cuantos han filosofado conmigo, puesto sus bienes en uso propio de todos nosotros, y dándonos prueba de un sumo y estrecho amor han querido envejecer con nosotros en la Filosofía, nada les falte de lo necesario en cuanto mis facultades alcancen. Entregarán todos mis libros á Hermaco. Si éste muriese antes que los hijos de

(1) Entiéndese mes lunar, ó el día 20 de la luna, como declara Cicerón, libro *De finibus*.

Metióse luego en el caliente labro,
 Sorbió un poco de mero, y detrás deste
 -Bebió las frías aguas del Leteo.

11. Esta fué la vida de tal varón: esta fué la muerte. Testó de esta manera: «Doy todo cuanto tengo á Aminomaco de Bate, hijo de Filocrates, y á Timócrates de Pótamo, hijo de Demetrio, al tenor de la donación hecha á entrambos en el Metroo (1), con la condición que den el jardín y sus pertenencias á Hermaco de Mitilene, hijo de Agemarco, á los que filosofan con él, y á los que Hermaco dejare sucesores en la escuela para filosofar allí. Y á fin de que procuren conservar perpetuamente en lo posible los que filosofan bajo de mi nombre con Aminomaco y Timócrates la escuela que está en el jardín mismo, se lo entrego en depósito á ellos y á sus herederos del modo más valedero y firme, para que también ellos conserven el dicho jardín del modo mismo que aquellos á quienes éstos lo entregaren, como á discípulos y sucesores de mi escuela y nombre.

12. »La casa que tengo en Melite la entregarán Aminomaco y Timócrates á Hermaco, para habitarla durante su vida, y los que con él filosofen. De las rentas que hagan los bienes que he dado á Aminomaco y á Timócrates, de acuerdo con Hermaco, tomarán la parte que se pueda, y la invertirán en sacrificios por mi padre, madre y hermanos, y por mí en el día de mi nacimiento, que, según costumbre, se celebra ya cada año en la primera decena de Gamelión. Y también se empleará en gastos de los confilosofantes que concurren el

(1) Templo de Atenas dedicado á la Gran Madre de los dioses.

día 20 (1) de cada mes, que está señalado para mi memoria y la de Metrodoro. Celebrarán también el día destinado á mis hermanos en el mes de Posidón, como yo he practicado, y el de Polieno en el mes de Metagitnión.

13. »Cuidarán igualmente Aminomaco y Timócrates de Epicuro, hijo de Metrodoro, y del hijo de Polieno, mientras estudian filosofía y viven con Hermaco. Igual cuidado tendrán de la hija de Metrodoro, la cual, llegada á la edad competente, la casarán con quien Hermaco eligiere de los que filosofan con él, siendo ella arreglada en costumbres y obediente á Hermaco. Entonces, Aminomaco y Timócrates les darán anualmente de mis rentas, para su mantenimiento, lo que les pareciere bastante, consultándolo con Hermaco. Harán dueño á Hermaco de las rentas, para que cada cosa se haga por su dirección y consejo, puesto que ha envejecido filosofando conmigo, y ha quedado director y principal de mis discípulos y escuela. La dote que se dará á la muchacha, ya núbil y llegada coyuntura de casarse, lo deliberarán Aminomaco y Timócrates, tomándola de los bienes, y con acuerdo de Hermaco.

14. »Cuidarán asimismo de Nicanor, según yo lo he practicado, para que cuantos han filosofado conmigo, puesto sus bienes en uso propio de todos nosotros, y dándonos prueba de un sumo y estrecho amor han querido envejecer con nosotros en la Filosofía, nada les falte de lo necesario en cuanto mis facultades alcancen. Entregarán todos mis libros á Hermaco. Si éste muriese antes que los hijos de

(1) Entiéndese mes lunar, ó el día 20 de la luna, como declara Cicerón, libro *De finibus*.

Metrodoro lleguen á la edad adulta, Aminomaco y Timócrates les darán, siendo ellos de vida arreglada, lo que de mis bienes les parezca necesario, atendido el alcance de la herencia. Y en suma, tomarán á su cuidado el que se hagan debidamente todas las demás cosas como quedan ordenadas. De mis esclavos, doy libertad á Mus, á Nicias y á Licón, como también la doy á Fedrilla mi esclava.»

15. Estando ya para morir, escribió á Idomeneo la carta siguiente: «Hallándonos en el feliz y último día de vida, y aun ya muriendo, os escribimos así: tanto es el dolor que nos causan la estranguria y la disentería, que parece no puede ser ya mayor su vehemencia. No obstante, se compensa de algún modo con la recordación de nuestros inventos y racionios. Tú, como es razón, por los testimonios de amor á mí y á la Filosofía que me tienes dados desde tu mocedad, tomarás á tu cargo el cuidado de los hijos de Metrodoro.» Hasta aquí su testamento.

16. Tuvo muchos y muy sabios discípulos, como Metrodoro (Ateneo, Timócrates y Sandes) (1) Lampaceno, el cual, desde que lo conoció, jamás se apartó de él, excepto seis meses que estuvo en su casa, y se volvió luego. Fué Metrodoro hombre en todo bueno, como escribe Epicuro en su testamento inserto arriba, y en su *Tercer Timócrates*. Siendo tal como era, casó á su hermana Batide con Idomeneo, y recibió en concubina á la meretriz Attica Leontio. Era constantísimo de ánimo con-

(1) Las palabras puestas entre paréntesis y claudatur son ciertamente espurias, intercaladas por algún semidocto, como prueba Gasendo en la *Vida de Epicuro*, y lo conocerá cualquiera por lo que se sigue.

tra las adversidades y contra la misma muerte, según dice Epicuro en el *Primer Metrodoro*. Dicen que murió siete años antes que aquél, á los cincuenta y tres de su edad. En efecto, Epicuro mismo, en el testamento puesto arriba, lo supone ya muerto, encargando encarecidamente el cuidado de sus hijos. Tuvo Metrodoro en su compañía á su arriba dicho hermano Timócrates. Los libros que escribió Metrodoro son: *A los Médicos*, tres libros; *De los sentidos*, á Timócrates; *De la magnanimidad*; *De la enfermedad de Epicuro*; *Contra (1) los Dialécticos*; *Contra los Sofistas*, nueve libros; *Aparato para la sabiduría*; *De la transmutación*; *De la riqueza*; *Contra Demócrito*; *De la nobleza*.

17. Fué también discípulo suyo Polieno de Lampsaco, hijo de Atenodoro, hombre benigno y amable, como lo llamó Filodemo. Lo fué igualmente su sucesor Hermaco Mitileneo (hijo de Agemarco, hombre pobre), el cual al principio seguía la Oratoria. De éste quedan excelentes libros, que son éstos: veintidós *Cartas acerca de Empedocles*; *De las Matemáticas*, contra Platón y contra Aristóteles. Murió en casa de Lisias este varón ilustre. También lo fueron Leonteo Lampsaceno y su mujer Temista, á la cual escribió Epicuro. Fuéronlo asimismo Colotes é Idomeneo, también Lampsacenos.

18. Estos fueron los discípulos más ilustres de Epicuro, á los cuales se añaden Polistrato, sucesor de Hermaco (á éste sucedió Dionisio, Basíledes), Apolodoro, el apellidado Κηποτύραννος (*cepotyrannos*) (2), que también fué célebre, habiendo escrito

(1) Πρὸς puede ser á, como antes, *A los médicos*, *A Timócrates*.

(2) Como si dijera *horti-tyrannus*.



más de quinientos libros; los dos Tolomeos Alejandrinos, el *negro* y el *blanco*. Zenón Sidonio, oyente también de Apolodoro, hombre que escribió mucho; Demetrio, el cognominado *Lacón*; Diógenes Tarsense, que escribió *Escuelas selectas* (1); Orión, finalmente, y otros, á quienes los verdaderos Epicúreos llaman *Sofistas*. Hubo además otros tres Epicúreos: uno, hijo de Leonteo y Temista; otro, natural de Magnesia, y otro que fué gladiator.

19. Epicuro escribió muchísimos libros, tanto que superó á todos en esto, pues sus volúmenes son hasta trescientos, y por defuera ninguno tiene otro título que *Estas son palabras de Epicuro*. Anduvo Crisipo celoso de él en los muchos escritos, como lo dice Carneades llamándolo *Parásito de los libros de Epicuro*; porque cuando éste escribía algo, luego salía Crisipo con otro escrito igual. Por esta razón escribió repetidas veces una misma cosa, no reviendo lo escrito antes, y hacinando especies apresuradamente sin corrección alguna. Son también tantas las citaciones y pasajes de autores que incluye en sus obras, que hay libros enteros que no contienen otra cosa; lo que también hallamos en Zenón y en Aristóteles.

20. Tantos, pues, y tan grandes son como he dicho los libros de Epicuro; pero los más importantes son éstos: treinta y siete libros *De la Naturaleza*; *De los átomos y del vacuo*; *Del amor*; *Epítome de los escritos contra los físicos*; *Dudas contra los Megaricos*; *Sentencias selectas*; *De las Sectas*; *De las plantas*; *Del Fin*; *Del Criterio ó Regla*; *Cheredemo ó de los dioses*; *De la santidad ó Hegesianax*; cuatro libros *De las Vidas*; *De las obras justas*; Neo-

(1) Eran anotaciones, escolios ú observaciones selectas.

cles, á Temista; *Convite; Euríloco; A Metrodoro; De la vista; Del ángulo del átomo; Del tacto; Del hado; Opiniones acerca de las pasiones, á Timócrates; Pronóstico; Exhortatorio; De las imágenes mentales; De la fantasía; Aristóbolo; De la Música; De la justicia y demás virtudes; De los dones y gracia (1); Polimedes; Timocrates, tres libros; Metrodoro, cinco; Antidoro, dos; Opiniones acerca de las enfermedades, á Mitre; Calístolas; Del Reino; Anamenes; Epístolas.*

21. Procuraré dar un sumario de los dogmas y opiniones contenidas en estos libros, trayendo tres cartas suyas, en las cuales comprende toda su filosofía. Pondré también sus sentencias escogidas, y otras cosas que parezcan dignas de notar, á fin de que sepas cuán gran varón fué éste en todo, si es que yo soy capaz de juzgarlo. La carta primera la escribe á Herodoto, y es acerca de las cosas naturales; la segunda á Pitocles, y trata de los cuerpos celestes (2); y la tercera á Meneceo, en la cual se contienen las cosas necesarias á la vida. Comenzaré, pues, por la primera, luego después de haber dicho alguna cosa sobre la división de la Filosofía, según su sentencia.

22. Divide la Filosofía en tres partes ó especies, *canónica, física y moral*. La *canónica* contiene el ingreso ó aparato á las operaciones, y la da en el libro intitulado *Canon*. La parte *física* encierra toda la contemplación de la naturaleza, y se halla en sus treinta y siete libros *De la Naturaleza*, y en sus *Cartas* por orden alfabético. Y la *moral* trata de la *elección y fuga*, y se contiene en los libros *De*

(1) Esto es, del favor conseguido por dones y regalos.

(2) Περὶ μεταρσιῶν, *rerum sublimium*.

las *Vidas* (1), en las *Cartas*, y en el libro *Del fin*. Pero se ha acostumbrado poner la *canónica* unida á la *física*, y la llaman *criterio*, *principio* y *parte elemental* ó *institutiva*. A la parte física la intitulan *De la generación y corrupción*, y *De la naturaleza*. Y á la moral, *De las cosas elegibles y evitables*, *De las Vidas* y *Del Fin*.

23. Reprueban la Dialéctica como superflua, pues en cualquiera cosa les basta á los físicos entender los nombres. Y Epicuro dice en su *Canon* que los criterios de la verdad son los sentidos, las anticipaciones y las pasiones; pero los Epicúreos añaden las accesiones fantásticas de la mente; bien que el mismo Epicuro dice esto en el *Epítome á Herodoto* y en las *Sentencias escogidas*: «Todo sentido, dice, es irracional é incapaz de memoria alguna; pues ni que se mueva por sí mismo ni que sea movido por otro, puede añadir ni quitar cosa alguna. Tampoco hay quien pueda reconvenirlos: no un sentido homogéneo á otro homogéneo, por ser iguales en fuerzas: no un sentido heterogéneo á otro heterogéneo, por no ser jueces de unas mismas cosas: ni tampoco un sentido á otro sentido, pues los tenemos unidos todos. Ni aun la razón puede reconvenirlos, pues toda razón pende de los sentidos, y la verdad de éstos se confirma por la certidumbre de las sensaciones. Efectivamente, tanto subsiste en nosotros el ver y oír, como el sentir dolor. Así que las cosas inciertas se notan

(1) Que arriba, pár. 20, dijo eran cuatro. Entiendo que en estos libros comprendía Epicuro la parte moral de su Filosofía, cuyo extracto nos ha quedado en su tercera Carta. Así, aunque en los tres lugares se traduce comúnmente el *περί βίτων*, *De las vidas*, no dudo pueda traducirse *Del modo de vida*.

por los signos de las evidencias. Aun las operaciones del entendimiento dimanán todas de los sentidos, ya por incidencia, ya por analogía, ya por semejanza y ya por complicación (1); contribuyendo también algo el raciocinio. Los fantasmas (2) de maniáticos y los que tenemos en sueños son verdaderos y reales, puesto que mueven; y lo que no es no mueve.»

24. A la *anticipación* la entienden como comprensión, opinión recta, cogitación (3), ó como un general conocimiento innato, esto es, la reminiscencia de lo que hemos visto muchas veces, v. gr., *tal como esto es el hombre*; pues luego que pronunciamos *hombre*, al punto por anticipación conocemos su forma (4), guiándonos los sentidos. Así, que cualquiera cosa, luego que se le sabe el nombre, ya está manifiesta; y ciertamente no inquiriríamos lo que inquirimos si antes no lo conociésemos, v. gr., cuando decimos *lo que allá lejos se divisa, ¿es caballo ó buey?* Para esto es menester tener anticipadamente conocimiento de la forma del caballo y del buey, pues no nombraríamos una cosa no habiendo aprendido con anticipación su figura. Luego las anticipaciones son evidentes. También lo opinable pende de alguna cosa antes manifiesta, á la cual referimos lo que hablamos, v. gr., diciendo: *¿De dónde sabemos si esto es hombre?*

25. A la opinión la llaman también *conjetura* ó

(1) σύνθεσιν.

(2) Φαντάσματα.

(3) Uso esta voz puramente latina para expresar mejor la griega νένοισιν. El buen concepto que tengo formado de los lectores me alienta en estas materias á desestimar el sobrecejo de los puristas.

(4) Τύπος.



existimación; y dicen que es verdadera ó falsa; á saber: si la atestigua alguna prueba, ó bien si no hay testimonio que la refute, es verdadera; y si no hay prueba que la asevere, ó la hay que la refute, es falsa. De aquí se introdujo la voz *permaneciente*; v. gr., *permanecer cerca y acercarse á la torre, y observar cuál aparece de cerca.*

26. Dicen que las pasiones son dos, *deleite y dolor*, las cuales residen en todos los animales: una es doméstica ó propia; la otra es ajena; y por ellas se juzgan las *elecciones y fugas*. Que las cuestiones unas son de cosas, y otras de solo nombre ó voz. Hasta aquí de la división y criterio sumariamente. Ahora vamos á la carta.

CEPICURO Á HERODOTO: GOZARSE.

27. »Para los que no puedan, oh Herodoto, indagar cada cosa de por sí de las que he escrito acerca de la Naturaleza, ni estudiar libros voluminosos, hago este resumen de todo ello, á fin de darles un entero y absoluto memorial de mis opiniones y de que puedan en cualquiera tiempo valerse de él en las cosas más importantes, caso que se dediquen á la contemplación de la Naturaleza. Aun los aprovechados en el estudio del universo deben esculpir en la memoria una imagen elemental de todo, pues más necesitamos de un prontuario general y memorial abreviado, que de las cosas en particular. Entraremos, pues, en él, y lo encomendaremos repetidas veces á la memoria, para que cuando emprendamos la consideración de cosas importantes concebidas antes, é impresas en la memoria las imágenes ó elementos generales, hallemos también exactamente las particulares. Lo primero y princi-

pal en un aprovechado es poder usar diestramente de su discurso cuando se ofrezca, tanto en los compendios simples y elementales, cuanto en la contemplación de las voces. Ello es que no es posible sepa la inmensa muchedumbre de las cosas en general quien no sabe reducir á pocas palabras toda su serie y cuanto se halle tratado antes particularmente. Por lo cual, siendo útil á cuantos se dedican á la fisiología este metodo de escribir, y amonestado muchas veces á ejecutarlo por los físicos, singularmente los dados á esta tranquilidad de vida, conviene formar este tal cual compendio de los primeros elementos de las opiniones.

28. »Primeramente, pues, oh Herodoto, conviene entender el significado de las voces, para que con relación á él podamos juzgar de las cosas, ya opinemos, ya inquiramos, ó ya dudemos, á fin de que no resulte un proceso en infinito andando las cosas vagas é irresolutas, y no estemos sólo con lo vano de las voces. Es, pues, necesario lo primero atender á la noción de cada palabra, y ya nada necesita de demostración, pues tendremos lo inquirido, lo dudado y lo opinado sobre que nos aprovechemos. O bien conviene observar todas las cosas según los sentidos, y simplemente según las acepciones, ya del entendimiento, ya de cualquiera criterio. En el mismo grado se hallan las pasiones; con lo cual tenemos por donde notar lo permanente y lo cierto (1).

29. »Conocidas estas cosas, conviene ya ver las ocultas. Será lo primero, que nada se hace de nada ó de lo que no existe; pues de lo contrario, todo

(1) Leo δηλον por ἄδηλον que tiene el texto común, siguiendo el parecer de Kühnio.

nacería de todo sin necesitar de semillas. Y si lo que se corrompe no pasara á ser otra cosa, sino á la no existencia, ya todo se hubiera acabado. Pero el universo siempre fué tal cual es hoy, tal será siempre, y nada hay en que se convierta; pues fuera del mismo universo nada hay á que pueda pasar y en que pueda hacer mudanza. Esto ya lo dije al principio del *Epítome mayor*, y en el primero de los libros *De la Naturaleza*. El universo es cuerpo; y que hay cuerpos en todo, lo atestigua el sentido, estribando en el cual, es fuerza concluir de lo oculto por medio del raciocinio, como dije antes. Si no hubiese el que llamamos vacuo, el lugar, y la naturaleza intocable (1), no tendrían los cuerpos adonde estuviesen, ni por donde se moviesen, como es claro se mueven. Fuera de esto, nada puede entenderse ni aun por imaginación, comprensivamente, ó analogamente á lo comprensible, como que está recibido por todas las naturalezas, y no como que se llaman secuelas y efectos de ello. [Esto mismo dice en el libro I *De la Naturaleza*, en el XIV, en el XV y en el *Epítome grande*] (2).

30. »De los cuerpos, unos son concreciones y otros son cuerpos simples de que las concreciones se forman. Son éstos indivisibles é inmutables, puesto que no pueden pasar todos á la no existencia, antes bien perseveran firmes cuando se disuelven los compuestos, siendo llenos (3) por naturaleza, y no tienen en qué ni cómo se disuelvan. Así,

(1) ἀναφθ.

(2) Este último período es de Laercio; y tendrá el lector que sufrir otros muchos que va intercalando fastidiosamente entre las palabras de Epicuro. Yo procuraré indicarlos encerrándolos entre paréntesis rectangulares.

(3) Πλήρη, como si dijera compactos, sólidos y sin poros.

los principios de las cosas precisamente son las naturalezas de estos cuerpos *átomos* ó *indivisibles*. Aun el universo es infinito é ilimitado: porque lo que es limitado tiene término ó extremo: el extremo se mira por causa de otro: así, lo que no tiene extremo tampoco tiene fin; lo que no tiene fin es infinito y no limitado. El universo es infinito, ya por la muchedumbre de estos cuerpos, ya por la magnitud del vacuo: porque si el vacuo fuese infinito y los cuerpos finitos, nunca estos cuerpos reposarían, sino que andarían dispersos por el vacuo infinito, no teniendo quien lo fijase y comprimiase en sus choques y percusiones. Si el vacuo fuese finito y los cuerpos infinitos, no tendrían estos cuerpos infinitos adonde estar.

31. »Más: estos cuerpos indivisibles y llenos, de los cuales se forman las concreciones y en los cuales se disuelven, son incomprensibles ó incapaces de ser circunscritos, por la variedad de sus figuras; pues no es posible que la gran diferencia de estas mismas figuras conste de átomos comprendidos. Y más, que cada figura contiene simplemente infinitos átomos; aunque en las diferencias ó variedades no son simplemente infinitos, sino sólo incomprensibles. [Pues, como dice más abajo, no hay división en infinito. Dice esto porque sus cantidades se mudan; si no es que alguno las eche simplemente al infinito aun en cuanto á las magnitudes.]

32. »Los átomos se mueven continuamente (1). [Y más abajo dice «que se mueven con igual celeridad de movimiento, prestándoles el vacuo perpetuamente semejante viaje, tanto á los levísimos cuanto á los gravísimos. Que unos están muy dis-

(1) *συνεχῶς*, *crebrè*, *frequentèr*.

tantes entre sí; otros retienen su trepidación cuando están inclinados á complicarse, ó son corroborados (1) por los complicables. La naturaleza del vacuo que separa cada átomo es quien obra esto, ya que no puede darles firmeza. La solidez que ellos tienen causa su trepidación y movimiento, á efectos de la colisión. Que estos átomos no tienen principio, supuesto que ellos y el vacuo son causa de todo.» Dice también más adelante: «Que los átomos no tienen ninguna cualidad, excepto la figura, la magnitud y la gravedad.» Y en el libro décimo de sus *Elementos* ó *Instituciones* afirma: «Que el color de los átomos se cambia según la variedad de sus posiciones; como también que acerca de ellos no se trata de magnitud propiamente tal (2), puesto que el átomo nunca se percibió por los sentidos.»] Esta voz, cuando se recuerda todo esto, envía á la mente un tipo ó imagen idónea de la naturaleza de las cosas.

33. »Hay infinitos mundos, sean semejantes ó desemejantes; pues siendo los átomos infinitos, como poco ha demostramos, son también llevados remotísimamente. Ni los átomos (de los cuales se hizo ó se pudo hacer el mundo) quedaron absumidos en un mundo ni en infinitos; en semejantes á éste, ó en desemejantes. Así, no hay cosa que impida la infinidad de mundos. Aun los tipos ó imágenes son semejantes en figura á los sólidos y firmes, no obstante que su pequeñez dista mucho de lo perceptible y aparente. Ni estas separaciones ó

(1) στεναζόμεναι puede significar *cubiertos*.

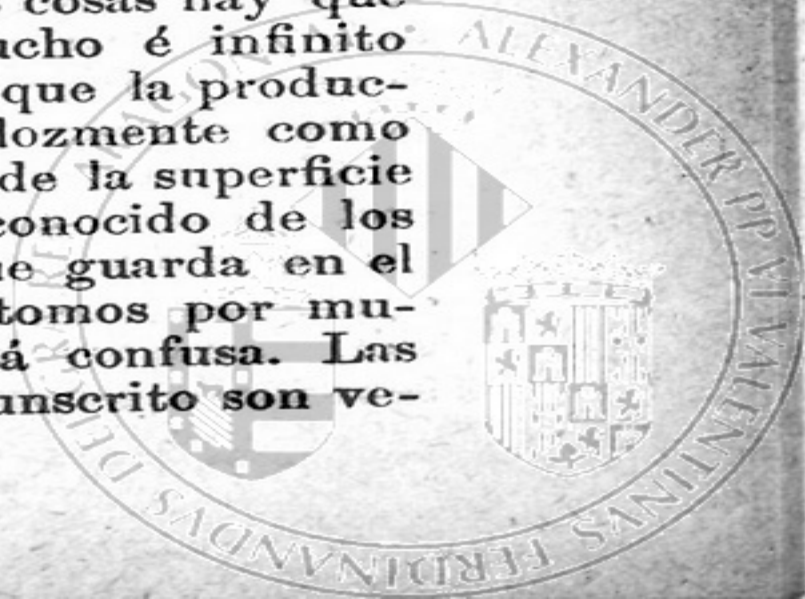
(2) Así traduzco las palabras πάν τε μέγεθος μη εἶναι περὶ αὐτάς. Kühnio traduce: *non quævis magnitudo sub sensum cadens*; lo cual milita contra Demócrito, que admitió átomos sensibles.

apartamientos pueden no hacerse en lugar circunscrito, ni la aptitud no proceder de la operación de los vacuos y pequeñeces, ni los efluvios dejar de conservar en adelante la situación y base que tienen en los sólidos. Á estos tipos los llamamos *imágenes*. Asimismo, este llevamiento hecho por el vacuo sin choque alguno con otras cosas, es tan veloz, que corre una longitud incomprensible por grande, en un punto indivisible de tiempo; pues igual lentitud y velocidad reciben con la repercusión y la no repercusión. Ni por eso el cuerpo que es llevado hacia bajo llega á muchos lugares igualmente, según los tiempos que especulamos por la razón, pues esto es incomprensible; y él viene juntamente en tiempo sensible de cualquiera paraje del infinito, pero no viene de aquel de quien concebimos es hecho el llevamiento. Lo mismo sucederá á la repercusión, aunque mientras tanto dejemos sin interrupción lo breve del llevamiento.

34. »Es útil poseer este principio, ó sea elemento, por razón que las imágenes buenas y provechosas usan de las más extremadas tenuidades. Tampoco se les opondrá ninguna cosa aparente, y por eso tienen una velocidad extrema, siéndoles proporcionado y conmensurable todo poro ó conducto. Además que á su infinito nada ó pocas cosas hay que causen obstáculo, cuando á lo mucho é infinito siempre hay quien obste. Añádese que la producción de las imágenes se hace tan velozmente como el pensamiento. El flujo de efluvios de la superficie de los cuerpos es continuo, y desconocido de los sentidos, por la plenitud opuesta que guarda en el sólido la situación y orden de los átomos por mucho tiempo; si bien alguna vez está confusa. Las congresiones en el contenido ó circunscrito son ve-

apartamientos pueden no hacerse en lugar circunscrito, ni la aptitud no proceder de la operación de los vacuos y pequeñeces, ni los efluvios dejar de conservar en adelante la situación y base que tienen en los sólidos. Á estos tipos los llamamos *imágenes*. Asimismo, este llevamiento hecho por el vacuo sin choque alguno con otras cosas, es tan veloz, que corre una longitud incomprensible por grande, en un punto indivisible de tiempo; pues igual lentitud y velocidad reciben con la repercusión y la no repercusión. Ni por eso el cuerpo que es llevado hacia bajo llega á muchos lugares igualmente, según los tiempos que especulamos por la razón, pues esto es incomprensible; y él viene juntamente en tiempo sensible de cualquiera paraje del infinito, pero no viene de aquel de quien concebimos es hecho el llevamiento. Lo mismo sucederá á la repercusión, aunque mientras tanto dejemos sin interrupción lo breve del llevamiento.

34. »Es útil poseer este principio, ó sea elemento, por razón que las imágenes buenas y provechosas usan de las más extremadas tenuidades. Tampoco se les opone ninguna cosa aparente, y por eso tienen una velocidad extrema, siéndoles proporcionado y conmensurable todo poro ó conducto. Además que á su infinito nada ó pocas cosas hay que causen obstáculo, cuando á lo mucho é infinito siempre hay quien obste. Añádese que la producción de las imágenes se hace tan velozmente como el pensamiento. El flujo de efluvios de la superficie de los cuerpos es continuo, y desconocido de los sentidos, por la plenitud opuesta que guarda en el sólido la situación y orden de los átomos por mucho tiempo; si bien alguna vez está confusa. Las congresiones en el contenido ó circunscrito son ve-



loces, por no ser necesario que la plenitud se haga según la profundidad; y hay algunos otros modos que producen estas naturalezas: ni cosa alguna de éstas relucta á los sentidos si atiende uno á cómo las imágenes producen las operaciones cuando de las cosas externas remiten á nosotros las simpatías, ó sea correspondencias.

35. »Conviene, pues, juzgar que cuando entra alguna cosa externa en nosotros, vemos sus formas y las percibimos con la mente. Ni las cosas externas pueden descubrirnos su naturaleza, su color y su figura de otro modo que por el aire que media entre nosotros y ellas; ó bien por los rayos ó por cualesquiera emisiones ó efluvios que de nosotros parten á ellas. Así que nosotros vemos viniendo de las cosas á nosotros ciertos tipos ó imágenes de los colores y formas semejantes, arregladas á una proporcionada magnitud, y entrándonos brevísimamente en la vista ó en el entendimiento. Después, cuando volvemos la fantasía por la misma causa de uno y continuo, y conservamos la simpatía del sujeto según la conmesurada fijación nacida de allí y de la plasmación de los átomos según la profundidad en el sólido, y la imaginación que concebimos claramente por el entendimiento por los órganos sensorios, sean de forma, sean de accidentes; ésta es la forma del sólido, engendrada según la densidad sobrevenida, ó sea el vestigio remanente de la imagen.

36. »En lo que opinamos hay siempre falsedad y error cuando por testimonio no se confirma, ó por testimonio se refuta: y no atestiguado después según el movimiento que persevera en nosotros de la acción fantástica ó imaginaria, por medio de cuya separación se comete el engaño. La semejanza de

los fantasmas recibidos como imágenes, ya sea en sueños, ya por cualesquiera otras acepciones de la mente, ya por los demás sentidos, no estarían adonde están, ni se llamarían verdaderas si no fuesen algo, á saber, aquello á que nos dirigimos ó arrojamus. Ni habría error si no recibiésemos también algún otro movimiento en nosotros mismos, unido sí, pero que tiene intervalo. Según este movimiento unido (bien que con intervalo) á la acción fantástica, si no se confirma con testimonio, ó si con testimonio se contradice, se hace la falsedad ó mentira; pero si se confirma con testimonio, ó con testimonio no se refuta, se hace la verdad. Importa, pues, mucho retener esta opinión, á fin de que ni se borren los criterios acerca de las operaciones, ni el error confirmado igualmente lo perturbe todo.

37. » La audición se hace siendo llevado algún viento de voz ó de ruido, que de algún modo prepare la pasión acústica ó auditiva. Esta efusión se esparce en partículas de igual mole, que conservan consigo cierta mutua simpatía, unidad y virtud propia, la cual penetra hasta donde se envían ó dirigen, y que por lo regular es causa de que el otro sienta ó perciba. Pero si no, prepara por lo menos lo externo solamente, pues sin dimanar de allí alguna simpatía, ciertamente no se haría semejante percepción. Así que no conviene creer que es el aire quien recibe la impresión de la voz (ó de otras cosas) que viene, pues sufrirá muchos defectos en el padecer esto por ella; sino que la percusión que nos da la voz despedida se hace por ciertas partículas ó moléculas de la efusión aérea capaces de obrarla, la cual nos prepara la pasión acústica. Lo mismo es del olfato que de la audición, pues nunca operaría esta pasión si no hubiera ciertas

moléculas dimanadas de las cosas conmensuradas á mover el órgano sensorio. Algunas de ellas andan perturbada é impropriamente; otras ordenada y propriamente.

38. » Se ha de suponer que los átomos no traen cualidad alguna de cuanto aparece, excepto la figura, gravedad, magnitud y demás cosas que necesariamente se siguen á la figura (1), pues toda cualidad se muda; pero los átomos no se mudan, porque es preciso que en las disoluciones de los concretos quede alguna cosa sólida é indisoluble, la cual no se mude en lo que no es, ni de aquello que no es, sino según la trasposición en muchas, y en algunas según la accesión y retrocesión. Así que es preciso que las inmutables sean incorruptibles y no tengan naturaleza de cosa mudable, sino corpúsculos y figuraciones propias. Es necesario, pues, que permanezcan. Y en las cosas que en nosotros voluntariamente se transforman, se recibe la figura que en ellos permanece; pero las cualidades que no están en lo que se muda, no quedan con ella, sino que de todo el cuerpo se aniquilan y destruyen. Pueden, pues, las cosas que restan hacer suficientemente diversas concreciones, ya que es preciso queden algunas cosas y no todas paren en el no ser.

39. » No se ha de creer que en los átomos hay magnitud absoluta (2), pues acaso lo que aparece podría atestiguar lo contrario; sino que hay ciertas mutaciones en las magnitudes. Siendo esto así, se podrá mejor dar razón de las cosas que se hacen

(1) Meibonio dice que el color es una de éstas.

(2) Como en la nota 2.ª, pág. 251.

según las pasiones y sentidos. El tener los átomos magnitud absoluta ó sensible (1), de nada serviría á las diferencias de las cualidades. Además, que si la tuvieran, los átomos se nos presentarían visibles, lo cual no vemos acontezca, ni podemos concebir cómo pueda el átomo hacerse visible. Añádese á esto, que no se debe juzgar que en un cuerpo finito haya infinitos corpúsculos y de cualquiera tamaño. Y así, no sólo se debe quitar la sección ó división en infinito de mayor en menor (á fin de no debilitar todas las cosas, y luego nos veamos obligados con la compresión á extenderlas, como se hace con la compresión de muchos corpúsculos agregados), sino que ni se ha de tener por dable la transición de las cosas finitas en infinitas, aun de mayor á menor. Ni tampoco luego que se dice que una cosa tiene infinitos corpúsculos ó de cualesquiera tamaños, se puede entender claramente cómo esta magnitud pueda ser también finita, pues cuando los corpúsculos tienen cantidad cierta, es evidente que no son infinitos; y al contrario, siendo ellos de magnitud determinada, lo sería también la magnitud misma, siendo así que su extremidad es de tenuidad infinita (2). Y si esta extremidad no se ve por sí misma, no hay modo de entender lo que desde ella se sigue; y siguiendo así en adelante, será fuerza proceder en infinito con la mente.

(1) También aquí como en dicha nota 2.^a, pág. 251.

(2) Lucrecio, lib. 1, v. 593, dice:

*Tum porro, quoniam extremum cujusque cacumen
Corporis est aliquod nostri quod cernere sensus
Jam nequeunt, id nimirum sine partibus extat,
Et minima constat natura.....*

40. »Débese también considerar en lo mínimo (1) que hay en el sentido, que ni es tal como lo que tiene mutaciones, ni tampoco del todo desemejante, sino que tiene algo de común con las digresiones; pero no tiene intervalo de partes. Y cuando por la semejanza de comunión creemos haber comprendido algo de él, prescindiendo de una y otra parte, precisamente hemos de incidir en igualdad. Luego contemplamos estas cosas comenzando de lo primero; y no en sí mismo, ni porque une partes á partes, sino en la propiedad de éstas, la cual mide sus magnitudes, mucho las grandes y poco las pequeñas. Por esta analogía se ha de juzgar el uso de la pequeñez ó mínimo del átomo, pues consta que en pequeñez se diferencia de lo que vemos por el sentido, pero usa de la misma analogía. Y que el átomo tenga magnitud por dicha analogía, lo hemos argüido, dándole pequeñez solamente, excluyendo la longitud. Más: se ha de juzgar que las longitudes tienen sus confines mínimos, pero no confusos, los cuales por sí mismos proporcionan dimensión á los átomos mayores y menores, por la contemplación del raciocinio en las cosas visibles; pues lo que tienen de común con los inmutables basta para llegar á perfeccionar lo que son hasta entonces.

41. »La conducción unida (2) de los que tienen

(1) Lucrecio, lib. I, v. 749:

*Nec prorsum in rebus Minimum consistere quicquam:
Cum videamus id extremum cuiusque cacumen
Esse, quod ad sensus nostros Minimum esse videtur,
Conjicere ut possis ex hoc, quod cernere non quis
Extremum quod habent, Minimum consistere rebus.*

(2) συμφορησις, esto es, el llevarse consigo lo que es movido, á otro que no lo era.

movimiento no puede hacerse; y de lo infinito, sea supremo ó ínfimo, no se ha de decir que está arriba ó abajo, pues sabemos que si lo que se entiende estar sobre la cabeza lo suponemos procedente en infinito; nunca se nos manifestará; ni lo que está debajo de lo así entendido será tampoco infinito á un mismo tiempo hacia arriba y hacia abajo, pues esto no puede entenderse. Así que de la conducción ó progreso en infinito, sólo se ha de concebir una hacia arriba y otra hacia abajo; aunque infinitas veces lo que nosotros llevamos hacia lo que está sobre nuestra cabeza, llega á los pies de las cosas superiores, ó bien á las cabezas de las inferiores lo que llevamos hacia abajo. Con todo, el movimiento universal opuesto uno á otro, se entiende en infinito.

42. »Es también preciso tengan los átomos igual velocidad cuando son llevados por el vacío sin chocar con nadie (1), pues suponiendo que nada encuentran que les obste, ni los graves corren más que los leves, ni los menores más que los mayores, teniendo todos su conducto conmensurado ó proporcionado (2), y no hallando tampoco quien les impida ni el llevamiento ó movimiento superior, ni el oblicuo por los choques, ni el inferior por los pesos propios. En cuanto uno retiene á otro, en tanto tendrá movimiento, unido á la mente é inteligencia, mientras que nada se le oponga ó extrínsecamente, ó por el propio peso, ó por la fuerza del que

(1) Lucrecio, lib. II, v. 238:

*Omnia quapropter debent per inane quietum
Æque, ponderibus non æquis concita ferri.*

(2) Lucrecio, lib. II, v. 397:

Singula per cujusque foramina permeare.



choca. Aun las concreciones hechas no serán llevadas una más velozmente que otra, siendo los átomos iguales en velocidad, por ser llevados á un lugar mismo los átomos de tales concreciones, y en tiempo indivisible. Pero si no van á un lugar mismo, irán en tiempo considerado por la razón, si son ó no frecuentes sus choques, hasta que la misma continuación del llevamiento los sujete á los sentidos.

43. » Lo que opinan juntamente acerca de lo invisible, á saber, que los tiempos que se han de considerar por la razón deben tener movimiento perenne, no es verdadero en nuestro asunto, pues todo lo que se ve, ó lo que por accesión recibe la inteligencia, es verdadero. Después de todo esto, conviene discurremos del alma en orden á los sentidos y á las pasiones, pues así tendremos una solidísima prueba de que el alma es cuerpo compuesto de partes tenuísimas, difundido por toda la concreción ó conglomeración, pero muy semejante á espíritu, que tiene temperamento cálido, de un modo parecido á éste, de otro modo parecido á aquél. En particular recibe muchas mutaciones por la tenuidad de sus partes, y aun por las partes mismas; pero ella tiene más simpatía con la concreción suya que con toda la restante. Todo esto lo declaran las fuerzas del alma, las pasiones, los movimientos ligeros, los pensamientos y demás cosas, las cuales si nos faltan, morimos.

44. » También se ha de tener por cierto que el alma tiene mucha causa en el sentido; pero no la tendría si en cierto modo no la cubriese todo lo demás del concreto. Y aunque este resto del concreto le prepara esta causa, y es partícipe del evento mismo, no lo es, sin embargo, de todos los que ella

posee ; por lo cual, apartándosele el alma, ya no tiene sentido, pues él no participaba en sí de aquella virtud, sino que la naturaleza la preparó al otro, como engendrado con él : lo cual ejecutándolo por una virtud perfecta para con él, y consumándolo luego según el movimiento sensible sobrevenido, lo comunica por un influjo común y simpatía, como dije. Así, aun coexistiendo el alma, quitada alguna otra parte, nunca queda el sentido entero (1): como también ésta perecería juntamente disolviéndose quien la cubre, ya sea todo, ya sea alguna parte en quien resida la agudeza y eficacia del sentido. Lo restante del concreto ó masa que queda, sea unido, sea por partes, no tiene sentido separada el alma ; pues á la naturaleza de ésta pertenece una gran multitud de átomos. Y así, disuelta la concreción, se esparce y difunde el alma, y no tiene ya las mismas fuerzas, ni se mueve. Tampoco le queda el sentido, porque no se puede entender que ella sienta sino es usando dichos movimientos en este compuesto, cuando lo que la cubre y contiene no es tal cual es aquello en que existiendo tiene dichos movimientos.

45. [Todavía dice esto mismo en otros lugares; y que el alma se compone de átomos sumamente lisos y redondos (2), muy diferentes de los del fuego ; y que lo que está esparcido por lo demás del cuerpo es la parte irracional de ella ; pero que la parte racional es la que reside en el pecho, como se manifiesta por el miedo y por el gozo. Que el sueño se hace cuando por el trabajo padecen las

(1) Παναίσθησις ponen Meibomio y Kühnio, en lugar de ἀναισθησία que se leía comunmente.

(2) στρογγυλωτάτων.

partes del alma difundidas por toda la masa corpórea; por ser retenidas ó por divagar, y luego caen unidas con las divagantes. Que el esperma se recoge de todos los cuerpos (1); y conviene notar que no es incorpóreo, pues lo dice según la frecuencia del nombre, y no de lo primero que de él se entiende. Según él, no es inteligible lo incorpóreo sino en el vacío. Este vacío ni puede hacer ni padecer; sino que por sí solo da movimiento á los cuerpos. Así, los que dicen que el alma es incorpórea, deliran; pues si fuera tal, no podría hacer ni padecer; pero nosotros vemos prácticamente en el alma ambos efectos.]

46. » Quien refiera á las pasiones y sentidos estos raciocinios acerca del alma, y tenga presente lo que dijimos al principio, entenderá bastante estar todo comprendido en los tiempos, de manera que pueda explicarse por partes con toda seguridad y firmeza. Lo mismo se ha de decir de las figuras, los colores, las magnitudes, las gravedades y demás cosas predicadas de los cuerpos como propias de ellos y existentes en todos, á lo menos en los visibles ó en los conocidos por los sentidos y que por sí mismos no son naturalezas. Esto no puede entenderse ni como lo no existente, ni como algunas cosas incorpóreas existentes en el cuerpo, ni como partículas de éste, sino como todo el cuerpo que tiene universalmente naturaleza eterna compuesta de todas estas cosas, ni puede ser conducido sin ellas: como cuando de los mismos corpúsculos se forma una masa ó concreción mayor, sea de los primeros, ó de magnitudes de el todo, pero en algo menores; sino sólo, como digo, que tiene de todos ellos su naturaleza

(1) De todos los corpúsculos de que el cuerpo humano consta.

eterna. También se ha de saber que todas estas cosas tienen sus propias adiciones é intermisiones, pero siguiéndole la concreción, y no separándosele nunca, sino aquella que, según la inteligencia concreta del cuerpo, recibe el predicado. También acontece muchas veces á los cuerpos el seguirseles lo que no es eterno ni incorpóreo aun en las cosas invisibles. De manera, que usando de este nombre según la común acepción, manifestamos que los accidentes ni tienen la naturaleza de el todo á la cual llamamos *cuerpo*, tomada en concreto, ni la de los que perpetuamente le siguen, sin los cuales no puede imaginarse cuerpo. Pero según ciertas adiciones, siguiéndose el concreto, nombramos cada cosa; y á veces la contemplamos cuando acaece cada una, aun no siguiéndose perpetuamente los accidentes.

47. »Ni esta perspicuidad ó evidencia se ha de expeler del ente, porque no tiene la naturaleza de el todo, á quien sobreviene algo, que también llamamos *cuerpo*; ni la de los que siguen eternamente, ni la de lo que se cree subsistir por sí mismo. Esto no se ha de entender acerca de dichas cosas, ni de las que suceden eternamente; sino que aun los accidentes se han de tener todos por cuerpos según aparecen, y no perpetuamente adjuntos ó siguientes: ni tampoco que tengan por sí mismos orden de naturaleza ó sustancia, sino que se ven conforme al modo que da el mismo sentido.

»48. También se debe considerar mucho que no se ha de inquirir el tiempo como inquirimos las demás cosas en el sujeto, refiriéndonos á las anticipaciones (1) que se ven en nosotros, sino que se ha

(1) Προλήψεις, *prænotiones*, *anticipationes*.

de raciocinar por el mismo efecto, según el cual pronunciamos, *mucho tiempo ó poco tiempo*, teniendo esto y usándolo innata ó congénitamente. Ni se han de ir cazando en esto ciertas locuciones como á mas hermosas, sino usar las que hay establecidas acerca de ello. Ni predicar de él ninguna otra cosa como que es consustancial al idioma mismo. Algunos lo ejecutan así; pero yo quiero se colija que aquí sólo recogemos y medimos lo que es propio en nuestro asunto; y esto no necesita demostración, sino reflexión, pues á los días y á las noches, y aun á sus partes, añadimos *tiempo*. Lo mismo hacemos en las pasiones, en las tranquilidades, movimientos y reparos, entendiendo de nuevo algún otro evento propio de ello acerca de estas cosas, según el cual nombramos el *tiempo*. [Esto lo dice también en el libro II *De la naturaleza* y en el *Epítome grande*.]

49. [Después de lo referido sigue diciendo: que se ha de creer que los mundos fueron engendrados de! infinito, según toda concreción finita semejante en densidad á las que vemos, siendo todas éstas discretas y separadas por sus propias revoluciones mayores y menores; y que luego vuelven á disolverse todas, unas con brevedad, otras con lentitud, padeciendo esto unas por éstas, y otras por aquéllas. Es, pues, constante que dice ser los mundos corruptibles, puesto que se mudan sus partes. Y en otros lugares dice que la tierra está sentada sobre el aire (1). Que no se debe juzgar que los mundos

(1) Lucrecio, lib. II, v. 601:

*Aris in spatio magnam pendere docentes
Tellurem.....*

necesariamente tienen una misma figura; antes que son diferentes lo dice en el libro XII tratando de esto, á saber: que unos son esféricos, otros elípticos, y otros de otras figuras; pero, no obstante, no las admite todas.]

50. »Tampoco los animales procedieron del infinito, porque nadie demostrará cómo se recibieron en este mundo tales semillas de que constan los animales, las plantas y todas las demás cosas que vemos, pues esto no pudo ser allá, y se nutrieron del modo mismo. De la misma forma se ha de discurrir acerca de la tierra. Se ha de opinar asimismo que la naturaleza de los hombres fué instruída y coartada en muchas y varias cosas por aquellos mismos objetos que la circundan, y que sobreviniendo á esto el raciocinio, extendió más aquellas nociones, aprovechando en unas más presto y en otras más tarde, pues unas cosas se hallan en períodos y tiempos largos desde el infinito, y otras en cortos. Así, los nombres al principio no fueron positivos, sino que las mismas naturalezas de los hombres teniendo en cada nación sus pasiones propias y propias imaginaciones, despiden de su modo en cada una el aire según sus pasiones é imágenes concebidas, y al tenor de la variedad de gentes y lugares. Después generalmente fué cada nación poniendo nombres propios, para que los significados fuesen entre ellos menos ambiguos y se explicasen con más brevedad. Luego añadiendo algunas cosas antes no advertidas, fueron introduciendo ciertas y determinadas voces, algunas de las cuales las pronunciaron por necesidad, otras las admitieron con suficiente causa, interpretándolas por medio del raciocinio.

51. »Respecto á los meteoros, el movimiento, el

regreso (1), el eclipse, el orto, el ocaso y otros de esta clase, no se ha de creer se hacen por ministerio, orden y mandato de alguno que tenga al mismo tiempo toda bienaventuranza con la inmortalidad, pues á la bienaventuranza no corresponden los negocios, las solicitudes, las iras, los gustos, sino que estas cosas se hacen por la enfermedad, miedo y necesidad de los que están contiguos. Ni menos unas naturalezas ígneas y bienaventuradas querrían ponerse en giro tan arrebatado; sino que el todo guarda aquel ornato y hermosura, puesto que, según los nombres, todas las cosas son conducidas á semejantes nociones, y de ellas nada parece repugna á aquella belleza, porque si no, causaría esta contrariedad gran perturbación en las almas. Y así, se ha de opinar que esta violenta revolución se hace según la que recibió al principio en la generación del mundo; y así cumple exactamente por necesidad este período.

»52. Además, se ha de saber que es obra de la fisiología la diligente exposición de las causas de las cosas principales, y que lo bienaventurado incide en ella acerca del conocimiento de los meteoros, escudriñando con diligencia qué naturalezas son las que se advierten en tales meteoros y cosas congénitas. Igualmente que tales cosas ó son de muchos modos, ó en lo posible, ó de otra diversa manera; pero que *simpliciter* no hay en la naturaleza inmortal y bienaventurada cosas que causen discordia ó perturbación alguna. Y es fácil al entendimiento conocer que esto es así. Lo que se dice acerca del ocaso, del orto, del retroceso, del eclipse y otras cosas de este género, nada conduce para

(1) El regreso del sol desde los trópicos ó solsticios.

la felicidad de la ciencia; y los que contemplan estas cosas tienen semejantemente sus miedos, pero ni saben de qué naturaleza sean, ni cuáles las principales causas, pues si las supiesen anticipadamente, acaso también sabrían otras muchas, no pudiendo disolverse el miedo por la precognición de todo ello según la economía de las cosas más importantes. Por lo cual son muchas las causas que hallamos de los regresos, ocasos, ortos, eclipses y demás á este modo, como también en las cosas particulares.

53. »Y no se ha de juzgar que la indagación sobre el uso de estas cosas no se habrá emprendido con tanta diligencia, cuanta pertenece á nuestra tranquilidad y dicha. Así que, considerando bien de cuántas maneras se haga en nosotros la tal cosa, se debe disputar sobre los meteoros y todo lo no explorado, despreciando á los que pretenden que estas cosas se hacen de un solo modo; y ni añaden otros modos, según la fantasía nacida de los intervalos, ni menos saben en quiénes no se halle la tranquilidad. Juzgando, pues, que debe admitirse el que ello se hace de tal modo, y de otros por quienes también hay tranquilidad, y enseñando que se hace de muchos modos, como si viésemos que así se hace, estaremos tranquilos.

— 54. »Después de todo esto se debe considerar mucho que la principalísima perturbación que se hace en los ánimos humanos consiste en que estas cosas se tienen por bienaventuradas é incorruptibles, y que sus voluntades, operaciones y causas son juntamente contrarias á ellas; en que los hombres esperan y sospechan, creyendo en fábulas, un mal eterno; ó en que, según esta insensibilidad, temen algo en la muerte, como si quedase el alma en ellos, ó aun en que no discurren en estas cosas y

la felicidad de la ciencia; y los que contemplan estas cosas tienen semejantemente sus miedos, pero ni saben de qué naturaleza sean, ni cuáles las principales causas, pues si las supiesen anticipadamente, acaso también sabrían otras muchas, no pudiendo disolverse el miedo por la precognición de todo ello según la economía de las cosas más importantes. Por lo cual son muchas las causas que hallamos de los regresos, ocasos, ortos, eclipses y demás á este modo, como también en las cosas particulares.

53. »Y no se ha de juzgar que la indagación sobre el uso de estas cosas no se habrá emprendido con tanta diligencia, cuanta pertenece á nuestra tranquilidad y dicha. Así que, considerando bien de cuántas maneras se haga en nosotros la tal cosa, se debe disputar sobre los meteoros y todo lo no explorado, despreciando á los que pretenden que estas cosas se hacen de un solo modo; y ni añaden otros modos, según la fantasía nacida de los intervalos, ni menos saben en quiénes no se halle la tranquilidad. Juzgando, pues, que debe admitirse el que ello se hace de tal modo, y de otros por quienes también hay tranquilidad, y enseñando que se hace de muchos modos, como si viésemos que así se hace, estaremos tranquilos.

54. »Después de todo esto se debe considerar mucho que la principalísima perturbación que se hace en los ánimos humanos consiste en que estas cosas se tienen por bienaventuradas é incorruptibles, y que sus voluntades, operaciones y causas son juntamente contrarias á ellas; en que los hombres esperan y sospechan, creyendo en fábulas, un mal eterno; ó en que, según esta insensibilidad, temen algo en la muerte, como si quedase el alma en ellos, ó aun en que no discurren en estas cosas y

padecen otras por cierta irracional confianza. Así, los que no definen el daño, reciben igual ó aun mayor perturbación que los ligeros que tales cosas opinaban.

55. »La imperturbación ó tranquilidad consiste en que, apartándonos de todas estas cosas, tengamos continua memoria de las cosas universales y principalísimas. Así, debemos atender á las presentes y á los sentidos, en común á las comunes, en particular á las particulares, y á toda la evidencia del criterio en el juicio de cada cosa. Si atendemos á esto, hallaremos ciertamente las causas de que procede la turbación y el miedo, y las disiparemos; como también las causas de los meteoros y demás cosas que de continuo suceden y que los hombres temen en extremo.

56. »Esto es, en resumen, amigo Herodoto, lo que te pensé escribir en orden á la naturaleza de todas las cosas. Su raciocinio va tan fundado, que si se retiene con exactitud, creo que aunque no ponga uno el mayor desvelo en entenderlo todo por partes, superará incomparablemente en comprensión á los demás hombres; pues explicará por sí mismo y en particular muchas cosas que yo trato aquí en general, aunque con exactitud; y conservándolo todo en la memoria, se aprovechará de ello en muchas ocasiones. En efecto, ello es tal, que los que ya hubiesen indagado bien las cosas en particular ó hubiesen entrado perfectamente en estas análisis, darán otros muchos pasos adelante sobre toda la Naturaleza; y los que todavía no hubiesen llegado á perfeccionarse en ellas, ó estudiasen esto sin voz viva que se lo explique, con sólo que apliquen la mente á las cosas principales, no dejarán de caminar á la tranquilidad de la vida.»

57. Esta es su carta sobre la naturaleza: la de los meteoros es la siguiente:

«EPICURO Á PITOCLES: GOZARSE.

»Dióme Cleón tu carta, por la cual ví permaneces en tu benevolencia para conmigo, digna por cierto del amor que yo te profeso, y que no sin inteligencia procurabas introducirte en asuntos tocantes á la vida feliz. Pedísteme te enviase un Compendio de los meteoros, escrito con buen estilo y método para aprenderlo fácilmente, ya que los demás escritos míos dices son arduos de conservar en la memoria, por más que uno los estudie de continuo. Abracé gustosamente tus ruegos, y quedé sorprendido con gratísimas esperanzas. Así, habiendo escrito ya todas las otras cosas, concluí también el tratado que deseas, útil sin duda á otros muchos, principalmente á los que poco há comenzaron á gustar de la genuina fisiología, y á los que se hallan en la profunda ocupación de negocios encíclicos (1) y continuos. Recibe, pues, atentamente estos preceptos, y recórrelos con cuidado tomándolos de memoria, junto con los demás que en un breve compendio envié á Herodoto.

58. »Primeramente se ha de saber que el *fin* en el conocimiento de los meteoros (ya se llamen conexos, ya absolutos) no es otro que el librarnos de perturbaciones, y con la mayor seguridad y satisfacción, al modo que en otras cosas. Ni en lo imposible se ha de gastar la fuerza, ni tener consideración igual en todas las cosas, ó á los discursos escritos acerca de la vida ó á las interpretaciones de

(1) Εγκυκλιων, continuos, que circulan.



otros problemas físicos, v. gr., que el universo es cuerpo y naturaleza intocable, ó que el principio son los átomos, y otras cosas así, que tienen única conformidad con las que vemos, lo cual no sucede en los meteoros. Pero éstos tienen muchas causas de donde provengan, y un predicado de sustancia cónsono á los sentidos. Ni se ha de hablar de la Naturaleza según axiomas y legislaciones nuevas, sino establecerlos sobre los fenómenos; pues nuestra vida no ha menester razones privadas ó propias, ni menos gloria vana, sino pasarla tranquilamente.

59. »Todo, pues, en todos los meteoros se hace constantemente de diversos modos, examinado concordemente por los fenómenos, cuando uno deja advertidamente lo probable que de ellos se dice. Cuando uno, pues, deja esto y desecha aquello que es igualmente conforme á lo que se ve, claro es que cayendo de todo el conocimiento de la Naturaleza, se ha difundido en la fábula. Conviene tomar algunas señales de lo que se perfecciona en los meteoros, y algunas también de los fenómenos que se hacen en nosotros, que se observan y que realmente existen, y no las que aparecen en los meteoros (1), pues no se puede recibir se hagan estas cosas de muchos modos. Debe, no obstante, separarse cualquiera imagen ó fantasma, y dividirlo con sus adherentes; lo cual no se opone á las cosas que acaecidas en nosotros, se perfeccionan de varios modos.

(1) Aunque por no apartarme de la inteligencia común de este período (acaso corrupto en parte) lo traduzco literalmente, tengo por muy probable que Laercio quiso decir *que conviene tomar algunas señales de las cosas que se hacen en los meteoros, para ir las aplicando á los fenómenos ya conocidos, y por éstos indagar aquéllos*. Otras muchas veces inculca este mismo precepto.

60. »El mundo es un complejo que abraza el cielo, los astros, la tierra y todo cuanto aparece, el cual es una parte del infinito, y termina en límite raro ó denso; disuelto éste, todo cuanto hay en él se confunde. O bien que termina en lo girado (1) ó en lo estable, por circunscripción redonda (2), triangular ó cualquiera otra; pues todas las admite cuando no hay fenómeno que repugne á este dicho mundo, en el cual no podemos comprender término. Que estos mundos sean infinitos en número puede comprenderse con el entendimiento, y que un tal mundo puede hacerse ya en el mundo mismo, ya en el intermedio (así llamo al intervalo entre los mundos) en lugar de muchos vacuos, y no en grande, limpio y sin vacuo, como dicen algunos. Quieren haya ciertas semillas aptas, procedidas de un mundo, de un intermundio, ó bien de muchas, las cuales poco á poco reciben aumento, coordinación y mutación de sitio si así acontece, y que son idóneamente regadas por algunas cosas hasta su perfección y permanencia, en cuanto los fundamentos supuestos son capaces de tal admisión. No sólo es necesario se haga concreción y vórtice en aquel vacuo en que dicen se debe formar el mundo por necesidad, según opinan, y que se aumenta hasta dar con otro, como afirma uno de los que se llaman *físicos*; pero esto es repugnante á lo que vemos.

61. »El sol, la luna y demás astros no hechos según sí mismos (3), después fueron recibidos del mundo. Asimismo la tierra y el mar y todos los animales que luego se iban plasmando y recibían

(1) Περιγεγραμμένον, como si dijera, *circungirado*.

(2) στρογγύλην.

(3) Οὐ καθ' αὐτὰ γενόμενα.

incremento según las uniones y movimientos de ciertas pequeñas naturalezas, ó llenas de aire ó de fuego, ó de ambos. Así persuade estas cosas el sentido. La magnitud del sol y demás astros, en cuanto á nosotros, es tanta cuanta aparece (1). [Esto también lo trae en el lib. II *De la Naturaleza*; por que si perdiese, dice, por la gran distancia, mucho más perdería el calor; y que para el sol no hay distancia más proporcionada que la que tiene, en cuanto á él, sea mayor, sea algo menor ó sea igual á la que se ve.] De la misma suerte nosotros un fuego que vemos de lejos, por el sentido lo vemos. Y en suma, toda instancia en esta parte, la disolverá fácilmente quien atienda á las evidencias, según demostraremos en los libros *De la Naturaleza*.

62. »El orto y ocaso del sol, luna y demás astros pueden hacerse por encendimiento y extinción (2) si tal fuese su estado, y aun de otros modos, según lo antedicho, pues nada de lo que vemos se opone. Pudiera igualmente ejecutarse por aparición sobre la tierra, y por ocultación, como también se ha dicho, pues tampoco se opone fenómeno alguno. El movimiento de estos astros no es imposible se haga por el movimiento de todo el cielo; ó bien que estando éste quieto, y moviéndose aquéllos, por necesidad que se les impusiese al principio en la generación del mundo, salen del oriente, y luego por el calor y voracidad del pábulo ígneo, van siempre

(1) Pedro Gasendo procura defender á su Epicuro á toda costa, acomodando el texto á su sistema por medio de infinitas mutaciones, que pocos sabios admitirán. En el presente lugar, por lo menos, no tiene Epicuro defensa alguna. Cicerón dice: *Epicurus in physicis totus est alienus*.

(2) Como quien encendiéase una vela por la mañana y la apagase á la noche.

adelante á los demás parajes. Los regresos del sol y luna es admisible se hagan según la oblicuidad del cielo, así acortado por los tiempos; por el ímpetu del aire, ó por causa de la materia dispuesta que siempre tienen consigo, de la cual una parte se inflama y la otra queda sin inflamarse; ó bien desde el principio este movimiento envuelve y arrebatada consigo dichos astros para que hagan su giro. Todo esto puede ser así, ó semejantemente; ni hay cosa manifiesta que se oponga, con tal que estando uno firme siempre en estas partes en cuanto sea posible, pueda concordar cada cosa de éstas con los fenómenos, sin temer los artificios serviles de los astrólogos.

63. » Los menguantes y crecientes de la luna pueden hacerse yá por vuelta de este cuerpo, ya por una semejante configuración del aire, ó por anteposición de alguna cosa, ó bien por todos los modos que, según los fenómenos que vemos, conducen á semejantes efectos. Si ya no es que alguno, eligiendo uno solamente, deje los otros; y no considerando qué cosa es posible vea el hombre, y qué imposible, desee por esto ver imposibles. Más: es dable que la luna tenga luz propia, y dable la reciba del sol; pues entre nosotros se ven muchas cosas que la tienen propia, y muchas que de otros. Y nada impide que de los fenómenos que hay en los meteoros, teniendo los de muchos modos en la memoria, penetre uno sus consecuencias, y juntamente sus causas, no atendiendo á tales inconsecuencias que suelen correr diversamente en aquel único modo.

64. » La aparición, pues, de la fase en ella puede hacerse por mutación de partes, por sobreposición, y por todos los modos que se viere convienen con los fenómenos. Ni es menester añadir que en todos

los meteoros se ha de proceder así, pues si procedemos con repugnancia á las cosas claras, nunca podremos alcanzar la tranquilidad legitima. Los eclipses de sol y luna pueden hacerse por extinción, como vemos se hace esto entre nosotros, y también por interposición de algunos otros cuerpos, ó de la tierra ó del cielo, ó cosa semejante. Así se han de considerar mutuamente los modos congruentes y propios, y juntamente, que las concreciones de algunas cosas no son imposibles.

65. [En el libro XII *De la Naturaleza* dice lo siguiente: «El sol se eclipsa asombrándolo la luna, y la luna se eclipsa dándola la sombra de la tierra, pero según retroceso.» Esto también lo dice Diógenes Epicúreo en el libro I de sus *Cosas selectas*.] El orden del período es como el que entre nosotros toman algunas cosas fortuitas, y la naturaleza divina en ningún modo concurre á estas cosas, sino que se mantiene libre de semejantes cuidados y en plena bienaventuranza. Si no se practica esto, todo discurso acerca de las causas de los meteoros será vano, como ya lo ha sido para algunos, que no habiendo abrazado el modo posible, dieron en el vano, y creyendo que aquéllos se hacen de un modo solo, excluyen todos los demás aun factibles, se arrojan á lo imposible, y no pueden observar los fenómenos que se han de tener como señales.

66. » La diferencia de longitud de noches y días se hace por apresurar el sol sus giros sobre la tierra y después retardarlos, ó porque la longitud de los lugares varía, y anda los unos con mayor brevedad, al modo que también entre nosotros se ven cosas breves y tardas, á cuya comparación debemos tratar de los meteoros. Los que admiten un modo, contradicen á los fenómenos, y no ven de

cuánto es capaz el hombre que observa. Las indicaciones ó señales pueden hacerse según las contingencias de las estaciones, como vemos sucede entre nosotros á las cosas animadas, y también por otras cosas, como en las mutaciones del aire, pues estas dos razones no repugnan á los fenómenos. Ahora, por cuál de estas causas se haga esto, no es dable saberse.

67. » Las nubes pueden engendrarse y permanecer por las condensaciones del aire ó impulsos de los vientos; por las agregaciones de átomos mutuamente unidos y aptos para ello; por acopio de efluvios salidos de la tierra, y aun por otros muchos modos no impide se hagan tales consistencias. Pueden éstas por sí mismas, ya condensándose, ya mudándose, convertirse en agua y luego en lluvias (1), según la calidad de los parajes de donde vienen y se mueven por el aire, haciendo copiosísimos riegos algunas concreciones, dispuestas á emisiones semejantes.

68. » Los truenos pueden originarse por la revolución del aire en las cavidades de las nubes, á la manera que en nuestros vasos (2); por el rimbombo que hace en ellas el fuego aéreo; por los rompimientos y separaciones de las nubes; por el choque, atrito y quebrantamiento de las mismas cuando

(1) El texto pone πνεύματα, como si aquí comenzase á tratar de los vientos. Meibonio notó el error y repuso ρεύματα, *flujos, corrientes, lluvias*. Lo que se sigue hasta el fin del párrafo declara legítima esta corrección. Además, que de los vientos habla más adelante.

(2) Menagio sospecha que podrían entenderse aquí los vasos teatrales de los antiguos, de los cuales trata Vitruvio en el cap. v del lib. v. Yo pienso habla de las *colúmpilas*, ó sea *ollas animatorias*, que también nombra Vitruvio, lib. I, capítulo vi.



han tomado compacción semejante al hielo; y generalmente, los fenómenos mismos nos llaman á que digamos que esta vicisitud se hace de muchos modos.

69. » Los relámpagos asimismo se hacen de varios modos: ya por el choque y colisión de las nubes, pues saliendo aquella apariencia productriz de fuego, engendra el relámpago; ya por vibración venida de las nubes, causada por cuerpos cargados de viento que produce el relámpago; ya por el enrarecimiento de las nubes antes adensadas, ó mutuamente por sí mismas ó por los vientos; ya por recepción de luz descendida de los astros, impelida después por movimiento de las nubes y vientos, y caída por medio de las mismas nubes; ya por transfusión de una sutilísima luz de las nubes; ya porque el fuego comprime las nubes y causa los truenos; como también por el movimiento de éste, y por la inflamación del viento hecha por llevamiento arrebatado ó giro vehemente. También puede ser que por rompimiento de las nubes á violencia de los vientos, y caída de los átomos causadores del fuego, se produzca la imagen del relámpago. Otros muchos modos observará fácilmente quien atienda á los fenómenos que vemos, y pueda contemplar las cosas á ellos semejantes.

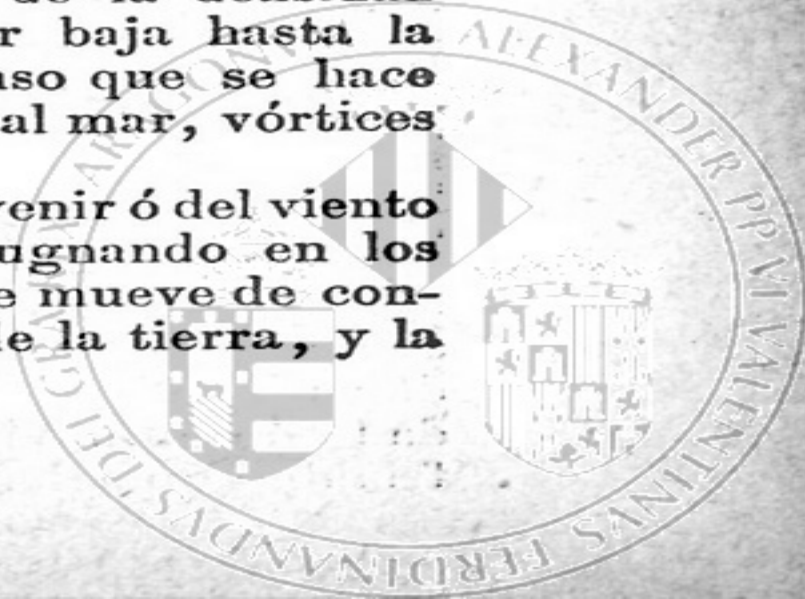
70. » El relámpago precede al trueno en dichos globos de nubes, porque luego que cae el soplo de viento es expelida la imagen creatriz del relámpago; después el viento envuelto allí hace aquel ruido, y según fuere la inflamación de ambos, lleva también mayor velocidad y ligereza el relámpago hacia nosotros; pero el trueno llega después, al modo que en las cosas que vemos de lejos que dan algunos golpes.

71. » Los rayos pueden hacerse, ya por muchos globos de viento; ya por su revolución y vehementemente inflamación; por rompimiento de alguna parte y su violenta caída á parajes inferiores, y regularmente son los montes elevados donde los rayos caen; por hacerse la ruptura á causa de que las partes que se le siguen son más densas por la densidad de las nubes revueltas por esta caída del fuego. Como también puede hacerse el trueno por haberse excitado mucho fuego, el cual cargado de viento fuerte rompa la nube, no pudiendo pasar adelante á causa de que el recíproco adensamiento se hace de continuo; y de otros muchos modos pueden hacerse los rayos, sin que se mezclen fábulas, como no las habrá cuando uno juzgue de las cosas ocultas siguiendo atentamente las manifestas.

72. » Los présteres ó huracanes pueden hacerse por las muchas nubes que un continuo viento impele hacia abajo, ó por un gran viento que corra con violencia é impela por defuera las nubes unas á otras; por la peristasis (1) del viento cuando algún aire es oprimido por arriba circularmente; por afluencia grande de vientos que no pueden disiparse por partes opuestas, á causa de la densidad del aire circunvecino. Si el préster baja hasta la tierra, se levantan torbellinos, al paso que se hace el movimiento del viento, y si baja al mar, vórtices de agua.

73. » Los terremotos pueden provenir ó del viento encerrado en la tierra, el cual pugnando en los entumecimientos menores de ella, se mueve de continuo cuando prepara la agitación de la tierra, y la

(1) *Circumstantiam* la llama Séneca.



va ocupando otro viento de afuera; ó por el aire que entra debajo del suelo, ó en parajes cavernosos de la tierra, adensado á la violencia de los soplos. Según este tránsito, pues, de movimiento de muchas partes inferiores y sólidas, y de su resorte cuando da en partes de la tierra más densas, es dable se hagan los terremotos, no negando puedan también hacerse de otros muchos modos estos movimientos de la tierra.

74. » Los vientos suelen excitarse en ciertos tiempos, cuando continuamente y de poco en poco se van uniendo partículas heterogéneas, y también por juntarse gran copia de agua. Los vientos menos fuertes se hacen cuando entran pocos soplos en muchas cavidades, y se distribuyen en todas ellas.

75. » El granizo se forma ó por una concreción fuerte proveniente de todos lados á causa de la peristasis y distribución de algunas partículas impregnadas de aire, ó por concreción moderada, cuando algunas otras partículas como de agua salen igualmente y hacen la opresión de los granos, y también por rompimiento, de manera que cada grano subsista de por sí y se concreten en abundancia. Su forma esférica no es imposible se haga ó por liquidación de sus ángulos y extremos en rededor al tiempo de tomar consistencia, como dicen algunos, ó porque su circunferencia, sea de partes ácueas ó sea de aéreas, tiene igual presión por todas partes.

76. » La nieve puede hacerse ó cayendo de las nubes el agua tenue por poros proporcionados; ó condensándose las nubes dispuestas y esparciéndolas los vientos, adquiriendo luego mayor densidad con el movimiento, por el estado de vehemente frialdad que tienen las nubes en parajes inferiores;

ó por concreción hecha en las nubes de igual variedad, puede hacerse esta emisión de ellas, encontrándose mutuamente las partículas parecidas al agua, y quedándose unidas, las mismas que compeliéndose entre sí forman el granizo; todas las cuales cosas se hacen principalmente en el aire. No menos, por el choque de las nubes ya densas, se coagula y forma la gran copia de nieve, y todavía se puede hacer de otros muchos modos.

77. » El rocío se hace congregándose del aire mutuamente las partículas que son causa de esta humedad; pero también por la extracción de ellas de parajes húmedos ó que contienen aguas, en cuyos sitios se hace principalmente el rocío. Cuando el acopio de tales vapores toma un lugar y se perfecciona en humedad, vuelve á moverse hacia abajo y cae en varios parajes, al modo que entre nosotros se hacen cosas semejantes á ésta (1).

78. » La escarcha se hace tomando estos rocíos cierta consistencia y densidad, por la fría peristasis del aire. El hielo se hace perdiendo el agua su figura esférica, compeliéndose los triángulos escalenos y acutángulos del agua, y por la mezcla y aumento que se hace exteriormente de otras cosas, las cuales, coartadas y quebrantadas las cantidades ó partes esféricas, disponen el agua á la concreción.

79. » El arco iris se hace hiriendo los resplandores del sol en el aire húmedo; ó por cierta naturaleza propia de la luz y del aire que produce las propiedades de estos colores (ya sean todos, ya uno solo), la cual, reflejando luego en lo más vecino del aire,

(1) En cualesquiera evaporaciones acontece. Véase Vitruvio, lib. VIII, cap. II.

recibe el color que vemos brillar en aquellas partes. El ser circular su figura proviene de que su intervalo se ve igual todo en rededor; ó porque los átomos que andan en el aire reciben tal impulso; ó porque llevados estos átomos con las nubes por el mismo aire cercano á la luna, dan á esta concreción una forma orbicular.

80. »El halón ó corona alrededor de la luna se hace cuando por todas partes concurre fuego á ella, y los flujos que la misma despide resisten con igual fuerza, de modo que forman un círculo nebuloso y permanente á su rededor, sin discernirse del todo uno de otro; ó bien sea que removiendo la luna á igual distancia el aire en contorno, forma aquella densa peristasis ó círculo á su rededor. Lo cual se hace por algunas partes ó flujos que impelen exteriormente, ó por el calor que atrae allí algunas densidades á propósito para causar esto.

81. »Los cometas se hacen ó porque á ciertos tiempos se coliga en lo alto cantidad de fuego en ciertos lugares; ó porque la peristasis ó circunferencia del cielo tiene á tiempos cierto movimiento propio sobre nosotros que manifiesta tales astros; ó porque ellos mismos, en algunos tiempos, son llevados por alguna peristasis, y viniendo á nuestras regiones se hacen manifiestos. Su defecto ó ocultación se hace por las causas opuestas á lo dicho, dando giro á algunas de estas cosas, la cual acontece, no sólo porque esté quieta esta parte del mundo, á cuyo rededor gira lo restante, como dicen algunos, sino porque el movimiento circular del aire le está en rededor, y le impide el giro que tienen los demás; ó porque ya en adelante no les es apta la materia, sino sólo allí donde los vemos puestos. Aun puede hacerse esto de otros muchos

modos, si sabemos inferir por raciocinio lo que sea conforme á lo que se nos manifiesta.

82. » Algunos astros van errantes, cuando acontece que tomen semejantes movimientos; otros no se mueven. Es dable que aquéllos, desde el principio fuesen obligados á moverse contra lo que se mueve circularmente, de modo que unos sean llevados por una misma igual revolución, y otros por otra que padezca desigualdades. Puede ser también que en los parajes adonde corren haya algunos en que las extensiones del aire sean iguales, y les impelan así adelante, y ardan con igualdad; y en otros sea tanta la desigualdad; que aun lo que se ve haga mutaciones. El dar una sola causa de estas cosas, siendo muchas las que los fenómenos ofrecen, lo hacen necia é incongruamente los que andan ciegos en la vana astrología, y dan en vano las causas de algunas cosas, sin separar á la naturaleza divina de estos ministerios.

83. » Obsérvase á veces que algunos astros se dejan detrás á otros, ya porque éstos andan con más lentitud, aunque hacen el mismo giro, ya porque tienen otro movimiento contrario al de la esfera que los lleva, y ya porque en su vuelta unos hacen el círculo mayor y otros menor. El definir absolutamente estas cosas, pertenece á los que gustan de ostentar prodigios á las gentes.

84. » En cuanto á las estrellas que se dice caen, puede esto ser por colisión con alguna cosa, ó con ellas mismas, puesto que caen hacia donde corre el viento, como dijimos de los rayos. También pueden hacerse por un concurso de átomos productivo de fuego, dada la oportunidad de producirlo; ó por el mismo movimiento hacia la parte á que desde el principio se dirigió impetuosamente el agregado de

modos, si sabemos inferir por raciocinio lo que sea conforme á lo que se nos manifiesta.

82. »Algunos astros van errantes, cuando acontece que tomen semejantes movimientos; otros no se mueven. Es dable que aquéllos, desde el principio fuesen obligados á moverse contra lo que se mueve circularmente, de modo que unos sean llevados por una misma igual revolución, y otros por otra que padezca desigualdades. Puede ser también que en los parajes adonde corren haya algunos en que las extensiones del aire sean iguales, y les impelan así adelante, y ardan con igualdad; y en otros sea tanta la desigualdad; que aun lo que se ve haga mutaciones. El dar una sola causa de estas cosas, siendo muchas las que los fenómenos ofrecen, lo hacen necia é incongruamente los que andan ciegos en la vana astrología, y dan en vano las causas de algunas cosas, sin separar á la naturaleza divina de estos ministerios.

83. »Obsérvase á veces que algunos astros se dejan detrás á otros, ya porque éstos andan con más lentitud, aunque hacen el mismo giro, ya porque tienen otro movimiento contrario al de la esfera que los lleva, y ya porque en su vuelta unos hacen el círculo mayor y otros menor. El definir absolutamente estas cosas, pertenece á los que gustan de ostentar prodigios á las gentes.

84. »En cuanto á las estrellas que se dice caen, puede esto ser por colisión con alguna cosa, ó con ellas mismas, puesto que caen hacia donde corre el viento, como dijimos de los rayos. También pueden hacerse por un concurso de átomos productivo de fuego, dada la oportunidad de producirlo; ó por el mismo movimiento hacia la parte á que desde el principio se dirigió impetuosamente el agregado de

átomos; ó por algunas porciones de viento condensadas á manera de niebla, y encendidas á causa de su revolución, haciendo después ruptura de quien las sujeta, hacia cualquiera parte que se dirijan sus ímpetus, llevadas allí por el movimiento. Todavía hay otros modos inexplicables con que esto puede hacerse.

85. »Las señales ó indicios que se toman de ciertos animales, se hacen según lo que acontece en las estaciones, pues los animales no nos traen coacción alguna de que sea invierno, v. gr., ni hay naturaleza divina alguna que esté sentada, observando las salidas y movimientos de estos animales, y luego produzca las señales referidas. Ni por ventura animal alguno de alguna consideracion caerá en necesidad semejante, cuanto menos el que goza de toda felicidad.

86. »Todas estas cosas, oh Pitocles, debes tener en la memoria, para poder librarte de patrañas y observar las cosas homogéneas á ellas. Dedicáte principalmente á la especulación de los principios, del infinito y demás cosas congénitas, los criterios, las pasiones, y aquello por cuya causa examinamos dichas cosas. Una vez bien consideradas, ellas mismas facilitarán el conocimiento de las cosas particulares. Los que poco ó nada aprecian estas causas, manifiestan que ni pudieron penetrar las que aquí trato, ni consiguieron aquello por que deben solicitarse (1).

87. [Esto es cuanto opinó de los meteoros. En orden á la conducta de la vida, y cómo conviene huyamos unas cosas y elijamos otras, escribe así; en lo cual recorreremos principalmente su sentir y

(1) La tranquilidad.

el de sus discípulos acerca del sabio]: Dice que el daño humano, ó procede de odio, ó de envidia, ó de desprecio, y á todo es superior el sabio con el raciocinio. Que quien una vez llegase á sabio, ya no podrá recibir disposición contraria, ni sujeta á variaciones. Que estará sujeto á pasiones, pero esto ningún estorbo le hará para la sabiduría. Que no de todas las disposiciones del cuerpo se hace el sabio, ni de todas las naciones. Que el sabio, aunque sea atormentado, será feliz. Que sólo el sabio es agradecido á sus amigos, tanto presentes como ausentes. Y si ve que alguno es atormentado, tendrá piedad y se condolerá con él (1). Que el sabio no recibirá mujer que las leyes prohíben, como dice Diógenes en el *Epítome de los dogmas morales de Epicuro*. Que no atormentará á sus esclavos, sino que tendrá misericordia, y perdonará á todos los buenos.

88. »No son de opinión los Epicúreos que el sabio deba amar, ni tomarse cuidado de su sepulcro, ni que haya dios alguno que influya amor, como lo dice el mismo Diógenes en el libro XII, ni tampoco que el sabio se dé á hablar especiosamente. Dicen que el congreso carnal jamás ha sido provechoso, y ojalá que no haya sido dañoso. Que el sabio podrá casarse y procrear hijos, según dice Epicuro en sus *Ambigüedades* y en su *Física*; pero á veces por las circunstancias de su vida, no se ha de casar, con lo cual desviará á otros de casarse. Que no se ha de perseverar en la embriaguez, lo dice Epicuro en su *Simposio*; ni mezclarse en el gobierno de la República, como dice en el libro I *De las Vidas*; ni procurará la tiranía; ni vivirá como Cínico, como lo

(1) Sigo la corrección é interpretación de Gatakero.

dice en el libro II *De las Vidas*. Que no será mendigo, antes bien, aunque quede sin vista, gozará de la vida, según escribe allí mismo (1). Que el sabio también padecerá dolor: así lo dice Diógenes en el libro V *De las cosas selectas*.

89. »Que será juzgado; que dejará escritos, mas no perorará en los concursos generales. Prevedrá su vitalicio y las cosas venideras; amará el campo; resistirá los embates de la fortuna; no injuriará á ningún amigo; cuidará de su buen nombre en tanto que no sea menospreciado. Que el sabio en los espectáculos se divertirá más que los otros. Dicen que los pecados son desiguales; que la salud para unos es un bien, para otros cosa indiferente. Que la fortaleza no dimana de la naturaleza, sino de la razón y conveniencia. Que la amistad se ha de procurar para usar de ella, y debe comenzar de nosotros, pues también sembramos la tierra (2). Consiste ésta en una comunión de ánimos en los deleites.

90. »Que la felicidad se entiende de dos modos: la suprema, que reside en Dios, y no admite incremento; y la humana, que recibe incremento y decremento de deleites. Que el sabio pondrá imágenes si las tiene (3), y vivirá con indiferencia si no las tiene. Que sólo el sabio disputará rectamente acerca de la música y poesía. Que compondrá poemas, pero no fingidos. No se conmoverá de que uno sea más sabio que otro. Si es pobre, podrá lucrar, pero sólo de la ciencia. Que obsequiará al

(1) Vitruvio en el *proemio* al lib. VI.

(2) La cultivamos y abonamos para recibir la recompensa.

(3) Habla de las imágenes de sus ascendientes, de los cuales los antiguos hacían grande ostentación y pompa.

monarca en todo tiempo (1). Dará las gracias á quien obrare rectamente. Que tendrá escuela abierta; mas no solamente para juntar gran número de oyentes. Leerá en público, pero no por sola su voluntad y antojo. Que establecerá dogmas, y no dudará. Semejante será aun durmiendo, y caso que importe morirá también por un amigo.» Así opinan éstos acerca del sabio. Pasemos ya á la carta:

«EPICURO Á MENECEO: GOZARSE.

91. »Ni el joven dilate el filosofar, ni el viejo de filosofar se fastidie; pues á nadie es intempestivo ni por muy joven ni por muy anciano el solicitar la salud del ánimo. Y quien dice, ó que no ha llegado el tiempo de filosofar, ó que ya se ha pasado, es semejante á quien dice que no ha llegado el tiempo de buscar la felicidad, ó que ya se ha pasado (2). Así, que deben filosofar viejos y jóvenes: aquéllos para refloreecer en el bien á beneficio de los nacidos; éstos para ser juntamente jóvenes y ancianos, careciendo del miedo de las cosas futuras. Conviene, pues, cuidar de las cosas que producen la felicidad, siendo así que con ella lo tenemos todo, y no teniéndola, lo ejecutamos todo para conseguirla. Practica, por tanto, y solicita las cosas que te he amonestado repetidas veces, teniendo por cierto que los principios, para vivir honestamente, son éstos: primero, que Dios es animal inmortal y bienaventurado, según suscribe de Dios la común

(1) ἐν καιρῷ puede interpretarse *maturè, opportunè, en sazón.*

(2) San Clemente Alejandrino trae entero este período, lib. iv, *strom.*

inteligencia, sin que le des atributo alguno ajeno de la inmortalidad é impropio de la bienaventuranza; antes bien has de opinar de él todo aquello que pueda conservarle la bienaventuranza é inmortalidad. Existen, pues, y hay dioses, y su conocimiento es evidente; pero no son cuales los juzgan muchos, puesto que no los atienden como los juzgan. Así, no es impío el que niega los dioses de la plebe ó vulgo, sino quien acerca de los dioses tiene las opiniones vulgares; pues las enunciaciones del vulgo, en orden á los dioses, no son anticipaciones, sino juicios falsos (1). De aquí nacen las causas de enviar los dioses daños gravísimos á los hombres malos y favores á los buenos, pues siéndoles sumamente gratas las virtudes personales, abrazan á los que las poseen, y tienen por ajeno de sí todo lo que no es virtuoso.

92. »Acostúmbrate á considerar que la muerte nada es contra nosotros, porque todo bien y mal está en el sentido, y la muerte no es otra cosa que la privación de este sentido mismo. Así, el perfecto conocimiento de que la muerte no es contra nosotros hace que disfrutemos la vida mortal, no añadiéndola tiempo ilimitado, sino quitando el amor á la inmortalidad. Nada hay, pues, de molesto en la vida para quien está persuadido de que no hay daño alguno en dejar de vivir. Así, que es un simple quien dice que teme á la muerte, no porque contriste su presencia, sino la memoria de que ha de venir; pues lo que presente no conturba, vanamente contrista ó duele esperado. La muerte, pues, el más horrendo de los males, nada nos pertenece; pues mientras nosotros vivimos, no ha venido ella;

(1) Véase dicho lugar de San Clemente, lib. II, *strom.*

y cuando ha venido ella, ya no vivimos nosotros. Así, la muerte ni es contra los vivos ni contra los muertos; pues en aquéllos todavía no está, y en éstos ya no está. Aun muchos huyen la muerte como el mayor de los males, y con todo eso suelen también tenerla por descanso de los trabajos de esta vida. Por lo cual el sabio ni teme el no vivir, puesto que la vida no le es anexa, ni tampoco lo tiene por cosa mala. Y así como no elige la comida más abundante sino la más sabrosa, así también en el tiempo no escoge el más diuturno, sino el más dulce y agradable.

93. »No es menos simple quien amonesta los jóvenes á vivir honestamente, y á los viejos á una muerte honesta; no sólo porque la vida es amable, sino porque el mismo cuidado se debe tener de una honesta vida, que de una honesta muerte. Mucho peor es quien dice:

Bueno es no ser nacido, ó en naciendo
Caminar del averno á los umbrales;

pues si quien lo dijo lo creía así, ¿qué hacía que no partía de esta vida? Esto en su mano estaba, puesto que sin duda se le hubiere otorgado la petición; pero si lo dijo por chanza, fué un necio en tratar con burlas cosa que no las admite.

94. »Se ha de tener en memoria que lo futuro ni es nuestro, ni tampoco deja de serlo absolutamente: de modo que ni lo esperemos como que ha de venir infaliblemente, ni menos desesperemos de ello como que no ha de venir nunca. Hemos de hacer cuenta que nuestros deseos los unos son naturales, los otros vanos. De los naturales unos son necesarios, otros naturales solamente. De los necesarios unos lo son para la felicidad, otros para la tranquilidad del

dice en el libro II *De las Vidas*. Que no será mendigo, antes bien, aunque quede sin vista, gozará de la vida, según escribe allí mismo (1). Que el sabio también padecerá dolor: así lo dice Diógenes en el libro V *De las cosas selectas*.

89. »Que será juzgado; que dejará escritos, mas no perorará en los concursos generales. Prevendrá su vitalicio y las cosas venideras; amará el campo; resistirá los embates de la fortuna; no injuriará á ningún amigo; cuidará de su buen nombre en tanto que no sea menospreciado. Que el sabio en los espectáculos se divertirá más que los otros. Dicen que los pecados son desiguales; que la salud para unos es un bien, para otros cosa indiferente. Que la fortaleza no dimana de la naturaleza, sino de la razón y conveniencia. Que la amistad se ha de procurar para usar de ella, y debe comenzar de nosotros, pues también sembramos la tierra (2). Consiste ésta en una comunión de ánimos en los deleites.

90. »Que la felicidad se entiende de dos modos: la suprema, que reside en Dios, y no admite incremento; y la humana, que recibe incremento y decremento de deleites. Que el sabio pondrá imágenes si las tiene (3), y vivirá con indiferencia si no las tiene. Que sólo el sabio disputará rectamente acerca de la música y poesía. Que compondrá poemas, pero no fingidos. No se conmoverá de que uno sea más sabio que otro. Si es pobre, podrá lucrar, pero sólo de la ciencia. Que obsequiará al

(1) Vitruvio en el *proemio* al lib. VI.

(2) La cultivamos y abonamos para recibir la recompensa.

(3) Habla de las imágenes de sus ascendientes, de los cuales los antiguos hacían grande ostentación y pompa.

monarca en todo tiempo (1). Dará las gracias á quien obrare rectamente. Que tendrá escuela abierta; mas no solamente para juntar gran número de oyentes. Leerá en público, pero no por sola su voluntad y antojo. Que establecerá dogmas, y no dudará. Semejante será aun durmiendo, y caso que importe morirá también por un amigo.» Así opinan éstos acerca del sabio. Pasemos ya á la carta :

«EPICURO Á MENECEO : GOZARSE.

91. » Ni el joven dilate el filosofar, ni el viejo de filosofar se fastidie; pues á nadie es intempestivo ni por muy joven ni por muy anciano el solicitar la salud del ánimo. Y quien dice, ó que no ha llegado el tiempo de filosofar, ó que ya se ha pasado, es semejante á quien dice que no ha llegado el tiempo de buscar la felicidad, ó que ya se ha pasado (2). Así, que deben filosofar viejos y jóvenes: aquéllos para reflorar en el bien á beneficio de los nacidos; éstos para ser juntamente jóvenes y ancianos, careciendo del miedo de las cosas futuras. Conviene, pues, cuidar de las cosas que producen la felicidad, siendo así que con ella lo tenemos todo, y no teniéndola, lo ejecutamos todo para conseguirla. Practica, por tanto, y solicita las cosas que te he amonestado repetidas veces, teniendo por cierto que los principios, para vivir honestamente, son éstos: primero, que Dios es animal inmortal y bienaventurado, según suscribe de Dios la común

(1) ἐν καιρῷ puede interpretarse *maturè, opportunè, en sazón.*

(2) San Clemente Alejandrino trae entero este período, lib. IV, *strom.*

inteligencia, sin que le des atributo alguno ajeno de la inmortalidad é impropio de la bienaventuranza; antes bien has de opinar de él todo aquello que pueda conservarle la bienaventuranza é inmortalidad. Existen, pues, y hay dioses, y su conocimiento es evidente; pero no son cuales los juzgan muchos, puesto que no los atienden como los juzgan. Así, no es impío el que niega los dioses de la plebe ó vulgo, sino quien acerca de los dioses tiene las opiniones vulgares; pues las enunciaciones del vulgo, en orden á los dioses, no son anticipaciones, sino juicios falsos (1). De aquí nacen las causas de enviar los dioses daños gravísimos á los hombres malos y favores á los buenos, pues siéndoles sumamente gratas las virtudes personales, abrazan á los que las poseen, y tienen por ajeno de sí todo lo que no es virtuoso.

92. »Acostúmbrate á considerar que la muerte nada es contra nosotros, porque todo bien y mal está en el sentido, y la muerte no es otra cosa que la privación de este sentido mismo. Así, el perfecto conocimiento de que la muerte no es contra nosotros hace que disfrutemos la vida mortal, no añadiéndola tiempo ilimitado, sino quitando el amor á la inmortalidad. Nada hay, pues, de molesto en la vida para quien está persuadido de que no hay daño alguno en dejar de vivir. Así, que es un simple quien dice que teme á la muerte, no porque contriste su presencia, sino la memoria de que ha de venir; pues lo que presente no conturba, vanamente contrista ó duele esperado. La muerte, pues, el más horrendo de los males, nada nos pertenece; pues mientras nosotros vivimos, no ha venido ella;

(1) Véase dicho lugar de San Clemente, lib. II, *strom.*

y cuando ha venido ella, ya no vivimos nosotros. Así, la muerte ni es contra los vivos ni contra los muertos; pues en aquéllos todavía no está, y en éstos ya no está. Aun muchos huyen la muerte como el mayor de los males, y con todo eso suelen también tenerla por descanso de los trabajos de esta vida. Por lo cual el sabio ni teme el no vivir, puesto que la vida no le es anexa, ni tampoco lo tiene por cosa mala. Y así como no elige la comida más abundante sino la más sabrosa, así también en el tiempo no escoge el más diuturno, sino el más dulce y agradable.

93. »No es menos simple quien amonesta los jóvenes á vivir honestamente, y á los viejos á una muerte honesta; no sólo porque la vida es amable, sino porque el mismo cuidado se debe tener de una honesta vida, que de una honesta muerte. Mucho peor es quien dice:

Bueno es no ser nacido, ó en naciendo
Caminar del averno á los umbrales;

pues si quien lo dijo lo creía así, ¿qué hacía que no partía de esta vida? Esto en su mano estaba, puesto que sin duda se le hubiere otorgado la petición; pero si lo dijo por chanza, fué un necio en tratar con burlas cosa que no las admite.

94. »Se ha de tener en memoria que lo futuro ni es nuestro, ni tampoco deja de serlo absolutamente: de modo que ni lo esperemos como que ha de venir infaliblemente, ni menos desesperemos de ello como que no ha de venir nunca. Hemos de hacer cuenta que nuestros deseos los unos son naturales, los otros vanos. De los naturales unos son necesarios, otros naturales solamente. De los necesarios unos lo son para la felicidad, otros para la tranquilidad del

cuerpo, y otros para la misma vida. Entre todos ellos, la especulación es quien sin error hace que conozcamos lo que debemos elegir y evitar para la sanidad del cuerpo y tranquilidad del alma; pues el *fin* no es otro que vivir felizmente. Por amor de esto hacemos todas las cosas, á fin de no dolernos ni conturbanos. Conseguido esto, se disipa cualquiera tempestad del ánimo, no pudiendo encaminarse el animal como á una cosa menor, y buscar otra con que complete el bien de alma y cuerpo.

95. »Nosotros necesitamos del deleite cuando nos dolemos de no tenerlo; mas cuando no nos dolemos, ya no lo necesitamos. Por lo cual decimos que *el deleite es el principio y fin de vivir felizmente. A éste conocemos por primero y congénito bien: de él toman origen toda elección y fuga; y á él ocurrimos discerniendo todo bien por medio de la perturbación ó pasión como á regla. Y por cuanto es éste el primero y congénito bien, por eso no elegimos todos los deleites, antes bien acontece que pasamos por encima de muchos cuando de ellos se nos ha de seguir mayor molestia. Aun preferimos algunos dolores á los deleites, si se ha de seguir mayor deleite á la diuturna tolerancia de los dolores.*

96. »Todo deleite es un bien á causa de tener por compañera la naturaleza, pero no se ha de elegir todo deleite. También todo dolor es un mal; pero no siempre se han de huir todos los dolores. Debemos, pues, discernir todas estas cosas por conmensuración, y con respecto á la conveniencia ó desconveniencia; pues en algunos tiempos usamos del bien como si fuese mal, y al contrario, del mal como si fuese bien. Tenemos por un gran bien el contentarse con una suficiencia, no porque siempre usemos escasez, sino para vivir con poco cuando no tene-

mos mucho, estimando por muy cierto que disfrutan suavemente de la magnificencia y abundancia los que menos la necesitan, y que todo lo que es natural es fácil de prevenir; pero lo vano, muy difícil. Asimismo, que los alimentos fáciles y sencillos son tan sabrosos como los grandes y costosos, cuando se remueve y aleja todo lo que puede causarnos el dolor de la carencia. El pan ordinario (1) y el agua dan una suavidad y deleite sumo cuando un necesitado llega á conseguirlos.

97. »El acostumbrarnos, pues, á comidas simples y nada magníficas es conducente para la salud; hace al hombre solícito en la práctica de las cosas necesarias á la vida; nos pone en mejor disposición para concurrir una ú otra vez á los convites suntuosos, y nos prepara el ánimo y valor contra los vaivenes de la fortuna. Así, que cuando decimos que *el deleite es el fin*, no queremos entender los deleites de los lujuriosos y derramados, y los que consisten en la fruición, como se figuraron algunos, ignorantes de nuestra doctrina ó contrarios á ella, ó bien que la entendieron siniestramente; sino que unimos el no padecer dolor en el cuerpo con el estar tranquilo en el ánimo. No son los convites y banquetes, no la fruición de muchachos y mujeres, no el sabor de los pescados y de los otros manjares que tributa una mesa magnífica quien produce la vida suave, sino un sobrio racionamiento que indaga perfectamente las causas de la *elección y fuga* de las cosas, y expelle las opiniones por quienes ordinariamente la turbación ocupa los ánimos.

(1) *μάζα*, según Hesichio, era una especie de pan hecho de harina de cebada mondada, amasada con agua y aceite.

98. De todas estas cosas la primera (1) y principal es la prudencia; de manera que lo más estimable y precioso de la filosofía es esta virtud, de la cual proceden todas las demás virtudes. Enseñamos que nadie puede vivir dulcemente sin ser prudente, honesto y justo; y por el contrario, siendo prudente, honesto y justo no podrá dejar de vivir dulcemente; pues las virtudes son congénitas con la suavidad de vida, y la suavidad de vida es inseparable de las virtudes. Porque ¿quién crees que puede aventajarse á aquel que opina santamente de los dioses, nunca teme la muerte, y discurre bien del fin de la naturaleza; que pone el término de los bienes en cosas fáciles de juntar y prevenir copiosamente, y el de los males en tener por breves su duración y su molestia; que niega el hado, al cual muchos introducen como dueño absoluto de todo, y sólo concede que tenemos algunas cosas por la fortuna, y las otras por nosotros mismos; y en suma, que lo que está en nosotros es libre, por tener consigo por naturaleza la reprensión ó la recomendación? Sería preferible seguir las fábulas acerca de los dioses, á deferir servilmente al hado de los naturalistas; pues lo primero puede esperar excusa por el honor de los dioses; pero lo segundo se me en una necesidad inexcusable (2).

99. [Epicuro no tiene por diosa á la Fortuna, como creen algunos (pues para Dios nada se hace sin orden), ni tampoco por causa instable (esto es, afirma que de la Fortuna ningún bien ni mal pro-

(1) Αρχή καὶ τὸ μέγιστον ἀγαθὸν ἢ φρόνησις: *initium et maximum bonum est prudentia.*

(2) Lean y mediten bien estos dos párrafos los que tienen á Epicuro por un filósofo carnal y corpóreo.

viene á los hombres para la vida feliz y bienaventurada); pero que suele ocasionar principios de grandes bienes y males.] «Se ha de juzgar que es mejor ser infeliz racionalmente, que feliz irracionalmente; y que gobierna la fortuna lo que en las operaciones se ha juzgado rectamente.

100. »Estas cosas y otras semejantes deberás meditar continuamente día y noche contigo mismo y con tus semejantes; con lo cual, ya duermas, ya veles, nunca padecerás perturbación alguna, sino que vivirás como un dios entre los hombres; pues el hombre que vive entre bienes inmortales, nada tiene de común con el animal mortal.» [Niega Epicuro en sus libros toda arte adivinatoria; y en su *Építome pequeño* dice es arte insubsistente, y aun cuando no lo fuera, se ha de juzgar que nada nos tocan las cosas acaecidas. Hasta aquí lo perteneciente á la vida; y aun en otros libros trata de esto repetidas veces.]

101. [En orden al deleite disiente de los Cirenaicos, pues éstos no admiten el habitual y estable, sino sólo el que está en movimiento; pero aquél admite á entrambos, el del alma y el del cuerpo, como lo dice en el libro *De la elección y fuga*, en el *Del fin*, en el primero *De las Vidas*, y en la *Carta á sus amigos los de Mitilene*. Lo mismo escribe Diógenes en el libro XVI *De las cosas selectas*, y Metrodoro en su *Timocrates*, por estas palabras: *Deleite se entiende tanto el que está en el movimiento, cuanto el estable*. Y Epicuro en el libro *De las elecciones* habla así: *La tranquilidad y la carencia del dolor son deleites estables: el gozo y el regocijo se ven en acto según el movimiento*.]

102. [Disiente asimismo de los Cirenaicos en otra cosa. Dicen éstos que los dolores corporales

viene á los hombres para la vida feliz y bienaventurada); pero que suele ocasionar principios de grandes bienes y males.] «Se ha de juzgar que es mejor ser infeliz racionalmente, que feliz irracionalmente; y que gobierna la fortuna lo que en las operaciones se ha juzgado rectamente.

100. »Estas cosas y otras semejantes deberás meditar continuamente día y noche contigo mismo y con tus semejantes; con lo cual, ya duermas, ya veles, nunca padecerás perturbación alguna, sino que vivirás como un dios entre los hombres; pues el hombre que vive entre bienes inmortales, nada tiene de común con el animal mortal.» [Niega Epicuro en sus libros toda arte adivinatoria; y en su *Építome pequeño* dice es arte insubsistente, y aun cuando no lo fuera, se ha de juzgar que nada nos tocan las cosas acaecidas. Hasta aquí lo perteneciente á la vida; y aun en otros libros trata de esto repetidas veces.]

101. [En orden al deleite disiente de los Cirenaicos, pues éstos no admiten el habitual y estable, sino sólo el que está en movimiento; pero aquél admite á entrambos, el del alma y el del cuerpo, como lo dice en el libro *De la elección y fuga*, en el *Del fin*, en el primero *De las Vidas*, y en la *Carta á sus amigos los de Mitilene*. Lo mismo escribe Diógenes en el libro xvi *De las cosas selectas*, y Metrodoro en su *Timocrates*, por estas palabras: *Deleite se entiende tanto el que está en el movimiento, quanto el estable. Y Epicuro en el libro De las elecciones habla así: La tranquilidad y la carencia del dolor son deleites estables: el gozo y el regocijo se ven en acto según el movimiento.*]

102. [Disiente asimismo de los Cirenaicos en otra cosa. Dicen éstos que los dolores corporales

son peores que los del ánimo, puesto que los delincuentes son castigados en el cuerpo; pero Epicuro tiene por mayores los dolores del ánimo; pues la carne sólo tiembla por el dolor presente, mas el alma por el pasado, presente y futuro. Así que el dolor del alma es mayor que el del cuerpo. Que el deleite sea el *fin* lo prueba diciendo que los animales luego que nacen ya se amansan con él, y se irritan con el dolor, todo naturalmente y sin el auxilio de la razón. Huímos, pues, del dolor espontáneamente, como huía Hércules, el cual, estándose consumiendo en las llamas de la túnica,

Clama, muerde, lamenta,
Gimen en rededor las piedras todas;
Las cimas de los montes de los Locros,
Y de Eubea las cumbres elevadas.

Las virtudes se han de elegir no por sí, sino por causa del deleite, como las medicinas por la salud. Así lo dice Diógenes en el libro xx *De las cosas selectas*, el cual llama *virtud* al divertimento (1). Pero Epicuro dice que sólo la virtud es inseparable del deleite (2): todas las demás cosas se apartan de ella como mortales.]

103. Pongamos ya fin á este *Epítome* y á la vida de nuestro filósofo, coronándola de un sumario de sus opiniones primarias, con lo cual dejamos concluída toda la presente obra, usando del fin que es principio de la felicidad.

1. Lo bienaventurado é inmortal, ni él cuida de

(1) Διαγωγὴν parece no puede tener aquí otro significado.

(2) ὁ δ' Ἐπιχούρος καὶ ἀχώριστον φησὶ τῆς ἡδονῆς τὴν ἀρετὴν μόνην.

negocios, ni los encarga á otro; de donde nace que ni lo mueve la ira ni el afecto, pues todo esto arguye enfermedad y flaqueza. En otros lugares dice que los dioses son asequibles por medio de la razón (1); unos subsistentes según número, otros según una especie de semejanza, procedida de la perenne afluencia de imágenes semejantes, perfeccionados por la especie humana (2).

2. La muerte en nada nos toca, pues lo ya disuelto es insensible, y lo insensible en nada nos toca.

3. El término y fin de la magnitud de los deleites es el sustraerse de todo cuanto duela. En donde hubiere cosa deleitable, mientras ésta dura, no la hay que duela, ó aflija, ó ambas cosas.

4. Lo que causa dolor no permanece siempre en la carne, sino que su vehemencia dura poco; y aun lo que sólo priva del deleite según la carne, suele no durar muchos días. Las enfermedades largas más tienen de deleitable en el cuerpo, que de aflictivo (3).

5. No puede haber vida dulce si no es también prudente, honesta y justa: ni se puede vivir con prudencia, honestidad y justicia, sin que también se viva dulcemente. Aquel, pues, que no vive con prudencia, honestidad y justicia, tampoco podrá vivir con dulzura.

6. Para asegurarse de los hombres es un bien

(1) θεωρητοῦς εἶναι. Como si dijera, *son contemplables ó especulables.*

(2) ἀποτελεσμέους ἀνθρωποειδῶς.

(3) Cicerón, lib. II *De finib. Doloris medicamenta illa Epicurea, tanquam è marthecio promunt: Si gravis, brevis: si longus, levis.* Lo mismo trae Plutarco en el opúsculo *Del modo de oír los Poetas*, cerca del fin.

efísico el principado y el reino de cualquiera modo que uno pueda ganárselo (1).

7. Quisieron algunos ser célebres y famosos, creyendo así asegurarse de los hombres. Si así quedó segura su vida, recibieron de la naturaleza este bien; pero si no lograron la seguridad, no tienen aquello que desde el principio apetecieron contra la costumbre de la naturaleza.

8. Ningún deleite es malo por sí mismo; pero la producción de ciertos deleites trae muchas más turbaciones que deleites.

9. Si todo deleite se adensase (2), y con el tiempo, según su período, se acumulase en las partes principales de la naturaleza (3), los deleites no se diferenciarían entre sí (4).

10. Si las cosas que deleitan á los voluptuosos disolvieran de la mente los temores de los meteoros, de la muerte y de los dolores, y además mostraran el término de los apetitos, no tendríamos cosa que reprenderles, aunque se anegasen en placeres, como que por ningún lado tienen dolor ni aflicción, que son el mal.

(1) El texto está aquí muy alterado en ediciones griegas y versiones. Marco Meibomio hace alguna corrección, separando en dos artículos ó párrafos lo que se halla unido en el 5; pero acaso lo corrompe más, y hace decir á Epicuro cosa que quizás no imaginó. Algunos antiguos hubo que por reinar dijeron se puede faltar al derecho y á la fe prestada. Sabidos son los versos de Eurípides que Julio César solía repetir así:

*Nam si violandum est jus, regnandi gratia
Violandum est: aliis rebus pietatem colas.*

(2) Esto es, se tuviese con mucha frecuencia.

(3) El alma y el cuerpo. — Meibomio.

(4) Que era opinión de los Cirenaicos, contra la cual va Epicuro. El texto está muy dudoso, y acaso corrompido.

11. Si nada nos conturbasen los recelos de las cosas de los meteoros y los de la muerte, caso que en algo nos pertenezca (si algo entiendo de los confines de dolores y deseos), no tendríamos necesidad de la filosofía.

12. Quien ignorá la naturaleza del universo y se cree de patrañas, no podrá perder el miedo de las cosas principales. Así no es posible disfrutar deleites inocentes sin fisiología.

13. No sería útil prevenirse y asegurarse contra los hombres, si fuesen temibles las cosas de arriba, las que están bajo de la tierra, y absolutamente las que residen en el infinito.

14. Como la seguridad humana llega hasta un cierto término, la que procede de tranquilidad y dejación de muchedumbre de cosas se consigue por virtud exterminativa y por una sincerísima suficiencia.

15. Las riquezas naturales tienen término y son fáciles de prevenir; pero los proyectos de riquezas vanas coinciden con lo infinito.

16. Corta es la fortuna que viene al sabio; pero las cosas grandes y principales las ordena la razón, las dispone ahora de continuo y las dispondrá siempre (1).

17. El justo está absolutamente libre de turbaciones: al injusto asedian infinitas.

18. Una vez removido y alejado lo que causaba dolor por la pobreza, no se aumenta el deleite en la carne, si que solo se varía.

19. En orden al deleite pone cotos al entendimiento la pesquisa de estas cosas y otras homogé-

(1) Vitruvio en el Proemio del lib. vi.

neas, las cuales efectivamente producen grandes temores en el entendimiento mismo.

20. El tiempo ilimitado tiene igual deleite que el limitado, si medimos por el racionio los términos del deleite.

21. Si la carne recibió ilimitados los confines del deleite, también á éste el tiempo lo hace ilimitado.

22. Si la mente, comprendiendo por la razón el fin y término de la carne, y disipando los temores de la eternidad, hiciese una vida del todo perfecta, ya no tendría necesidad del tiempo ilimitado; pero no evitaría el deleite (aun cuando los negocios dispusiesen la salida de esta vida), sino que moriría como dejando algo de una vida ilimitada.

23. Quien conoce y sabe los límites de la vida, sabe también cuán fácil es de prevenir lo que quita la aflicción de la indigencia y lo que hace á toda la misma vida absolutamente perfecta. Así no hay necesidad de negocios que traen luchas consigo.

24. Conviene tener en el entendimiento un fin subsistente y según toda evidencia, al cual refiramos cuanto opinemos; pues de lo contrario, todo andará irresoluto y lleno de turbulencias.

25. Si repugnas á todos los sentidos, ni tendrás de ellos á quien llames falso, ni podrás juzgar de aquello que pretendes saber.

26. Si desechas simplemente algún sentido, y en aquello que opinas no lo divides por lo que se espera, y por lo que ya está presente, según los sentidos y pasiones, y por toda accesión fantástica de la mente, confundirás los demás sentidos con una opinión fatua y necia, como que desechas todo criterio.

27. Si afirmas todo cuanto queda en los discursos opinables y no dejas lo incontestable como á

falso que es, serás semejante á quien conserva toda ambigüedad y toda indiferencia acerca de lo recto ó irrecto.

28. Si no refieres en todos tiempos las acciones al fin de la naturaleza, sino que te apartas antes, ya huyendo, ya haciendo pesquisa de algo, no serán tus acciones consecuentes á tus palabras.

29. De cuantas cosas adquiere la sabiduría para la felicidad de toda la vida, la mayor es la posesión de la amistad. Aun en medio de la cortedad de bienes, se ha de tener por cierto que la amistad da seguridad.

30. La misma sentencia produce la confianza de que no hay ningún daño eterno, ni aun muy prolijo.

31. De los apetitos unos son *naturales y necesarios*; otros *naturales y no necesarios*, y otros *ni naturales ni necesarios, sino movidos*. Epicuro tiene por *naturales y necesarios* á los que disuelven las aflicciones, como el de la bebida en la sed: por *naturales y no necesarios* á los que sólo varían el deleite, mas no quitan la aflicción, como son las comidas espléndidas y suntuosas; y por *no naturales y necesarios* tiene, v. gr., á las coronas y erección de estatuas.

32. Los apetitos que no inducen aflicción mientras no se consuman, no son necesarios; antes tienen un grado de deseo fácil de disolver siempre que se tienen por arduos de conseguir ó se juzgan productores de algún daño.

33. Si se tiene gran pasión por los apetitos que no traen aflicción si no se consuman, esto ciertamente dimana de vana opinión y de su propia naturaleza (no por alguna utilidad, sino para la vana opinión del hombre).

34. Lo justo por naturaleza es símbolo de lo conveniente, v. gr., *no dañar á otros, ni ser dañado.*

35. Los animales que no pudieron convenirse con pacto alguno de no dañar ni ser dañados, no reciben justicia, ni padecen injusticia. Lo mismo es de las gentes que no pueden ó no quieren tales pactos, por los cuales no dañen ni reciban daño.

36. La justicia nada sería por sí; pero en el trato común y recíproco se hacen algunas convenciones en todas partes, de no causar daño ni recibirlo.

37. La injusticia no es un mal por sí misma, sino por el miedo de que no podrá ocultarse á los vindicadores de ella.

38. Quien hace ocultamente algo contra la mutua convención de no dañar ni ser dañado, no hay para qué crea que puede estar oculto; pues aunque lo esté algún tiempo por lo presente, no es seguro lo estará hasta la muerte.

39. El derecho común es uno mismo á todos (y es cosa conveniente en la sociedad humana); pero el privado no siempre es el mismo, por algunas circunstancias de los países.

40. Lo que se confirma por testimonio como conveniente al uso común en la sociedad civil tomado de cosas ya tenidas por justas, tiene lugar de justo, hágase en todos lo mismo, ó no se haga.

41. Si se establece por ley alguna cosa que luego no trae utilidad á la sociedad civil, ya no tiene la naturaleza de justa. Pero si sucediese de manera que lo justo correspondió solo por algún tiempo á los efectos deseados; con todo eso, durante aquel tiempo en que era útil, era también justo, en sentir de los que no se asustan de voces huecas y atienden á muchas cosas.

42. Donde no habiendo novedad alguna en los

negocios ordinarios, pareciere que las cosas creídas justas acerca de las operaciones mismas no corresponden á la esperanza concebida, ciertamente no eran justas; pero ocurriendo novedad en las mismas cosas ordinarias, ya no son convenientes las leyes puestas. Así que sólo eran allí justas cuando eran convenientes á la mutua sociedad de los ciudadanos; después cuando no eran convenientes, ya no eran justas.

43. Quien se formare debidamente una verdadera seguridad de las cosas externas, éste se familiarizó é hizo compañero de las que pueden hacerse, pero enemigo de las imposibles; en las cuales no se inmiscuye, y expelle cuantas no conviene practicar.

44. Los que tuvieron vigor para adquirirse verdadera seguridad de sus prójimos, vivieron entre ellos dulcísimamente, guardándose una fidelidad firmísima, y gozando de una muy estrecha amistad, no llorarán como digna de compasión la temprana muerte de ninguno de ellos.

FIN DEL TOMO II Y ÚLTIMO.





QUEVEDO.

LA DOCTRINA ESTOICA.



QUEVEDO

LA DOCTRINA ESTÓICA



**NOMBRE, ORIGEN, INTENTO,
RECOMENDACIÓN Y DESCENDENCIA DE LA DOCTRINA ESTOICA.**

DEFIÉNDESE EPICURO DE LAS CALUMNIAS VULGARES.

**Al docto y erudito licenciado Rodrigo Caro, Juez de Testamentos,
DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.**

Estudiemus algo para el que estudia, escribamos para el que escribe.

Pues hablar con el docto, para el que ignora, es acreditarse el que habla, no obligarle. Yo, señor, quiero que el libro y todo lo que en él es forzoso, se defienda en la caridad de los amigos. A D. Juan de Herrera dí el tratado, á Vm. las cuestiones de él. Más eruditas fueran si de su nota las trasladara que escribiéndolas de la mía. Empero en la condición de mi obra no tiene lugar otra demostración de mi buena amistad. Escribiré lo que Vm. sabe mejor, como yo lo sé; por esto me contento con que se tolere mi discurso, sin pretender que se apruebe.

Los Estoicos, cuya doctrina nos dió en arte fácil

y provechosa Epicteto, se llamaron así de Pórtico donde se juntaban: léese en *Atheneo*, III, aquellas hablillas del vario Pórtico. Por esto en el propio *Atheneo*, libro XIII, los llama un poema cómico (burlando de ellos) Portaleros. «Oid (dice el cómico), los portaleros mercaderes de sueños, árbitros y censores de palabras.» De que se colige que entonces, como hoy, los mercaderes y hombres de negocios en la antigüedad se juntaban en los pórticos que llamamos lonjas. A esta afrenta del cómico, que por el pórtico llamó á los Estoicos mercaderes de mentiras, responde Tertuliano: *Proscript. Adu. Haeretic.* Porque cristiano se preciaba de Estoico, con estas palabras: «Nuestra institución es del Pórtico de Salomón»; autoridad que fortalece mi discurso en la opinión que tengo de su origen, de que hablaré en segundo lugar, porque los Peripatéticos y los Estoicos llamaron sus sectas del huerto y del lugar donde se juntaban, y no de los príncipes de aquellas doctrinas. Es advertencia que merece consideración. No tengo otro quien seguir en mi parecer; poca importaría, si mereciese que me siguiese otro. Los filósofos mayor reconocimiento tuvieron siempre al lugar que les fué oportuno para discutir, y á quien les dió el ocio para asistir en él, que á los maestros que les enseñaban. Séneca me ocasionó esta interpretación. El juicio es mío, las palabras son suyas; él las dice, yo las aplico, epístola LXXIV: «Paréceme que yerran aquellos que sospechan que los fielmente dados á la filosofía son contumaces y enemigos, y despreciadores de los magistrados y de los reyes, y de aquellos por cuya autoridad es gobernada la república. Antes por el contrario, á ninguno son más agradecidos, pues á nadie dan más que á aquellos á quien permiten

gozar de ocio seguro. Por lo cual estos á quienes para el propósito de bien vivir hace la seguridad pública, es necesario que al autor de este bien le reverencien como padre.» Aquel lugar que los guardaba la soledad en el rumor de las ciudades; aquel sitio que los vedaba su ocio en la ocupación espiritual; aquel huerto que con unas tapias juntaba los estudiosos y apartaba los solícitos; aquel pórtico que guardaba el retiro para el logro de todas las horas, sin el cual ni los maestros pudieran enseñar ni los discípulos aprender, con razón merecieron el blasón de las profesiones; y por esto el nombre y reconocimiento de padres, los ministros y reyes que disponen en las repúblicas el ocio que estos lugares guardan y logran. Santifica David los portales y los atrios en la casa de Dios, salmo XLIII: «Cuán amados son, Señor Dios de las virtudes, tus tabernáculos.» Y en el verso 2: «Porque es mejor un día en tus atrios que mil; tuve por mejor estar despreciado en la casa de mi Dios, que habitar en los tabernáculos de los pecadores.» Infinita reverencia se debe á los tabernáculos, atrios y casas divinas. Grande amor y reconocimiento á los pórticos y retiramientos virtuosos; y sumo aborrecimiento á todos los lugares y escuelas en que se juntan los malos y los pecadores. David empieza con esta doctrina, salmo 1: «Bienaventurado aquel varón que no va al concilio de los impíos, que no anda en el camino de los malos, que no se sienta en la cátedra de la pestilencia.» ¡Oh, si aquella carta de nuestro Séneca á Lucilo valiese por carta de favor para los príncipes en recomendación de los estudiosos, contra cuyas horas se arruga el ceño de los que mandan, teniendo su ejercicio por espía y su juicio por acusación! Bien se conoce que la es-

gozar de ocio seguro. Por lo cual estos á quienes para el propósito de bien vivir hace la seguridad pública, es necesario que al autor de este bien le reverencien como padre.» Aquel lugar que los guardaba la soledad en el rumor de las ciudades; aquel sitio que los vedaba su ocio en la ocupación espiritual; aquel huerto que con unas tapias juntaba los estudiosos y apartaba los solícitos; aquel pórtico que guardaba el retiramiento para el logro de todas las horas, sin el cual ni los maestros pudieran enseñar ni los discípulos aprender, con razón merecieron el blasón de las profesiones; y por esto el nombre y reconocimiento de padres, los ministros y reyes que disponen en las repúblicas el ocio que estos lugares guardan y logran. Santifica David los portales y los atrios en la casa de Dios, salmo XLIII: «Cuán amados son, Señor Dios de las virtudes, tus tabernáculos.» Y en el verso 2: «Porque es mejor un día en tus atrios que mil; tuve por mejor estar despreciado en la casa de mi Dios, que habitar en los tabernáculos de los pecadores.» Infinita reverencia se debe á los tabernáculos, atrios y casas divinas. Grande amor y reconocimiento á los pórticos y retiramientos virtuosos; y sumo aborrecimiento á todos los lugares y escuelas en que se juntan los malos y los pecadores. David empieza con esta doctrina, salmo 1: «Bienaventurado aquel varón que no va al concilio de los impíos, que no anda en el camino de los malos, que no se sienta en la cátedra de la pestilencia.» ¡Oh, si aquella carta de nuestro Séneca á Lucilo valiese por carta de favor para los príncipes en recomendación de los estudiosos, contra cuyas horas se arruga el ceño de los que mandan, teniendo su ejercicio por espía y su juicio por acusación! Bien se conoce que la es-

cribió con este intento Séneca, mas no se conoce que haya conseguido su intento.

El origen de los Estoicos es más anciano que el nombre y diferente del que muchos han hallado, y más noble pretendo que me deban estas dos posturas prerrogativas.

La secta de los Estoicos, que entre todas las demás miró con mejor vista á la virtud, y por esto mereció ser llamada seria, varonil y robusta, que tanta vecindad tiene con la valentía cristiana, y pudiera blasonar parentesco calificado con ella, si no pecara en lo demasiado de la insensibilidad; en que Santo Tomás la reprende y convence con las acciones de la vida de Cristo nuestro Señor Dios y hombre verdadero, y con él otros muchos doctores, y particularmente Pedro Comestor en su historia eclesiástica, en los lugares que Cristo, sabiduría eterna, se afligió, se turbó, se enojó, temió y lloró; esta doctrina tiene hasta hoy el origen poco autorizado, no el que merece y la es decente. No pudieron verdades tan desnudas del mundo cogerse limpias de la tierra y polvo de otra fuente que de las sagradas letras. Y oso afirmar que se derivan del libro sagrado de Job, trasladadas en precepto de sus acciones y palabras literalmente. Probarélo con demostraciones y con la cronología de los primeros profesores.

La doctrina toda de los Estoicos se cierra en este principio: que las cosas se dividen en propias y ajenas; que las propias están en nuestra mano, y las ajenas en la mano ajena; que aquéllas nos tocan, que estotras no nos pertenecen, y que por esto no nos han de perturbar ni affligir; que no hemos de procurar que en las cosas se haga nuestro deseo, sino ajustar nuestro deseo con los sucesos de las

cosas, que así tendremos libertad, paz y quietud; y al contrario, siempre andaremos quejosos y turbados; que no hemos de decir que perdemos los hijos ni la hacienda, sino que los pagamos á quien nos los prestó, y que el sabio no ha de acusar por lo que le sucediere á otro ni á sí, ni quejarse de Dios. Job perdió sus hijos, la casa, la hacienda, la salud y la mujer, mas no la paciencia, y á los que le daban las nuevas de que los ganados se los habían robado, que el fuego le había abrasado los criados, y el viento le había derribado la casa, no respondía quejándose de los ladrones, ni del fuego, ni del viento; no decía que se lo habían quitado; decía que quien se lo dió lo cobraba: «Dios lo dió, Dios lo quita; sea el nombre de Dios bendito.» Y no sólo lo volvía, sino también le daba gracias porque lo había cobrado, y para mostrar que los reconocía por bienes ajenos, dijo: «Desnudo nací del vientre de mi madre, desnudo volveré.» No culpó Job á los ladrones ni á sí; la mujer le tentó para que culpase á Dios, y viéndole población de gusanos en un muladar, donde el estiércol le acogía con asco, le dijo: «Aun permaneces en tu simplicidad; bendice á Dios y muérete.» Reprendiéndole el bendecir á Dios con la ironía, y el no quejarse de él. A que respondió: «Has hablado como una mujer necia. Si los bienes los recibimos de la mano de Dios, ¿por qué no recibiremos los males?» ¿Quién negará que esta acción y palabras literalmente y sin ningún rodeo ni esfuerzo de aplicación no es y son el original de la doctrina estoica, justificadas en incomparable simplicidad de varón que en la tierra no tenía semejante? no es encarecimiento mío, sino voz divina del texto. Díjole Dios á Satanás: «Acaso consideraste á mi siervo Job, como no tiene seme-

jante en la tierra, hombre simple y recto y temeroso de Dios, y que se aparta del mal.» En sólo este capítulo se lee todo lo que trasladó Epicteto por la tradición de sus antecesores en esta doctrina estoica. Léese la división de las cosas propias que son las opiniones de las cosas, y la fuga y la apatencia, el desprecio de las que son ajenas en la salud, en la vida, en la hacienda, en la mujer y los hijos. En recoger esto gasta Epicteto el capítulo primero y segundo, tercero y cuarto hasta el nono, sin escribir precepto que aquí no se vea ejecutado, y este postrero que numeré, enseña que á los hombres no los perturban las cosas, sino las opiniones que de ellas tenemos por espantosas, no siéndolo. Pone Epicteto el ejemplo en la muerte, y dice que si fuera fea, á Sócrates se lo pareciera. ¡Cuánto mejor la ejemplifica Job, de quien esta verdad se derivó á Sócrates! El mostró que ni la pobreza, ni la calamidad ultimada, ni la pérdida de hijos, ni la persecución de los amigos y de la mujer, ni la enfermedad, por asquerosa, más horrible que la muerte, eran por sí horribles ni enojosas; y no sólo tuvo buenas opiniones de todas, que es lo que estaba en su mano, sino que enseñó á su mujer á que tuviese buenas opiniones de ellas, y todo su libro no se ocupa en otra cosa sino en enseñar á sus amigos que los que él padece no son males, sino que las opiniones descaminadas que ellos tenían les hacían que les pareciesen males. No sólo Job tuvo el espíritu invencible en ellos, antes con estas palabras se mostró sediento de mayores calamidades, capítulo VI: « Quien empezó me quebrante, suelte su mano y acábeme, y ésta sea mi consolación, que afligiéndome en dolor, no perdone.» Como pudo trasladó estas hazañosas razones Epicteto, cuando

decía: «*Plue, Domine, super me calamitates. Lluève, oh Dios, sobre mí calamidades.*»

El cap. XIII de nuestro *Manual* confiesa es discípulo, no sólo en el precepto, sino en las palabras propias de este sagrado libro. Dice así: en los que siguen la división de Simplicio en el original griego y texto latino, y en español Correa, Sánchez desigualó los capítulos con otra división, y yo sigo la suya: «Nunca digas perdí tal cosa, sino restituíla: si se muere tu hijo, no digas perdíle, sino paguéle. Robáronte la heredad, también dirás que la restituiste. Replicarás es ladrón y malo el que te la robó; ¿qué cuidado tomas tú del cobrador que envía el acreedor por lo que le debes?»

Ya he referido el texto sagrado de la manera que Job hizo esto, pues dándole nuevas de que el fuego le había abrasado sus ganados y los pastores, y que el viento le había enterrado en su propia casa en su ruina sus hijos; que los Sabeos le habían robado las vacadas y las yeguas, y los Caldeos le habían hurtado los camellos; sin diferenciar del fuego y del viento, á los ladrones los reconoció por cobradores que Dios le enviaba por los bienes que le había dado; y no dijo robáronme los ladrones, antes dijo: «Dios me lo dió, Dios me lo quita; como á Dios agradó, así se ha hecho; sea el nombre del Señor bendito.» Y para ver que reconoció literalmente á los ladrones por cobradores que Dios suele enviar, lo dijo en el cap. XIX, vers. 12: «Juntos vinieron sus ladrones, y se hicieron camino por mí, y cercaron en torno mi tabernáculo.» Últimamente traduce Epicteto de Job aquellas palabras literalmente: «*Sicut Domino placuit, ita factum est*»; en el capítulo postrero: «*Si Deo ita visum fuerit, ita fiat.*»

Queda cuanto á la doctrina ennoblecido el origen estoico, deducido de este libro sagrado donde se lee obrada su doctrina y más abundante en todas sus palabras. Resta cronológicamente probar este origen. Todos nombran príncipe de esta escuela á Zenón Citieo, llamado así de la ciudad de Cittio, en Cypro. Éste fué discípulo de Cratete Cínico, y persuadido de honesta y urbana vergüenza, siguiendo los dogmas de los Cínicos, limpió su persona del asco que afectaban y la vida de la inmundicia de su desprecio; de que se colige que la doctrina de los Estoicos, que con este nombre empezó en Zenón, era de los Cínicos, á que Zenón añadió la limpieza porque el desaliño envilecido no la difamase. No está la humildad en lo vil, sino en el desprecio de lo preciso. La suciedad no es señal de la sabiduría, sino mancha. La sabiduría puede ser pobre y no debe ser asquerosa; mucho la dió Zenón en lo que la quitó: ya que no la inventó el primero, fué el primero que la vistió bien; tal andaba, que por no verla no la oían, y con traje decente la granjeó por silbos aplauso, y por escarnio se quitó, Estrabón, lib. XIV de la *Patria* referida á Zenón, tratado de Cyprio: «Tiene puerto de Cittio, que se puede cerrar donde nació Zenón, capitán y príncipe de la secta estoica.» Diógenes: «Zenón Citieo de un pueblo griego de Cypro; empero que fué habitado de los Phenizes.» Dice Suidas lo propio: «Zenón se llamó por sobrenombre Phénix, porque los Phenizes fueron habitantes de su patria.» Dice Cicerón en la 5.^a de las *Tusculanas*: «Que los de Cittio eran Phenizes.» Se colige de Diógenes Laercio en la vida de Zenón: «Reverenciaban á Zenón igualmente los Citieos que habitaban en Sidón.» Colígrese de todos los autores citados que los Cínicos y Zenón,

que fué su discípulo, y el capitán de los Cínicos limpios y aliñados, que se llamaron Estoicos, se precian de ser naturales de las tierras confines con Judea, de donde se derivó la sabiduría á todas las naciones, por lo que no sólo es posible, sino fácil, antes forzoso, el haber los Cínicos y los Estoicos visto los libros sagrados, siendo mezclados por la habitación con los Hebreos, que nunca los dejaban de la mano. Lo que se colige de estas autoridades, y se prueba con la demostración que he hecho de su doctrina y del texto del libro de Job.

El intento de los Estoicos fué despreciar todas las cosas que están en ajeno poder, y esto sin despreciar sus personas con el desaliño y vileza; seguir la virtud y gozarla por virtud y por premio. Poner el espíritu más allá de las perturbaciones. Poner al hombre encima de las adversidades, ya que no puede estar fuera por ser hombre. Establecer por la insensibilidad la paz del alma, independiente de socorros forasteros y de sediciones interiores; vivir con el cuerpo, mas no para el cuerpo. Contar por vida la buena, no la larga. No por muchos los años, sino por inculpables. Tantos contaban que vivían como lograban. Vivían para morir, y como quien vive muriendo. Acordábanse del mucho tiempo en que no fueron; sabían que había poco tiempo que eran. Veían que eran poco y para poco tiempo, y creían que cada hora era posible que no fuesen. No despreciaban la muerte, porque la tenían por el último bien de la naturaleza; no la temían, porque la juzgaban descanso y forzosa. He llegado al escándalo de esta secta. En la paradoja de los Estoicos se lee con este título: «Puede el sabio darse la muerte, esle decente y debe hacerlo.»

Animosamente se bebió la muerte Sócrates. Ani-

mosamente la saludó en el baño Séneca; aquél en la secta Jónica discípulo de Archelao ateniense, como todos afirman, sin que importe la contradicción que les hace en sus versos Sidonio, á quien desautorizan las contradicciones que hay en ellos propios. Y si bien fué de la secta Jónica, que Sidonio llama Socrática, fué el que primero mejoró el estudio de la astrología y filosofía moral en el de las costumbres. Y por esto con Séneca, que fué estoico, nombro á Sócrates, que lo fué antes que tuviesen el nombre: empero ni Sócrates ni Séneca, el uno bebiendo el veneno y el otro desangrándose en el baño, acreditaron la paradoja de poder el sabio y deber darse la muerte. Los dos estaban condenados á morir; no se tomaron la muerte, sino escogieron género de muerte, siendo forzoso padecerla. Referiré, no sin dolor, las palabras de Séneca, epist. LXXIX: «Poca diferencia hay de que la muerte venga á nosotros, ó que nosotros vamos á ella. Persuádate que fué de hombre ingrátísimo aquella palabra: *Hermosa cosa es morir su muerte.*» Razones que aun no las oyó sin reprehensión la filosofía idólatra, que las condena la sacrosanta verdad cristiana. No sólo dice Séneca estas palabras, mas la aconseja y las persuade, *De ira*, III, cap. xv: «A cualquier parte que mirares, allí está el fin de los males. ¿Ves aquel despeñadero? Por allí se baja á la libertad. ¿Ves aquel mar, aquel río, aquel pozo? Allí en lo hondo habita la libertad. ¿Ves aquel árbol corto, seco é infeliz? La libertad cuelga de él. ¿Ves tu cuello, tu garganta, tu corazón? Huídas son de tu cautiverio. Dirásme: muy trabajosas salidas me enseñas, y que requieren mucho ánimo y valentía. ¿Preguntas, pues, cuál sea el camino para la libertad? Cualquier vena en el

cuerpo.» Ni el ser Séneca cordobés, ni el ser tales los escritos de Séneca, han podido acallarme para que en esta parte no diga que con ellas antes se mostró Timón que Séneca, tanto peor cuanto mejor hablado. Timón digo, el que por enemigo del género humano condenaron, aquél que rogaba y persuadió á los hombres á que se ahorcasen de un árbol que tenía dedicado á este fruto. ¡Cómo, ¡oh grande Séneca! no conociste que es cobardía necia dejarse vencer del miedo de los trabajos; que es locura matarse por no morir? Contigo, no con Fanio, hablaba Marcial cuando dijo:

«Matóse Fanio al huir
De su enemigo el rigor:
Pregunto yo: ¿no es furor
Matarse por no morir?»

Desquitéme de un español con otro. Admírame que admirando nuestro Séneca en su Epicuro la valentía con que llamó bienaventurado día suyo el que moría combatido de incomparables dolores de la vejiga y de los intestinos llagados, aconsejase la muerte violenta y desesperada por no padecerlos.

Y es de advertir que no porque Séneca tenga opinión de que es lícito darse la muerte, es opinión estoica; no lo es sino de un Estoico. Oigamos á nuestro Epicteto: «Hombres, sufrid; aguardad á Dios, hasta que él os llame y os desate de este ministerio: entonces volved á él; ahora padeced con ánimo igual, y vivid esta región en que os puso, porque de verdad es corto el tiempo de esta habitación, y fácil y no pesada á los que así lo sienten.» Por ser palabras éstas tan enriquecidas de verdad y tan piadosas, que pudiera haberlas dicho varón cristiano, se leen en favor de ellas y en acu-

sación de los Estoicos, que dijeron las contrarias. Esta sutil es acusación de San Agustín, *de Civ.*, XIX, capítulo IV: «Yo me admiro con qué vergüenza afirman que no hay males, diciendo que si fueran tantos que el sabio no los pueda sufrir, ó no los deba tolerar, que puede darse muerte y sacarse de esta vida.»

Débame la doctrina estoica que la defienda de la fealdad de este error, en que algunos Estoicos se culparon.

En muchas cosas, con palabras enojadas juntamente, acusó á los Estoicos é hizo burla de sus doctrinas el gran Plutarco, siendo así que todos sus opúsculos morales son estoicos. Escribió un libro que intituló: *De las comunes noticias contra los Estoicos*: en algo, como hombre, había de pecar el juicio de Plutarco, y si pecó fué en esta parte; persuádome que todo lo que escribió contra los Estoicos fué dictamen del humor y no del seso. No se podía contradecir á Plutarco, sino por defender la doctrina estoica; es disculpa de mi atrevimiento la inocencia del culpado, á quien, no sólo en el libro citado impugna, sino en otros dos; tiene el uno por título: *Compendio del comentario en que se muestra que los Estoicos escriben cosas más absurdas que los poetas*; y el otro: *De las repugnancias de los Estoicos*. Los encarecimientos y las demasías, señas son de enojo, no de igualdad. Aunque no falta razón para responder á estos tres libros, me falta tiempo y lugar en esta prefación. Satisfaré al mayor ímpetu, en que Plutarco quiere probar que los Estoicos escriben cosas más absurdas que los poetas. Tales son sus palabras, y á cada una seguirá con asistencia de triaca mi respuesta: *El sabio estoico cerrado no está detenido*. No su mejor parte, porque

la cárcel cierra el cuerpo, no la mente, no el juicio, no el buen propósito, no los pasos del entendimiento, no los actos de la voluntad libre en las prisiones. Ningún tirano ha podido inventar cárcel para las potencias del alma, ni sus crueldades han sabido pasar de los sentidos; no pasa del cuerpo su poderío. *Despeñado no padece violencia.* No la padece el sabio sino en su cuerpo: si muere despeñado, no la padece el sabio, sino su vida. No llama violencia el sabio que le despeñen, porque sabe cuán fácil es despeñarse él mismo, y que son muchos los que se han despeñado por donde subían alegres, por donde bajaban cuidadosos, por donde andaban seguros; sabe que el golpe le da la vida que se había de acabar sin golpe, que el alma no se despeña si no peca. Quien ayuda al que va cayendo á que caiga, y al que se muere á que muera, ¿cómo le puede hacer violencia si le ayuda? Si le pudo tener, si le pudo remediar y no lo quiso, más mostró flaqueza en lo que dejó de hacer que fuerza en lo que hizo. El sabio más quiere morir digno de vivir, que morir indigno de la vida. El sabio con la sombra del cuerpo defiende la luz del alma, entretiene con la tierra y el polvo las venganzas del tirano, con la ceniza que le satisface le engaña. *En los tormentos no padece.* No, porque los tormentos y los tiranos padecen á quien los sufre. Si pudiera, hablando como Plutarco, referir cuántos mayores tormentos padecieron los tiranos en la constancia de los mártires que los mártires en los tormentos, el divino español San Lorenzo convenciera esta oposición. El santo ardía en las parrillas, diciendo: «Tirano, vuélveme destotro lado, que ya está asado éste»; y al tirano le servían estas palabras de parrillas. Mas, pues, no me es lícito retraer mi respuesta al sagrado

de la Iglesia, acordaré á Plutarco de Anaxágoras, que haciéndole Nicocreonte majar vivo con martillos de hierro, martillaba él á Nicocreonte con decirle: «Maja, maja el costalillo, que Anaxágoras está donde no puede quebrantarle tu mano.» ¿Qué mejor respuesta que la que se ve? Aquí está el sabio en tormentos, y no padece; aquí padece el tirano que atormenta. Cristo nuestro Señor Dios y hombre verdadero, dijo: «No temáis á los que sólo pueden matar el cuerpo.» ¿Quién negará que Anaxarco obedeció lo que no había oído (bien sin fe verdadera), y que Plutarco duda de lo que ve, y contradice la verdad que sabe? *Si le abrasan, no se quemá.* No se quema el sabio que arde, quémase el vestido de su vida en el cuerpo, que no se puede negar es parte del hombre. Los tiranos quemán la estatua de lo que no pueden quemar. Blasón mentiroso es suyo decir: quemán, al que quemán la estatua: contra los sabios y los buenos no pasa, digámoslo así, de la estatua su poder; á él no alcanza el fuego; está más allá de las iras de los hombres; aquel sólo pasa su castigo y sus hogueras más allá del cuerpo, que puede quemar las almas. Quemán la parte terrestre del sabio, no al sabio. Aunque es entretenido, es á propósito lo que dijo un caballero francés, en tiempo del gran Enrique: huyóse por graves delitos de Turín; pasó los Alpes en las mayores nieves del invierno; supo después que le habían quemado en estatua el propio día que pasó los hielos de los Alpes, y dijo: «En mi vida he tenido más frío que el día que me quemaron.» Esto que dice de su estatua con verdad el delincuente, dice con más verdad de su cuerpo el sabio, y con gloriosa victoria triunfando el mártir de Cristo. *Derribado en la lucha, caí invencible.* No lucha el sabio, no sale al certamen, no descien-

de en la estacada; así lo dice Epicteto, que el sabio será invencible si no lucha ni pelea. Nadie vence sino al que se le opone; el sabio no se opone sino á los vicios y malos afectos: si le vencen, no es sabio; si los vence, es invencible. *Rodeado de municiones, no está cercado.* No, por la propia razón que estando preso probé que no estaba detenido; está cercado su cuerpo, que es la cerca más apretada que tiene el sabio, y pues, rodeado del cuerpo, no está cercado en el alma en sus operaciones voluntarias, menos lo estará en las municiones. *Si le venden los enemigos, no puede ser esclavo.* No, porque los enemigos venden el cuerpo, que es esclavo del sabio; no el sabio, que ni puede ser vendido ni esclavo. El sabio sólo es esclavo si sirve al cuerpo; si se sirve del cuerpo, siempre es libre; en el cautiverio reina. Por esto los enemigos venden el esclavo del sabio, no al sabio. *Al discípulo que de la escuela estoica aprende virtud, le es lícito decir:*

*Desea lo que quisieres
Que todo lo alcanzarás.*

A estas palabras no respondo yo, porque Epicteto las desmiente en su *Manual*, cap. XIII: «No desees que lo que se hiciere se haga á tu voluntad; antes si eres sabio, has de querer que las cosas se hagan como se hacen.» Expresamente enseña lo contrario de lo que le impone Plutarco. Él dice que el Estoico desee lo que quisiere y lo alcanzará todo. El Estoico dice que no ha de desear que alguna cosa se haga á su voluntad, sino acomodar su voluntad á cualquiera cosa que se haga. A mí me tocó mostrar en esta parte á Plutarco falto de razón, y á los Estoicos mostrarles falto de verdad. *La virtud los da riqueza, los adquiere reinos, los granjea la*

fortuna, los hace dichosos, abundantes de todo, todos de sí suficientes, aunque no tengan ni una moneda de patrimonio. Esta ironía de Plutarco hace verdad á su pesar la virtud á quien atribuye en el Estoico estas riquezas, este reino, esta felicidad, esta abundancia. ¿Quién negará que sola puede la virtud dar estas cosas, sino quien ignora la opulencia de la virtud? No niego que todas estas cosas mismas aparentemente las reciben los malos de los delitos y de otros peores, y que se gastan más veces en precio de maldades que en premio de méritos; mas estos bienes en la mano injusta que los da pierden la naturaleza, y en la codicia que los recibe el uso. A los peces igualmente los da alimento la mano que se le arroja porque se sustenten, y la que se le ofrece disimulando el anzuelo para pescarlos; del uno tragan muerte, del otro alimento. El pecado y el delito dan riquezas, reinos, felicidad y abundancia: con anzuelo pescan y no dan. La virtud sola las da sin cautela y engaño. Si la justicia las debe solamente á la virtud, ¿por qué se persuade Plutarco que será tramposa con la virtud la justicia, y que no hará lo que debe hacer la que castiga en todos el no hacer lo que deben? No me hubiera atrevido á contradecir á Plutarco, si me hubiera podido atrever á culpar en esta parte á los Estoicos.

El instituto de esta secta fué de apatía ó insensibilidad, excluyendo totalmente el padecer afectos: esta totalidad la condenaron los Pitagóricos y los Peripatéticos. De los menos antiguos, Lactancio, libro VI: «Furiosos son los Estoicos que no templan los afectos, sino los quitan, y quieren en alguna manera castrar al hombre de cosas propias en su naturaleza.» San Jerónimo contra los Pelagianos, libro I: «Según los Estoicos, se ha de carecer

de afectos para la perfección; según los Peripatéticos, esto es difícil—é imposible, y á esta opinión favorece toda la autoridad de la Sagrada Escritura.» El propio santo doctor de la Iglesia, que autoriza con la Sagrada Escritura la opinión de los Peripatéticos, desautoriza la de los Estoicos en la apatía, y la condena herética con el séquito de los Pelagianos: «Todos los afectos se pueden quitar, y todas sus fibras de Pitágoras y de Zenón lo aprendieron los Pelagianos.» Julio Lipsio, varón doctísimo, en su *Manuducción á los Estoicos*, dice que confiesa que lo aprendieron de Zenón; empero se admira que el Santo dijese que lo aprendieron de Pitágoras, sentido lo contrario, como constantemente lo prueba Lipsio. Yo quisiera que á Lipsio le asistiera para con el santísimo y doctísimo Padre aquella piedad con que por no confesar yerros en Plauto, ni en Marcial, ni en Varrón, y universalmente en todos los autores profanos, enmendaba, restituía lo que disonaba, pues era mucho más justo presumir y consentir yerro en todos ellos que en San Jerónimo, y más en cosa que no pudo ignorar. Agradezco á Lipsio el haberme dejado esta enmienda, cuanto le acuso el haberla dejado error. Son forzosas las palabras latinas del Santo: «*Omnes affectus tolli posse, omnesque eorum fibras, à Pythagora, et Zenone, Pelagianus hausisse.*» Es enmienda que en el yerro tiene de sí tantas señas como letras, pues en *Pythagora* están con su ortografía todas las de *Apathia* invertidas, y en el amanuense ó impresores tuvo ocasión al ver las letras formales de *Pythagoras* en *Apathia*, y no conocer su figuración por ser griega, y parecerles que tratando de filósofos era voz confin á *Pythagoras*, y que no había filósofo de aquel nombre; hace forzosa esta enmienda

de afectos para la perfección; según los Peripatéticos, esto es difícil—é imposible, y á esta opinión favorece toda la autoridad de la Sagrada Escritura.» El propio santo doctor de la Iglesia, que autoriza con la Sagrada Escritura la opinión de los Peripatéticos, desautoriza la de los Estoicos en la apatía, y la condena herética con el séquito de los Pelagianos: «Todos los afectos se pueden quitar, y todas sus fibras de Pitágoras y de Zenón lo aprendieron los Pelagianos.» Julio Lipsio, varón doctísimo, en su *Manuducción á los Estoicos*, dice que confiesa que lo aprendieron de Zenón; empero se admira que el Santo dijese que lo aprendieron de Pitágoras, sentido lo contrario, como constantemente lo prueba Lipsio. Yo quisiera que á Lipsio le asistiera para con el santísimo y doctísimo Padre aquella piedad con que por no confesar yerros en Plauto, ni en Marcial, ni en Varrón, y universalmente en todos los autores profanos, enmendaba, restituía lo que disonaba, pues era mucho más justo presumir y consentir yerro en todos ellos que en San Jerónimo, y más en cosa que no pudo ignorar. Agradezco á Lipsio el haberme dejado esta enmienda, cuanto le acuso el haberla dejado error. Son forzosas las palabras latinas del Santo: «*Omnes affectus tolli posse, omnesque eorum fibras, à Pythagora, et Zenone, Pelagianus hausisse.*» Es enmienda que en el yerro tiene de sí tantas señas como letras, pues en *Pythagora* están con su ortografía todas las de *Apathia* invertidas, y en el amanuense ó impresores tuvo ocasión al ver las letras formales de *Pythagoras* en *Apathia*, y no conocer su figuración por ser griega, y parecerles que tratando de filósofos era voz confin á *Pythagoras*, y que no había filósofo de aquel nombre; hace forzosa esta enmienda

el ser allí forzosa esta palabra *Apathia*, por ser la formal ocasión del error. Santo Tomás, doctor angélico, y con él todos, condenan esta insensibilidad católicamente, sin que pueda ser lícita alguna respuesta. Yo, para mostrar que no se me ha cansado la afición con los Estoicos, confesando ser hoy herejía afirmarlo, y error en la antigüedad, como lo prueban todos, me esforzaré á interpretarlos. Ellos dicen que no se han de sentir algunos afectos, y esto enseñan y esto mandan. Persuádome que algunos, por la palabra sentir, entendieron dejar vencer de los afectos, puesto que de sentirlos nacen las virtudes, como la clemencia, piedad y conmisericordia, y de vencerse de ellos procede la pusilanimidad para poder producir las virtudes. No es cortesía descaminada entender bien lo que dijeron algunos de aquellos que encaminaron todas sus acciones al bien; muchas cosas los debemos, débannos una.

Su descendencia y genealogía empieza en el origen de los Cínicos, en Zenón; prosigue en Cleantes, Crisipo, Zenón Sidonio, Diógenes, llamado Babilónico; Antípatro, Panecio, Posidonio, Perseo, Erillo, Aristodechio, Atenodoro, Esfero, Zenodoro, Apolonio, Asclepiodoro, Archidemo ó Arched, y Soción. A la doctrina estoica añade la fuente de las ciencias Homero; Séneca, siendo Estoico, los negó esta honra y principio en la epístola 88, y con las propias razones que se le niega, se le debe conceder; no fué en Séneca envidia culpable, fué severidad celosa. Sócrates no fué Estoico; empero la doctrina estoica fué de Sócrates: lo propio digo de Sófocles y Demóstenes, de ninguno con más razón que de Sófocles. Filón se confiesa Estoico con el libro *Todo sabio es libre*. Platón no se puede negar que fué Estoico, si lo profesan sus obras. Entre los

Romanos lo fueron los Tuberones, los Catones, los Varrones, Traseas, Peto, Helvidio Prisco, Rubelio, Plauto, Plinio, y Tácito, y Marco Antonio, emperador, y todos los que Sexto Empírico cuenta. Fué Estoico Virgilio, y siguió la Apathia, como expresamente lo enseña en el segundo libro de las *Geórgicas*: « *Neque illi, aut doluit miserans inopem, aut invidit habenti.* » Hubo algunos cristianos en la antigüedad que sintieron bien de los Estoicos; de éstos fué Arnobio, y más afecto Tertuliano, y el grande Panteno, doctor de Alejandría en las cosas sagradas. Dícelo San Jerónimo: « Panteno, filósofo de la secta Estoica, fué enviado á la India por la grande gloria de su erudición, á predicar á Cristo á los Brahmanes, y á los filósofos de aquellas gentes. » Autorizó la doctrina Estoica Clemente Alejandrino, como se conoce leyendo sus admirables escritos. San Jerónimo sobre Isaías, cap. xx, los califica con estas palabras: « Los Estoicos en muchas cosas concuerdan con nuestra doctrina. » Lipsio añade para lustre en nuestros tiempos de los Estoicos á San Carlos Borromeo, si bien fué más que Estoico, pues no cabe en la doctrina suya lo que cupo en su santidad cristiana. Yo añado al beato Francisco de Sales, pues en su introducción á la *Vida devota*, expresamente incluye el *Manual* de Epicteto, como se conoce en los capítulos de la humildad. Añado á Justo Lipsio: fué cristiano Estoico, fué defensor de los Estoicos, fué maestro de esta doctrina. El doctor Francisco Sánchez de las Brozas, blasón de España en la Universidad de Salamanca, se precia de Estoico; en el comentario que hizo al cap. vi de Epicteto, él lo dijo. Yo no me atrevo á referir sus palabras; yo no tengo suficiencia de Estoico, mas tengo afición á los Estoicos:

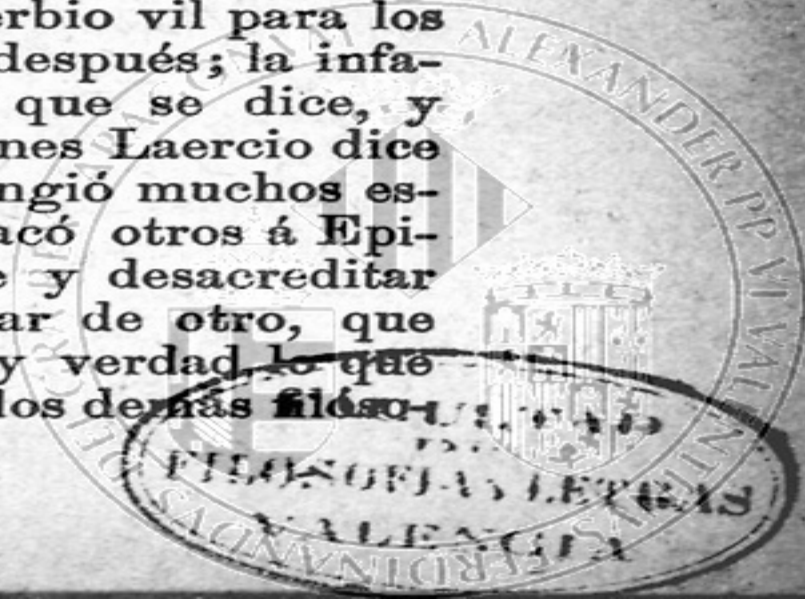
hame asistido su doctrina por guía en las dudas, por consuelo en los trabajos, por defensa en las persecuciones, que tanta parte han poseído de mi vida. Yo he tenido su doctrina por estudio continuo; no sé si ella ha tenido en mí buen estudiante.



DEFENSA DE EPICURO.

Resta la defensa de Epicuro: no la hago yo; refiero lo que hicieron hombres grandes, ni en este caso es mi caridad la primera con este nombre. Arnaudo, en su libro que llama *Juegos*, la imprimió, mas dejando lugar á que yo no perdiese el tiempo en ésta.

No es culpa de los modernos tener á Epicuro por glotón, y hacerle proverbio de la embriaguez y deshonesta lascivia; lo mismo precedió en la común opinión á Séneca: execrable maldad fué en los primeros, que le hicieron proverbio vil para los que les siguieron necesariamente después; la infamia ajena más fácilmente se cree que se dice, y peor, pues siempre se añade. Diógenes Laercio dice que Diotimo, Estoico, de envidia fingió muchos escritos torpes y blasfemos, y le achacó otros á Epicuro, y los publicó para difamarle y desacreditar la escuela. Pocos hay en murmurar de otro, que no les parezca poco lo que oyen y verdad lo que creen. Esto sucedió á Epicuro con los demás filósofos.



fos, con la intervenció de la ruindades de la envidia. Epicuro puso la felicidad en el deleite, y el deleite en la virtud, doctrina tan estoica, que el carecer de este nombre no la desconoce; desembarazó la atención de sus discípulos, como de trastos, de la dialéctica sofística, de la cual habló sola, porque la lógica en lo escolástico es grande y valiente, parte de la teología; y el condenar la dialéctica (entiéndese sofística) en que fundaban su mayor pompa los otros filósofos, fué ocasión de aborrecer y difamar á Epicuro. Con felicísimo estilo le defiende el primer fragmento de Petronio Arbitro; mucho pierde quien me obliga á traducir sus palabras: *estas cosas fueran tolerables, si hicieran lugar á quien se encamina á la elocuencia: ahora con la hinchazón de las cosas y el vantísimo rumor de las sentencias, sólo oprovechan para que cuando vengan á la corte sospechen que han sido llevados á otro orbe de la tierra; por esto me persuado que los muchachos se hacen ignorantísimos en las escuelas, pues ninguna cosa de las que no son en uso, oyen ni ven.*

Poco es para esta defensa voz elegante; oigamos voz elegante, doctísima y sagrada. San Jerónimo sobre la epístola de San Pablo á Tito: «Los Dialécticos, de quienes Aristóteles es príncipe, suelen tender redes de argumentos y concluir la vaga libertad de la retórica en las zarzas de los silogismos: si esto hacen aquellos de quienes la contención es arte propia, ¿qué debe hacer el cristiano, sino huir la contienda?» San Ambrosio en el *Exameron*: «De la manera que el agua (como dicen) puede estar sobre el orbe, revolviéndose el orbe; tal es la astucia dialéctica. Dame cosa á que te pueda responder, porque si no me la das, no responderé palabra.» San Agustín contra Cresconio, gramático: «Esta arte

que llaman dialéctica, la cual no hace otra cosa sino demostrar con la conclusión, ó la verdad á las verdades, ó la mentira á las mentiras.» San Ambrosio, *de Fide ad Tratianum*: «Los herejes fundan toda la fuerza de su veneno en la arte dialéctica, la cual, por sentencia de los filósofos, se define arte que no tiene fuerza de instruir los estudios, sino de destruirlos.» No hubo otros filósofos sino los Epicúreos que dijese que la dialéctica destruía, y no instruía los estudios. Sígame, que pues Epicuro con razón desechó la dialéctica sofística, y que con la verdad indignó contra sí todos los filósofos, que valiéndose de la palabra *deleite*, en que ponía la felicidad, callando la virtud en que decía consistir el deleite, difamaron al filósofo más sobrio y más severo. Que Epicuro dijese que no había deleite sin virtud, Séneca lo dice en el libro IV *de Beneficios*, cap. II: «La virtud ministra los deleites; no hay deleite sin virtud.» El mismo, en el libro de la *Vida bienaventurada*, cap. XII: «No se dan á la lujuria impelidos de epicuros; antes entregados á los vicios abrigaron en los retiramientos de la filosofía su lujuria, y acuden donde oigan alabar el deleite, ni buscan aquel deleite de Epicuro: así lo siento por ser sobrio y seco.» Y en el cap. XIII: «De verdad este es mi parecer (diré á pesar de nuestro vulgo): Epicuro enseñó doctrina santa y recta, y así te acercas triste.» Estas palabras por sí tienen soberanía; dichas por nuestro Séneca, ¡cuán grande estimación solicitan á Epicuro! ¡Cuán justa indignación contra los ignorantes que le difamaron, y particularmente contra Leonides, autor de condenada memoria, por su libro, en que llama á Epicuro Tersites de los filósofos; y estudiando en su mengua oprobios que decir al gran filósofo, gasta su pluma en distrai-

mientos de la envidia. Este inútil escritor griego le trata con tal ignominia, cuando Lucrecio en sus versos, consolando al hombre de que ha de morir, con referir que murieron los príncipes y los sabios, por último encarecimiento del poder de la muerte, dice:

Murió el mismo Epicuro fenecido
El curso de su vida, el que en ingenio
Todo el género humano aventajaba,
Como sol celestial á las estrellas
A todos los demás oscurecía.

Mi Juvenal, que á mi juicio escribió la política en versos con nombre de sátiras (no sin cuidado), pues este género de filosofía más necesita de lo sátiro que de lo comendable, porque más veces está el bien en lo que se deja de hacer que en lo que se hace, reprendiendo los glotones y desordenados, pone por ejemplo de los sobrios y abstinentes en todo rigor á Epicuro, sátira 13:

Y quien ni lee los Cínicos, ni estudia
Dogmas de los Estoicos, que difieren
Solamente en la capa de los Cínicos,
Ni á Epicuro contenta con legumbres
Del huerto pobre.

Y en la sátira 14:

Si me pregunta alguno la medida
Del censo que será bastante, digo
Que cuanto pide hambre, sed y frío,
Y cuanto á tí, Epicuro, te bastaba
En los huertos pequeños.

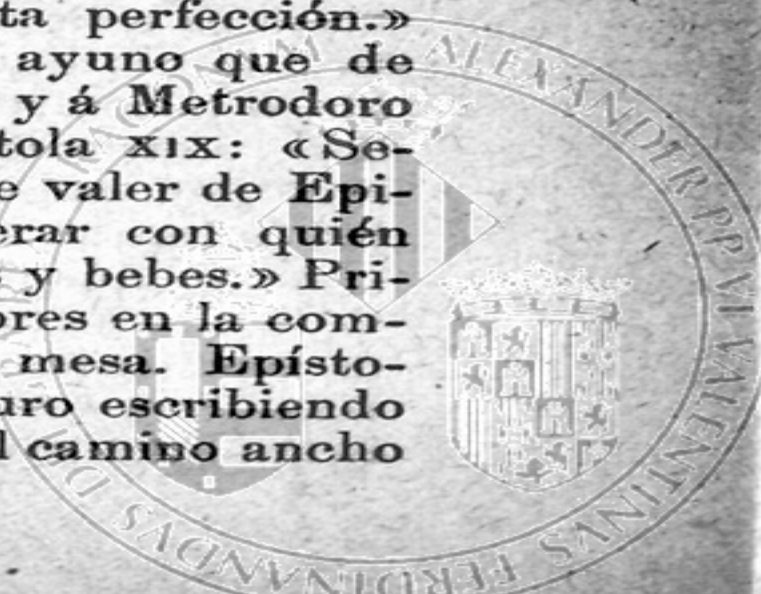
Constante cosa es que se sustentaba el Epicuro de agua y hierbas. En una carta suya que cita



Laercio, dice que pan y agua le sustenta, y pide un poco de queso para regalarse. Plinio dice fué el primero que introdujo huertos en la ciudad. Séneca habla de Epicuro con suma veneración, y se alaba de que no habla de él como el inútil y rabioso Cleomedes, libro de la *Vida bienaventurada*, cap. XIV: «Yo no digo lo que muchos de los nuestros, que la secta de Epicuro es maestra de maldades; empero digo: mal nombre tiene, infamada está, mas sin razón.» Sabía Séneca lo que Diógenes Laercio refiere en la vida de Epicuro, con estas palabras: «Diótimo Estoico, por aborrecimiento que le tenía, le difamó cruelmente publicando por de Epicuro quinientas cartas lascivas y deshonestas, y achacándole las que andan con nombre de Crisipo.» En todo tiempo ha habido hombres infames que han tenido en más precio infamar á los famosos, que hacerse famosos siendo infames; en Epicuro ya lo hemos visto; en Homero ya se vió en Zoilo, que hubiera sido el más vil ignorante si Julio Escalígero siguiéndole, y á Escalígero otros abominables idiotas, no hubieran excedido su afrenta. ¡Oh postrera impiedad! Hacer en Epicuro proverbio de los vicios, las virtudes; de la deshonestidad, al continente; de la gula, al abstigente; de la embriaguez, al sobrio; de los placeres reprensibles, al tristemente retirado en estudio, ocupado en honesta enseñanza. Muchos hombres doctos, muchos padres cristianos y santos le nombraron con esta nota, no porque Epicuro fué deshonesto y vicioso, sólo porque le hallaron común proverbio de vicio y deshonestidad: en ellos no fué ignorancia, fué gravamen á la culpa que tenían los que con sus imposturas le introdujeron en hablilla. Séneca, cuyas palabras todos los hombres grandes reparten por joyas en sus escritos,

repartió en los suyos las de Epicuro, donde se leen con blasón de estrellas. Cicerón llamó al libro que se intitula *Canon* entre las obras de Epicuro, *libro que cayó del cielo*. Escribió tantos libros, que dice Laercio fueron infinitos, y que excedió en el número á todos los filósofos; los títulos de todos son útiles, son decentes, son, como es lícito decir en un gentil, santos: entre otros, escribió el libro de *Apetencia y fuga*, que es toda la doctrina estoica que Epicteto abrevió en las dos palabras *Sustine et abstine*. Esto movió á Séneca en el libro de la *Vida bienaventurada*, cap. xxx, á decir: «En esto difieren dos sectas, la Epicúrea y la Estoica, mas cualquiera de ellas encamina al ocio por diferente camino. Dice Epicuro: el sabio no se llegará á la República sino cuando interviniere causa. Zenón dice: llegaráse á la República el sabio si no se lo impidiere alguna cosa: el uno apreció el propósito; el otro la causa.» Igualmente se apiadaron del sabio Zenón y Epicuro en dificultarle los cargos políticos; parece que no puede admitirlos sin aventurarse; puestos son más apetecidos del astuto que del sabio. Más frecuente es Epicuro en las obras de Séneca, que Sócrates y Platón, y Aristóteles y Zenón. Él se precia mucho de hacerlo, y da la razón en la epístola viii: «Puede ser que me preguntes por qué de Epicuro refiero tantas cosas bien dichas, y no de los nuestros. ¿Por qué razón juzgas que estas voces son de Epicuro, y no públicas? Muchos poetas dicen lo que dijeron los filósofos ó debieron decir.» Por esto en veinte epístolas Séneca le cita todas las veces que necesita de socorro en las materias morales que escribe; dice en la vii: «A Metrodoro, á Erimacho, á Polieno, varones grandes, no los aprovechó la escuela de Epicuro, sino el

trato.» Calificaba alabanza de la vida de Epicuro, aprovechar más con el ejemplo que con la doctrina. En la IX refiere que dijo Epicuro: «Si á alguno no le parece bastante lo que posee, aunque sea de todo el mundo señor, es miserable.» ¿Quién puede ser sabio que no diga estas palabras? ¿Quién bueno que no las obre? En la XII dice que Epicuro dijo: «¿Qué tienes tú que embarazarte con lo ajeno? Lo que es verdad es mío, perseveraré en introducirte á Epicuro.» Al que Séneca quiere aprovechar con Epicuro le asiste. En la XIII: «¿Qué cosa hay más vergonzosa que el viejo que empieza á vivir? No añadiera el autor de esta sentencia si no fuera retirada entre los dichos de Epicuro, los cuales yo me precio de alabar y apropiarme.» ¡Oh grande Séneca, que te precias de lo que te aprovechas, que nombras al autor ignorado de la sentencia que te ilustra! Eres lo que se ve raras veces, fiel y docto. En la XVIII: «Tenía ciertos días señalados a aquel maestro del deleite, Epicuro, en que escasamente satisfacía la hambre, para ver si faltaba algo del gusto consumado y lleno, y cuánto, y si era digna la falta de ser recompensada con grande trabajo: no gastaba un dinero cabal todo el sustento de Metrodoro, que no había arribado á tanta perfección.» Esta acción más facciones tiene de ayuno que de glotonería: más muestran á Epicuro y á Metrodoro penitentes que bacanales. En la epístola XIX: «Según lo pide el discurso nos hemos de valer de Epicuro, que dice: antes debes considerar con quién comes y bebes, que no lo que comes y bebes.» Primero quiere se aseguren las costumbres en la compañía, que satisfacer el apetito en la mesa. Epístola XXI: «Referiré el ejemplo de Epicuro escribiendo á Idomeneo, y queriéndole reducir al camino ancho



(así lo leo yo, no vida, ni vía especiosa, sino espaciosa) á la gloria fiel y permanente, siendo rígido ministro del poder, y ocupado en grandes negocios. Díjole: si eres ambicioso de gloria, más fama te darán mis cartas, que todas estas cosas que reverencias, y por que te reverencian. ¿Acasó mintió? ¿Quién conociera á Idomeneo, si Epicuro con sus cartas no le hubiera ilustrado? Todos aquellos grandes magistrados y sátrapas, y el propio rey, de quien el título de Idomeneo se derivaba, alto olvido los sepulta.» Poderosa virtud, que con una carta reduce un tirano de la licencia del poder á la gloria segura de la virtud, y con una cláusula en que le nombra, le da la memoria que no pudo guardar del olvido su mismo príncipe. En la propia epístola: «Á este Epicuro escribió aquella notable sentencia, con la cual le aconseja á Pythoclea no le enriquezca por el público y dudoso camino. Si quieres, dijo, enriquecer á Pythoclea, no le has de añadir dinero, sino quitarle la codicia.» ¡Oh alma grande y generosamente docta, fecunda de partos tan felices! ¿Cuál seso humano sin luz de fe, encaminó al espíritu riqueza tan decente? Bien admiró nuestro Séneca estas palabras, pues consecutivamente dijo: «Tan clara es esta sentencia, que no necesita intérprete; tan docta, que no ha menester esfuerzo.» Y más abajo pocos renglones, bien á propósito de Cleomedes, y otras lechuzas ciegas de esta luz de Epicuro, dice Séneca: «Por eso de mejor voluntad refiero las admirables sentencias de Epicuro; porque aquellos que á su nombre disfamado se acogen llevados de mala esperanza, imaginando hallar rebozo de sus maldades, experimenten que en cualquier parte que se acogieren han de vivir bien.» Con este propio fin refiero todas las palabras de Epicuro,

con el mismo le desafiando, deseo que nadie halle acogida en hombre tan admirable para su desenvoltura, rescato de poder de los vicios el talento admirable que se debe á las virtudes. No pudo ser tan eminente varón secuaz de las abominaciones; no lo fué, fué su reprehensión, fué su desengaño. En la xxiii pudo responderte con la voz de tu Epicuro, y calificar esta carta: «Molesto es empezar siempre la vida, ó si de esta manera se declara más este sentir; mal vive quien siempre empieza á vivir.» Esta voz no pudo salir por garganta frecuentada de ahitos y embriagueces, no pudo ser paso de oráculos y de glotonerías. Quien decía que vivía mal, quien siempre empezaba á vivir, no podía vivir como quien no piensa morir. En la xxiv reprende Epicuro no menos aquellos que desean la muerte, que á los que la temen: «Qué cosa tan ridícula como apetecer la muerte, cuando con el miedo de la muerte inquietas tu vida. En pocas palabras condena con suma elegancia Epicuro la opinión de algunos estoicos que referiremos, afirmando que el sabio puede y debe darse la muerte. Olvidóse Séneca que le citaba contra sí: no empero es falta de memoria, antes sobra de ingenuidad. No rehusó citar la verdad contra sí. En afirmar que se debía dar muerte el sabio, se mostró estoico, y en contradecirse, buen estoico. ¡Oh grande Séneca! Cuán felizmente sabes acertar, aun cuando te contradices. En la xxv: «Agua y pan desea la naturaleza, nadie es pobre de esto: pues quien en estas cosas descansó su deseo, puede competir en felicidad con Jove, como dice Epicuro, de quien alguna voz mezclaré en esta carta, de tal manera (dice) haz todas las cosas, como si alguno te viese.» Y pocos renglones más abajo: «Lo mismo aconseja

Epicuro. Entonces principalmente te retira á tí mismo, cuando eres forzado á estar en la multitud.» Estando sólo conocía Epicuro que eran testigos de sus acciones su conciencia dentro de él, y sobre él Dios; quería que el hombre obrase á solas como si fuera espectáculo de todos. Aconsejaba por más importante soledad la que se tenía en los propios concursos. Ninguno dijo primero que Epicuro que el mejor solitario era el que sabía estar solo entre la gente. En la XLVI, tratando de un libro que le envió Lucilo, y alabándole encarecidamente dice: *Quam dissertus fuerit ex hoc intelligas, licet levis mihi visus est, cum esset nec mei, nec tui temporis, sed qui primo aspectu, aut Titi Livii, aut Epicuri posset videri.* He trasladado las palabras latinas, porque como reconocerá el docto que tiene ingenio, están erradas, yo las leo y restituyo así: *Brevis mihi visus est, nec esse mei, nec tui temporis:* lo que confirma el *sed*, que con relación comparativa le juzga por digno de Tito Livio, ó de Epicuro: *Levis mihi visus est, lei brevis;* que la mayor señal de que un libro es bueno, es que parezca breve, y el error fué fácil. Esta es la versión del lugar, como lo he leído. «De esto podrás entender cuán docto me pareció tu libro, parecióme breve, que no era de tu tiempo, ni del mío, sino que á la primera vista podía parecer de Tito Livio, ó de Epicuro.» Bien encarecido queda el alto espíritu de Lucilo, de donde se conoce lo sublime del estilo de Epicuro, pues porque creyese la oración, le nombra Séneca después de Livio. En la LIV dice Epicuro: «Hay algunos que se encaminan á la verdad sin socorro de otro, de si hicieron camino para sí; éstos alaba sumamente, á los cuales asistió su propia inclinación, que ellos mismos se aventajaron; otros

necesitan de ayuda ajena, que no fueran á la verdad, si alguno no les precediera; empero siguen bien: de éstos, dice, es Metrodoro.» No gasta Epicuro palabras en otros sujetos, que en la virtud, en el virtuoso y en la verdad. En el LXVII: «Daréte en Epicuro división de los bienes, semejante á la nuestra. En su opinión hay algunos bienes que él deseara tener, como la quietud del cuerpo, libre de toda incomodidad, la remisión del ánimo, contento con la contemplación de sus bienes. Otros hay, que si bien no los desea, los alaba y aprueba, como la falta de salud, que ya dije, y la molestia de gravísimos dolores y enfermedades, en la cual estuvo Epicuro, aquel día suyo postrero fortunadísimo: dice que padecía de la vejiga y úlceras del vientre, dolores que no podían aumentarse, y con todo llama bienaventurado aquel día.» Reconoce Séneca á Epicuro por estoico en la división de los bienes; yo le reconozco por el mejor estoico en la tolerancia de los últimos dolores. Quien de todos los días que vivió llamó sólo bienaventurado aquel en que combatió de excesivos dolores moría, ¿cómo fué creíble que tenía por bienaventuranza los desórdenes del vientre? El grande Epicuro, ni despreció la muerte, ni la temió, ni los dolores se la hicieron desear, ni aborrecer. Hizo lo que dijo, murió como decía que se había de morir, vivió para poder morir, como lo dijo. Epístola XCIII: «¿Acaso no te parece igualmente increíble, que quien está padeciendo sumos tormentos diga soy bienaventurado? Y con todo, esta vez se oyó en la misma oficina de los delectes: Bienaventurado es este día en que espiró, dijo Epicuro, cuando las úlceras de los intestinos y el dolor insuperable de la orina le atormentaban.» Repetir Séneca cuatro veces esta acción y palabras

necesitan de ayuda ajena, que no fueran á la verdad, si alguno no les precediera; empero siguen bien: de éstos, dice, es Metrodoro.» No gasta Epicuro palabras en otros sujetos, que en la virtud, en el virtuoso y en la verdad. En el LXVII: «Daréte en Epicuro división de los bienes, semejante á la nuestra. En su opinión hay algunos bienes que él deseara tener, como la quietud del cuerpo, libre de toda incomodidad, la remisión del ánimo, contento con la contemplación de sus bienes. Otros hay, que si bien no los desea, los alaba y aprueba, como la falta de salud, que ya dije, y la molestia de gravísimos dolores y enfermedades, en la cual estuvo Epicuro, aquel día suyo postrero fortunadísimo: dice que padecía de la vejiga y úlceras del vientre, dolores que no podían aumentarse, y con todo llama bienaventurado aquel día.» Reconoce Séneca á Epicuro por estoico en la división de los bienes; yo le reconozco por el mejor estoico en la tolerancia de los últimos dolores. Quien de todos los días que vivió llamó sólo bienaventurado aquel en que combatido de excesivos dolores moría, ¿cómo fué creíble que tenía por bienaventuranza los desórdenes del vientre? El grande Epicuro, ni despreció la muerte, ni la temió, ni los dolores se la hicieron desear, ni aborrecer. Hizo lo que dijo, murió como decía que se había de morir, vivió para poder morir, como lo dijo. Epístola XCIII: «¿Acaso no te parece igualmente increíble, que quien está padeciendo sumos tormentos diga soy bienaventurado? Y con todo, esta voz se oyó en la misma oficina de los deleites: Bienaventurado es este día en que espiro, dijo Epicuro, cuando las úlceras de los intestinos y el dolor insuperable de la orina le atormentaban.» Repetir Séneca cuatro veces esta acción y palabras

de Epicuro en sus epístolas, no es proligidad, sino admiración. No es pobreza de noticia de otro ejemplo, es pobreza de otro ejemplo, en otro que Epicuro. Verdad es que es decir una misma cosa, más algo más trae, cuanto se repite más. No se contenta Séneca con decirlo, vuélvelo á decir para persuadirlo. Muchas veces se ha de decir la cosa, que pocos hacen alguna vez, y que todos deben hacer muchas. En el libro de la pobreza á Lucio, por empezarle Séneca con majestad, dice: «Dice Epicuro que es honesta cosa la pobreza alegre.» ¿Qué cosa pudo decir más honesta Epicuro, ni se pudo oír con mayor alegría? En otros muchos lugares cita Séneca á Epicuro, que dejo por no crecer en libro este cuaderno, donde lo que Diógenes Laercio, Séneca, Petronio y Juvenal dijeron de Epicuro muestra su grande doctrina, su encarecida virtud, su alta elocuencia, su rica pobreza, su abstinencia y su constancia, y juntamente la causa de que los otros filósofos le envidiasen, hasta fingir obras deshonestas é infames, y publicarlas por de Epicuro. Grande es esta defensa donde bastaba nombrar á Séneca; empero mayor es el haber yo referido lo que él enseñó y dijo, como Séneca lo cita. Dará fin á esta defensa la autoridad del Sr. de Montaña, en su libro, que en francés escribió, y se intitula *Essais ó Discursos*, libro tan grande, que quien por verle dejara de leer á Séneca y á Plutarco, leerá á Plutarco y á Séneca. En el cap. II de la crueldad, lib. II: «Parece que el nombre de la virtud presupone dificultad y contraste, y que no se puede ejercitar sin padecer. ¿Esto acaso puede ser causa por la cual nosotros llamamos á Dios bueno, fuerte, liberal, justo? Empero nosotros no le llamamos virtuoso: sus operaciones son todas puras y sin contraste. De los filó-

sofos, no sólo los estoicos, sino los epicúreos, y á éstos yo les defiende de la opinión común, que es falsa, no obstante aquel mote sutil, de quien le dijo, eran infinitos los que pasaban de su escuela á la de Epicuro y ninguno al contrario. Yo creo bien, que de los gallos se hacen muchos capones, más de los capones nunca se hizo un gallo; porque á la verdad, en firmeza y rigor de opiniones y preceptos, la secta epicúrea no cede en ninguna manera á la estoica.» Y en el propio libro, cap. x de los libros: «Plutarco tiene las opiniones platónicas, dulces y acomodadas á la compañía civil: el otro las tiene estoicas y epicúreas, más apartadas del uso común, más según mi parecer, más acomodadas en particular, y más firmes.» Cicerón, *De natura deorum*, libro I, manda que Epicuro sea tenido en reverencia; éstas son sus palabras: «El solo vió primero que hay dioses, cuya razón, fuerza y utilidad, recibimos de aquel libro suyo celestial, *De la regla y del juicio.*» Y en el primero de las *Cuestiones tusculanas*, dijo: «No sólo de los epicúreos, á los cuales yo no desprecio, antes, no sé por qué, del hombre docto son despreciados.» Severo el Sr. de Montaña, juzga que en lo verdadero, rígido y robusto no cede la doctrina de Epicuro á la estoica: no dice que la excede, no, porque no es verdad, sino porque no era fácil de creerse; dice que Plutarco era platónico, cuyas opiniones son opuestas á las estoicas y epicúreas; esto es, descubrir la causa, porque tan esclarecido varón como Plutarco, vencido de la pasión de su secta, contradijo con tanta pasión la estoica.

He procurado desempeñarme de las promesas de esta introducción previa á la doctrina estoica. La secta es fuera del común sentir, mejor diré, con-

traria; los términos con que se declara son forasteros á los espíritus vulgares, más altos de lo que puede percibir la oreja: por eso dijo Séneca, XIII: «No hablo contigo en la lengua estoica, sino en otra más baja»; es lengua no sólo diferente, sino extraña la de la verdad; es amarga, óyese, y en vez de aprenderse se teme: en esta lengua escribió Epicteto, en esta escribió Epicuro, no en la que le achacaron á la gula y embriaguez los que no conocieron su culpa en no obedecerla. Difamáronle, los torpes filósofos idólatras. Admiróle Séneca, admiróle: con él deshonor al grande cordobés, quien no lo creyere en esto, quien no le siguiere. No soy quien le defiende, oficio para mí desigual; soy quien junta su defensa, porque no pueda blasonar el vicio, que fué tan admirable filósofo su secuaz. Errores tuvo Epicuro como gentil, no como bestia: aquéllos le condenan los católicos; éstos le achacaron los envidiosos, y después por hallarle ya común proverbio y único de los vicios, los doctos y los santos le advirtieron por escándalo: San Crisólogo, sermón v: *Epicuro se tradunt, ultimo de sperationis et voluptatis autore*. Comunmente se dice negó la inmortalidad del alma; este error tan feo no se colige de su vida ni de sus palabras, ni de llamar bienaventurado el día en que moría atormentado de inmensos dolores: antes es confesión de lo contrario, según las señas que da el Espíritu Santo, de los que no creen otra vida en el Libro de la Sabiduría. Las señas de hombre sin Dios, son gozar de todos los placeres y gustos, porque no creen otros; empero no gozar de ninguno y abstenerse de todos, y llamar bienaventurado el día de la muerte, señas son de creer otra vida. Acúsanle de que negó la Providencia divina: yo trato este punto en mi libro que

intitulo: *Historia teológica, política de la divina Providencia*. Sea que erró en esto, mas diga la causa el grande Padre Agustino, en su libro de *Las ochenta y tres cuestiones*, donde prueba que la ceguedad de la mente no puede ver á Dios: «De la manera que la vista de los ojos, si está enferma, juzga que no hay lo que no ve, por demás la imagen presente asiste á los ojos cuando tienen cataratas, así Dios, que en todas partes está, no puede ser visto de los ánimos cuya mente está ciega.» Por esto no vió Epicuro á Dios y á su providencia; porque su mente no alcanzó la vista, que á nosotros nos da la fe que alcanzamos. Y, pues, por misericordia de Dios tenemos la luz que le faltó á él y á todos los filósofos gentiles, estimemos lo que vieron, y no les acusemos lo que dejaron de ver; cuando lo condenáremos no difamemos su memoria, si contradijéremos sus escritos. Oigamos por Epicuro á Eliano de varia historia, lib. VI, en el título *Epicuri sententia et fœlicitas*. Epicuro Gargecio decía: «A quien poco no le basta, nada le basta.» El mismo decía que se atrevería á competir de la felicidad con Júpiter, si tuviera agua y pan. Habiendo tenido Epicuro este sentimiento, otra vez trataremos con qué intención alabó el deleite.

Nada dejó por decir Eliano en defensa de Epicuro, y aunque no declaró, como lo promete, de qué deleite hablaba, en Cicerón se lee repetidamente, *L, De natura Deorum*: «Nosotros los epicúreos ponemos la bienaventuranza de la vida en la paz del alma, y en carecer de todas las dádivas.» Y en el tercero de las *Tusculanas*: «Niega Epicuro que se puede vivir bien sin virtud. Niega que la fortuna tenga alguna fuerza en el sabio, antepone la comida pobre á la espléndida. Niega que hay algún tiempo

en que el sabio no sea bienaventurado.» Y en el primero de *Tusculanas*. «Vienen no sólo catervas de epicúreos, que contradicen, á los cuales no desprecia: más no sé cómo cualquiera doctísimo lo desprecia.» Yo me admiro de lo que se admiró Cicerón en el segundo *De Finib.* «Epicuro siempre dice que el sabio es bienaventurado, tiene fin en las codicias, desprecia la muerte, siente sin algún miedo la verdad de los dioses inmortales, no duda si será mejor salir así de la vida: instruído con estas cosas, siempre está en deleite.» Y en el segundo *De Finibus*: «Niega Epicuro (ésta es vuestra luz) que nadie pueda vivir con deleite, que no viva honestamente.» Y en el tercero de las *Tusculanas*: «No sin causa se atrevió á decir Epicuro, siempre goza de muchos bienes el sabio, porque siempre está en deleite.» Y hablando Cicerón en la proposición capital que acerca de la Providencia divina le acusan, dice en el tercero de las *Tusculanas*: «Con verdad pronunció Epicuro aquella sentencia: Lo que es eterno y bienaventurado, ni padece negocio ni le hace padecer.» Si esto ha de ser verdad, es forzoso que se regule con la fe santa y católica, entendiendo que Dios, aunque cuida de todo, él no padece cuidado ni ocupación de toda su Providencia, que le embarace ó sea molesta, achaques de los que los hombres llaman negocios, cuidados y ocupaciones.

No ignoro que el propio Cicerón acusó á Epicuro en muchas cosas, y le contradijo en muchas opiniones. Sucede á Cicerón contradecirse, así lo dice Quintiliano, libro III, cap. XIII: *paulum in his secum etiam Cicero dissentit*: mas con reverencia de tan grande varón, oso decir que Cicerón fué muy interesado en sus opiniones, y que padeció en su de-

fensa la terquedad de causídico, que procuran por el precio, no sólo disculpar los delitos, sino defender las virtudes y méritos. Y es cierto que en los libros de la filosofía mostró Cicerón más su oficio que su seso: quien los leyere me disculpará con lo que leyere, y verá son estas palabras menos de mi pluma que de la suya. En el primero *De natura Deorum*, dice: «Y de verdad, no entiendo por qué razón Epicuro quiso más decir que los dioses eran semejantes á los hombres, que decir que los hombres eran semejantes á los dioses.»

Admírame que Cicerón ignorase cosa á que le puede responder cualquier ignorante, como en mí lo verifico: fué la causa que como no se ve, ni alcanza, ni puede comprender la naturaleza de Dios, y la del hombre se ve y entiende por advertencia científica, declarar lo no conocido por lo conocido á nuestro modo de entender, y lo contrario, era irracional axioma repetido. Cristiano es: «Por las cosas que fueron hechas, se ven las cosas que se entienden.» Enséñanos esto la Iglesia católica con la sagrada adoración de las imágenes de Dios Padre, y del Espíritu Santo, y de las almas y ángeles, pintándolas á semejanza de los hombres, para que nuestros sentidos sean capaces de lo incomprensible, á nuestro modo de entender.

En otra parte dice Cicerón, se espanta que Homero quisiese más pintar á los dioses como hombres, que á los hombres como dioses. Pues Cicerón repite esta (á su parecer) advertencia;preciado estaba de ella, ó empeñado en acreditarla, cosa aun á su elegante persuasión difícil. Yo no califico á Epicuro, refiero las calificaciones que hallo escritas de su doctrina y costumbres, en los mayores hombres de la gentilidad; diligencia hecha primero por Dió-

genes Laercio, por Eliano, por Séneca, por Cicerón, y en nuestros tiempos por Arnaudo, en que yo que los junto soy el sexto, que no pudiendo añadir autoridad á esta defensa, la añado un número. Dos cosas, empero, añado, y pongo en consideración á los lectores: que Cicerón para impugnar en algunas partes la doctrina que fué de Epicuro, se vale de lo que falsamente le impusieron sus envidiosos con cartas fingidas. La otra que se lee frecuentemente, que desterraron de diferentes repúblicas los Epicúreos, más nunca á Epicuro: antes Cicerón dice que por veneración de su memoria se traía su retrato en los dedos en anillos, y Laercio, que se le hicieron estatuas, y se le señalaron fiestas. De esto, tengo por causa que Epicuro, para atraer fáciles á los hombres á la virtud, la llamó deleite, nombre que hace más gente en nuestra naturaleza que el de virtud y autoridad y filosofía. Los viciosos, que fueron los Epicúreos desterrados, acudieron al nombre deleite, para autorizar sus vicios y desautorizar á Epicuro. Lo que consiguieron, sin culpa de los que le nombran proverbio de gula y deshonestidad; no de otra manera que ha sucedido en nuestra España á Juan de la Encina, que, siendo un sacerdote docto y ejemplarísimo, cuerdo y pío, como consta de sus obras impresas, en que se leen muchas de seria erudición, á quien llevó en su compañía el excelentísimo señor Marqués de Tarifa cuando fué en voto á visitar la Casa Santa, que, no sólo le honró con su lado, sino imprimiendo en el libro que Su Excelencia hizo de su viaje, el propio viaje escrito en verso por el mismo sacerdote Juan de la Encina; sólo porque entre otras obras de versos suyos imprimió un juguete que llamó *Disparates*, se ha quedado injustamente por la tiranía del vulgo

en proverbio de disparates, tan recibido, que para motejar de necedades las de cualquiera, es el común y universal modo de decir, son disparates de Juan de la Encina. A mi ver, es tan ajustado el caso, que se pueden consolar el uno con el otro, y desengañar á todos del agravio, sin razón de entrambos. Clemente Alejandrino, *stromatum* I, llama á Epicuro príncipe de los autores impíos, y San Agustín en muchas partes. Empero, hablan del Epicuro que hallaron introducido en proverbio de la maldad y de la doctrina impía, que al nombre de Epicuro atribuyó falsamente Diotimo.

Temo, escarmentado, que unos hombres que en este tiempo viven de hazañeros del estudio, cuya suficiencia es gestos y ademanes, han de ladrar el haber osado yo moderar á Cicerón las alabanzas en la filosofía; quiero entretenerles los dientes con las palabras del *Diálogo de los oradores*, cuya posesión anda dudosa entre Tácito y Quintiliano: en las obras del uno se imprime con nombre del otro. Dice así, hablando de Cicerón: «Porque sus primeras oraciones no carecen de vicios de la antigüedad, es lento en los principios, largo en las narraciones, ocioso en los fines, tarde se conmueve, raramente se enciende.» Y aunque estas acusaciones no son pocas, ni leves, añade muchas más. Consideren estos doctores en tropelía que, si en la arte oratoria, que fué su blasón y su oficio, y toda su presunción, fué tan reprehensible, que no es considerable que lo sea en la filosofía, ni yo soy el que sólo en esta parte no le admito. Léase á Hortensio Laudio en sus paradojas; léase Mayaxio cuán sólidamente opugna las paradojas de Cicerón.

Y si estos censores avinagrados, que apoyan lo auténtico de sus embustes en las rugas de su frente,

hubieran leído al propio Cicerón, y todo el primer libro de *Los fines de bienes y males*, frenaran en estas palabras sus lenguas: «*Accurate autem quondam á L. Torquato, homine omni doctrinâ erudito defensa est Epicuri sententia de voluptate.*» Con gran cuidado en otro tiempo fué defendida la sentencia de deleite de Epicuro por L. Torcuato, hombre erudito en toda doctrina.» Conocieran á su pesar cuán antigua es la defensa de Epicuro, y cuán grandes hombres la hicieron, y si leyeran todo el libro hasta el fin, vieran erudita, eficaz, honesta y verdadera la defensa de Epicuro, según él la enseñaba, no como se la inficionaron los envidiosos, que le impusieron cartas y tratados disolutos y sacrílegos. Y si bien en el segundo libro Cicerón impugna la defensa hecha en el primero por Torcuato á las opiniones de Epicuro, son, leídas con seso, réplicas que sólo condenan al que las hace.

Sexto Empírico hace en sus obras muy frecuente mención de Epicuro, *Adversus Mathematicos*, al principio dice: «De una propia suerte parece que sienten los Epicúreos y los Pyrrhónicos, más no con una propia acción.» Y pocos renglones más abajo: «En muchas cosas es avisado de ignorante Epicuro, y por no puro en el común hablar, puede ser la causa el aborrecer á Platón y á Aristóteles, y á otros semejantes que se preciaban del conocimiento de muchas disciplinas.» No dice Sexto Empírico que fué tenido por ignorante, porque lo era, sino porque tenía por ignorantes á Platón y á Aristóteles.

Y en el propio libro, cap. III, cuyo título es *¿Que es la gramática?* empieza: «Siendo así que de parecer del sabio Epicuro no es lícito inquirir, ni dudar, sin anticipación, será conveniente, antes de

todo, considerar qué es gramática.» Y en el capítulo XIII dice: «Averíguase que Epicuro aprendió sus principales dogmas de los poetas.» Y los verifica con Homero y con Epicharmo. Y en el propio capítulo dice: «Epicuro no tomó de Homero el decir que el término de la grandeza era el deleite: muy diferente es decir que algunos cesaron de comer y beber y haber satisfecho su apetito, como decir:

Después que el apetito fué vencido
De comer y beber.

»Ha de decir que es el término de las grandezas en los deleites la carencia de dolor.» Más benignamente declara esta opinión Sexto Empírico que Cicerón. En este sentido prometió declararla Eliano. Prosigue tres renglones más abajo: «Decir que la muerte es nada, Epicharmo lo dijo, mas demostrólo Epicuro, y lo admirable no fué decirlo, sino demostrarlo.» En el libro VII contra los matemáticos, dice: «Cuentan á Epicuro con éste, como quien desterraba la lógica contemplación. Otros hubo que afirmaron que no desterraba en universal la lógica, sino sólo la de los estoicos.» Y en el libro X, folio 466: «Decía Epicuro que la filosofía era operación que con razones y argumentos hacía la vida bienaventurada.» No dijo que la embriaguez y lascivia, sino la filosofía. Y estos méritos reconoció aquel verso que se lee en Petronio:

Ipse pater veri doctus Epicurus in arte.

Blasón que, si bien en Petronio está profanado, cuya ironía ocasionó Cleomedes, llamándole inventor de la verdad, cuando falsamente afirmando dijo, que el sol se apagaba chirriando en el mar; como

una lucerna. Empero es tan único Epicteto en la gentilidad, que no se lee de otro hombre á quien aquellas almas erradas que mancilló la idolatría llamasen padre de la verdad, sino sólo á Epicuro: que le llamaron así por aclamación consta. Y la razón la colijo yo de Sexto Empírico contra los matemáticos, pág. 197: «Como á Epicuro, por razón de que muchos á una voz dicen de él que halló la verdad.» Hallo que Lactancio, *De divino premio*, libro VII, cap. 1, dice estas palabras: «Sólo Epicuro, según Demócrito, fué verdadero; en ésta, pues, dice, que el mundo tuvo principio y tendrá fin.»

Yo bien sé que no halló la verdad, y que sólo la halla quien halla á Cristo Nuestro Señor, que es verdad, camino y vida. Bien sé que no fué padre de la verdad; porque sé que Dios es sólo verdadero, y que es Dios verdadero de Dios verdadero. Y sé por las palabras del Apóstol: «Que Dios es verdadero, y todo hombre mentiroso, como está escrito.» Condeno en Epicuro todas las palabras y opiniones que condena la santa y sola verdadera Iglesia católica romana.

Defiendo su opinión infamada por los envidiosos, no con mis palabras, sino como se ha leído con las de Diógenes Laercio, con las de L. Torcuato, con algunas de Cicerón, con Eliano, con toda la pluma de nuestro gran Séneca, con la severidad de Juvenal, con el peso elegante y admirable del juicio del Sr. Montaña, con la diligencia de Arnaudo. Advierta, pues, el interesado en su terquedad, que en no restituir á Epicuro, condena á todos los referidos por peores que Epicuro, según él se acusa. Repare en el nombre de Séneca venerable, empeñado en esta defensa: reverencie en sus escritos toda la majestad de la filosofía idólatra: no se constituya reo

de tan facineroso desprecio, que será juntar á lo idiota lo profano.

Y porque se conozca que son antiguos estos oprobios á los que difaman á Epicuro, referiré las palabras de Diógenes Laercio, con que responde á todos aquellos que refiere. Decían de Epicuro era bebedor, y que tenía su felicidad en el deleite, y el deleite en la glotonería y embriaguez y ramerías. En el lib. x, al principio, dice *Sed hi profecto insaniunt.* «Más de verdad éstos no saben lo que dicen; porque afirman muchos fué este varón increíblemente agradable á todos. Testifícalo su patria, que le honró con estatuas de metal, y la inmensa cantidad de amigos que todas las ciudades llenaba, los discípulos que le asistían, á quien instruyeron aquellas dogmáticas sirenas, menos un Metrodoro Estratonicense, que se pasó de él á Carneades, sin duda porque le era pesada de aquel incomparable varón la bondad inmensa, y la perpetua sucesión de su escuela, que despoblándose las demás todas permaneció sola, continuándose con repetidos concursos. Tuvo suma piedad para sus padres, fué bienhechor de sus hermanos, clementísimo con sus esclavos, como se lee en su testamento, pues juntamente con él filosofaron, entre los cuales fué clarísimo el que referimos, fué su apacibilidad extrema para con todos. ¿Qué diré del culto de los dioses?» Palabras son éstas fielmente traducidas de Laercio en el lugar citado, en que se conoce cuáles razones movieron á nuestro Séneca á alabar tanto su doctrina y á preciarse de ella, y juntamente con las postreras palabras que encarecen en Epicuro el culto de los dioses, me acuerdo de lo que dijo Séneca en el lib. iv *De los beneficios*, cap. iv: «No da Dios beneficios; mas seguro y descuidado, apartado

del mundo hace otra cosa (ó lo que Epicuro juzga por mayor felicidad), nada hace.» De estas razones coligen todos que Epicuro sintió que no había Providencia; y siendo así, como Laercio dijo, que cuidó del culto de los dioses, parece, como lo tengo declarado, que no quiso decir que no hacía nada, sino que lo hacía sin padecer cuidado en hacerlo, ó solicitud embarazada; nuestra manera de hablar en español me declara: decimos de quien hace algo sin cuidado, parece que no hace nada, nada hace en hacerlo.

En el lib. IV *De los beneficios*, cap. II, son estas las palabras de Séneca: «En esta parte tenemos controversia con la turba delicada y umbrática de los epicúreos, en su convivio, de los que filosofan acerca de ellos, la virtud es ministra de los deleites, á ellos obedece, á ellos sirve, vélos sobre sí, dice, no hay deleite sin virtud.»

Esta cláusula no razona contra Epicuro, sino contra la turba de los epicúreos. Ya tenemos dicho cuán diferentes cosas son. Advierto empero que las palabras de los epicúreos son: «La virtud es ministra de los deleites.» Esto impugna Séneca. Las palabras de Epicuro son: «No hay deleite sin virtud.» Cicerón, en el lugar citado lo confesó. Honesta ilación es, que si no hay deleite sin virtud, que el deleite que hay es virtuoso. Séneca aquí, más útil que sólido, dice contra los epicúreos. «No hay virtud si puede seguir; sus principales partes son guiar, debe reinar y estar en el sumo lugar: tú la mandas que siga.» Y pocas palabras más abajo: «De esto sólo se disputa si la virtud es causa del sumo bien, ó si es el sumo bien. ¿Juzgas que preguntar esto es sólo inversión del orden? Mas ésta es confusión, y manifiesta ceguedad preferir lo postrero á lo pri-

mero. No me indigna que después del deleite se ponga la virtud, sino que totalmente se mezcla con el deleite.» Bien á propósito me valdré de Agelio en dos lugares expresos, en que contra Plutarco defiende á Epicuro, en razón de acusarle la misma colocación de términos en los silogismos. Lícito es responder á Séneca con lo que se responde, y aun se reprende á Plutarco por la doctrina de Epicuro, Agelio, lib. II, cap. VIII: «Plutarco, en el segundo libro de los que compuso de Homero, dice de Epicuro: necia é ineficazmente usó del silogismo»; y cita las propias palabras de Epicuro: «La muerte no nos toca, porque lo desatado no siente, y lo que no siente no nos toca.» Acusa Plutarco que dejó pasar lo que en primer lugar había de decir. La muerte es disolución del alma y del cuerpo: demás de esto, habiendo olvidado el antecedente que debía poner primero, usa de él como si lo hubiera puesto para sacar la conclusión. Perfectamente en esta parte este silogismo, si no precede esta mayor, no puede concluir. Con verdad concluyó Plutarco esto tratando de la forma y orden del silogismo; porque si se ha de discurrir conforme el orden y método lógico, así se debía discurrir. La muerte es disolución del alma y del cuerpo. Lo disuelto no siente, lo que no siente no nos toca. Más Epicuro, siendo tal hombre, no dejó por ignorancia aquella parte del silogismo ni pretendió formar el silogismo con todos sus números y fines, como en la escuela de los filósofos: antes por ser evidente la separación del alma y del cuerpo en la muerte, no le pareció necesario expresarla, por ser cosa notoria á todos: de la misma suerte puso la conclusión del silogismo, no en el fin, sino en el principio. ¿Quién no echa de ver que no se hizo por ignorancia? También en los

mero. No me indigna que después del deleite se ponga la virtud, sino que totalmente se mezcla con el deleite.» Bien á propósito me valdré de Agelio en dos lugares expresos, en que contra Plutarco defiende á Epicuro, en razón de acusarle la misma colocación de términos en los silogismos. Lícito es responder á Séneca con lo que se responde, y aun se reprende á Plutarco por la doctrina de Epicuro, Agelio, lib. II, cap. VIII: «Plutarco, en el segundo libro de los que compuso de Homero, dice de Epicuro: necia é ineficazmente usó del silogismo»; y cita las propias palabras de Epicuro: «La muerte no nos toca, porque lo desatado no siente, y lo que no siente no nos toca.» Acusa Plutarco que dejó pasar lo que en primer lugar había de decir. La muerte es disolución del alma y del cuerpo: demás de esto, habiendo olvidado el antecedente que debía poner primero, usa de él como si lo hubiera puesto para sacar la conclusión. Perfectamente en esta parte este silogismo, si no precede esta mayor, no puede concluir. Con verdad concluyó Plutarco esto tratando de la forma y orden del silogismo; porque si se ha de discurrir conforme el orden y método lógico, así se debía discurrir. La muerte es disolución del alma y del cuerpo. Lo disuelto no siente, lo que no siente no nos toca. Más Epicuro, siendo tal hombre, no dejó por ignorancia aquella parte del silogismo ni pretendió formar el silogismo con todos sus números y fines, como en la escuela de los filósofos: antes por ser evidente la separación del alma y del cuerpo en la muerte, no le pareció necesario expresarla, por ser cosa notoria á todos: de la misma suerte puso la conclusión del silogismo, no en el fin, sino en el principio. ¿Quién no echa de ver que no se hizo por ignorancia? También en los

escritos de Platón ¡hallarás silogismos defectuosos.»

En el cap. IX el propio Agelio dice así: «En el propio libro Plutarco reprende al propio Epicuro, que usó de una palabra poco propia y de impropia significación. Estas son las palabras de Epicuro. Definición de la magnitud de los deleites, carencia de todo dolor: no debió decir de todo dolor, sino de toda cosa congojosa y triste: dice que la carencia se ha de significar del dolor, no del dolorido. Demasiada menudencia y casi frialdad es la de Plutarco en acusar á Epicuro, observando las dicciones. Estos cuidados de palabras y elegancias, no sólo no las afecta Epicuro, antes las condena.» Hasta aquí son palabras de Agelio, y con ellas hemos respondido á la delgada contradicción de nuestro Séneca á los epicúreos, y añadido otro defensor á Epicuro en la antigüedad.

Advierto que Séneca, hablando de la turba epicúrea, la llamó *delicata et umbratica*, palabra de reprehensión, como se ve en Petronio: «*Nondum umbraticus doctor in Xevia deleverat.*» Que á Epicuro ya hemos visto que le llama sabio, y á su doctrina santa.

Lactancio, en el libro III *De falsa sapientia*, capítulo VII, dice: «Epicuro decía que el sumo bien estaba en el deleite del ánima. Aristipo, en el deleite del cuerpo.» Por este lugar se conoce que Epicuro no ponía la felicidad en el deleite del cuerpo; parece se ha de enmendar este lugar en Lactancio, y leer Crisipo donde se lee Aristipo, pues consta de Diógenes Laercio en la vida de Epicuro, escribió cartas lascivas y deshonestas, que Diotimo impuso á Epicuro, y murió de beber, y se emborrachaba, si bien Aristipo fué viciosísimo, y como refiere Diógenes Laercio en su vida, Xenophón le aborreció, y escri-

bió un libro contra el deleite, por ser Aristipo defensor del deleite, que es lo que Lactancio le atribuye, lo cual defiende la lección y prueba en favor de Epicuro; empero yo, si se ha de enmendar, antes lo enmendaría en Laercio, leyendo Aristipo, movido de las palabras referidas y de la disolución de sus acciones, que son las que acusan á Epicuro, y no se leen de Crisipo.

No es mía sola la opinión de que son diferentes doctrinas la de los que llaman epicúreos y la de Epicuro, y que aquélla fué condenada y ésta admirada. El doctísimo español Francisco Sánchez de las Brozas, en su prólogo á Epicteto, lo dice con estas palabras, en que defiende acérrimamente la doctrina y virtud de Epicuro, prefiriéndola á la estoica y á la peripatética.

«Otros, como fueron los epicúreos, dijeron que, pues no había más que nacer y morir, que todo regalo corporal se debía preferir.

»Tres opiniones que más tocaron la verdad quiero examinar, y después veremos cuál siguió Epicteto. La primera y la mejor de todas fué la del filósofo Epicuro, si bien se entendiera, fué que puso la felicidad y la bienaventuranza en el deleite y contento. Aristóteles, en el libro x de sus Morales, declara esta opinión, y la aprueba mucho, diciendo que este deleite y gozo se entiende en el ánimo; porque dice que los dioses del cielo se llaman propiamente Machares, que es decir muy gozosos; así, que el deleite del ánimo es el que da la bienaventuranza. Esta opinión de Epicuro vino á ser tan abominable, por ser mal entendida de sus secuaces, y tomada corporalmente, y en afrenta de su inventor, porque él fué muy abstigente y muy buen hombre.»

El maestro Gonzalo Correas, en sus notas á la

tabla de Cebes, tiene esta opinión con tales palabras: «Epicúreos los que siguieron á Epicuro, que puso la felicidad en el deleite, y entendiéndolo él del ánimo, se lo interpretó el vulgo por el deleite corporal.»

Juan Bernarcio, hombre docto, que en nuestro tiempo ha sido el solo comentador juicioso, asistiendo á la mente y al texto filosófico del autor, cuando todos se ocupan en confundir con manuscritos y borrar con enmendaciones los autores en las cosas, que ignoradas no hacen falta á la doctrina, creciendo el volumen y la nota en examinar si uno se llamó Liberio, ó Niberio, ó Linerio, como si hubieran de casar con él una hija sin importar á la sentencia, en su comentario á Boecio, en el libro admirable *De Consolación*, libro III, prosa 2.^a, tiene esta opinión por la inocencia de Epicuro, con estas palabras: «Epicuro es tenido por maestro de maldades: Preguntará alguno si con razón, siendo así que el deleite de Epicuro se refiere á lo poco y á lo tenue, y la que nosotros llamamos virtud llama él deleite.»

Responde Bernarcio en esta cláusula con Séneca, en el libro *De la vida bienaventurada*, cap. XIII, y añade el lugar de Eliano ya citado por mí.

Oberto Gifanio, sobre Lucrecio, en la carta á Juan Sambuco, tratando de las cosas que escribió tocantes al ánimo en deleites y vicios, dice: «*De ijs profecto tam scribit copiosè, et sanctè, ut verum esse videatur, id quod de Epicuro scribit Diogenes, falso accusari eum à quibusdam, quod voluptati nimium tribuerit; meramque eorum esse calumniam, qui ea, quæ vir ille de animi tranquillitate intellexisset, ad corporis voluptates detorquerent, quâ de re, etiam initio libri secundi poeta noster elegantissi-*

mis canit versibus: et clarissimus Imperator Cassius Epicuri ac Philosophiæ studiosus ad Cicer. ij, inquit, qui à nobis vocantur, sunt omnesque virtutes, et colunt et retinent, ut ipsius Epicuri verbis ibidem commemorat Cassius. Cicero ipse huic hæresi, maxime inimicus, multis tamen locis bonos viros epicureos, nullosque ex Philosophis minus maliciosos esse ait.»

Si se persuadiesen unos hombres que son graduados por sí propios, de que Gifanio habla con su presunción, dando un tapaboca al chisme que oyeron, y apoyan en las palabras de Cicerón, que de Epicuro habló con discursos, unos desmentidos de otros, no juzgaría haber perdido el tiempo, si bien tengo por difícil reducir hombres catedráticos de su ignorancia, que pasan lo lego por profeso, sin saber otra facultad que la de que usan, para juzgar y reprender. Empero, si despreciando la autoridad de tantos y tan graves autores perseveraren en difamar á Epicuro, disculpado estará quien á ellos los despreciare, y desesperando de la persuasión les doy por consejo que se abstengan de la reprehensión de las costumbres que los Griegos envidiosos achacaron á Epicuro, por no condenar inadvertidos las suyas propias, de que pueden prometerse crédito, y no defensa.

Señor licenciado Rodrigo Caro, Vm. que sólidamente defendió la opinión de Flavio Dextro, poniéndose docto á la vulgar noticia, atenderá con experiencia piadosa y bien informada al aparato de calumnias que me prevengo en las bocas, que tiene dedicadas la malicia á ladrar y morder; mastines de los libros, que, asalariados de la rabia contra el estudio, ponen la suficiencia en el veneno de sus dientes, en tanto que la verdad, saludador efectivo, los mata á soplos.

Clemens Alejandrino, Strom., lib. I.

Nullam enim existimo scripturam adeo fortunatam præcedere, cui nullus omnino contradicat: sed illam existimandum est, esse ratione consentaneam, cui nemo jure contradicit.

Todo lo que en este libro he escrito, sujeto á la corrección de la santa y sola y verdadera Iglesia Romana, con rendimiento católico, y dispuesto á reconocer mi ignorancia en todo lo que no concordare con la verdad de la fe, ó contradijere al buen ejemplo.



INDICE.

LIBRO SEXTO.

(CONTINUACIÓN.)

	<u>PÁGS.</u>
Mónimo.....	5
Onesicrito.....	7
Crates.....	8
Metrocles.....	14
Hiparchia.....	16
Menipo.....	18
Menedemo.....	20

LIBRO SÉPTIMO.

Zenón Citieo.....	23
Cleantes.....	101
Sfero.....	106
Crisipo.....	108

LIBRO OCTAVO.

Pitágoras.....	121
Empedocles.....	146
Epicarmo.....	158
Architas.....	159



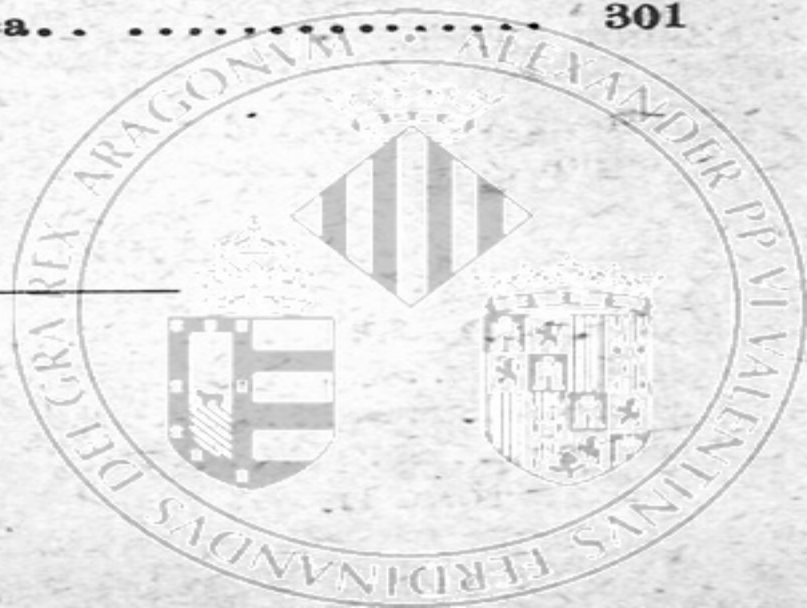
Alcmeón	162
Hipaso	163
Filolao	164
Eudoxo	166

LIBRO NOVENO.

Heráclito	169
Xenófanes	178
Parménides	180
Meliso	183
Zenón Eleate	184
Leucipo	187
Demócrito	190
Protágoras	199
Diógenes Apoloniata	203
Anaxarco	204
Pirro	206
Timón	228

LIBRO DÉCIMO.

Epicuro	233
QUEVEDO.—La doctrina estoica	301



BIBLIOTECA CLASICA.

LA BIBLIOTECA CLÁSICA se publica en tomos en 8.º elegantemente impresos en papel satinado, de 400 á 500 páginas.

Las traducciones están hechas directamente del idioma en que fueron escritos los originales y por las personas más competentes.

El precio de cada tomo en rústica es de tres pesetas, comprándolo á los librereros y corresponsales.

Haciendo el pedido directamente al editor D. Luis Navarro, calle de Isabel la Católica, 25, Madrid, y remitiendo el importe al hacerlo, dos pesetas y cincuenta céntimos. Encuadernados en tela, en pasta ó á la holandesa, tres pesetas y cincuenta céntimos.

Se publica un tomo cada mes.

Puede hacerse la suscripción recibiendo el suscriptor mensualmente los tomos que desee.

El suscriptor no está obligado á adquirir más tomos de los publicados ó que en adelante se publiquen, que los que sean de su agrado.

Todos los tomos se venden separadamente.

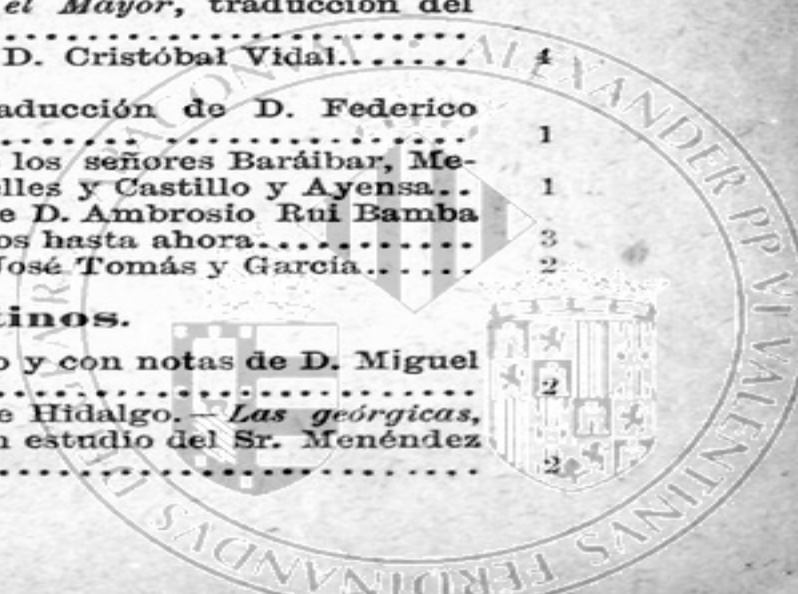
OBRAS PUBLICADAS.

Clásicos griegos.

	<u>Tomos.</u>
HOMERO.— <i>La Iliada</i> , traducción en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla.....	3
HERODOTO.— <i>Los Nueve libros de la historia</i> , traducción del padre Bartolomé Pou.....	2
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traducción de D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
ARISTÓFANES.— <i>Teatro completo</i> , traducción de D. Federico Baráibar..	3
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS.—(<i>Teócrito. Bión y Mosco.</i>) Traducción en verso, de D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
ODAS DE PÍNDARO.—Traducción en verso del mismo.....	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> , traducción de D. Fernando Brieva Salvatierra.....	
XENOFONTE.— <i>Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia</i> , traducción de D. Diego Gracián, corregida por Florez Canseco...	1
— <i>La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor</i> , traducción del mismo.....	
LUCIANO.— <i>Obras completas</i> , traducción de D. Cristóbal Vidal.....	4
Se ha publicado el tomo I.	
ARRIANO.— <i>Expediciones de Alejandro</i> , traducción de D. Federico Baráibar.....	1
POETAS LÍRICOS GRIEGOS.—Traducción de los señores Baráibar, Menéndez Pelayo, Conde, Canga Argüelles y Castillo y Ayensa..	1
POLIBIO.— <i>Historia Universal</i> , traducción de D. Ambrosio Rui Bamba con todos los fragmentos descubiertos hasta ahora.....	3
PLATÓN.— <i>La República</i> , traducción de D. José Tomás y García.....	2

Clásicos latinos.

VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traducción en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— <i>Las églogas</i> , traducción en verso, de Hidalgo.— <i>Las geórgicas</i> , traducción en verso, de Caro, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo.....	2



CICERÓN. — <i>Obras completas</i> , traducidas por los Sres. Menéndez Pelayo, Valbuena y Navarro.....	14
Se han publicado 10 tomos.	
TÁCITO. — <i>Los anales</i> , traducción de D. Carlos Coloma.....	2
— <i>Las Historias</i> , traducción del mismo.....	1
SALUSTIO. — <i>Conjuración de Catilina.</i> — <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel.— <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
JULIO CESAR. — <i>Los Comentarios</i> , traducción de D. José Goya y Mnñain.....	2
SUETONIO. — <i>Vidas de los doce Césares</i> , traducción de D. F. Norberto Castilla.....	1
SÉNECA. — <i>Epístolas morales</i> , traducción de D. Francisco Navarro y Calvo.....	1
— <i>Tratados filosóficos</i> , traducción de D. Pedro Fernández de Navarrete y D. Francisco Navarro y Calvo.....	2
OVIDIO. — <i>Las Heroidas</i> , traducción de Diego Mexía.....	1
FLORO. — <i>Compendio de la Historia Romana</i> , traducción de D. Eloy Díaz Jiménez.....	1

Clásicos españoles.

CERVANTES. — <i>Novelas ejemplares y viaje del Paraiso</i>	2
CALDERÓN DE LA BARCA. — <i>Teatro selecto</i> , con un estudio preliminar del Sr. Menéndez Pelayo.....	4
HURTADO DE MENDOZA. — <i>Obras en prosa</i>	1
QUEVEDO. — <i>Obras satíricas y festivas</i>	1
QUINTANA. — <i>Vidas de españoles célebres</i>	2
DUQUE DE RIVAS. — <i>Sublevación de Nápoles</i>	1
ALCALÁ GALLIANO. — <i>Recuerdos de un anciano</i>	1
MANUEL DE MELO. — <i>Guerra de Cataluña y Política Militar</i>	1

Clásicos ingleses.

MACAULAY. — <i>Estudios literarios.</i> — <i>Estudios históricos.</i> — <i>Estudios políticos.</i> — <i>Estudios biográficos.</i> — <i>Estudios críticos.</i> Traducción de M. Juderías Bänder.....	5
— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i> , traducción de M. Juderías Bänder y Daniel López.....	4
— <i>Discursos parlamentarios</i> , traducción de Daniel López.....	1
— <i>Vidas de políticos ingleses</i> , traducción del mismo.....	1
— <i>Historia del Reinado de Guillermo III</i> , continuación de la <i>Revolución de Inglaterra</i> , traducción del mismo.....	6
MILTON. — <i>Paraiso perdido</i> , traducción en verso, de D. Juan Escoiquiz.....	2
SHAKESPEARE. — <i>Teatro selecto</i> , traducción de D. Guillermo Macpherson con un estudio preliminar de D. Eduardo Benot.....	5
Se han publicado tres tomos.	

Clásicos italianos.

MANZONI. — <i>Los Novios</i> , traducción de D. Juan Nicasio Gallego.....	1
— <i>La Moral Católica</i> , traducción de D. Francisco Navarro.....	1

Clásicos alemanes.

SCHILLER. — <i>Teatro completo</i> , traducción de D. Eduardo Mier.....	3
HEINE. — <i>Poemas y fantasías</i> , traducción en verso, de D. José J. Herrero.....	1

Clásicos franceses.

LAMARTINE. — <i>Civilizadores y conquistadores</i> , traducción de D. Norberto Castilla y D. M. Juderías Bänder.....	2
---	---





CICERÓN.— <i>Obras completas</i> , traducidas por los Sres. Menéndez Pelayo, Valbuena y Navarro.....	14
Se han publicado 10 tomos.	
TÁCITO.— <i>Los anales</i> , traducción de D. Carlos Coloma.....	2
— <i>Las Historias</i> , traducción del mismo.....	1
SALUSTIO.— <i>Conjuración de Catilina</i> .— <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel.— <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
JULIO CESAR.— <i>Los Comentarios</i> , traducción de D. José Goya y Muñiain.....	2
SUETONIO.— <i>Vidas de los doce Césares</i> , traducción de D. F. Norberto Castilla.....	1
SÉNECA.— <i>Epístolas morales</i> , traducción de D. Francisco Navarro y Calvo.....	1
— <i>Tratados filosóficos</i> , traducción de D. Pedro Fernández de Navarrete y D. Francisco Navarro y Calvo.....	2
OVIDIO.— <i>Las Heroidas</i> , traducción de Diego Mexía.....	1
FLORO.— <i>Compendio de la Historia Romana</i> , traducción de D. Eloy Díaz Jiménez.....	1

Clásicos españoles.

CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i>	2
CALDERÓN DE LA BARCA.— <i>Teatro selecto</i> , con un estudio preliminar del Sr. Menéndez Pelayo.....	4
HURTADO DE MENDOZA.— <i>Obras en prosa</i>	1
QUEVEDO.— <i>Obras satíricas y festivas</i>	1
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i>	2
DUQUE DE RIVAS.— <i>Sublevación de Nápoles</i>	1
ALCALÁ Galiano.— <i>Recuerdos de un anciano</i>	1
MANUEL DE MELO.— <i>Guerra de Cataluña y Política Militar</i>	1

Clásicos ingleses.

MACAULAY.— <i>Estudios literarios</i> .— <i>Estudios históricos</i> .— <i>Estudios políticos</i> .— <i>Estudios biográficos</i> .— <i>Estudios críticos</i> . Traducción de M. Juderías Bänder.....	5
— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i> , traducción de M. Juderías Bänder y Daniel López.....	4
— <i>Discursos parlamentarios</i> , traducción de Daniel López.....	1
— <i>Vidas de políticos ingleses</i> , traducción del mismo.....	1
— <i>Historia del Reinado de Guillermo III</i> , continuación de la <i>Revolución de Inglaterra</i> , traducción del mismo.....	6
MILTON.— <i>Paraíso perdido</i> , traducción en verso, de D. Juan Escóiquiz.....	2
SHAKESPEARE.— <i>Teatro selecto</i> , traducción de D. Guillermo Macpherson con un estudio preliminar de D. Eduardo Benot.....	5
Se han publicado tres tomos.	

Clásicos italianos.

MANZONI.— <i>Los Novios</i> , traducción de D. Juan Nicasio Gallego.....	1
— <i>La Moral Católica</i> , traducción de D. Francisco Navarro.....	1

Clásicos alemanes.

SCHILLER.— <i>Teatro completo</i> , traducción de D. Eduardo Mier.....	3
HEINE.— <i>Poemas y fantasías</i> , traducción en verso, de D. José J. Herrero.....	1

Clásicos franceses.

LAMARTINE.— <i>Civilizadores y conquistadores</i> , traducción de D. Norberto Castilla y D. M. Juderías Bänder.....	2
---	---



